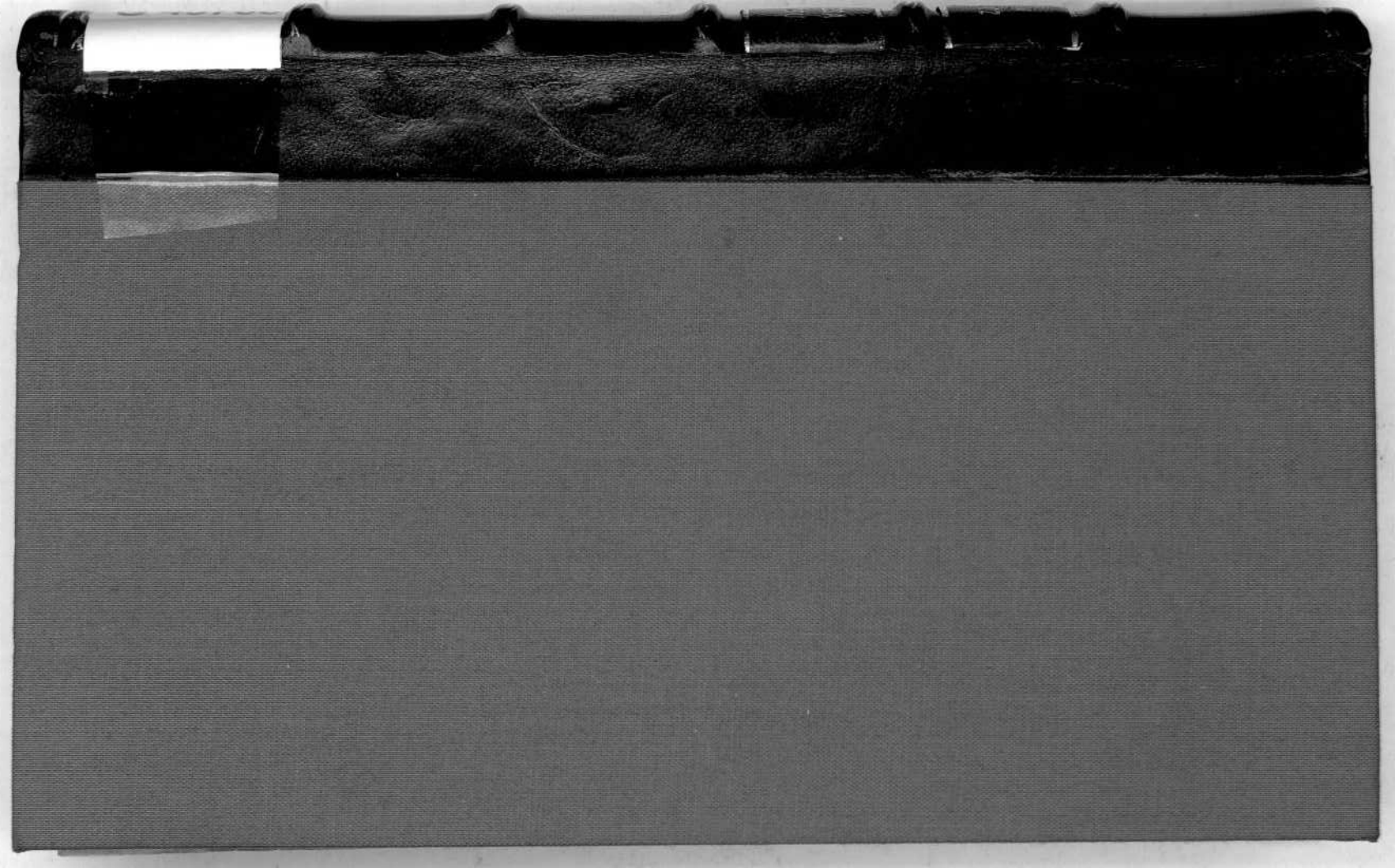

DSCL
A

T. 171249 C. 1222221

TERESA DE JESÚS ANTE LA CRÍTICA

TERESA

DE JESÚS

ANTE LA CRÍTICA

POR RAMON LEON MAINEZ

DIRECTOR DE LA CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS

MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella—Cueva, 12
1880

Esta obra es propiedad de su autor. Nadie sin su permiso podrá reimprimirla.

R. 137275

PRÓLOGO

Muchas veces hemos tomado la pluma, y muchas tambien hémosla vuelto á dejar ántes de decidirnos á escribir esta obra sobre *Santa* Teresa de Jesús. Alentábanos á acometer la empresa el deseo de hacer patentes las ficciones y embelecos en que se apoyan la importancia, y áun la veneracion, que hasta hoy se ha concedido y tributado á la monja carmelita: retraíanos de emprender nuestra tarea el temor de chocar con la hipocresía de algunos, con la obcecacion de otros y con la mala fé de muchos; pero, al fin, el anhelo de esclarecer la verdad predominó en nuestro ánimo sobre el recelo de contrariar á los fanáticos, y hémonos resuelto á publicar este libro, que es el reflejo de la sinceridad y el producto de un estudio concienzudo.

La empresa que llevamos á cabo, ciertamente es grave. Pero era harto ridículo seguir transigiendo aún con exageraciones tan notorias como las que forman el catálogo de prodigios de la pretendida *Santa* Teresa. Entre seguir creyendo en una historia inverosímil, fraguada de consuno por la cándida irreflexiva credulidad y por la interesada engañadora hipocresía, ó declararnos enemigos decididos y francos de tanta inexactitud y alucinacion, no hemos vacilado un momento en optar por lo segundo.

Se nos alcanza que esto habrá de ocasionarnos multitud de sinsabores; que nuestra obra será colocada en los índices expurgatorios de la retrógrada corte del Papa; que las condenaciones episcopales querrán impedir la circulacion de nuestro trabajo; que se infamará nuestro nombre; que nuestros argu-

mentos han de ser torcidamente interpretados ó refutados, y nuestras leales observaciones y lógicas consecuencias conceptuadas como parto de una imaginacion extraviada ó delirante; pero todo no podrá separarnos de nuestro propósito nobilísimo, ni en lo más mínimo arredrarnos, por lo mismo que tenemos la conviccion de nuestras ideas; por lo mismo que nos impulsa un fin altamente loable, el esclarecimiento de la verdad; por lo mismo que nos proponemos extirpar, en cuanto nos sea posible, esa inexplicable y ciega veneracion que algunas personas rinden todavía á una mujer alucinada, ó alucinadora, como lo fué Teresa de Jesús, y demostrar á la vez todas las ridiculeces de que echó mano la valetudinaria monja para cautivar á sus fanatizados contemporáneos, dejando un legado de impertinentes desvaríos á las edades venideras.

No se inspira nuestro libro en sistemático espíritu de oposicion, ni en el ódio, ni en el capricho, ni en ninguna de esas pasiones tan comunes en las gentes fanatizadas ó hipócritas, esclavas del error y de la ira, y de cuyos *piadosos* arrebatos estamos afortunadamente libres: nuestra obra tiene por norma la certeza, por guía la razon, por juez la historia, por principio la extirpacion de los absurdos visionarios, por medio la sinceridad, por fin la propagacion de verdades, propias y muy convenientes para disipar los errores de la ofuscacion ó los delirios de las conciencias preocupadas.

Para hacer caer por su base el edificio de las alucinaciones de *Santa* Teresa, era preciso efectuar detenidos y serios estudios sobre todas las épocas de su vida, sobre todas las circunstancias de su existencia, sobre todas las acciones que más la realzan en el ánimo de los fanáticos, sobre todas las ilusiones que tan á la contínua la conturbaron; y esos estudios los hemos verificado leyendo, examinando, comentando, no sólo los escritos de la mal llamada santa, sino cuanto más notable se ha estampado acerca de ella, ora en sus tiempos, ora en los sucesivos.

Confiamos, por tanto, en poder presentar la vida de Teresa, no bajo el aspecto pobrísimo, raquítico, falso, que hasta ahora se ha hecho, sino de la manera crítica, luminosa, analítica, filosófica y razonada, en una palabra, que era ya indispensable.

Es un cuadro el que ofrecemos donde se puede ver á Teresa

pintada al natural, con sus fortalezas y debilidades, con sus ensueños, con sus enfermedades, con sus defectos é inclinaciones propios, con su modo de proceder mismo. Es un retrato exacto y verídico de la llamada *Santa* Teresa de Jesús.

Firmísimo convencimiento abrigamos de que nuestra obra habrá de obtener buen suceso entre todas las personas que no están supeditadas por temores cándidos ó prevenciones absurdas; y áun creemos que los escritores que se dicen, no sabemos por qué, ortodoxos, clamarán contra nuestros argumentos, más bien por la servil adoracion que tributan á todo lo ilógico, que por juzgarlo equitativo y razonable.

Así acogeremos con aprecio los benévolos juicios que de esta produccion se formen, como escucharemos con respeto las observaciones que mesuradamente se nos hagan, no dejando tambien de relegar á la compasion y al olvido las arlequinadas de los defensores de *Santa* Teresa. Aliéntanos, después de todo, la esperanza de que nuestro trabajo, completamente nuevo y original, será estimado por cuantas personas rindan culto á la ciencia y al progreso, y esto nos resarcirá con creces de los insultos y groserías que los fanáticos y los fariseos del Catolicismo habrán de lanzarnos sin duda alguna, y que anticipada y enérgicamente despreciamos.

Tenemos tambien la persuasion de que los propósitos y deseos que nos han animado á escribir este libro se verán por completo realizados. La sociedad española marcha hácia su perfeccionamiento moral é intelectual con empeño decidido, y cada año que trascurra será, por consiguiente, menor el número de afectos que contará *Santa* Teresa.

Cuando la crítica y la verdad histórica hayan concluido con tantas preocupaciones y errores como para acrecentar su importancia se han venido sosteniendo, tarea que acometemos nosotros los primeros con el generoso y noble propósito de defender los fueros de la razon ultrajada y de la sinceridad desconocida, con seguridad que no habrán de consignarse, como hoy sucede, cantidades en el presupuesto de gastos de la Nacion para el sostenimiento de la casa donde nació la monja abulense: seguramente que entónces se comprenderá por todos, como ya se comprende hoy por los hombres pensadores, cuán arbitrario es llamar santa, y fundadora, é inspirada de Dios, y compatrona de las Españas, á la que ni fué san-

ta, ni recibió avisos célicos, ni hizo bien alguno á España con sus rezos y sus conventos, levantados merced á la pródiga munificencia de los potentados de su siglo. Entónces se comprenderá tambien cuán obcecada es la insistencia con que los adoradores de lo pasado defienden, en el último tercio del siglo XIX, el conjunto de visiones y alucinaciones de *Santa* Teresa, insultando ó injuriando, mas nunca refutando ni convenciendo á los escritores que libre pero sensatamente piensan; á los que disipan preocupaciones, y dilucidan verdades, y sostienen la causa de la razon y de la prudencia contra los despropósitos del engaño ó del fanatismo; á los que no tienen ni pueden tener otro delito sino el de pensar de Santa Teresa, y de todos los monjes y monjas visionarios, como ha de pensar el mundo desde el momento que se haya cumplido el progreso moral de los pueblos.

Cuando esto se verifique; cuando los adelantos de la moderna civilizacion lleguen á su deseado y grandioso cumplimiento; cuando la prudencia domine en todos los ánimos y la luz de la ilustracion penetre en todas las inteligencias; cuando los restos mortales de la que se creyó soberbiamente hija inspirada de Dios sean tenidos en idéntico aprecio que una momia de las pirámides; cuando el buen juicio y la lógica, en fin, borren de los calendarios y de los Años cristianos el nombre de la alucinada monja y desaparezca su recuerdo de entre los dias conmemorativos para España, entónces desagraviaremos al sentido comun de las ofensas que, con sus grotescos actos y sus accesos histéricos, le infirió en otros tiempos esa mujer á quien el mundo supersticioso llama *Santa* Teresa, y á quien vamos nosotros á presentar ante la sociedad española y extranjera tal cual fué, tal cual debe ser considerada, tal como la crítica ilustrada exige y como los adelantos científicos é históricos reclaman.

CAPÍTULO I.

DE SEIS Á VEINTE.

> Aujourd' hui, en morale comme dans les sciences exactes, le siécle demande des faits, des observations.
>
> (BALZAC).

Al empezar á escribir esta obra, parécenos oportuno dedicar algunas páginas al exámen de los primeros años de Teresa de Jesús, y á la revision de sus acciones durante las épocas de su pubertad y adolescencia, hasta que entró en el convento de la Encarnacion de Avila. Así acertaremos mejor á delinear su carácter y á juzgar sus ulteriores actos.

De las semillas que los padres vierten desde la tierna infancia en los corazones de sus hijos, brotan luego los frutos dulces ó amargos de su prudencia ó de su irreflexion, de su vanidad ó de su humildad, de sus intachables costumbres ó sus reprensibles acciones, de su sinceridad ó de su hipocresía. En los jefes de familia el cuidado debe de ser exquisito, si han de educar á sus hijos con el asíduo desvelo que les incumbe.

Los padres de Teresa de Jesús, ó Teresa de Ahumada [1] (que así la llamaremos generalmente en nuestro libro) fueron Alonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, de estirpe noble entrambos: eran muy celosos de educar á sus hijos en el santo temor de Dios, como en aquellos tiempos se acostumbraba; es decir, rezando, ó rindiendo culto fervoroso á prácticas absurdas ó exterioridades vanas y ridículas, propias más para formar hipócritas que para producir santos.

Nació Teresa en Avila el año de 1515: fué el tercero de los hijos que procrearon Alonso de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, y ésta era «tan moza» cuando tuvo á su hija, segun el Padre Dr. Francisco de Rivera, «que no tenia entónces sino veinte y un años.» Poco sabemos de los cinco primeros de Teresa; pero ninguna notable travesura ocurriria en ellos, cuando ni la santa ni sus cronistas la mencionan. A los seis ya empezó la niña á dar á conocer su espíritu agitador, y reveló cuán fuertemente habrian de dominarla sus sentidos y su imaginacion, exaltados por lecturas y por temores religiosos. La educacion que desde los más tiernos años habian inculcado en Teresa los autores de sus dias, explican hasta cierto punto su monomanía prematura. Eran los padres de Teresa buenos castellanos viejos, aficionados á leer portentos de santos, actas de mártires y relatos milagrosos: llevaban á misa á sus hijos todos los dias; á comulgar todos los domingos; á funciones devotas y religiosas frecuentemente. Doctrinábanlos en esa vida de encogimientos y rezos, que producia despues necesariamente el fanatismo ó la hipocresía.

Era Alonso de Cepeda un hombre muy de bien; aficionado á leer «buenos libros», segun las palabras de su hija; grave al par que cariñoso; dulce á la vez que rígido: su vida habiase deslizado tranquilamente durante su primer matrimonio: no tan reposada fué luego cuando contrajo segundas nupcias con la madre de Teresa; pues á causa de los cuidados que traen siempre consigo los hijos, en siendo muchos, fueron grandes los trabajos que pasó y las penalidades que le conturbaron. Doña Beatriz de Ahumada era señora de muy bello rostro, de muy excelente disposicion y entendimiento, de costumbres intachables, asaz devota de la Vírgen y de rezar el rosario, apacible, apesar de sus enfermedades casi contínuas, y muy amante, como todas las buenas madres, del bienestar de sus pequeñuelos; pero su temprana muerte agostó en flor las mejor fundadas esperanzas del esposo, y dejó sin direccion ni guia la enseñanza de sus hijos.

Penetrante, viva, aplicada Teresa, predominando en ella, desde los primeros años de su infancia, el espíritu de imitacion, ya á los seis resentíase de aquella educacion absurdamente ascética que la daban sus padres.

La lectura de las actas de los mártires, la hacía prorumpir en suspiros, formar proyectos, hacer votos y desear seguir el ejemplo que los bienaventurados le ofrecian.

Consecuencia y producto legítimo de aquel contínuo rezar, leer vidas de santos, presenciar martirios con la imaginacion, y oir hablar de felicidades celestiales para siempre, cosa que la pobre niña no comprendia entonces siquiera, fué el deseo vehemente que la acometió por irse á tierra de moros, para que, como á otros santos habia acaecido, le cortaran tambien la cabeza en defension de la fe de sus padres: empresa meritoria que le abriria de par en par las puertas del Empíreo celeste. Y de tal modo se imaginó que podian salir bien aquellas soñadas invenciones que fraguaba, que ni comió, ni durmió, ni bebió, ni reposó hasta que pudo conseguir que un hermanito suyo (ya de diez años cumplidos) prometiera acompañarla en su pueril expedicion. La buena niña daba indicios, harto tempranamente, de lo que habia de ser en edad más madura: una monja alucinada y andariega. Todo lo dispusieron los bellos infantes con sigilo y á hurtadillas. Convinieron en que una mañana, al despuntar de la aurora, dejarian la casa paterna y la noble ciudad de Avila, para pasar á tierra de moros...

Sepulcral silencio reinaba en la morada de Alonso Sanchez de Cepeda: dulcemente reclinado hallábase éste en los brazos de Morfeo: Beatriz de Ahumada, tal vez repasaria entre sus pecadores dedos, más por costumbre que por devocion, las cuentas de su rosario: los hermanos dormirian, bien ajenos de la travesura que iba á jugarles Teresa: los sirvientes reposaban: la claridad matinal empezaba á esparcir benéfica y suave luz sobre la encantadora naturaleza: las calles de Avila estaban desiertas en aquella hora: ni habia el temor de encontrar á un pariente ó un conocido, ni el recelo de topar con algun corchete ó alguacil, que pudiesen poner obstáculo á la realizacion del designio. La ocasion era propicia, la hora oportuna, el intento irrevocable; la suerte estaba echada, la puerta del corral abierta, los intrépidos infantes, con alguna cosilla para comer en los bolsillos, vestidos y dispuestos para el viaje; la naturaleza sonreia, el tiempo se iba, los instantes eran preciosos... ¿Qué hacer, pues? Lo que

procedia: pasar el Rubicon... y al Africa!!

Y dicho y hecho. Teresa y su hermano Rodrigo de Cepeda, (que así se llamaba el parvulito su acompañante) [2] saldrian por la puerta falsa del corral; atravesarian solitarias calles; inclinarianse probablemente ante la imágen de alguna Vírgen, de grosero modo pintada, ante la cual una lámpara no muy limpia reflejaria pálidos y débiles rayos de luz; saldrian al puente que estaba sobre el Adaja (Rubicon de Santa Teresa), y comenzarian á caminar por él esperando llegar en breve al término de su viaje y al cumplimiento de sus deseos. Pero el hado maléfico lo dispuso de otro modo. Sucedió, pues, que al tiempo que más resueltos iban los dos hijos de Alonso de Cepeda en sus propósitos infantiles, se les apareció como por ensalmo un tio suyo, el cual, viéndolos á aquella hora por tales sitios, y enterado circunstanciadamente del loco designio que llevaban, les reprendió como se merecian, y los condujo á casa de sus padres, donde, notada ya la falta de los niños, todo era confusion, llantos y exclamaciones. ¡Tal remate tuvo aquella pueril expedicion!

Algunos escritores sagrados han dado gran importancia á esta, que propiamente pudiéramos llamar, diablura de los pocos años; y áun la Iglesia católica, ya en la bula de canonizacion de la *Santa*, ya en el himno que ha puesto en el breviario romano el 15 de Octubre, enaltece hasta un punto ridículo tan infantil aventura. [3] Alfonso de Ligorio, en una novena que escribió en honor de la mística doctora, hace mencion especial de tal hecho, y pide al Dios de los cristianos que preste á su corazon amante algo siquiera de aquel poderoso fuego que consumia por instantes el corazon de Teresa. El Padre carmelita portugués Antonio de Santo Elyseo, de quien tendremos ocasion de hablar en otro capítulo, lleva á tal grado la pésima hipérbole que le era peculiar en sus sermones, que llega formalmente á asegurar que Teresa salió de las fronteras de España, y pisó el territorio infiel.

A pesar de estas ó parecidas ampulosidades, tenemos por cierto y averiguado que no debe tomarse en serio tal locura, tal niñería, tal delirio. Aquello no obedeció más que á un esfuerzo prematuro de imaginacion de la mujer en embrion, que tanto habia de so-

fiar, delirar y fingir [3] en las sucesivas épocas de su vida. Ni aquí debe elogiarse el intento, puesto que nadie ha de detenerse poco ni mucho en dar crédito á los desvarios de la puerilidad; ni aquí puede encomiarse el fin, porque Teresa ninguno tenia, ni se dejaba guiar más que por ridículo espíritu de imitacion; ni aquí, en una palabra, habia nada grande, ni sublime, ni siquiera hacedero. Fijando la consideracion en el momento mismo en que Teresa de Ahumada era conducida á la casa paterna por su buen tio, hallaremos una notable prueba de esta verdad. Reflexionemos lo que entónces pasaria. El padre, revestido de esa gravedad que tan bien sienta en los jefes de familia, reprenderia severamente á su hija: su buena y cariñosa madre, á quien la ausencia de aquel pedazo de sus entrañas, tenia como fuera de sí por la fuerza del pesar, entre sollozos y gritos de alegría, amonestaria dulcemente á Teresa, para que no cometiese otra imprudencia semejante: su tio, aquel buen tio que tuvo la suerte de encontrar á su sobrina en el puente del Adaja, tambien dejaria oir en tono de reconvencion su voz autorizada: sus hermanos se acercarian á Teresa para decirla cuán gran disgusto habia ocasionado á la familia: los parientes murmurarian de tal niñada: los sirvientes mirarian compasivamente á aquella infeliz que tan temprano empezaba á dar muestras de sus extravagancias y alucinaciones: algun mofletudo sacerdote ó monje que frecuentara la casa, pronunciaria sobre el caso algunas palabras melosas: en fin, tanto el vecindario como los conocidos se burlarian de aquel frustrado y pueril martirio. Todos, pues, juzgarian el hecho, como debian, como una simpleza ó ligereza á todas luces reprensible.

¡Y habrá todavía quien vea una accion heróica en lo que sólo fué una pequeñez despreciable! ¡Y habrá todavía quien recuerde como sublime acto, como producto de inspiracion divina, como grandeza de ánimo digna de alabanzas eternas, aquella insignificante y frívola niñería!

Ni fué esta la sola y única que cometió la santa en sus tiernos años; que hasta los doce siguió recorriendo el camino de las pueriles impertinencias. Verdad es que, despues del fracaso del viaje á Africa, no volvió á asaltarle la manía de irse con su hermano para ser

martirizada en infieles tierras; pero llevada todavía del espíritu de imitacion de lo que habia leido, entreteniase en «hacer ermitas» con piedrecillas en la huerta de su casa, siempre en compañía de Rodrigo; y tambien, cuando jugaba con otras niñas, formaba con ellas monasterios, como si fuesen monjas. [5] Era, pues, Teresa de Ahumada á los doce años una autómata, á quien movian los resortes de sus lecturas constantes de ascetismo, lo cual tenia introducida en su imaginacion la perturbacion más completa.

Prueba de que todo lo que hacia, decia ó pensaba sentir no era más que el producto de su desarreglo sensorial, cuando bastó que su madre muriera, y que su educacion se resintiese algun tanto de aquella aspereza casi cenobítica que ántes la comprimia, para que sus sentidos se inclinaran á otros objetos, no ya sagrados, sino completamente profanos. Todo dependia en Teresa de lo que hiriese más ó ménos intensamente sus facultades sensitivas. Mientras vivió su buena madre, fué exageradamente religiosa, porque tal era la educacion que de ella habia recibido. Cuando falleció su madre, estuvo en potencia propincua de convertirse en desvanecida doncella, porque las compañías que la rodeaban, tendian á sumergirla en el abismo horroroso del materialismo grosero.

No se crea que decimos una exageracion, no: sólo expresamos una verdad; sólo asentamos un hecho, que, en las mismas palabras de Teresa y de algunos de sus biógrafos, encuentra su comprobacion más cumplida y exacta. [6] No bien habia salido Teresa del duodécimo año de su vida perdió á su aún jóven y bella madre. Entónces quedó entregada á todas las furias del mundo. Su padre, persona de buenos sentimientos, de rancias preocupaciones de hidalguía, y rodeado de numerosa prole, [7] encontraria algunos obstáculos, por más que fuesen sus desvelos, para inspeccionar á cada momento la conducta de sus hijos, principalmente la de Teresa, tan engreida y tan maniática desde su delicada infancia. Consecuencia de esto fué, que aquella adolescente, que ántes siempre tenia en sus manos las actas de los *santos* mártires, se inclinara despues con una delectacion intensísima á repasar libros de caballerías. Y como en ella todo era imaginacion, así como ántes se entregaba á imitar á los mártires, dábase luego á imitar

el estilo de aquellos libros, el lenguaje amoroso de sus damas, y soñaba con apuestos caballeros, y vislumbraba un porvenir risueño entre el bullicio del mundo, y embriagábase al leer las aventuras voluptuosas de esta ó estotra doncella con aquel otro galan mancebo debajo del copudo álamo, ó en torno de la bulliciosa fuente, ó bien sentados á orillas de manso y plácido rio. Mecida dulcemente su imaginacion por tan frágiles ilusiones, no pensaba, no hablaba, no escribia nada que no se relacionara con el ideal que se habia formado. Por esto cayó en la tentacion de escribir algunos capítulos de un libro de caballerías, inventando aventuras y lances de amoríos, al modo de los que relataban las obras que tanto la seducian. Y la deduccion de todo esto era lógica, natural, tangible. Aquella adolescente, que ántes se dedicaba incesantemente á la oracion, al ayuno, al retiro, gustaba despues usar galas, parecer hermosa, ser adorada, oir frases aduladoras. Teresa de Ahumada se habia transformado: ántes todo espiritualidad; despues todo sensualismo. [8]

Y la transformacion era tanto más pronunciada y patente, cuanto más avanzaba en edad. A medida que su belleza física se perfeccionaba, su vanidad acrecia: á medida del adelanto de su pubertad, sentia más en sí el encendidísimo fuego de las tentaciones: á medida que se alejaba de leer portentos del Cielo, se aficionaba más ahincadamente á los pasatiempos mundanales. Prendiase cuidadosamente; ostentaba sayas costosas; collares y pendientes de valor la adornaban; primoroso corpiño ceñia su talle; vistosos chapines comprimian sus breves, delicados piés. «Comencé, dice la misma Teresa en el libro de su vida, á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas, por ser muy curiosa.» [9]

Portento de belleza Teresa de Ahumada á los quince años, expresion acabada de las gracias femeniles, discreta, inteligente, hechicera, sabiendo atraer las miradas y cautivar las voluntades, dominada por el mundanal amor, por vanidades é ilusiones consumida, por multitud de peligros rodeada, y sin el amparo de una buena madre que la condujese por el tortuoso camino de la vida, estaba expuesta á caer en esas faltas de irreflexion ó ligereza en que incurren generalmente

las doncellas, cuando obedecen ciegamente á sus caprichos, sin mancilla de su honra, aunque no sin tacha de su seriedad y menoscabo de su buen nombre.

Infatuada aquella jóven con la hermosura de su rostro, con la gallardía de su cuerpo, con lo privilegiado de su imaginacion, sin correctivo que la detuviese en el sendero de las vanidades, rodaba insensible y fatalmente hácia el fondo del precipicio de las pasiones. Entraban más de lo que debieran en casa de Teresa algunos jóvenes, primos suyos, poco mayores de edad que ella. «Andábamos siempre juntos (dice la misma *Santa*); tenianme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oia sucesos de sus aficiones y niñerías, NO NADA BUENAS; y lo que peor fué, mostrarse el alma Á LO QUE FUÉ CAUSA DE TODO SU MAL.» «Si yo hubiese de aconsejar (añade), dijera á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural ántes á lo peor que á lo mejor.» [10] Teniendo esto presente, se comprenderá que no podian ser de utilidad alguna aquellas continuadas visitas á la pobre desamparada hija de doña Beatriz. Abrigando aquellos mancebos pensamientos demasiado dados á los bullicios y dobleces del mundo, ellos vertirian, más de una ocasion, en el corazon de Teresa el veneno de sus disipaciones, locuras ó ensueños.

Y de aquel trato tan íntimo y tan frecuente, que exacerbaria la imaginacion de Teresa, no sabemos si resultaria algo bueno: lo que sí sabemos y podemos decir es que no era de esperar nada santo. Somos poco aficionados á formar conjeturas, y por tanto no nos detenemos en algunas observaciones que sobre aquellos tratos y visitas se nos ocurren; tratos y visitas en su mayor parte clandestinos, pues se verificaban á escondidas del padre y áun de los hermanos mayores; [11] pero es indudable que algunas faltas se cometerian en ellos. Jóvenes y adolescentes unos y otros, perturbada la imaginacion de Teresa con sus lecturas amorosas, irreflexivos, inexpertos, ¿qué podia esperarse de aquel choque contínuo de voluntades sobreexcitadas sino locas imprudencias?

La verdad es que la hija de D. Alonso de Cepeda estuvo agitada, desde sus catorce hasta sus diez y siete años, es decir, en la época más crítica de su mocedad,

por los furores de los peligrosos tratos, por las conversaciones imprudentes y por las malas compañías: ¿qué mucho, pues, que muchedumbre de peligros la rodearan?... [12]

Y no sólo eran malas compañías para la que luego habia de pasar plaza de *Santa*, la continuada visita de aquellos alegres jóvenes, sino que ni áun tenia la desdichada Teresa á su lado una persona que verdaderamente se interesara por separarla del camino torcido por do marchaba. Algunas parientas suyas entraban, sí, en la casa paterna; pero eran de conducta tan reprensible, que valiese más que nunca hubiesen pisado los umbrales de aquella morada. La misma Teresa confiesa que una de ellas, con la que principalmente se relacionaba, era de tan livianos tratos, que su madre habia procurado impedir que entrase en su casa, aunque no logró conseguirlo por ser tanta la ocasion que habia para que lo efectuase. [13] «A esta (parienta) que digo (son las mismas palabras de Teresa) me aficioné á tratar. Con ella era mi conversacion y pláticas, *porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y áun me ponia en ellas*, y daba parte de sus conversaciones y vanidades.... Mi padre y hermana sentian mucho esta amistad: reprendiánmela muchas veces: como no podian quitar la ocasion de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque MI SAGACIDAD PARA CUALQUIER COSA MALA ERA MUCHA. Espántame muchas veces el daño que hace una mala compañía; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer: en especial, en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querria escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera *me mudó esta conversacion, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno;* y me parece me imprimia sus condiciones ella, y otra que tenia la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacia me traia atormentada. *Con pensar que no se habia de saber, me atrevia á mu-*

chas cosas, bien contra ella y contra Dios.» [14]

Hemos copiado textualmente el desmazalado párrafo anterior de Teresa de Ahumada, para evitar que se diga que tergiversamos frases y copiamos periodos truncados con el fin de sacar luego deducciones caprichosas: ahí están sus mismas palabras: por su propio testimonio sabemos que su sagacidad para cualquier cosa mala era mucha; que, á consecuencia de sus tratos con su parienta y la otra que le acompañaba, y eran dadas á pasatiempos (de los que ella tambien gustaba), dejó de ser de natural bueno como ántes y no se conservó entera en la virtud; y, en fin, que aunque tenia temor de la honra, con tal de pensar que no se habia de saber, se atrevia á muchas cosas contra ella y contra Dios.

Algun escándalo, y no pequeño, debió originarse de aquellas peligrosas relaciones y parlerías, cuando por la misma *Santa* y por sus cronistas sabemos que proceder tan atolondrado no paró en bien. Pero, ¿cómo habia de terminar en bien, cuando por confesion del Padre Pedro de Rivera tenemos conocimiento de que aquella parienta tan liviana que solia aconsejarla, y su compañera, la fueron poco á poco haciendo semejante á ellas, «metiéndola en locuras y aficiones y conversaciones peligrosas?» ¿Cómo habia de terminar en bien, cuando consta, por las palabras del referido cronista, que, «aunque Teresa, como para todo tenia gran maña, buscaba mil invenciones para que su padre no sintiese sus tratos, ni su honra corriese riesgo, no pudo tanto que él no tuviese alguna sospecha y su buen nombre alguna nota?» [15]

Dícese que, cuando más engolfada se hallaba Teresa en las mundanales vanidades, Dios, (¡oh prodigio nunca visto ni pensado! ¡oh milagro sobre toda ponderacion inaudito!) tocó con su omnipotente dedo el corazon de la jóven, y convirtióla de irreflexiva en juiciosa, y de aficionada á las cosas del mundo en adoradora de las dulzuras del claustro. Sin embargo, creemos que los que tal sostienen, ó se engañan, ó tratan de embaucar á quienes los lean. Teresa de Ahumada no entró en un monasterio, porque este fuese su deseo ó su vocacion, á los diez y siete años, precisamente cuando estaba rodeada por todo género de alicientes y pasatiempos terrenos: Teresa de Ahumada ingresó en

un convento con sorpresa suya, forzada su voluntad, contrariados sus deseos, obligada, en fin, por circunstancias especialísimas.

Valgámonos de sus textuales palabras para más aclarar esto. «Al principio (dice, hablando de sus tratos con primos y parientas) dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debia ser suya la culpa, sino mia (alude á aquella parienta á quien el padre Rivera llama sin rodeos *tan liviana*); porque despues, mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba como á mí la aficion. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponia en él á mi padre y hermanos: de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese; aunque no pudo ser tan de secreto, *que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece habia tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que habia en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo;* y esto con tan gran disimulacion, que sola yo y algun deudo lo supo, porque aguardaron á coyuntura, que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien.... Los primeros ocho dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se habia entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad: traia un desasosiego que en ocho dias, y, áun creo en ménos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre;.... y puesto que yo estaba entónces *enemiguísima de ser monja*, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religion y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos.» [16]

Teniendo por cierto, pues, que *Santa* Teresa exageró mucho en su edad madura, ya casi cercana á la vejez,

(achaque de todos los viejos) las ligerezas é impremeditaciones que, por inexperiencia, cometió en su juventud; estando firmemente persuadidos, con el padre Rivera, de que «sus pecados no debieron de ser más que de ponerse ella á peligro de hacer algun pecado ó pecados graves con aquella conversacion y trato que tenia con algunas personas, por ser ellos, ó de poca edad ó de no mucha virtud, que fácilmente pudieran caer, y ella de su natural ser muy amorosa é inclinada á querer de véras á aquellos con quienes tenia amistad;» [1] y convencidos, por último, de que eran dictadas por una excesiva humildad, muy cercana al completo menosprecio de sí misma, esas afirmaciones de su gran ruindad y de sus enormes pecados, que con tanta insistencia hace, debemos sin embargo insistir, despues de copiar las mismas palabras de Teresa, en que no entró en un monasterio por inspiracion de Dios, ni por expreso deseo suyo; que ántes bien, *era enemiguísima* de ser monja, y áun encerrada en la casa de correccion donde la habia depositado su señor padre, no dejaba de sufrir tentaciones y desasosiegos mundanos, á consecuencia de sus aficiones amorosas.

Lo cierto del caso es que D. Alonso de Cepeda, enterado del peligro que corria el buen nombre de su hija, de lo cual tanto se murmuraria ya, determinó encerrarla en un convento. Era en aquellos tiempos lo procedente, y ya se ve que para esto no se necesitaba que ningun poder sobrenatural tocase corazon alguno, sino que hubiese un padre ó una madre lo suficientemente celosos para saber cumplir con sus sagrados deberes. ¿No era muy posible que, ya que no hubiese habido hasta entónces motivo de reprension grave contra Teresa, porque muchas veces la generalidad llama faltas en las jóvenes á lo que sólo es una ligereza inocente, resultado de la viveza de carácter, ó de irreflexion; no era muy posible, decimos, que alguno de aquellos jóvenes que frecuentemente la trataban, calavera tal vez, sin porvenir, se enamorase de Teresa, y pretendiera y soñara con ser su esposo, acaso con sencillo y puro agrado de la doncella, y que Alonso de Cepeda, sin temor á nada de lo que pudiese resultar contradiciendo á su hija, ó impidiendo la entrada en su casa á todos los que la habian convertido en albergue de pasatiempos, tomara por prudente consejo corregir

las irreflexiones de su hija, poniéndola bajo la férula de la priora de un monasterio?...

Que nuestras observaciones son fundadas, las mismas palabras de *Santa* Teresa lo persuaden. Dice ella en el libro de su VIDA, despues de hablar de sus vanidades y aficiones, que una cosa tenia que le parecia podia servir de alguna disculpa, sino tuviera tantas culpas; á saber: que «EL TRATO ERA CON QUIEN POR VIA DE CASAMIENTO PODIA ACABAR EN BIEN.» [18] Amarga reconvencion parece ésta en la que Teresa se duele de que se procediera con ella de modo tan severo, siendo tan puros y tan lícitos sus amores, y siendo posible llevarlos á dichoso término desposándola con el jóven que la adoraba. Y no ya amarga reconvencion, sino melancólica y temerosa defensa de sus amarteladas relaciones, son aquellas palabras en que dice: «informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios,» cuyas palabras, puestas inmediatamente despues de las en que aseveraba que «el trato era con quien por vía de casamiento podia acabar en bien,» semejan un como comento de lo dicho ántes, y se dirigen á dejar fuera de duda que, si hubo conversaciones y devaneos peligrosos, que si se llegó á declaraciones amorosas, y se concibieron castas ilusiones de casamiento, en nada creia con ello Teresa menoscabada su honra; ántes juzgaba que aquel remate hubiese sido el más conveniente para que todo concluyese en bien. Y ciertamente hubiera sido esto lo mejor: muchos padecimientos físicos y morales se habrian ahorrado así á la contrariada y pobre doncella.

Sin embargo, por más que deploremos la suerte de Teresa, condenada á ver muertas sus risueñas esperanzas en la época más hermosa de la vida, no debemos ser excesivamente rigorosos al juzgar el proceder de D. Alonso de Cepeda. Era padre; queria la felicidad de su hija; amábala con delirio; pero debió de sufrir grandemente al tener noticia de las ligerezas de Teresa, y esto le hizo adoptar la determinacion que sabemos, más bien ocasionada por las irreflexiones de la adolescente que por las severidades del anciano. Procedia éste al fin como herido en su buen nombre, como custodio de su honra y la de su hija, como quien queria acallar, con un correctivo oportuno, las habli-

llas de la gente desocupada ó maliciosa. Por eso depositó á su Teresa en el monasterio de Santa María de Gracia, de la Orden de San Agustin (Avila), donde se criaban personas semejantes, para que estuviese allí como seglar, y cuidadosamente vigilada para poner término á las pasadas locuras. Harto trabajo costó esto, que estaba muy arraigada entónces en su corazon la semilla de las vanidades; pero como no habia lugar para que llegasen á ella los recaudos de fuera, ni podia tampoco guiarse por sus propias inclinaciones, «presto se acabó» todo, como ella misma, con cierta dulce amargura, confiesa. [19] En aquel asilo permaneció por espacio de año y medio; pero cuando contaba los diez y ocho de su edad fué forzoso á su padre sacarla del monasterio, porque la jóven se hallaba acometida de una enfermedad grave; enfermedad que tomaria, como veremos más adelante, proporciones colosales, y en cuya causa influyeron principalísimamente las contrariedades que sufrió, no sin razon por parte de su padre, en sus aficiones amorosas.

Salió Teresa de aquel correccional monasterio casi con tan vanos pensamientos como habia entrado, [20] resultando de esto que se declarara en ella una intensa afeccion moral, que no la dejaba un momento de sosiego. Desde que se alejó del convento de Santa María de Gracia hasta que cumplió los veinte años, estuvo, ya en casa de su padre, quien la vigilaba con cuidado exquisito, ya en un lugar próximo á Avila, en compañía de una hermana suya, [21] en aquel sitio casada, ya tambien en Hortigosa al lado de un hermano del autor de sus dias, cuyo tio dicen que era gran aficionado á leer libros de santos, y trató de inocular en Teresa ese emponzoñador virus, con el fin de que olvidara sus diversiones terrenas; si bien esto, por el pronto, fué dificultoso, pues Teresa no era en aquella edad muy amante de lecturas devotas. [22]

Es de sospechar que, enterados tanto la hermana como el tio paterno de lo que sucedia á Teresa, y deseando poner remedio á los padecimientos morales y áun físicos que la agobiaban, procurarian en muchos casos (y áun así lo harian) hablar con D. Alonso para ver de orillar las dificultades que pudieran impedir las honestas relaciones amorosas entre la jóven y su rendido adorador; pero es de sospechar tambien que D. Alonso

escucharia siempre aquellas embajadas inoportunas como ruidos desagradables, y no querria jamás acceder ni á lo que la amada hija ni el querido hermano pidieran. ¿Por qué? Por la sencilla razon de que, el padre que por ligerezas de su hija la habia recluido en un monasterio, como por vía de correctivo, no podia tolerar que aquel jóven, que habia sido el orígen de tal determinacion y la causa eficiente de las hablillas del público, se uniese con los vínculos del matrimonio á su Teresa, ni continuara frecuentando su, hasta entónces, intachable casa.

Viendo, pues, la encantadora jóven que la negativa de su padre era superior á sus confusas aspiraciones, contrariada en sus deseos, cerrados por completo los caminos de sus ensueños juveniles, hizo de la necesidad virtud, siguió los consejos de su buen tio, leyó con algun más gusto que ántes libros devotos, y despues de batallar durante varias semanas con sus tentaciones, su cariño filial y los halagos del mundo, concluyó un dia por huir de casa de su anciano padre, y encerróse, como monja calzada, en el convento de la Encarnacion de Avila. [23] Su romántico amor profano trocóse de pronto en romántico amor religioso.

Y hé aquí cómo por un acto de despecho, de voluntad violentada, y de desplacer mundanal, tenemos ya á Teresa hecha monja!

¡Pobre monja!

CAPÍTULO II.

LAS ENFERMEDADES

El histerismo es por excelencia la enfermedad del desórden.

(MONNERET).

Vamos á escribir uno de los principales capítulos de esta obra. Y decimos uno de los principales, porque las enfermedades de Teresa de Ahumada, de las que en él hemos de ocuparnos, influyeron poderosísimamente en el organismo de la pretendida *Santa*, durante toda su vida; y es preciso hacer un estudio minucioso, en cuanto nos sea dable, de cada una de ellas, para que no se tomen luego por exageraciones malévolas nuestras deducciones lógicas, precisas, claras.

Sabido es que la verdadera medicina estaba en su infancia en España por los tiempos en que vivió Teresa de Jesús. Algun que otro médico notable brillaba por su saber ó por su acierto en curar determinadas enfermedades en casa de los grandes ó en los palacios de los príncipes ó de los reyes; pero en general, nuestra patria carecia de buenos profesores de medicina. Enfermedades que luego los adelantos científicos han clasificado, modificado ó hecho más llevaderas, no encontraban entónces explicacion en los diagnósticos de los alumnos de Hipócrates. Las afecciones al corazon, las convulsiones, los vértigos, la melancolía en todos sus grados, recurriase entónces para su extirpacion, ó suavizar al ménos sus perniciosos influjos, ántes al escapulario, á la señal de la cruz, á la aspersion del agua bendita, á los padre-nuestros y ave-marías, á las reliquias

de algun santo, ó á la intercesion del benéfico ángel de la guarda, que al médico, cirujano, ó físico que en aquellos tiempos le llamaban.

La demencia sabido es como se curaba. Si tenia el pobre enfermo la suerte de no padecer accesos demasiado coléricos ó extravagantes, todo lo que podia esperar era estar encerrado herméticamente en una jaula de hierro. Si el paciente era loco rematado, como suele decirse, allá le esperaban las estúpidas correcciones de algun ignorante mozo, quien se encargaba de concluir con la enfermedad y con el doliente á fuerza de continuos latigazos. La casa de Orates mejor instituida en aquella época de obcecacion, era la del Nuncio en Toledo, y notorio es á las personas ilustradas que el trato que allí se daba á los albergados, por necesidad ó á la fuerza, no tenia nada de edificante ni de benévolo. Nuestro siglo, que en todo ha superado á los anteriores, ha sabido establecer en España una casa-modelo en este género, que puede competir con las mejores de otras naciones, para eterna mengua de la edad pasada y de sus médicos, quienes no comprendieron que la locura se extirparia mejor con dulces tratamientos que con procedimientos brutales. Cervántes, que en esto como en todo, pensó siempre con la inteligencia de los siglos libres, de los siglos de ilustracion, de los siglos de adelantos morales ó materiales, ya indicó ingeniosamente en su época que era un contrasentido el modo de curar la demencia que tenian los médicos sus contemporáneos. El establecimiento de San Baudilio de Llobregat en Barcelona, da la razon á Cervántes, y es un acta de acusacion formulada contra esos facultativos que algunos decantan tanto en los siglos XV y XVI, creyéndolos otros Celsos ó Galenos, cuando en realidad sólo eran sabios en el camino de las rutinas.

La histeria ó histerismo, que generalmente llamamos, era una enfermedad que pocas veces acertaban á curar, ó que por rareza comprendian, los médicos de aquella época, fanáticos en cierto modo como los clientes que los favorecian, como los pueblos en que se hallaban, como los príncipes que les otorgaban su proteccion, ó los confesores y monjes que los embaucaban con sus delirios. Afeccion el histerismo que estriba muy especialmente en una enfermedad del útero y del ovario, por más que muchos autores atribuyan la causa

de este desorganizador padecimiento y coloquen su asiento en el sistema nervioso cérebro-espinal, eran demasiado pudibundamente hipócritas las costumbres de aquellos tiempos, para que los profesores de medicina pudieran decir francamente (caso de saberlo) á las pobres atacadas dónde estaba el orígen del mal que sufrian, cuál era su principal motivo, de qué modo se habia presentado en ellas el fuego de la histérica destruccion, y de qué forma podian hallar el deseado remedio.

Hase sostenido, y aún sostiénese con gran razon por muchos autores, que la continencia forzada ó no, produce en los organismos delicados el histerismo, citándose ejemplos de mujeres que lo han padecido en la época de su pubertad, así como es harto frecuente en las esposas del Señor y en las viudas. Admitido está tambien que no se muestra esa enfermedad sino por rareza en las mujeres casadas, ó en las que lícita ó ilícitamente satisfacen las exigencias de la naturaleza, entregándose con moderacion al goce de los placeres venéreos.

Y he aquí por qué motivo esta enfermedad, caso de ser conocidos sus efectos, no podia ser curada en aquella época.

¿Qué doctor, ó físico, ó como quiera llamársele, se habria atrevido á declarar entónces á la paciente, con lisura y llaneza, el remedio que necesitaba? ¿Diria el médico á una recatada doncella de aquel tiempo, fanatizada por la religion, que si entraba en el claustro sus males acrecerian, su desórden físico tomaria doble incremento, y su vida seria un constante periodo de delirios, de tentaciones impuras, de ridículos antojos, y de amores exagerados, que concluirian por un desarreglo total y por una aguda enfermedad incurable? ¿Se hubiera aventurado el mismo divino Vallés á decir á una monja que sus éxtasis, que sus apariciones, que sus risibles teomanías, sólo se fraguaban en el arsenal de su contrariada voluntad física, y en el forzado completo reposo de las funciones sexuales? ¿Hubiera osado el profesor más ilustre de la Universidad de Salamanca persuadir á una viuda, á quien el histerismo hacia tener incesantemente el rosario bendito entre sus dedos pecadores, que era preciso que saliese de aquella somnolencia sagrada en que quedara como sumergida?..

Sucedia, pues, de este modo, que unas veces por ignorancia de los médicos contemporáneos, otras por condescendencia nunca bien reprendida, y algunas por falta de personas que supieran algo de verdadera medicina en determinados pueblos ó comarcas, las enfermedades se clasificaban, curábanse, ó hacianse más ó ménos pasajeras, más ó ménos graves, segun el espíritu de supersticion predominante en cada localidad, en cada casa ó en cada familia.

¿Atacaba á una doncella, que deseaba entrar monja, un terrible síncope?—Pues esto bastaba para que, viéndola inmóvil el físico de la aldea, y notando que volvia en sí algunas horas despues, asegurase que debia de haberse estado recreando con el que iba á ser su regalado esposo, el resplandeciente Jesucristo, sino era que la ya presunta santa, adelantándose cuidadosamente, sostenia haber visitado los Elíseos campos, las oscuras mansiones del Tártaro y las alquitranadas regiones del Averno, sin dejar de haber visto, en toda su gloriosa é indefinible esplendidez, á cada una de las personas de la Trinidad beatífica.

¿Estaba acometida esta ó la otra abadesa de una agudísima histeria? ¿Tenia en desarreglo sus facultades sensoriales? ¿No procedia lógicamente en sus acciones y obras?—Pues era que Dios la favorecia en extremo, que era una predilecta hija del Altísimo, que no pertenecia á este mundo, que se hallaba en comunicacion directa con el Cielo, que volaba sin alas, sin comer se mantenia, sin dormir descansaba, y, en suma, que estaba reclinada en un hermoso, sabrosísimo y deliciosísimo éxtasis, con un santo incomprensible transporte, embargadas sus potencias, con un encendimiento de espíritu soberano.

¿Se desmayaba en público una monja?—Era que Dios queria ensalzar manifiestamente á su sierva. ¿Se caia por una escalera?—Era que el demonio la tenia envidia, y procuraba su mal. ¿Se la perseguia como falsaria?—Era que Dios queria probar los quilates de su constancia humildosa. ¿Gritaba, saltaba, decia frases inconexas, desvariaba, tenia desencajados los ojos, contraidos espasmódicamente los músculos, titilaban sus dientes?—Pues esa pobre mujer era una energúmena, y á la Inquisicion con ella, que allí sabrian curarla ra-

dicalmente, aplicándola el usual y estúpido cauterio de la hoguera.

¡Tal era el triste, tristísimo papel que la medicina representaba en los tiempos de Cárlos V y de Felipe II en la nacion española!

Y estas consideraciones, que tan aplicables son á la situacion precaria de la ciencia de Esculapio en las grandes poblaciones, tórnanse sumamente desconsoladoras, si apreciamos el asunto concretándonos á lo que sucedia en las pequeñas ciudades, en las villas, aldeas y caseríos de la nacion que en dos mundos imperaba.

En las capitales de primero y áun de segundo órden, que ahora llamamos, todavía se solian encontrar, si no Vallés divinos, ni eruditos Lagunas, ni Huertas ilustrados, al ménos adocenados físicos, que aunque no sirviesen más que para acrecer el número de la mortandad, pasaban con todo por médicos; pero en las poblaciones más inferiores, y especialmente en aquellas provincias de España donde hay casi tantos pueblecillos como familias, la existencia de la medicina era tan imperceptible que raramente se notaba su vitalidad. Acaecia, por regla general, en esos pequeños centros de poblacion que los zahoríes, las mellizas, las hechiceras y algun que otro sangrador ó cirujano del pueblo, se encargaban de desempeñar, áun en las más agudas y rebeldes dolencias, la sagrada mision con que debiera cumplir un ilustrado y práctico médico. El resultado de esto estaba patente. En tales pueblos las enfermedades se curaban, no por idoneidad médica, sino por feliz casualidad; aunque en la mayoría de los casos terminaban del modo más horrible y funesto, á consecuencia de la misma falta de asistencia facultativa.

Nosotros, en un reciente viaje, hemos tenido ocasion de observar cuán tardío se presenta el progreso en algunos pueblos de Castilla la Vieja. Hemos recorrido las provincias de Avila y de Soria, y prácticamente podemos afirmar que la medicina ha adelantado bien poco en aquellas comarcas españolas. Particularmente en todos los pueblecillos que visitamos en la provincia que encierra las ruinas de Numancia, hemos nótado unas costumbres patriarcales ridículamente exageradas, una supersticion demasiado inexplicable ya hoy, un ascetismo que frisa con la locura en algunas familias, y un sistema curativo que nos hizo recordar mu-

chas veces á aquellos *dichosos* médicos a quienes Tirso, Lope de Vega, y el autor del *Gil Blas de Santillana* saben dar, en sus composiciones dramáticas y en sus sátiras, el merecido premio de su ignorancia.

Allí no predominan, ni tal vez se conocen (seguimos hablando de las aldeas, villas y pequeños centros de poblacion) ni los sistemas alópatas ni homeopáticos. Allí se asiste por acaso, se acierta con la enfermedad por fortuna, y se curan muy pocos padecimientos como tengan el menor carácter de gravedad, ó exijan cualesquier desvelos por parte de la ciencia. Allí, por último, los médicos, caballeros en algun eminente mulo ó en algun trabajado rocin, tardan horas y horas para llegar á la casa del paciente, no siendo raro que encuentren en la eternidad á aquel enfermo á quien iban á ofrecer, no nada cuidadosos, sus indispensables servicios.

Aplicable es lo anterior á los pueblos de la provincia de Avila que hemos recorrido, y especialmente á los mismos lugares donde *Santa* Teresa estuvo curándose al principio de su enfermedad: Castellanos de la Cañada, Hortigosa, Becedas y otros.

Si la medicina, pues, se encuentra hoy; es decir, casi al concluir el siglo XIX en aquellas provincias españolas en tal grado de retraso, ¿cómo no se hallaria en los tiempos de *Santa* Teresa; esto es, casi á los principios de la edad moderna? Tengamos muy en cuenta esto; que ha de servirnos bastante para resolver el problema de las enfermedades de la monja de Avila, de lo cual vamos seguidamente á ocuparnos.

Algunos descontentadizos no llevarán á bien que pretendamos estribar todas las exageraciones religiosas de Teresa en sus padecimientos físicos, y seguramente no habrá de faltar alguien que destemplada y neciamente nos injurie por querer propagar estas nuevas ideas, cuando tan admitido ha estado hasta ahora lo que tuvieron por conveniente referirnos los cronistas de la pretendida *Santa*. Pero lo mismo las displicencias sensibles de los unos como las despreciables diatribas de los otros, serán siempre altamente extemporáneas; porque ni la odiosidad nos guia, ni la sistemática oposicion nos induce, ni vanidad mezquina nos mueve al escribir este libro, ni la certeza quedará jamás empañada ante nuestra sinceridad reconocida. Mó-

viles elevados nos impulsan; nobles propósitos nos animan: designios santos de enaltecer la ciencia y de abatir las farsas; esclarecimiento de verdades y confusion de ficciones.

Ni pretendemos hacer odiosa á Teresa de Ahumada como monja, ni queremos, ni debemos, ofrecerla al criterio del lector como conjunto de imperfecciones: achacar á irreflexiva temeridad ó á indiscreta ligereza nuestras observaciones, seria sumamente injusto, hasta el punto de tocar en los límites de la mala fe. En su cualidad de santa é inspirada de Dios, quisiéramos poder creer, para sublimar á Teresa: en su cualidad de fundadora, anheláramos encomiarla: en su cualidad de mujer ambiciosa y de pasiones fuertes, la encarecemos; pero, para ser justos, es preciso que no dejemos pasar desapercibido ninguno de los pormenores que puedan descifrarnos el enigma de su dolorosa vida, y ofrecernos el misterioso hilo de sus arrebatados actos, y presentarnos, tal cual ella fué, por medio de un exacto ensayo esterotípico, la imágen real de su existencia borrascosa.

No vamos, pues, á formar, como opinarán algunos, un catálogo de enfermedades á nuestro capricho para explicar sus sobrenaturales actos, no: lo que vamos á hacer es á patentizar las causas de sus padecimientos cerebrales y nerviosos, á demostrar qué crédito merecen sus delirios, y á manifestar de un modo terminante, y con el propio irrecusable testimonio de sus palabras, que *Santa* Teresa sufria cruelísimos males físicos. No partimos de nuestra voluntad exclusiva para luego establecer caprichosamente un principio: el principio de la afeccion ó afecciones de la monja: indagamos ántes el motivo y despues sentamos la deduccion. Nadie, pues, podrá censurarnos con justicia al proceder así.

Algunos historiógrafos sagrados, entre ellos el Padre Rivera, tratan de sostener en los primeros capítulos de sus obras que Teresa de Ahumada no padecia enfermedades de esas que pueden poner en duda la certeza ó la eficacia de las revelaciones y arrobamientos; pero como que sólo emitian una falsedad para fundamentar sobre ella el deleznable edificio de sus exageradas creencias religiosas, de aquí que ellos mismos, en otros capítulos de sus trabajos, se contradigan, ó queden refutados

por la misma confesion de la *Santa* madre, ó de algun no tan cuidadoso cronista.

Así, por ejemplo, notamos una contradiccion evidentísima entre Rivadeneira y Rivera, jesuitas entrambos. El primero atestigua que Teresa de Ahumada estaba cargada de enfermedades, porque era muy molestada del mal de corazon, del dolor de ijada, y de perlesía y otros achaques, y que por espacio de cuarenta años sufrió graves padecimientos y dolores continuos, «nacidos de tanto desconcierto y desproporcion que tenia en los humores.» [24] El segundo sostiene, si bien luego se rebate él mismo lamentablemente, que Teresa tenia un muy sano y agudo y asentado juicio, una muy alegre y apacible condicion, y una complexion muy buena. [25]

Ya decimos que el jesuita Rivera se refuta luego á sí mismo, escribiendo en otro capítulo que la madre padeció desde su mocedad grandes enfermedades. [26] Pero áun cuando así no lo hubiera confesado, el estudio minucioso que hemos hecho de las obras de *Santa* Teresa y de las á ella concernientes, bastaria para patentizar la razon con que sostenemos que multitud de padecimientos, á cual más agudos, torturaron aquella delicadísima complexion física.

La afeccion más grave que atormentó á la *Santa* fué esa terrible neurosis cerebral y ganglionar, tan poco conocida entónces, y que llamamos el histerismo. Infinitos datos comprobarán nuestra fundada asercion.

No hay uno siquiera de los prodromos, desarreglos y funestas consecuencias de la enfermedad que padeció Teresa, y que no supieron nombrar sus cronistas, ó por ignorancia ó por malicia, que no esté conforme con lo que los autores de patología dicen del histerismo. [27]

Enuméranse entre los síntomas de esta neurosis, dolores de cabeza, vértigos, vómitos, manías, jaquecas violentas, irritabilidad, tristeza, ganas de llorar, melancolía, temores, curvatura, contracciones, calambres, impaciencia, sueños agitados, ensueños y otros desarreglos intelectuales ó físicos. Era idénticamente lo que pasaba á Teresa en todos sus accesos, y especialmente desde que su enfermedad se hizo crónica.

Dejemos á la misma monja hacer el diagnóstico de su padecimiento. «Algunas veces me da gran pena (dice) por haber de tratar con nadie, y me aflige tanto,

que me hace llorar harto, porque toda mi ansia es por estar sola, y aunque algunas veces no rezo ni leo, me consuela la soledad; y la conversacion (especial de parientes y deudos) me parece pesada, y que estoy como vendida, salvo con los que trato cosas de oracion y de alma, que con estos me consuelo y alegro, aunque algunas veces me hartan y querria no verlos, sino irme adonde estuviese sola. (Tristeza, ganas de llorar.) Otras veces me da gran pena haber de comer y dormir, (manías) y ver que yo, más que nadie, no lo puedo dejar. Viénenme algunos dias, aunque no son muchas veces, y dura como tres ó cuatro ó cinco dias, que me parece que todas las cosas buenas y fervorosas y visiones se me quitan, y áun de la memoria, que aunque quiera no sé que cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, ó á lo ménos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. (Curvatura, contracciones, palpitaciones, cefalalgias, lipotimias, hipocondría.) Túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. (Sueños agitados, ensueños.) Si leo no lo entiendo; paréceme estoy llena de faltas, sin ningun ánimo para la virtud; y el grande ánimo que suelo tener queda en esto, que me parece á la menor tentacion y murmuracion del mundo no podia resistir. Ofréceseme entónces que no soy para nada, que quién me mete en más de en lo comun: tengo tristeza; paréceme tengo engañados á todos los que tienen algun crédito de mí; querriame esconder donde nadie me viese: no soledad para virtud, sino de pusilanimidad. (Monomanía, melancolía, impaciencia.) Otras veces me ha acaecido cuando me dan estas ansias, querer hacer penitencia, mas no puedo. Esto me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por flaqueza de mi cuerpo. (Debilidad, jaqueca violenta.) Paréceme querria reñir con todos los que me contradijesen. (Irritabilidad). [28] Yo era temerosa en extremo (temores), y ayudábame el mal de corazon, que áun en una pieza sola no osaba estar de dia muchas veces. [29] Aunque sané de aquella enfermedad tan grave, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes, aunque de poco acá no con tanta reciedumbre; mas no se quitan de muchas maneras. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de mediodía me

acaecia no poder desayunarme: algunas veces, más tarde: despues acá que frecuento á menudo las comuniones, es á la noche, ántes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle (vómitos) con plumas y otras cosas, porque si lo dejo es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazon; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde. [30] Los arrobamientos (¡arrobamientos llamaba la madre á los ataques histéricos!) han crecido, porque á veces son con un ímpetu, y de suerte, que sin poderme valer exteriormente, se me conoce; y áun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular sino con dar á entender, como soy enferma del corazon, que es algun desmayo (vértigos): aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.» [31]

Para completar el cuadro de síntomas característicos de la histeria, añadamos á lo dicho por la *Santa* lo que escribe el Padre Rivera, despues de ocuparse de lo aseverado por ella misma. «Hartas enfermedades (son sus palabras) la duraron hasta el fin de su vida, como mal de corazon, dolor de ijada, un temblor recio (calambres) que á tiempos la daba en la cabeza, y en el brazo, y á veces en todo el cuerpo.» «Cinco horas la estuvo una vez apretando el demonio (el demonio no era otro sino la rebelde afeccion histérica) con tan terribles dolores, y tanto desasosiego interior y exterior, porque estaba dando grandes golpes con el cuerpo, y brazos, y cabeza, sin poderse resistir (convulsiones), que la parecia no podia sufrir ya.» [32]

Desde su pubertad apareció con intensidad el histerismo en la monja, á consecuencia de las mismas contrariedades amorosas que sufrió, una de las causas ocasionales de neurosis tan terrible. Y como que lo que indujo á *Santa* Teresa á meterse monja, fué sólo su desventura en los amores, y aquella monomanía que, una vez hastiada del mundo, la convirtió en lectora é imitadora de vidas de santos, añadiéndose á esto el desarreglo físico que á causa de la histeria la acometió no bien pudo ser conceptuada como púber, todos los males inherentes á afeccion tan desorganizadora, se recrudecieron desde el momento en que, para olvidar las cosas de la tierra, únicamente procuró mirar extática

las cosas del Cielo. Por eso en el primer año que estuvo en la Encarnacion de Avila, como periodo de prueba, como tiempo de expiacion, que le recordaba sus ilusiones mundanales de ántes, y le ponia en su presencia, como para torturar su alma, los desengaños presentes y las nebulosidades no muy halagüeñas del porvenir, sufrió indecible y horrorosamente. Las enfermedades que le eran como innatas, tomaron incremento entónces: tenia recios desmayos: el mal de corazon, las palpitaciones, las lipotimias, los síncopes, acometianla con gran furor y frecuencia. «La mudanza de la vida y de los manjares (dice la misma Teresa) me hizo daño á la salud. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponia espanto á quien lo veia, y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harto mala salud.» [33]

Y á tanto llegó la intensidad del mal, que el padre de la presunta *Santa*, viendo á su hija tan agobiada por graves dolencias, y despues de haber experimentado que los médicos de Avila eran impotentes para remediarlas, [34] determinó sacar á Teresa del monasterio, y llevarla á un lugar llamado Becedas, «donde habia (dice con mucha gravedad un gravísimo cronista) una mujer que curaba muchas enfermedades.» [35]

La curacion quísose llevar á cabo por la Hipócrates con saya, con lo cual quedó bien malparada la ciencia médica; pero el fanatismo y la excesiva credulidad en ridiculeces de aquellos tiempos llegaban á tal punto, que ni los médicos, si dignos de tal nombre eran los que entónces habia, acertaban á conocer ni tratar adecuadamente las afecciones histéricas, ni los padres, hermanos ó familias comprendian que aquellas mujeres curanderas no eran sino miserables embaucadoras y bellacas. Recordamos esto para que se vea que lo que hemos dicho, algunos párrafos ántes, al ocuparnos de la medicina en general, y en particular de la que se practicaba, y aún practica en muchos pueblos de Castilla la Vieja, no se funda sino en la verdad más estricta, y en los más detenidos estudios sobre asunto tan enojoso.

Algunos meses estuvo Teresa curándose en Becedas, con resultado por cierto bien triste, como no podia ménos de suceder. «Estuve en aquel lugar (dice ella) tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué

más recia que pedia mi complexion: á los dos meses, á poder de medicinas, me tenia casi acabada la vida; y el vigor del mal de corazon, de que me fuí á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecia con dientes agudos me asian de él, tanto que se temió que era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podia comer, sino era bebida de gran hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habian dado una purga cada dia) estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que dia ni noche ningun sosiego podia tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer (á Avila) mi padre, adonde tornaron á verme médicos: *todos me deshauciaron, que decian, sobre todo este mal, estaba ética.* De esto se me daba á mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en mi ser desde los piés hasta la cabeza, porque de nervios son intolerables, segun decian los médicos; y como todos se encogian, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaria más de tres meses, que parecia imposible poderse sufrir tantos males juntos.» [36]

Por tantos dolores físicos atormentada Teresa; torturado su espíritu por tan intensas causas morales; perdidas todas sus plácidas anteriores esperanzas, y convertida su vida en un eterno horrible padecer, la fatal neurosis, declarada desde que entró en el convento de nuestra Señora de Gracia, llegó á su periodo de gravedad despues de tantas curas absurdas, iniciándose una serie de violentísimos ataques que pusieron en peligro su existencia. Dióla el primero el dia 15 de Agosto de 1537; y á fin de cotejar la descripcion que la misma *Santa* hace de él con las explicaciones científicas, empezamos por copiar textualmente sus palabras, que son éstas: «Vino la fiesta de nuestra Señora de Agosto, que hasta entónces, desde Abril, habia sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que, aunque sea de tan católico padre y tan avisado, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin

ningun sentido cuatro dias, poco ménos: en esto me dieron el sacramento de la Uncion, y cada hora y momento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Tenianme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar: clamores y oraciones á Dios muchas: bendito sea Él, que quiso oirlas, que teniendo dia y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí... Quedé de estos cuatro dias de parasismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentia en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que áun el agua no podia pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, sino me meneaban: sólo un dedo me parece podia menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no habia cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenia, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traia temor me habia de faltar la paciencia; y así quedé muy contenta de verme tan sin agudos y continuos dolores, aunque á los recios frios de cuartanas dobles, con que quedé, recísimas, los tenia incomportables: el hastío muy grande. Dí luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenia: ya digo que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios.» [37]

Alabémosle tambien nosotros por haber terminado de copiar párrafo tan ramplonamente escrito, y tan plagado de impertinentes repeticiones, y veamos qué

pensaba Santa Teresa y qué dijeron ella y sus piadosos cronistas y confesores, sobre el violento ataque referido. *Santa* Teresa creia buenamente que todo lo que le habia acaecido era cumplimiento de la voluntad de Dios: aquel largo parasismo juzgábalo como un aviso celestial para que enmendase su vida, para que se despojara de todas sus antiguas vanidades, y entrase de lleno en el camino de la penitencia para subir al sumo grado de la perfeccion. [38] El Padre Domingo Bañes, varon de gran ciencia teológica en aquellos tiempos, confesor de *Santa* Teresa, predicando el año de 1587 en una fiesta de los Padres descalzos carmelitas, enalteciendo los singulares favores con que Dios habia distinguido á la monja de Avila, dijo que, en aquellos dias que estuvo como muerta, la mostró el Señor [39] el infierno; y el Padre Rivera asegura haber oido de personas de mucha autoridad y religion, á quienes él daba gran crédito por conocer que eran personas amigas de verdad, y afirmar haberlo sabido de boca de la misma madre, que ésta, al recobrar sus facultades sensitivas, comenzó á lamentarse de que la hubiesen despertado, pues estaba en el Cielo, y habia visto el infierno, añadiendo á esto otras cosas no ménos sorprendentes; á saber, que su padre y una monja de la Encarnacion, amiga suya, de nombre Juana Suarez, se habian de salvar por su medio; que vió los monasterios que, andando el tiempo, habia de fundar; que supo las almas que habian de ir al Cielo mediante sus oraciones; y que habia de morir *Santa*, y su cuerpo, ántes de enterrarlo, habia de estar cubierto con un paño de brocado. [40]

¿Qué ha de decir de semejantes dislates la sana crítica? La razon, la lógica, el mismo sentido comun ¿no persuaden por ventura que tales desatinos sólo pudieron tener orígen, ó en una piadosa suposicion, ó en un fanatismo risible? ¿Qué necesidad de atribuir aquel grave paroxismo á disposicion divina para fines especiales? ¿A qué esa mezcla grotesca de lo divino y lo humano? La verdadera ciencia médica, y la experiencia profesional é ilustrada, para nombrar y explicar el ataque de Teresa, no necesitarán nunca bajarla á los infiernos ni subirla á la Gloria; ni tendrán precision de hacerla profetisa ni atribuirle soñada inspiracion celeste: por medios más llanos y naturales lo declararán. Todas las obras de patología presentan multitud de casos prácti-

cos que tienen perfecta analogía con el ataque que experimentó Teresa: y sería harto ridículo pretender ya hoy, cuando los adelantos científicos por todas partes esparcen la luz hermosa de la verdad, que el parasismo de la *Santa* debia de explicarse por causas sobrenaturales, cuando los paroxismos que acometen á infinidad de enfermas histéricas en nuestra época, atormentadas por los mismos estados morbosos que la monja carmelitana, se atribuyen, como es razon, á causas puramente fisiológicas y naturales, sin intervencion alguna de demonios ni de Dioses. Y con efecto, ¿qué se ve ni nota en la enfermedad de Teresa que no pueda hallar su explicacion en las obras de medicina? ¿Qué de especial en ella que no se encuentre en los tratados de enfermedades del sistema nervioso? Hemos visto nacer la afeccion histérica de Teresa, á consecuencia de sus contrariedades amorosas, de sus pesares, de sus acerbos padecimientos morales: hémosla visto luego desarrollarse, tomar incremento, llegar á un periodo grande de intensidad, amenazar su vida: y hemos visto, por último, que neurosis tan terrible, en vez de ser atacada con oportunidad y eficacia desde su comienzo por médicos prácticos é ilustrados, quísose remediarla con medicamentos propinados por el charlatanismo curandero mujeril, con cohibiciones absurdas y con un método de vida contrario en un todo á lo que exigia su estado delicadísimo, con un método de vida completamente anti-higiénico. En especial, las curas á que la sometió la embaucadora de Becedas, empeoraron sobremanera su situacion aflictiva; y ¿cómo no, cuando la ciencia médica moderna, por boca de uno de sus más sabios representantes, el Dr. Niemeyer [4] enseña que «cuando el histerismo ha sido provocado por influencias morales, y, á pesar de esto, se obliga á la enferma á someterse á operaciones que la repugnan de un modo extraordinario, casi siempre se agrava el mal?»

No fué, pues, sorprendente ni maravilloso, ni obedeció á ninguna distincion divina, el ataque que sufrió Teresa. Todas las causas predisponentes para el mal la asediaban de continuo, y desde hacia varios años. La tristeza, las dolencias físicas, las torturas morales, sus esperanzas desvanecidas, su soledad y su porvenir incierto, la perturbaron incesantemente, desde 1531 en que ingresó en el convento de Santa María de Gracia

hasta que volvió á Avila en 1537. Todos los síntomas de la histeria se habian presentado en ella en este período, como dejamos ya probado: faltaba sólo una causa inmediata determinante para iniciar los ataques histéricos, con todos los desarreglos y con todas las complicaciones que traen consigo cuando son producidos por influencias morales. Y esa causa llegó. La rotunda negativa de Alonso de Cepeda para que su hija confesara y comulgara el dia 15 de Agosto de 1537, sin duda con el fin de evitar que su melancolía se acrecentara, contrarióla tan vivamente, que precipitó el momento funesto. Sintió á par de muerte la *Santa* aquella nueva contradiccion: su voluntad, incesantemente violentada durante multitud de meses, no pudo resistir aquella postrera negativa que hasta la impedia cosa tan inocente y pueril como el confesar y recibir la *sagrada* forma; y exaltada por la contrariedad, y agitada por su reconcentrado enojo, y llena de santa ira, al cabo de un dia de llantos y tristezas, cayó al suelo presa de convulsiones histero-epilépticas violentísimas, que tales debieron de ser, cuando ella misma asegura que al recobrar sus sentidos tenia todo el cuerpo descoyuntado, dolorido, con extrema flaqueza, perturbada la imaginacion, la lengua hecha pedazos de mordida, y con debilidad tan grande, que ni cabeza, ni brazo, ni mano, ni pié podia mover. El sabio Dr. Niemeyer dice que en algunos casos se extienden más ó ménos las convulsiones de las histéricas á todos los músculos del cuerpo, dando entónces lugar á violentos paroxismos, y pueden presentar el aspecto de convulsiones tetánicas, y sobre todo epilépticas [42], que es precisamente lo que acaeció á Teresa, y lo que se trataba de demostrar.

Igualmente puede probarse, con la autoridad irrecusable de la ciencia, que el estado de completa inmovilidad y rigidez que siguió á los movimientos convulsivos y á la pérdida total del conocimiento, fué originado por una causa inherente á la enfermedad misma. El inminente riesgo á que estuvo expuesta la monja de ser enterrada viva, patentiza hasta qué punto se desconocian entónces los síntomas y fatales consecuencias de muchos accesos histéricos. La experiencia profesional y científica ha observado, como dice el ilustre doctor Monneret, que las mujeres histéricas, ya despues, ya durante los ataques, caen en frecuentes lipotimias, ó

en un estado sincopal que, imitando la muerte, ha podido dar lugar á alguno de esos errores que tanto espanto han causado á las gentes. El mismo escritor observa que, cuando en una histérica sobreviene una lipotimia, y áun un síncope en apariencia mortal, el letargo que resulta puede durar varios dias y exige una atencion grande por parte del médico. [43] ¿Qué otra cosa pasó á Santa Teresa? Pero ¿habia un facultativo en Avila de los que la asistian que comprendiera el estado sincopal en que se encontraba? ¿Hubo uno siquiera que intentase poner remedio? Todo lo contrario: tanto desesperaban del estado de la enferma, que la creian moribunda, y mandaban administrarle la Extrema-Uncion, y hasta dábanla por muerta, ocasionando con esto el consiguiente sobresalto en la familia, en los frailes de una comunidad de calzados próxima á Avila, y en sus compañeras de la Encarnacion, quienes dedicaban el tiempo á rezos, á llantos, á honras fúnebres y á la preparacion del entierro, en vez de haber buscado á un buen facultativo que la hubiese asistido desde que se inició el síncope, para que ni tantas horas estuviera sumergida en aquel entumecimiento fatal, ni ménos se hubiera llegado al terrible extremo de juzgarla muerta. Y viva la hubieran enterrado, porque amortajada estaba ya, y con la cera en los ojos, y rodeada de blandones y de lloronas hermanas en Cristo, si su padre «no lo estorbara MUCHAS VECES CONTRA EL PARECER DE TODOS, porque conocia mucho de pulso, y no se podia persuadir que estuviese muerta Teresa,» segun las textuales palabras del Padre Rivera. [44]

Nuevo y tristísimo ejemplo es este que manifiesta, sin género alguno de duda, el pobre papel que la medicina representaba entónces en España. ¡Era preciso, nada ménos, que un profano en la ciencia de curar dijera que no se debia dar por muerta á tal ó cual persona para que no la enterraran viva!!

¿Pues qué diremos de la milagrosa cura que obró el bendito San José en la monja, sanándola, al cabo de tres años de estar tullida, de tan larga parálisis?.. ¿Qué milagro ni qué portento ha de haber en lo que fué consecuencia de la misma enfermedad de la *Santa*, y su resultado, tan natural y tan explicable, que la ciencia médica ofrece muchedumbre de casos idénticos? «La contractilidad, dice Monneret, está alterada (en las his-

téricas) casi en la misma intensidad en los músculos de la vida de relacion que en los de la de nutricion. En ocasiones consiste este trastorno en una simple disminucion de la facultad contráctil de los miembros, que las enfermas ponen en movimiento con alguna dificultad: en otras, ya despues del desarrollo de los dolores musculares, ya repentinamente, se declara una verdadera parálisis, siendo acometido de ella un miembro, superior ó inferior, sobre todo el superior izquierdo, ó ambos á la vez.» Estas parálisis, dice el mismo autor, «duran algunas horas, un dia, varios meses ó años, y cesan repentinamente cuando se las tenia por incurables.» [45] He aquí ya explicado con la autoridad científica lo que Santa Teresa y sus cronistas dieron por un milagro del esposo de la *Vírgen* con su criterio fanático. Teresa vióse acometida de parálisis ocho meses despues del terrible parasismo; y esto lo explica la ciencia médica, pues «por lo regular, como escribe el profesor ántes citado, la parálisis se presenta largo tiempo despues del ataque, y por rareza inmediatamente que cesa.» [46] Y que la parálisis durase casi tres años, y que terminara luego repentinamente, ya sabemos que no tuvo nada de maravilloso, pues está sucediendo lo mismo hoy á multitud de histéricas, sin que su curacion, obtenida siempre cuando ménos era de esperar, se achaque á favor de ningun santo, sino á causas naturales.

Y en fin, que la pobre alucinada monja escriba, con la mayor candidez del mundo, que como se vió tan tullida y en tan poca edad, y cuál la habian parado los médicos de la tierra, determinó acudir á los del Cielo para que la sanasen; [47] y que asegure que San José hizo que pudiese levantarse, y andar, y no estar tullida, se comprende. Tales puerilidades, lo mismo que las que estamparon en sus obras cronistas y preconizadores de la *Santa*, respondian á las preocupaciones reinantes entónces, á equivocadas creencias religiosas, á fanatismo, supersticion, ignorancia, ó carencia de verdaderos conocimientos científicos. Lo que no se comprende ni explica en manera alguna, es, que en este mismo siglo, cuando las ciencias han hecho sus mayores y más prodigiosos progresos, se haya sostenido, con impertinente obcecacion, por un colector de las obras de *Santa* Teresa, nada ménos que catedrático de la Universidad de Madrid, Don Vicente de la Fuente [48] que aquella seño-

ra fué sanada de la parálisis por San José. Esto es soberanamente ridículo, extremadamente estulto, y no ya es indigno de un profesor de la primera Universidad de España (que los tiene tan ilustres y científicos), sino hasta de cualquier persona medianamente instruida. Pero dejemos á un lado las sandeces ultramontanas, y continuemos nuestras demostraciones comparativas.

Describiendo *Santa* Teresa en *Las Moradas* los síntomas y efectos de los que ella creia arrobamientos y favores divinos, se expresa del modo siguiente: «Viene veces que las ánsias y lágrimas y suspiros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparacion de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, aunque con pena); andándose así esta alma, abrasándose en sí misma, acaece muchas veces, por un pensamiento muy ligero, ó por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, ó como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podia proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere; y no es adonde se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy hondo é íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias de manera, que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.... Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar á sentir esta afliccion. Porque el entendimiento está muy vivo, para entender la razon que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos. Con ser persona sufrida y mostrada á padecer grandes dolores, no puede hacer entónces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona cuán más recios van los sentimientos de ella, que los

del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que padecen en el purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más que todos los que acá teniéndole padecen. Yo ví una persona así (se refiere la *Santa* á ella misma) que verdaderamente pensé que se moria, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte; y así, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazon los pulsos tiene tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar á Dios, que no es ménos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos, no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos ó tres dias despues sin poder áun tener fuerza para escribir, y con grandes dolores; y áun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de ántes. El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos, se sienten poco. Esto yo lo he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiria si le hiciesen pedazos.» [49] «Otras veces da tan recio (el ataque histérico, ó el arrobamiento que llamaba *Santa* Teresa), que nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo: ni piés ni brazos no puede menear; ántes, si está en pié (la enferma) se sienta como una cosa transportada, que no puede ni áun resolgar: sólo da unos gemidos, no grandes, porque no puede; mas sonlo en el sentimiento.» [50] «Es tan excesivo (el tormento) que el sujeto le puede mal llevar; y así, algunas veces se me quitan los pulsos casi, segun dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro dia en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado.» [51] «Es así que me parecia, cuando queria resistir, que desde debajo de los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.» [52]

«La diferencia que hay del arrobamiento á la suspension, es esta: que dura más, y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni abrir los ojos; y aunque esto mismo se hace en la union, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo dónde, que cuando es grande el arrobamiento quedan las manos heladas y algunas veces extendidas como unos palos; y al cuerpo, si le toma en pié, así se queda, ó de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se le olvida de animar el cuerpo, y le deja desamparado. Quedan los nervios, si dura, con sentimiento.» [53] «Paréceme que el alma y el espíritu es una cosa; sino que como un fuego, que si es grande y ha estado disponiéndose para arder, así el alma, de la disposicion que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama, y sube á lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba deja de quedar fuego: así acá en el alma, parece que produce de sí una cosa tan presto, y tan delicada, que sube á la parte superior, y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más, y parece vuelo, que yo no sé otra cosa con que compararlo.» [54] «Ninguna (cosa) hay en la tierra, á lo ménos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y baste que de media hora que dura (el ímpetu, ó el ataque histérico), deja tan descoyuntado el cuerpo y tan abiertas las canillas, que áun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores. De esto ninguna cosa siente, hasta que se pasa aquel ímpetu.» [55]

Dejando, pues, á un lado las puerilidades de que Dios intervenia en estos ataques, y cuanto dice Santa Teresa de los tormentos del purgatorio y otras cosas parecidas, que ya hoy no pueden tomarse en serio, notamos y vemos perfectamente descritos en todas las palabras de la monja los fatales efectos de sus accesos de histerismo. Y á la verdad, aquellos síntomas precursores del ataque violento, que generalmente la acometia, ¿no son idénticos, los mismos que invaden á las histéricas en nuestros tiempos? Predispuesta la enferma por los prolongados prodromos lejanos, tristeza, ganas de llorar, vómitos, ansiedad, jaqueca violenta, y todos los demás ya referidos, nota á consecuencia de una causa moral, ó repentinamente y sin causa alguna apreciable,

los síntomas inmediatamente próximos del ataque, la gastralgia, la ansiedad epigástrica, los ahogos, los gritos, las palpitaciones, y finalmente «esas contracciones espasmódicas del esófago que se extienden de abajo hácia arriba, como dice Niemeyer, y provocan la sensacion de una bola que sube desde el epigastrio á la garganta, fenómeno conocido con el nombre de globo histérico.» [56] Y así empezaban casi siempre los ataques de *Santa* Teresa, como con sus mismas palabras puede probarse, pues dice que daba grandes gritos, que no podia ni áun resolgar, que se le acortaba el huelgo, que gemia, que sentia insoportables dolores y desasosiegos, y por fin era presa de accesos convulsivos y de pérdida total del conocimiento, cuando veiase como devorada por una cosa para ella incomprensible é inexplicable, que simplemente llamaba golpe, saeta, rayo, fuego que subia, y que no era sino el globo histérico.

El descoyuntamiento en que quedaba Teresa despues de los ataques, se comprende tambien, sin que acudamos para nada á interpretaciones misteriosas. Sabido es que las convulsiones de las histéricas, especialmente en los accesos intensos, son verdaderamente terribles. «La convulsion manifiesta más especialmente (dice Monneret) sus desordenados efectos en los miembros y en el tronco. La cabeza se agita con violencia, choca contra los colchones ó contra los cuerpos más duros, que tal es la insensibilidad, y se remueve con una extraordinaria rapidez. El cuerpo se dobla en todos sentidos con una flexibilidad maravillosa; se eleva, se baja encima de la cama, rebota, y despues cae, quedando por un instante en la inmovilidad. Durante este tiempo, los miembros superiores están agitados de convulsiones, de pequeñas sacudidas, como voluntarias, que siempre se dirigen en el mismo sentido; bien pronto se doblan, se extienden; una y otra vez se tuercen en todas direcciones, como para expresar un violento dolor; los dedos se doblan tambien con fuerza y se extienden.» [57] ¿Cómo no habian, pues, de quedar á la monja descoyuntado el cuerpo, «abiertas las canillas», sentidos los nervios, y con dolores tales las manos, que la impidieran escribir durante dos ó tres dias?... Decia la *Santa*, con una candidez donosa, que cuando queria resistir el ímpetu, no podia; fuerzas superiores la agitaban, y así «quedaba hecha pedazos.» Pero eso pasa generalmente

á todas las histéricas en sus ataques violentos: toda su fuerza de voluntad vale poco ante la invasion del mal, y quedan presas horriblemente en sus garras, á pesar de cuantos propósitos y esfuerzos hacen; y por cierto que nadie que científicamente piense, cree que tal imposibilidad en las enfermas para dominar é impedir el acceso, la convulsion y el paroxismo, procede de arrobamientos del ánimo ni de causas superiores y sobrenaturales, sino de la general perturbacion que produce la neurosis en el organismo.

Pues que ninguna cosa sintiese hasta pasado el ataque, como la misma *Santa* asegura, y que de nada pudiera darse cuenta, aunque la hicieran pedazos, hasta que recobraba sus facultades, se comprende asimismo sencillamente, pues eso sucede por regla general á las histéricas que sufren accesos gravísimos y tienen abolida la inteligencia miéntras duran: no hay que recurrir á la explicacion que da Teresa, diciendo que el no sentir nada era á consecuencia de ser mayor el sentimiento interior del alma que los dolores corporales; que eso es completamente pueril. La verdad es que, como afirma la ciencia médica, cuando es completa la pérdida del conocimiento en las histéricas (como pasaba frecuentemente á la monja de Avila) no tienen conciencia de lo sucedido hasta que no ven, despues del ataque, el desórden de sus vestidos y la tristeza de los que las rodean. [58]

Por la *Santa* sabemos que cuando el ataque era grande, le quedaban las manos yertas y heladas «y algunas veces extendidas como unos palos.» Pero lo que no sabia la *Santa* era que aquello es muy natural en las histéricas, y dista mucho de favores divinos y de arrobamientos celestiales. «Entre las lesiones en el dominio de los nervios vaso-motores y tróficos, dice Niemeyer, se nota primeramente (en las histéricas) la distribucion desigual y variable de la sangre en las partes periféricas. La mayor parte de las enfermas tienen continuamente las manos y los piés frios.» [59] ¿Con cuánta más razon no habian de quedarle las manos yertas y heladas y rígidamente extendidas durante los ataques?

Que algunas veces, cuando el acceso histérico la acometia, si estaba de pié, se sentase como una cosa transportada, tambien lo explica la ciencia, pues las histé-

ricas, al empezar el ataque, «profieren sonidos quejumbrosos y multiplicados, sintiéndose caer, al paso que los epilépticos van al suelo sin sentirlo,» como dice un anotador de Niemeyer.

Que en varias ocasiones, cuando los ataques eran ménos intensos que de costumbre, á pesar de su falta completa de sensibilidad y movimiento, pudiese hablar al comenzar del acceso, y conservar, durante todo el curso de él, los sentidos, y mirar, [60] y comprender, tiene asimismo explicacion en las obras de patología. «Las enfermas oyen entónces perfectamente cuanto se habla cerca de ellas, y lo repiten despues de pasado el ataque», dice Monneret. [61] «La histérica ve y comprende entónces, escribe otro autor, dejándose llevar de las personas que la rodean.»

En otras ocasiones los arrobamientos ó suspensiones de la *Santa* eran verdaderos ataques de catalepsia, neurosis cerebral con la que se complica muchas veces el histerismo. Los signos más característicos del ataque cataléptico son quedar el enfermo, despues de experimentar alguna emocion moral, ó despues de algunos trastornos de la sensibilidad, inmóvil, en la situacion que ocupaba ántes del acceso. [62] «El ataque sobreviene súbitamente, dice Niemeyer, permaneciendo el enfermo inmóvil como una estátua en la misma posicion que ocupaba al sorprenderle el acceso; los miembros se dejan colocar, con algun esfuerzo al principio, y despues muy fácilmente, en cualquiera posicion, que conservan por mucho más tiempo de lo que le seria posible mantenerla á un hombre sano. Durante el acceso, la conciencia, y con ella la sensibilidad para las excitaciones exteriores quedan completamente abolidas; ó, al contrario, permanece íntegra la primera, y se perciben las irritaciones procedentes del exterior, si bien los enfermos no están en disposicion de indicar con palabras ó movimientos que su conciencia no está alterada.» [63] Recuérdese, despues de esto, lo que dice *Santa* Teresa, y dejamos copiado páginas ántes, sobre aquellos accesos que la acometian de pronto, embargándole todo el cuerpo, sin poder mover piés ni manos, quedando transportada en la posicion que se hallaba, ó sentada, ó de pié, ó de rodillas, con gran sentimiento interior y sin dar señales exteriores de su sensibilidad ni movimiento; y con seguridad que no habrá una persona

verdaderamente ilustrada y discreta que no crea que lo sufrido por Teresa era solamente un ataque de catalepsia histérica, que ella llamaba arrobamiento ó regalo divino por ridícula preocupacion y fanatismo detestable.

Se escribe en un tratado general de patología [64], que «cuando los enfermos son atacados de esta doble afeccion (histerismo y catalepsia), está su cuerpo alternativamente rígido por la contraccion, y agitado por los sacudimientos convulsivos;» y cítase el caso de «una jóven á quien empezaba el ataque por la inmovilidad cataléptica, y algunos instantes despues se veia acometida de convulsiones, que pasaban con la rapidez del rayo, volviendo la enferma á caer en su inmovilidad primera.» Y Georget y Calmeil, en el artículo sobre la catalepsia de su *Diccionario de medicina*, aseguran haber visto histéricas que habian padecido ántes catalepsia, y otras que tenian ataques que participaban de la catalepsia y del histerismo. Estas complicaciones eran frecuentes en los ataques de Teresa, pues, segun su mismo testimonio, quedaba al principio con los brazos extendidos como palos, y, cuando terminaban los accesos, con dolores grandísimos y descoyuntado el cuerpo, lo cual demuestra que alternaban las convulsiones con la inmovilidad cataléptica; que estaba el cuerpo unas veces rígido por la contraccion, y otras agitado por los sacudimientos convulsivos.

Bastaria tener en cuenta los anteriores párrafos, para adquirir el íntimo convencimiento de que la enfermedad predominante en Santa Teresa era el histerismo, complicada con otras rebeldes neurosis; pero á fin de comprobar mejor nuestros asertos, vamos á añadir algunas nuevas comparaciones demostrativas, tan convenientes para esclarecer la verdad y destruir las ficciones del fanatismo.

La *Santa* asegura, en unas líneas ya anteriormente copiadas, que el rigor del mal de corazon que sufria era tan recio, que algunas veces parecia que con dientes agudos la asian de él; de tal suerte, que «se temió que era rabia.» Lo cual acontece algunas veces á las histéricas, pues, segun el testimonio de la ciencia médica, «la hidrofobia constituye en ciertas ocasiones el acto morboso predominante.» [65]

Cuenta Teresa en el libro de su *Vida* [66] que una vez,

estando en oracion, vióse en un gran campo á solas, y rodeada de mucha gente que, á su parecer, tenian armas en las manos, quién daga, quién lanza, quién espada, quién estoque muy largo, para ofenderla. «En fin (son sus propias palabras), yo no podia salir por ninguna parte, sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte.» Estas alucinaciones, muy generales en las histéricas, son consecuencia de la misma enfermedad, como tiene experimentado la ciencia médica en multitud de mujeres que padecen ó han padecido idéntica dolencia que la monja avilesa. «Se han señalado (dice Monneret) como efecto del histerismo, cuando ha adquirido una gran intensidad, ó como complicaciones, ciertas alucinaciones de la vista y del oido, que en algunos casos hacen creer á las enfermas que se quiere abusar de ellas, y *ven séres fantásticos*, y se juzgan envenenadas, y caen en un delirio erótico y en la melancolía.» [67]

Los desarreglos menstruales son unos de los más fatales indicios de la afeccion histérica, y pueden degenerar en hemorragias y en hematémesis repetidas é incurables que ocasionan la muerte. Estos desórdenes duran varios meses ó varios años, y persisten, aunque raras veces, áun despues de la menopausia, como sucedió á *Santa* Teresa, que murió de un gran flujo de sangre. [68] Cuando los desórdenes menstruales se hacen crónicos en las histéricas, producen la cloro-anemia y la gastro-hemorragia, se hacen mal las digestiones, se tienen frecuentes vómitos, y se termina por la extenuacion, por la manía aguda, por la parálisis y por otras enfermedades; lo cual se ha visto que pasó á *Santa* Teresa, segun sus textuales palabras y las de algunos de sus biógrafos.

Sabido es, por lo demás, que existen en todas las histéricas «los signos de un trastorno mental muy variado,» predominando las excentricidades y antojos más detestables y ridículos, unidos á una tristeza súbita, á una alegría sin motivo, á una melancolía profunda fuera de razon á veces, á falsos juicios, exaltacion, amor á lo maravilloso, y simulacion y disimulacion sin el menor fundamento. [69] Que esto acaecia á *Santa* Teresa, ya lo hemos notado en parte, en las páginas precedentes, y lo veremos con toda perfeccion en el curso de nuestro trabajo. Pero no debemos dejar de advertir

ahora que, en cuanto á excentricidades y antojos, pocas histéricas podrán competir con la inspirada de Avila, si bien sus antojos y excentricidades eran considerados por los admiradores de la *Santa* como actos de su grande humildad ó de su excelsa virtud. El Padre Rivera, que en preconizarla no se quedaba nunca corto, escribe un capítulo de su *Vida* de *Santa* Teresa para relatar una multitud de necedades que desdicen de la gravedad que debe conservarse en toda produccion histórica [70]. Entre ellas descuellan las que se refieren á las excentricidades histéricas de la madre, que eran tales y tan *sublimes* como éstas: «Salia algunas veces al refectorio á decir sus culpas; otras comia en el suelo; una vez salió al refectorio *andando con piés y manos como bestia* (son las mismas palabras del Padre Rivera) con un seron de piedras, y una soga á la garganta, y una hermana que la llevaba del diestro, diciendo sus faltas: otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo sus culpas con gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificacion á la priora.» ¿Qué tal?.. Pues más ridículas todavía que tales grotescos antojos eran las reflexiones que hacian sobre ellos los cronistas de la *Santa*, creyéndolos señales claras de inspiracion divina. Lo que hoy la ciencia, es decir, la verdad, hubiera conceptuado digno de compasion ó de sonrisa menospreciadora, como compadece y desdeña otras excentricidades histéricas de ménos importancia en mujeres de nuestros dias, era entónces —¡sonrojo causa confesarlo!— objeto de respeto, de veneracion, de homenaje sublime por parte del fanatismo; es decir, de la conveniencia lucrativa, la ignorancia, la hipocresía ó la farsa.

Finalmente, hasta la diversidad de síntomas y aspectos que ofreció la enfermedad de Teresa desde su adolescencia hasta sus postreros años, lo aclara la ciencia médica, pues como dice Niemeyer, «en la afeccion histérica, tan variada en sus formas, se observan casi siempre simultáneamente lesiones de sensibilidad, motilidad, funciones psíquicas y desórdenes en el dominio de los nervios vaso-motores y tróficos. Así es que, ora predomina tal grupo de síntomas, ora cual otro, y muchas veces una exaltacion morbosa de la excitabilidad de ciertas regiones del sistema nervioso, que se mani-

fiesta por hiperestesia y convulsiones, se complica con una supresion de la misma en otras regiones caracterizada por la anestesia y parálisis.» [7]

¡Y que se haya pretendido, y aún pretenda por algunos hombres enemigos de toda discusion y de todo adelanto, que eran semejantes cosas favores divinos, regalos dulcísimos celestiales, siguiendo las aseveraciones ridículas de la *Santa* y de su biógrafos! ¡Qué idea más mezquina del Hacedor supremo, de la Causa omnipotente é infinita, se formaban la monja de Avila y sus fanatizados contemporáneos! ¡Y qué grotesca es la que se forjan los secuaces de tales delirios! El Dios de *Santa* Teresa es el Dios de los inquisidores; el Dios de los supersticiosos; un Dios que sólo regala torturando, haciendo padecer, matando á muerte lenta; un Dios vengativo y abominable. Y este Dios tenia complacencias bien repulsivas: regocijábase en hacer sufrir á sus escogidos predilectos; procuraba que en una vida de eterno penar se acrisolasen suficientemente para obtener la felicidad perdurable; y consentia, en ciertas ocasiones, que el demonio, su implacable y perenne competidor, se cebara en las almas puras y contemplativas, y atormentase sus cuerpos de la manera más cruel. ¡Oh Dios de misericordia y de amor especiales! ¡Oh Dios sobre toda ponderacion singular el Dios de los visionarios!

Abrigando tan extrañas creencias los escogidos del Señor, confirmados sus devaríos con la sancion de los llamados doctos y la admiracion de los sencillamente ignorantes, no habia enfermedad del sistema nervioso que no se considerara, alternativamente, como dádiva amorosa del Cielo, ó como maldad vengativa de Satanás. Esto pasaba precisamente á *Santa* Teresa, la cual, ora creia que sus ataques eran arrobamientos é ímpetus celestiales, ora juzgaba, cuando las convulsiones se presentaban violentísimamente, ó le causaban grandes dolores ó desventuras, que eran artimañas perversas del demonio. Vamos á ofrecer uno de estos casos, copiando textualmente lo que escribe el Padre Dr. Francisco de Rivera, para ver hasta dónde llegaba la obcecacion de los doctores en teología de aquellos tiempos. «Despues (dice) de haber fundado la *Santa* la casa de Sevilla, vino de Toledo á Avila, y estuvo allí dos años. En estos padeció la Orden mucho, y ella desde allí

consolaba con cartas á los monasterios. De esto pesaba mucho al demonio, y procurólo estorbar de esta manera: Iba la madre á completas con su luz en la mano, y despues de haber subido toda la escalera, estando para entrar en el coro, quedó de presto como desatinada de la cabeza, y volvió atrás, y cayó, y quebróse el brazo izquierdo. Fué grande el valor que tuvo de presente, y mayor el que tuvo despues en la cura, *porque pasó mucho tiempo sin haber quien se le concertase*, por estar á la sazon mala una mujer de cerca de Medina, *que tenia esta gracia*. Y como no pudo venir, envió á decir que la pusiesen algunas cosas entre tanto que ella iba. Y ya cuando fué, estaba el brazo añudado y manco. Y con todo eso se puso en sus manos para que hiciese lo que quisiese, con el deseo que tenia de padecer. Para esto, mandó la madre á las monjas que se fuesen todas al coro á encomendarla á Dios, y quedóse sola con la mujer y con otra labradora, su compañera. Las dos, que eran grandes y de muchas fuerzas, comenzaron á tirarla fuertemente del brazo, hasta hacer dar un estallido á la choquezuela del hombro, como estaba ya el brazo añudado, é hiciéronla pasar intolerables dolores. En éstos estaba ella considerando el que nuestro Señor habia sufrido cuando le estiraron los brazos en la cruz. Cuando volvieron las monjas, la hallaron como si no hubiera pasado nada; ántes muy contenta, y decia que no quisiera haber dejado de pasar aquello por todas las cosas de la tierra. Duróle harto tiempo que casi no le pudo menear, y en fin quedó manca de él, y en toda su vida pudo vestirse, ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza. La caida fué tal, y tan sin pensar, y tan sin ocasion, y tan grande, que todas las de casa tuvieron por cierto haber sido el demonio el que se la hizo dar, y pareció más claro, porque diciéndola una hermana que el demonio debia de haber hecho aquello, respondió la Madre: «Más mal quisiera aún él hacer, si le dejaran.» [72]

Esto, sobre demostrarnos cuán estupendas ideas tenian Teresa y sus cronistas, sus monjas y admiradores, de la supuesta lucha incesante entre los poderes infernales y celestiales, siendo así que la caida se explica muy natural y sencillamente teniendo en cuenta las enfermedades de la Madre, y especialmente su mal de corazon y sus vértigos y desmayos, nos confirma tam-

bien en nuestra creencia sobre el estado lamentabilísimo en que se encontraba entónces la medicina en España. [73] En Avila, en una capital de bastante importancia en el siglo XVI, se cayó la monja de una escalera y se quebró un brazo, ¡y para curarla, no se buscó, ó no se halló, á un facultativo, sino que se esperó algunos dias á que llegase una curandera de Medina del Campo que «tenia esa gracia!» ¡Que ignorancia y qué ridiculez! Y en vez de que un médico hubiese inmediatamente entablillado el brazo roto á la madre, ¡se le curaba de modo estúpido, y cuando ya estaba manca, haciéndola sufrir dolores intolerables! ¿No hace esto asomar á los labios una sonrisa de desprecio mezclada con la compasion?

¡Pobre Teresa de Ahumada! Acometida de una afeccion tan rebelde como la histeria, fuésela ésta agravando diariamente, aumentándose sus desarreglos imaginativos, perturbándose cada vez más sus facultades intelectuales, haciéndose por momentos más dolorosa su vida, sin encontrar un médico que conociera su enfermedad, ni la curase.

Teresa de Ahumada hubiera podido hallar alivio en su cruelísima dolencia, si hubiese habido entónces un práctico é ilustrado facultativo que cumpliera con su sagrado deber, y si no se hubieran reputado los padecimientos de la *Santa* como enfermedades fuera de los naturales términos. Con un tratamiento prudente y adecuado por parte de la ciencia, Teresa de Jesús no habria ofrecido á la nacion española un espectáculo asaz ridículo, ni dado al mundo el ejemplo de una detestable aberracion social. Sabemos que no con drogas se curan las afecciones histéricas, y más cuando estas proceden, como sucedia en *Santa* Teresa, de contrariedades amorosas, que hacen de la vida un eterno y horrible infierno de sufrimientos morales, de esperanzas desvanecidas y de aspiraciones imposibles; pero tenemos asimismo la fundada conviccion de que, por medio de un sabio procedimiento como el que emplean con éxito los facultativos de nuestra edad, el histerismo de la *Santa* tal vez habria llegado á extirparse del todo, ó al ménos mejorádose en gran parte. [74]

Una asiduidad exquisita en el profesor; una tendencia constante á modificar, á cambiar, por decirlo así, los hábitos físicos y morales de la enferma; un persis-

tente designio por hacer entrar á la doliente en un sendero de prudencia, apartándola de toda exageracion y de todo delirio; una expresa prohibicion de permanecer en la inaccion continua ó sostener siempre el espíritu en un periodo de agitacion material ó moral; y una abstraccion completa, radicalísima, de todo régimen de vida contemplativa y extática: he aquí los medios, empleados hoy, ó aconsejados por los más ilustres autores patológicos, para la extirpacion de la histeria, con general y plausible éxito.

Por no hallar, pues, Teresa un médico que la desengañara, y por dejarse guiar del empirismo de su época y de la vocinglería de las mujeres curanderas, fué toda la vida de la monja un compuesto de ridiculeces, desvaríos y tentaciones que concluyeron por aniquilar sus débiles fuerzas físicas. A compasion mueve esa pobre religiosa cuando se comprende á qué grado de exaltacion haria subir su fantasía sus comprimidas mundanales pasiones. Cuando Teresa de Ahumada, revestida de un natural frágil como el de todos los mortales, era acometida de un acceso vehemente de histeria, intolerables serian los padecimientos que la torturaran. Representaríansela quizás entónces, como á *Santa* Catalina de Sena en antiguos tiempos, las imágenes más deshonestas y repulsivas; quizás congregárianse entónces las más excitantes tentaciones para asaltarla como en tropel, la incontinencia, los tristes recuerdos de un amargo pasado, el lamento de un amor no conseguido, la fiebre mundanal, el frenesí de los delirios más reprensibles. [75] ¡Lucha horrible entre el ascetismo de la *Santa* y el histerismo de la monja!

Y si se nos dice que la enfermedad de Teresa no era el histerismo; si así se nos demuestra, lo cual creemos dificultoso; si admitimos en hipótesis, y sólo en hipótesis, que el histerismo no era el padecimiento primordial, la afeccion más destructora de la monja de Avila, habrá que convenir entónces en que el mal que agobiaba á la monja á todas horas y en todos momentos era ese desarreglo psíquico, que llamamos la alucinacion. Para nosotros es lo mismo. Tratamos de patentizar que las visiones, revelaciones, éxtasis, raptos y demás actos sobrenaturales de la religiosa de Avila los explican perfectamente sus mismas dolencias, y tienen á la vez mucho de grotescos, de vulgares y de falsos.

y para demostrarlo así, tanto nos importa que se nos conceda en principio que la enfermedad crónica de Teresa era la histeria, como que se nos trate de persuadir que era otra cualquiera. Tomemos ahora por punto de partida la alucinacion. Ella produce tambien todos los efectos más que naturales de que nos hablan la *Santa* y sus cronistas.

Es la alucinacion, como están contestes en afirmar la mayor parte de los escritores médicos, un trastorno intelectual, caracterizado por una percepcion falsa, que hace creer evidente una sensacion que no existe.

Desde luego que la alucinacion coexiste tambien en la histeria, [76] porque esta enfermedad se complica con muchas otras, y muy especialmente con todas aquellas que afectan al sistema nervioso; pero ahora vamos á considerar separadamente la alucinacion, y vamos á ver cuán perniciosos son los efectos que ocasiona en el organismo donde se aposenta.

Notorio es para las personas ilustradas, que esta enfermedad, así puede tener su asiento en los sentidos internos como en los externos, siendo la vista y el oido los que más se afectan. Y que esto es verdad, corrobóranlo aquellas apariciones de demonios que tan frecuentemente tenian algunos *Santos* de la Edad media, quienes, en fuerza de vivir en el reino de las alucinaciones, no sólo veian á sus constantes perseguidores, los diablos, sino que escuchaban tambien, clara y distintamente, la algarabía y el tumulto de los ángeles precitos. Los alucinados son, por lo mismo, las personas más favorecidas para recibir inspiraciones, y más cuando, como pasaba á *Santa* Teresa, y lo demostraremos ámpliamente en los capítulos que dedicamos al exámen de sus visiones celestiales y diabólicas, se encuentran dominadas por preocupaciones religiosas: oyen entónces la voz de Dios, de un arcángel, de algun demonio familiar, de cierto ó determinado espíritu que le ordena tal ó cual obra, ó le induce á este ó estotro hecho, ora grande ó pequeño, digno de encomio ó merecedor de desprecio.

Es, por consiguiente, todo alucinado la imaginacion creadora por excelencia. Palacios, templos; Cielos, infierno, purgatorio; hermosura, perfeccion, divinidad; excelencia, castigos, goces; lamentos, felicidades; regalos, asperezas; temor, osadía, menosprecios; lubrici-

dad, orgullo; riquezas, pobreza, mezquindad; exageracion, fausto; todas las virtudes y todos los vicios, lo concreto y lo abstracto, lo moral y lo material, lo espiritual y lo simbólico, todo se presenta, todo invade tumultuariamente la calenturienta imaginacion del enagenado. Ya se creerá Santo, ya condenado, ora inspirado profeta, ora ignorante mortal. ¿Qué otra cosa pasó á *Santa* Teresa?

No era loca la monja de Avila; nó: no diremos jamás tal absurdo; pero, segun la ciencia médica presente, [77] mucho más beneficiosa á la humanidad que la pasada, las facultades cerebrales de la *Santa*, excitadas fuertemente por un trabajo imaginativo de larga duracion, por una pasion viva ó una percepcion insólita, podrian y deberian producir, durante un sueño agitado, ó tambien estando despierta, y en total integridad de su razon, una ó varias alucinaciones, las cuales estarian en relacion directa con el género de ocupaciones á que dedicaba su atencion y su inteligencia la mísera alucinada monja.

Un distinguido profesor médico hace la siguiente observacion: «Las personas debilitadas en un grado extremo por la dieta voluntaria ó involuntaria, son presa de las más singulares alucinaciones. El extático macerado por el ayuno y el sufrimiento, ve á la *Vírgen* y da crédito á todos los milagros: el náufrago describe tierras fértiles: el convaleciente, una mesa bien servida, y percibe el olor de manjares sabrosos: finalmente, al que se muere de hambre, le asaltan alucinaciones de todo género, ora penosas, ora agradables, que contrastan con su triste posicion.» [78]

¿Y no se ven en los anteriores lineamientos muchas de las causas de la enfermedad alucinatoria de la monja? Aquella mujer, atormentada constantemente en el infierno de sus padecimientos, no podia por ménos de tener alteradas sus facultades sensitivas. Entregada á la lectura de los libros de *Santos*, quiere imitarlos; y es tal la perturbacion mental que esto produce en ella, que impulsada por los desórdenes de su histeria recrudecida, procura dar, ó da ciertamente, formas, nervios, sangre y vida, á sus más ó ménos exageradas ó ridículas fantasías. En vez de seguir un prudente sistema curativo, se entrega á la manía de no comer, á la monomanía de no dormir, al delirio de no querer escuchar

la voz de las personas sensatas; y el resultado era indudable: su mal imaginativo creció por momentos, y, complicándose con las demás enfermedades que la conturbaban, hizo de ella la mujer más desgraciada del mundo.

Para que se vea hasta qué punto dominaban á Teresa las alucinaciones, vamos á mencionar en breves palabras un suceso. Cuéntase que, cuando la madre fué á fundar el monasterio de Sevilla, estando cierto dia solazándose acaso con sus monjas en un gran campo junto á la venta de Albino, quedaron sorprendidas ante una pendencia que suscitaron algunos soldados y gente desgarrada, quienes, agitando sus cuchillos, trataban de darse muerte. Las benditas monjas hubieron miedo del lance, y se acogieron en derredor de la *Santa*, como tímidas palomas, inquietas y sobrecogidas. La monja dijo entónces á los combatientes: «hermanos, miren que está Dios aquí, que les ha de juzgar,» y asegura el Padre Rivera con soberana candidez que en aquel mismo instante se hundieron todos, aunque no se sabe el sitio dónde, y nunca más fueron vistos. [79]

He aquí, pues, una alucinacion que es demasiado grotesca; pero que era muy posible, dado el trastorno psíquico ó cerebral que padecia la *Santa*. Fíjese bien la atencion en el caso, y se verá cuánto tiene de absurdo.

La desaparicion momentánea de aquellos hombres, se explica, no por ningun hundimiento, ni cosa parecida, sino de un modo muy natural. La venta, cerca de la cual contendian los soldados y la gente desgarrada, podia estar en un bajo relativamente al lugar donde la madre se hallaba con sus religiosas. Pues bien; en este supuesto, al oir los que se acuchillaban los gritos de las monjas y las palabras no muy inteligibles y algo ásperas de la Madre, hubieron de creer que estaba en persecucion suya la Justicia, y, para evadirse del peligro, dando la vuelta á la venta, desaparecerian (NO SE HUNDIRIAN) para refugiarse cada cual donde creyera encontrarse más seguro.

Una pobre alucinada como Teresa podria vanagloriarse en relatar el suceso á los supersticiosos, para que éstos afirmaran que al impulso de su poderosa tremante voz habian ido aquellos infelices combatientes á pagar sus delitos al infierno; y no faltarian cronistas que tomasen en serio el asunto, y se encargasen de referirlo para admiracion de las gentes en lo futuro; pero las per-

sonas verdaderamente discretas, y áun quienes sólo tuviesen sentido comun, explicarian el enigma del hundimiento de la misma sencilla manera que nosotros lo hemos hecho. Es un enigma más para hacer reir que para excitar la admiracion, si bien esto es precisamente lo que pasa con todas las alucinaciones y visiones de *Santa* Teresa, segun hemos de ver perfectamente en otros capítulos.

Tenia contra sí tambien la desventurada monja otro padecimiento perjudicialísimo. Nos referimos á la melancolía, esa enfermedad del ánimo, que es poderosa para destruir por su base la mejor y más sana complexion física. Aunque no hubiera sido más que como consecuencia de su afeccion más rebelde, el histerismo, aquel mal moral hubiese minado su existencia; pero como á ello se unian las condiciones especiales de carácter, de excentricidad y monomanía de la *Santa*, la melancolía se mostró en ella con una intensidad indecible. Los efectos que produce esta enfermedad en el acometido, y más si se halla dominado por las preocupaciones religiosas, son gravísimos.

Médicos muy ilustres aseguran que los melancólicos suministran ejemplos numerosos de desarreglo en sus facultades que frecuentemente se asocia á la lipemanía. [80] Ideas religiosas falsas ó imaginarias (que era precisamente lo que pasaba á la autora del *Camino de la perfeccion*), llevadas al extremo, se apoderan de los enfermos, y entónces el nombre de enagenacion alucinatoria, puede tan sólo convenir para designar las prácticas excesivas de una religion exagerada, el ascetismo, la vida contemplativa y el éxtasis. Y precisamente, la teomanía y la lipemanía religiosa embargaban tanto las facultades intelectuales de Teresa como la misma monomanía sensorial.

No han faltado escritores que, con objeto de oponerse de antemano á los que demostraran que *Santa* Teresa habia padecido de melancolía, han pretendido sostener que estaba libre de todo humor de tristeza, hasta el punto de afirmar que «era jovial y afable.» [81] Pero tales aseveraciones, basadas solamente en el capricho de quien las hace, nacen desprovistas de toda autoridad, y se desvanecen ante el más insignificante reparo de la crítica. Y con efecto, ¿cómo ha de poderse demostrar semejante afirmacion, cuando basta leer

las obras de Teresa, y recordar lo que ella misma dice de sus enfermedades, para tener persuasion diametralmente contraria? Aquellos arrebatos de pena, de lúgubre tristeza, de llantos, de solitarios antojos que tan frecuentemente la acometian; aquel hastío incesante del mundo; aquel desplacer que en todo encontraba siempre, [82] ¿eran más que signos evidentes de melancolía? Siendo uno de los principales efectos de ésta, que el enfermo no halle gusto ni distraccion en cosa alguna, ¿cómo no se ha de reconocer que el humor melancólico dominaba á *Santa* Teresa, cuando vivia siempre descontenta de todo, y de todo apenada y afligida? Y no se quiera decir que no era melancólica, porque en algunas de sus cartas, ó en algun pasaje, muy raro, de sus escritos, se encuentren á las veces palabras que denoten festivo ingenio ó ánimo alegre, pues esa seria una deduccion infundada y errónea. Los melancólicos, los histéricos, los alucinados y los monomaniacos tienen sus momentos de expansion, ni más ni ménos que los dementes sus lúcidos intervalos. Y ¿se dirá de un enagenado, que no tiene perturbada su inteligencia porque en determinado instante raciocine con lucidez? ¡Cómo! Pues eso mismo hay que sostener, procediendo en buena lógica, de los que padecen otras graves dolencias físicas ó morales, que alteran más ó ménos intensamente las facultades intelectuales. Puede el melancólico tener momentos de grata complacencia, y el histérico instantes de risa, y el alucinado segundos de sensatez, y el monomaniaco de prudencia y cordura, sin que pueda sostenerse por eso que están libres de semejantes afecciones; que nunca la excepcion será motivo suficiente para desconocer la enfermedad que por regla general los perturba: tales manifestaciones de fugaz alegría, ó son ocasionadas por la diversidad de estados morbosos, ó se inspiran en halagadoras ilusiones fraguadas por la exaltada imaginacion del doliente.

E igualmente seria arbitrario suponer que Teresa no padeció de melancolía, porque en alguna de sus obras [83] habló contra las monjas que ingresaran en sus conventos aquejadas por este humor de tristeza, dictando al efecto las más terminantes disposiciones para que jamás se diese crédito á sus desvaríos, ni se transigiera en modo alguno con sus condiciones caprichosas,

y encareciendo la mayor severidad en todo á las prioras correspondientes. Semejantes frases, y avisos y encargos, no indican, ni ménos demuestran, que *Santa* Teresa estuviese exenta de melancólicos humores: lo que patentizan, y dejan aclarado fuera de toda duda, puesto que ya por sus mismas palabras, copiadas páginas ántes, sabemos cuánto la perturbaron siempre las excentricidades y las tristezas; lo que patentizan, repetimos, es que *Santa* Teresa, como generalmente sucede, conocia y veia y tocaba los defectos extraños, y no tocaba, ni veia ni se daba cuenta de los propios. Así es que ella, melancólica por excelencia, achacaba sus antojos, sus desvaríos, sus excentricidades y caprichos á causas superiores, al gran amor celestial que la abrasaba, al vehemente deseo que la acometia por despojarse de las mundanales envolturas para subir en espíritu á abismarse y á recrearse en el seno adorado de su Dios; en tanto que consideraba los caprichos, excentricidades, desvaríos y antojos de las monjas supeditadas á su autoridad, ó á la de sus prioras, como producto de humor melancólico, y con el que debia tenerse un especial cuidado, á fin de que aquellas desgraciadas no perturbaran con sus intemperancias ó ridiculeces la santa paz de «los palomarcitos de la Vírgen» [84], como Teresa llamaba á sus conventos de descalzas.

El natural melancólico de Teresa, junto con las enfermedades que la torturaban tan cruelmente, originaba en ella ataques especiales que revelan cuán dominada estaba, ya por el temor, por el miedo, por la congoja, por ánimo pusilánime, ya tambien por la irascibilidad, siquiera fuese ésta momentánea y *santa* y á buenos fines dirigida. Veces habia en que el humor atrabiliario la subyugaba, y entónces daba higas al demonio, ó aplicaba fuertes castigos á alguna de sus amadas hijas en Cristo, ó se juzgaba capaz de pelear con todos los Satanases del infierno; [85] veces en que, descontenta de todo, viéndolo todo desde el sepulcro de sus desengaños, sólo sabia llorar y hacer más agravante su situacion angustiosa; [86] veces en que la menor causa, como el doble de las campanas en una víspera del dia de ánimas, la predisponia para un ataque sincopal; [87] veces en que su imaginacion enfermiza le hacia incurrir (si ya no era preparacion misteriosa para ganar hipócritamente renombre) en acciones y de-

mayos grotescos; [88] veces, en fin, que hasta el recitar de un cantarcillo por una monja muy querida de la *Santa*, produciala un violentísimo vértigo y una convulsion horrible.

Sobre esto último dícenos la misma *Santa* que, hallándose con gran soledad el domingo de resurreccion del año de 1571, y estando aquella noche en compañía de todas las monjas del convento de Salamanca, dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios; y que, como ya estaba con pena, esto es, como ya la asaltaban ciertos síntomas de uno de sus continuos ataques nerviosos, fué tanta la operacion que hizo en ella el estribillo, que comenzaron á entumecérsele las manos, y no bastó resistencia para que quedase como arrobada, y presa de movimientos convulsivos. [89] El Padre Rivera, que acertó á conocer y tratar á la religiosa que cantó las coplitas causantes del ataque, dice que el cantarcillo empezaba así: «Véante mis ojos, dulce Jesús bueno;» y añade que «como tocaron á Teresa en el deseo mayor de su alma, quedó tan sin sentido, que la hubieron de llevar como muerta á la celda, y acostarla, y duróla mucho, y áun el dia siguiente andaba como fuera de sí.» [90]

Tal seria la convulsion de la bendita monja en aquella ocasion, que, segun su propio testimonio, quedóle el cuerpo tan quebrantado, que no pudo escribir al dia siguiente sino «con harta pena,» quedándole las manos con dolor y como descoyuntadas. [91]

Aquel recio desmayo y convulsion podrán atribuirlo la *Santa* y sus biógrafos á un intenso amor de Dios, que le hizo perder el sentido y dejarla tan malparada; pero la ciencia médica no ha podido ántes, ni podrá nunca, explicar ese ataque de la Madre sino del modo natural que debe hacerse, teniendo en cuenta sus sobreexcitaciones nerviosas: demás de que es algo dificultoso, y muy repelente para las almas sensibles, eso de admitir, ó siquiera suponer, que el Señor regala á sus siervos de un modo tan poco dulce como á golpes y á marronazos.

Otros muchos ejemplos pudiéramos citar (apoyándonos en lo que nos dicen la *Santa* misma y sus historiógrafos) para confirmar más nuestras observaciones anteriores; pero entendemos que es innecesario, ya que no ocioso, porque siempre vendriamos á sacar en conse-

cuencia que las enfermedades de Teresa eran gravísimas, y que ántes que atribuirlas á regalos del divino Esposo, hay que conceptuarlas como producto legítimo de su rebelde, nerviosa, sobreexcitada y antojadiza naturaleza.

Una de las causas más poderosas que contribuyeron á perpetuar, agravando más cada dia, las enfermedades de la *Santa*, fué el fatalísimo método seguido por ella siempre. Dolencias físicas y morales tan delicadas como las que la consumian, necesitaban cuidados muy esmerados, no ya para extirparlas, pero al ménos para dulcificarlas, ó hacerlas llevaderas en lo posible. Y en vez de esto, el tratamiento seguido por la monja de Avila, sobre anti-higiénico y sobre indiscreto, era absurdo; más que absurdo, inexplicable, obcecado y hasta estúpido y ridículo; capaz, no de curar padecimientos, sino de producirlos ó exacerbarlos. «Con estar cargada de enfermedades (dice el Padre Rivadeneira), porque era muy molestada del mal de corazon, del dolor de ijada y de perlesía y de otros achaques,... y sobre todo padeció por espacio de cuarenta años graves enfermedades y continuos dolores, nacidos de tanto desconcierto y desproporcion que tenia en los humores, *jamás volvió las espaldas al rigor y penitencia, ni perdonó al mal tratamiento de su carne; porque en lugar de la cama regalada, que era bien necesaria para sus enfermedades*, dormia en una poca de paja; y esto, aunque la apretasen algunas de las enfermedades dichas; y si no era muy grave, apénas admitia colchon, ú otro regalo de lienzo. *Por mucho tiempo trajo tan áspero cilicio, que la causaba en la carne muy lastimosas llagas, y éste, pocas veces lo dejaba, cargada de años y de perlesía y otras enfermedades... Sus vigilias eran continuas, en las cuales se pasaba la mayor parte, ó casi toda la noche en oracion, porque su sueño era tan escaso, que el reposo que daba al cuerpo enfermo y cansado de tantos negocios, y á veces de largos caminos, no excedia de tres horas, y, á lo más largo, de cuatro.* [92] En el ayuno y abstinencia era tan rigurosa como en lo demás. [93] Su comida ordinaria era un huevo ó sardina, algunas legumbres, y otras veces unas puches; y cuando sentia alguna necesidad, su regalo era un poco de pan frito con aceite. No bebia jamás vino; no comia carne, [94] sino con grave enfermedad, y esto habia de

ser con estrecha obediencia de sus confesores, y entónces comia un poco de carne, porque más que esto le parecia gran exceso y regalo. Y así, purgándose un dia en Salamanca, la trajeron para comer de una gallina, y aunque se lo rogaron mucho sus hijas, diciéndola que más las edificaria comiendo de ella, que no con la abstinencia que hacia, no pudieron alcanzar que la comiese, más que un poco de carnero cocido. Guardó estrechamente los ayunos de la Órden, que son casi ocho meses del año; pero de esto no me maravillo, porque estaba tan absorta de Dios, que no habia pena ni trabajo alguno que así le hiciese perder los estribos como el haber de esforzarse á comer alguna cosa; y lo que más admira es, que, estando acostada en la cama, cargada de dolores y enfermedades, la vieron muchas veces, en tiempo que la comunidad estaba en disciplina, levantarse secretamente y hacer ella otro tanto en su celda. Tratábase de ordinario, no como monja, sino como ermitaña: *no como enferma,* sino como robusta y sana: no como inocente y pura, sino como si hubiera sido la mujer más profana y pecadora del mundo; y así, en ninguna cosa perdonaba el mal tratamiento de su cuerpo.» [95] Y como si tan desvariado y absurdo proceder no bastase, todavía nos asegura otro de los biógrafos de la *Santa,* que algunas veces se metia entre zarzas y revolcábase desnuda en ellas, y otras se disciplinaba con ortigas, hasta que se le hacian llagas con materia, «y tornaba á refrescarlas con tornarlas á tomar de las mismas ortigas.» [96]

No hay, pues, que explicar, en vista de esto, como milagros ni portentos lo que no lo es ciertamente; lo que sólo era imprescindible y natural consecuencia de sus preocupaciones del ánimo y de sus afecciones nerviosas. No se alteren, por consiguiente, los hechos: no es preciso. Las visiones, revelaciones, raptos y profecías de que vamos á hablar en los sucesivos capítulos, nos los aclara perfectamente la medicina, sin necesidad de recurrir para nada á la fe.

Que la falsedad entrara por mucho en todo lo que hacia, escribia ó creia soñar Teresa, es asimismo muy verosímil, pues, como dice el Dr. Niemeyer, hablando del histerismo, «el poco interés que infunden las histéricas, y la falta de miramiento cada vez mayor por sus dolencias, explican del modo más natural esa ten-

dencia á la exageracion y *á continuar la farsa*, que acaba por haber en todas ellas.» [97] Penetrada Teresa de que, acometida por enfermedades continuas, podia sostener por largo tiempo la ficcion de sus muchas maquinaciones, siguióla sosteniendo, añadiéndola cada dia un nuevo lazo de falsedad atractiva. Y no era que la monja fingiese sus enfermedades, no; sino que se valió de ellas para sus planes ambiciosos, para sus proyectos imitativos, para satisfacer su vanidad voluble de mujer histérica. [98]

Estuvo, pues, el mal en que los médicos de aquella epoca no supieron curarla, como debia curarse á una enfermiza alucinada, ó alucinadora, y en que la protegieron generalmente en sus descabellados designios y empresas.

En nuestros dias ha aparecido otra mujer en España, que pretendia pasar tambien por fundadora de conventos, que ha procurado hacer renovar en estos tiempos la maquinaria de las visiones celestes y diabólicas, y que ha pretendido subyugar á determinadas clases sociales con sus ensueños.

Pero afortunadamente no estamos ya en la época que vivia Teresa de Jesús, y la mal aconsejada religiosa llevó el digno premio de su maliciosa sandez. Los médicos no se dejaron engañar como los que asistian á Teresa, y la novel fundadora vió descubiertas sus supercherías, castigadas, merecidamente, por los tribunales sus falsedades, curadas sus seráficas fingidas llagas, patentizados sus delirios, y desnudas, en toda su horrible miseria, sus maquinaciones ante el inapelable, justo, veraz y acertado tribunal de la ley y del derecho, de la ciencia y del público. [99]

Lo que nuestros contemporáneos, casi en general, han sabido hacer con respecto á una desdichada priora de conventos del siglo XIX, lo verificamos nosotros en particular con la alucinada fundadora de monasterios en el siglo XVI.

Tiempo era ya de presentar á Teresa de Ahumada ante el público español y extranjero, ante ignorantes y sabios, tal cual fué, con todos sus defectos, sus enfermedades, su debilidad y sus ilusiones; dejando demostrada la imposibilidad de que su santidad pueda comprobarse ante la razon, ante la lógica y ante la ciencia.

CAPÍTULO III.

LAS FUNDACIONES.

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla.—

(CERVÁNTES).

Una de las empresas que más encomian en Teresa de Ahumada los soberanos pontífices, los cronistas de sus hechos, los oradores sagrados, los poetas y los que moran en el reino de las imaginaciones, es la fundacion de sus monasterios.

Nosotros, que nos hemos propuesto en esta obra concluir con las preocupaciones que sobre *Santa* Teresa conservan todavía en España multitud de personas, vamos á examinar en el presente capítulo qué significan, qué importan, qué grado de sublimidad ó transcendencia social pueda atribuirse á esas fundaciones tan decantadas.

Desde luego empezamos por decir que la creacion de esas nuevas casas de recogimiento, fué un nuevo obstáculo para el progreso intelectual y moral de nuestra nacion. Bastantes centros de fanatismo existian ya en España ántes de que á Teresa de Ahumada le cayese en deseo salir de las carmelitas calzadas de la Encarnacion de Avila, para descalzarse en el raquítico monasterio de San José, sin necesidad de que otros viniesen á

aumentar el harto crecido número de los procedimientos anti-sociales.

Sobrecógese la mente al fijarse en el espectáculo monacal que ofrecia la España de Felipe II. Era un pueblo donde no habia actividad, ni libertad, ni espíritu de discusion. La nacionalidad española estaba encerrada en vida, con toda su grandeza, en el sepulcro de la más cruel obcecacion y del más despreciable fanatismo. Como Cárlos V., se habia retirado al Yuste del contrasentido, y allí se hacia celebrar, aún con algunos síntomas de existencia, sus funerales, por los monjes que le rodeaban y entonábanle el oficio de difuntos, circundados y alumbrados por las teas inquisitoriales. ¡Pobre pueblo, esclavizado entónces por príncipes fanáticos y gobernantes odiosos, y dirigido moralmente por una turba de hipócritas, ó visionarios, que se llamaban monjes, que se prosternaban ante la Divinidad, y que discutian matando, torturando, quemando al que no transigia con sus preocupaciones, sus interesados actos, ó sus delirios!

En el palacio los monjes imperaban: en las casas de los grandes eran tambien los árbitros y casi señores absolutos: en las Universidades ellos mandaban: en el pueblo ejercian asimismo un fatídico influjo: en todas partes hacian valer, ó su habilidad, ó sus egoistas tramas, ó sus fraccionadores intentos. Eran verdaderamente la plaga de nuestra patria. Subdividido el imperio monacal en innumerables categorías, cada cual se dedicaba á expugnar, combatir, derribar y ganar las débiles fortalezas de la inteligencia de determinadas clases sociales. Agustinos, bernardos, capuchinos, franciscanos, gerónimos, dominicos, benitos, basilios y cartujos, eran otras tantas subdivisiones ó castas de ese poder semi-divino, semi-humano que estaba posesionado de la nacion española, y que debilitaba y consumia todas sus riquezas, su influencia, su razon, su preponderancia, sus adelantos, y en cierto modo hasta su porvenir.

Existia tambien otro elemento, que, no por ser más débil, dejaba de influir grandemente en el fanatismo de la nacion. Toda España hallábase erizada, para valernos de una expresion gráfica, de conventos, de asceterios, de ermitas de monjas. Y estas hijas de San Francisco ó de San Alberto, de Santa Clara ó de Santa

Brígida, no guardaban generalmente reclusion, como es de suponer, [100] ni se entregaban á la oracion, ni se daban á la penitencia, ni al ayuno ni á los cilicios; sino á visitar, á salir frecuentemente de los monasterios, á pasar dias de regocijo en casa de sus parientes ó conocidos, ó á regalarse dulcemente en algun alegre convite ó distraccion, ora en casa de este magnate, ora en la suntuosa morada de aquella duquesa, ora en el palacio de esotro magnánimo príncipe. De aquí esa señaladísima y poderosa influencia que hemos indicado ántes.

Seductoras sirenas aquellas monjas, jóvenes las más de ellas, quizá favorecidas por encantadores atractivos físicos, sencillas al exterior como la paloma, intencionadas y áun falsas en realidad en el fondo, hipócritas por temperamento y áun por exigencia religiosa, astutas como la simbólica serpiente del Génesis, sabian adaptarse á todas las circunstancias, tocar todos los resortes de la imaginacion fanatizada. Adulando unas veces, llorando otras, plagueando algunas, inventando grotescos milagros muchas, hablando de diablos en ciertos casos, fingiendo santidad, usando en determinados momentos de más desenvoltura que la permitida á las esposas castas del Señor, traian desasosegada á la sociedad, y turbada la paz de las familias, é introducida la confusion en las relaciones de superiores y súbditos.

Despojaban los padres á sus hijos de la herencia que les pertenecia, porque á ello les inducia en los últimos momentos alguna parienta monja ó algun monje confesor. Y aquella herencia iba á parar á un convento. Desobedecian los hijos á los autores de sus dias, y fugábanse de sus moradas, y tal vez causaban la muerte de sus ancianos padres, porque, engañados por las pinturas que del estado monacal les hacian algunos piadosos varones, querian retirarse tambien al claustro, para fanatizar, desvariar, ó sostener apaciblemente la vida como ellos. Y aquel hijo, que se separaba de sus padres y familia, iba á sepultarse para la sociedad en otro convento. Las hijas, por el trato con esta ó estotra monja de cualquier monasterio, pedian tambien la admision en aquel recinto de muerte. Y la hacienda de unos y de otros allá iban á acrecentar las pingües rentas de los asilos de Dios.

Hasta los padres y las madres, ya desamparados de

sus hijos, retirábanse, para concluir sus dias, á algun convento ó ermita. Y de este modo las familias, y, por consiguiente, la actividad, la vida y el fecundo movimiento material desaparecian. Queriase convertir á España en un inmenso monasterio, dividido en millares de celdas, donde reinasen de continuo el silencio, la obcecacion, la hipocresía y la más horrible parálisis social. ¡Triste procedimiento que al cabo habia de producir fatalísimos resultados!

Aquel género de vida estaria muy en su lugar, si así se pretende, en los tiempos primitivos del Cristianismo: tal vez pudiera parecer explicable en la Edad media; pero seguir adoptando el mismo perjudicial sistema en los tiempos modernos, era un contrasentido á todas luces, una evidente negacion histórica.

Así lo patentiza, sin género de duda alguna, la crítica imparcial é ilustrada. España, que desde el descubrimiento de América, debiera haber sido el vehículo civilizador de las demás naciones europeas, no tuvo más remedio que quedar, al siglo, ó ántes, de aquel suceso transcendentalísimo, sumergida en un letal y terrible ensueño, á la vez que los pueblos que, sin contar con tantos elementos de vida, ni con tantas garantías de talento, no participaron de aquella fatídica paralizacion intelectual y material, supieron aventajarnos, y de ellos tuvimos luego que tomar lecciones en las ciencias físicas y exactas, y áun en las teológicas y dialécticas, despues que acabamos de comprender, tras una experiencia tan prolongada como dolorosa, lo que habiamos reportado de tres siglos de hogueras, de opresion, de encerramientos monásticos y de retroceso en el camino de la perfectibilidad social. [101]

Y no se diga que somos demasiado sistemáticos, que nos dejamos llevar de la pasion, ó que todo lo miramos por el prisma de las imperfecciones. Ningunos cargos más infundados. Convenimos en que, entre tanta gangrena monacal, algun miembro de aquellos místicos cuerpos se conservaria sano, ó que algunas individualidades, sin ruido, sin fausto, sin visiones y sin el cortejo de procedimientos ridículos, harian mucho bien á la humanidad y á su patria; pero convéngase tambien con nosotros en que esos casos eran contados, excepcionales, escasísimos, en tanto que los vicios que hemos puesto á la vista de la sociedad eran los elementos

predominantes de aquella época en la vida religiosa, el vírus que corroia las entrañas de las colectividades monásticas.

Aun la misma Órden de los carmelitas calzados, á la cual perteneció la *Santa* por espacio de treinta años, ¿respondia á algun alto fin social? ¿Llenaba alguna mision sublime? No por cierto. ¿Qué significaban especialmente, ni qué saludable efecto cumplian los conventos de carmelitas calzadas? Y sobre todo, ¿qué era el monasterio de la Encarnacion en Avila? Receptáculo de mujeres viudas; asilo de las descontentas de la sociedad; albergue de la juventud fanática ó infortunada; asociacion, en fin, de personas más ó ménos entradas en edad, que procuraban olvidar en aquella casa los reveses ó desengaños sufridos. Pero ¿cómo los olvidaban? ¿Quizá rezando, ó disciplinándose, ó aplicándose cilicios, ó pasando los dias en solitarias contemplaciones extasiadas? No. Dábase allí poco tiempo á la oracion, y mucho á la parlería: pasábanse agradablemente las horas en algunos ejercicios externos de poca monta, en mover un poco los labios para semejar que se hablaba entre dientes ó que se rezaba, y lo demás del tiempo invertiase en salir y entrar, en hacer visitas y en recibirlas, en conversaciones del todo profanas, ó en pasatiempos ménos inocentes ó disculpables.

Que nuestras aseveraciones se fundan en la más estricta verdad, lo persuaden y declaran, sin género alguno de duda, documentos irrecusables que ni los más obcecados defensores de absurdos podrán rechazar. Algunos doctos y piadosos varones de aquel siglo levantaron su voz para reprender las disolutas costumbres del clero secular y regular, poniendo á la vista de todos el tristísimo cuadro de sus vicios é hipocresías. [102] Otras veces, no era por medio del libro por donde se atacaba á los religiosos corrompidos, sino por la autorizada palabra de los procuradores en córtes, los cuales repetidamente insistian en la necesidad de poner coto á las fundaciones de conventos, y al mismo tiempo exigian que se refrenase la soltura de costumbres que en los monasterios de monjas se notaba. [103] A tanto llegaban en algunas ocasiones los escándalos, que el mismo Rey dictaba las más terminantes disposiciones para castigar á ciertas esposas de Cristo, que daban muestras bien llamativas de sus livianas aficio-

nes. [104] En suma, nada tan concluyente para comprender el estado horrible de corrupcion en que se hallaban el clero y las órdenes monásticas en el siglo XVI, como las severas determinaciones adoptadas y sancionadas por el *Sacrosanto* Concilio tridentino para reformar las costumbres de los religiosos y prescribir la clausura más rigorosa en los monasterios de monjas. [105]

Pero para que se vea perfectamente hasta qué punto llegaba la licencia y la falta de todo recato y prudencia en los conventos de religiosas en tiempos de *Santa* Teresa, vamos á transcribir algunos párrafos que ella escribió sobre el asunto en una de sus obras, [106] cuando ya estaba cercana á la ancianidad.

«Me daban en la Encarnacion (dice) *tanta y más libertad que á las muy antiguas religiosas,* y tenian gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo *por agujeros, ó paredes, ó de noche,* nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Pareciame á mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho: ¡como si fuera bien otras cosas que hacia! A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo, como esto fuera, aunque era mucho.

«*Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado;* porque la libertad, que las que eran buenas podian tener, con bondad, *porque no debian más, que no se prometia clausura, para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno,* si, con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; *y así me parece lo es grandísimo monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas.* Esto no se tome por el mio, porque hay tantas, que sirven muy de véras y con mucha perfeccion al Señor, que no puede su Majestad dejar (segun es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religion, *sino de otros, que yo sé y he visto.* Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares

llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, segun están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, *que plega á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacia;* y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de véras en ello su mano.

«*Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas adonde vayan camino de salvacion, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas;* y plega á Dios aproveche, ó se las tengan en su casa; *porque, si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho,* y en fin, lo descubre el Señor; *y no sólo dañan á sí, sino á todas;* y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas, que se quieren apartar del mundo, *y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convidan é inclinan á seguir algunas cosas que son del mismo mundo: ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir...* ¡Oh grandísimo mal! ¡grandísimo mal de religiosos! (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religion; adonde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religion, y falta de religion, y todos casi se andan por igual; ántes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Úsase tan poco el de la verdadera religion, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de véras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa que á todos los demonios; y más cautela y disimulacion ha de tener para hablar en la amistad, que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades, que el demonio ordena en los monasterios.»

Por la pintura que hace Teresa de los conventos de religiosas en sus tiempos, puede calcularse la desmoralizacion y peligros que por todas partes cundian; y por más que la *Santa* pretenda aminorar los de su monasterio, haciendo una especial excepcion, lo cierto

es, que tambien habia bastante en él que reformar, y no poco que reprender y corregir. Y para llegar á semejante convencimiento, no nos es preciso vagar por los espacios imaginarios de nuestros caprichos, sino tener en cuenta lo mismo que dice la *Santa* sobre su manera de vida desde el año de 1539 hasta conclusion del 55. Dióse ella, igualmente que las más de sus compañeras, á visitar y ser visitada, á conversaciones y relaciones peligrosas, á parlerías, á desvanecimientos profanos, y á otras distracciones de que se lamenta harto amargamente en varios pasajes de sus escritos. [107] Tan olvidada anduvo alguna vez de sus deberes monásticos, que una parienta suya, religiosa como ella en el convento de la Encarnacion, se escandalizaba de sus procederes y amonestábala; mas la *Santa* estaba tan engolfada entónces en sus pasatiempos, que no la daba crédito alguno; ántes al contrario, disgustábase con ella, y no comprendia porqué se escandalizaba de su conducta. [108] Cayendo y levantando estuvo la monja por espacio de casi veinte años, con algunos pasajeros intervalos de arrepentimiento y penitencia; pero sin decidirse á cumplir de lleno con sus deberes religiosos. [109]

Confírmanos esto en nuestra ya expresada creencia de que *Santa* Teresa no se hizo monja por vocacion, sino por circustancias puramente terrenas, que influyeron sobre su ánimo, y la forzaron á adoptar resolucion tan contraria á sus deseos. La mujer que entró en un monasterio por desesperacion mundanal, como hemos visto que pasó á Teresa de Ahumada en el primer capítulo de esta obra; la mujer que á los pocos meses de su permanencia en el convento, seguia la corriente de distracciones y desvanecimientos por donde iban al precipicio de su descrédito las esposas del Señor en él albergadas; la mujer, en fin, que desde los veinte hasta cerca de los cuarenta años, estuvo hecha esclava de pasatiempos profanos, ni tenia, ni habia tenido jamás vocacion para la vida monástica: vida del mundo gustaba, y contentos y vanidades del mundo la seducian. Verdad es que aquellas nuevas distracciones con que parece quiso olvidar los reveses y contrariedades de su temprana juventud, si mitigaron, no curaron en modo alguno el mal moral que constantemente atormentó á Teresa, desde el fracaso de aquellos lícitos amores que

ella creia podian terminar en bien por medio de casamiento.

Tenia por cierto la *Santa,* y hanlo repetido sus biógrafos y cronistas, que el haber dado de mano por completo á sus aficiones mundanales, fué debido á aquellas palabras que la dirigió el Señor cierta vez, mandándole que desde entónces no tuviese más conversacion con hombres, sino con ángeles. [110] Pero esto, lo mismo que sus supuestas hablas con Dios en los años próximos á su salida completa del monasterio calzado de Avila, y lo mismo que aquellas visiones del infierno y de sapos de extrañas y nunca vistas formas con que el Hacedor Supremo la amedrentaba, [111] para sacarla del abismo de sus pasatiempos, y subirla al Cielo de sublimes contemplaciones, son meros sueños, relatos fingidos por la excesiva credulidad ó por el interesado fanatismo, que sólo merecen la sonrisa del menosprecio. El cambio de vida que se operó en Teresa cuando llegó á los cuarenta años, se explica por causas sencillamente naturales, sin necesidad de hablas de Dios, órdenes del Cielo, ni apariciones ridículas de sapos estrambóticos: el cambio de vida era consecuencia precisa de la edad. Durante veinte años, en la flor de su existencia, en toda la virilidad de sus deseos, entregada estuvo á pasatiempos y distracciones, que si nó satisficieron su corazon, halagaron sin embargo su voluntad. Pero cumplidos ocho lustros de su vida, á medida que sus gracias físicas se marchitaban, sus ilusiones se desvanecian: causábanla ya hastío los pasatiempos y distracciones: nada llenaba aquella aspiracion amorosa de su alma, desvanecida desde los comienzos de su juventud: habia llegado para ella la época del desaliento, de la desilusion, del desencanto más crueles. Convirtió, pues, su atencion entónces á otros objetos: aspiró á *Santa:* creyó merecer favores especiales de Dios en sus oraciones: llamó sobre sí la atencion: fué tenida por endemoniada por unos, y por inspirada del Cielo por otros: suscitó enemistades, despertó envidias, produjo disgustos, captóse antipatías, obtuvo censuras de unos ó alcanzó beneplácitos de otros, saliendo al fin con su deseo, que nó era otro sino el abandonar el convento de la Encarnacion, y pasar por fundadora, y ser reputada como instrumento saludable de regeneracion en la Iglesia de Cristo. [112]

Y pues como en deduccion de lo dicho anteriormente, y de la influencia que tenia el fanatismo entónces en casi todas las esferas sociales, hemos venido á ocuparnos de las fundaciones de Teresa de Ahumada, la ocasion nos invita á examinar las referidas magnificadas empresas, para ver qué verdadera y real importancia puede atribuirseles.

¿Fueron una obra portentosa, inspirada por el Hacedor Supremo, como creia la *Santa,* y repitieron despues obstinadamente sus confesores, sus cronistas, los predicadores descalzos, y áun la Iglesia misma; ó fueron, como nosotros creemos, y con nosotros, indudablemente, todas las personas que no se dejan llevar de las preocupaciones religiosas, una obra sin mérito intrínseco, sin reconocida significacion, y no digna, por consiguiente, de ser mencionada entre las empresas esclarecidas? A continuacion vamos á verlo.

La Iglesia dice, en encomio de la *Santa,* que, siendo pobre, fundó treinta y dos conventos sin contar con ningun socorro humano, y áun teniendo en contra suya á los príncipes y potestades del siglo. [113] Y el Padre carmelita descalzo Fr. Antonio de Santo Elyseo, *Orfeo portugués,* segun opinion del reverendísimo Maestro Hipólito Moreira, de la Compañía de Jesús, en un sermon que predicó en Lisboa en elogio de *Santa* Teresa, expresóse en estos textuales términos: «Trinta e dous conventos fundou a Santa, em quanto viveo no Mundo; e com que ajudas de custo, e com que esperanças?.. O que Theresa teve da parte do Mundo na sua Reforma, foy hum total desamparo; e de mais a mais huma contradiçaö perpetua de todos os Estados. Os grandes, os pequenos, os ricos, os pobres, ó Ecclesiastico, ó secular, os de casa, os estranhos, todos se armaraö contra Theresa, procurando cada qual, como podia, que a Reforma naö chegasse a ter principio.» Y luego, entusiasmado sin duda de su dialéctica, continúa diciendo: «E que chegue huma Freira pobre, descalça e desamparada a sahir com seu intento contra todo o poder do Mundo! Que vença Theresa a demanda! Grande vitoria!» [114]

Vamos nosotros á demostrar ahora cuánta inexactitud contienen,así las aseveraciones rotundas de la Santa Católica Iglesia romana, depositaria de la verdad, segun suelen decir todavía los ignorantes, los fanáti-

cos, ó los hipócritas, como las ampulosas hipérboles del carmelita lusitano. Narraremos ántes: despues presentaremos las deducciones.

Y empezamos por advertir que la idea primitiva de Teresa, al querer separarse de sus compañeras de la Encarnacion, no fué en modo alguno la de reformar la Órden carmelitana: su deseo fué sólo el de retirarse á un género más tranquilo de subsistencia que el que allí estaba adoptado, y vivir á manera de las descalzas de San Francisco, con algunas amigas y parientas que aprobaban sus intentos: [115] su propósito principal era, á lo que parece, eludir las importunaciones que la asediaban de continuo quedando como simple monja en un convento donde habia más de ciento ochenta, siendo muchas veces esclava de las voluntades de otros, [116] y pocas dueña de la propia, al cabo de veinte años de religion, juzgándose con méritos, inspirada como se creia por Dios, para más importantes cometidos y para más independiente existencia.

Y no sólo la idea de la reforma no fué originaria de Teresa, sino que hasta los preliminares que hubo para retirarse aquella monja del monasterio donde estuvo por espacio de veinte y cinco años, tienen mucho de risibles, y demuestran que la pretendida obra de la regeneracion monacal, iniciada por la hija de Alonso de Cepeda, no tuvo otro orígen sino el de un pasatiempo, ni tomó cuerpo, fomento y vida sino en medio de diversas festivas escenas. Pero dejemos hablar al Padre Rivera, que narra estas cosas con su sencillez acostumbrada. «Porque veamos (dice) cuán maravilloso es Dios en sus obras, y cuán pequeños principios toma algunas veces para cosas muy grandes, el principio de los monasterios que fundó la Madre Teresa de Jesús, fué éste: Tenia una sobrina, á quien siempre quiso mucho, llamada doña María de Ocampo, que despues vino á ser monja descalza, y se llamó María Bautista y ha sido priora del monasterio de las descalzas carmelitas de Valladolid muchos años con mucha religion. Entónces andaba muy llena de estas que llaman galas, y para andarlo tenia ingenios extraños é invenciones que espantaban. Estando, pues, ella por seglar en la Encarnacion una noche en la celda de su tia, con una hermana suya y otras parientas y sobrinas de la Madre, parte seglares, y parte monjas, y con

Juana Suarez, aquella grande amiga de la Madre, COMENZARON Á HABLAR EN BURLAS que era vida penada la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente; y al punto salió doña María de Ocampo, y dijo: Pues vámonos las que estamos aquí á otra manera de vida más solitaria, á manera de ermitañas. Como aquella palabra era de Dios, sin entenderlo ella, no la dejó caer en tierra; ántes, fué bien recibida, y dió gusto á todas. Y de palabra en palabra, se fué aquella noche en dar trazas cómo se haria un monasterio pequeño de pocas monjas y lo que podria costar. Doña María dijo que daria para ello mil ducados de su legítima, y tomaba el negocio muy de véras, con que á la Madre dió mucho gusto... Andaba entónces la Madre con unos nuevos deseos de penitencia y de soledad, y de darse de nuevo á Dios, y andaba pensando qué haria por el Señor que con este fuego encendia su corazon. Habiala quedado todo esto de una temerosa y maravillosa vision en que el Señor la habia mostrado el lugar y tormento que en el infierno le estaba aparejado, si fuera por el camino que habia en otro tiempo comenzado... Pues como el Señor la habia ya comenzado á disponer de la manera dicha, y oyó lo que aquellas doncellas trataban, holgóse mucho de ello y guardólo en su corazon. Luego la vino á ver una señora principal (D.ª Guiomar de Ulloa), amiga suya, y, COMO RIÉNDOSE, la comenzó á decir: Estas doncellas estaban poco há tratando que hiciéramos un pequeño monasterio, COMO Á MANERA DE LAS DESCALZAS DE SAN FRANCISCO, y daban esta traza y ésta. DOÑA GUIOMAR NO LO TOMÓ COMO BURLA, SINO CON MUCHAS VÉRAS SALIÓ Á ELLO, DICIENDO QUE SE HICIESE, Y DABA ÓRDEN COMO SE LE PUDIESE DAR RENTA.» [117]

¿Se comprende, despues de esto, qué grandeza tuvo en su orígen la obra de la pretendida reforma de *Santa* Teresa? ¿Se ve perfectamente á qué se reducen la tan decantada inspiracion de Dios, las hablas celestiales, los avisos y advertencias divinos?.. Una burla; una conversacion sobre antojos mujeriles; un mero pasatiempo, casi pueril; una poca de candidez en Doña Guiomar de Ulloa, la gran amiga de Teresa, y la que más empeño puso y más trabajó para que el nuevo asilo de obcecacion se fundara; condescendencias excesivas en ciertos potentados de entónces; benevolencias reprensibles de las personas más obligadas á poner co-

to á los delirios visionarios y á los perjuicios monacales; y, sobre todo, el deseo vehemente que tenia Teresa por singularizarse, y porque se hablara de ella y de sus empresas: hé aquí lo que dió vida é interés, si alguno tuvo, á eso que suele llamarse, con harta notoria impropiedad, reforma de la Órden carmelita.

Necesaria de todo punto era en verdad la reforma de las Órdenes religiosas en tiempo de *Santa* Teresa: el desenfreno habia llegado á tal extremo, que muchos conventos de monjes y monjas semejaban más bien asquerosos asilos de la lujuria ó repulsivos centros de mundanales tráficos, que albergues de las almas puras y escogidas, ó casas de oracion y recogimiento. Procuraron varios monjes y monjas introducir tal reforma en la vida monástica; pero no supieron ó no pudieron efectuarla sino en la parte puramente externa, quedando por lo general subsistentes las causas desmoralizadoras: hiciéronse las cosas ménos descaradamente que ántes, pero con mayor perversion de la moral, pues se aparentaba virtud cuando triunfaban como tiranos absolutos los vicios. Jamás se ha usado tanto de esa odiosa farsa, llamada hipocresía, como en los tiempos de la reforma monacal en el siglo XVI. Se renunciaba al fausto y á la pompa mundana, á las salidas frecuentes de los monasterios y á las profanas distracciones; se rezaba más; se verificaban más ejercicios de penitencia; se guardaba reclusion; pero, á pesar de todo, la sutileza mujeril ó la autoridad de los confesores, hallaban casi siempre un recurso para conseguir los más nefandos fines, y satisfacer los más impuros deseos. Causa verdadera repulsion el estado monacal despues de la reforma iniciada para hacer ménos aborrecible la relajacion antigua. Hipócritas exterioridades de bien; interiores positivas corrupciones; monjas livianas; prioras complacientes para todo lo malo; monjes soberbios; frailes de costumbres no muy limpias; confesores atrevidos; disensiones escandalosas entre individuos de unas mismas Ordenes; odiosidades irreconciliables entre opuestos bandos monásticos; luchas interminables por defender los caprichos más egoistas; muchas apariciones, y poca virtud; muchos milagros y ridiculeces, y poquísimas obras buenas y santas: hé aquí, en general, el cuadro que ofrecian entónces los conventos de monjes y monjas. La desmoralizacion fué cundiendo

más y más cada dia; las costumbres públicas, cada vez más corrompidas tambien, influyeron en la vida del claustro, no obstante la reclusion rigorosa que se aparentaba guardar, habiendo llegado el mal á tal colmo en los dos últimos reinados de la casa de Austria, y en el primero de la borbónica, que inspira horror, y al mismo tiempo enrojece el rostro de vergüenza, el ver hasta qué punto estaba la corrupcion apoderada de todas las asociaciones monásticas, y hasta qué grado de hipocresía se llegó por el camino del vicio, de la farsa, de la depravacion más repulsiva. [118]

No se hallaba exenta la Órden del Cármen *reformado* por *Santa* Teresa de semejantes abominaciones; al contrario, por las mismas constituciones primitivas de la monja de Avila se abria anchuroso campo á la soltura más grande de costumbres, porque determinándose en ellas que tuviesen las monjas libertad [119] para elegir confesores, seguianse de esto gravísimos peligros, pues podria dominar para la designacion más bien el afecto, el interés propio ó algun móvil no santo, que verdadero deseo de mejoramiento y perfeccion. Lo cierto es que, en vida de la misma supuesta reformadora, ya comprendió ella que tal libertad era perjudicialísima, y mostrábase pesarosa de haberla dispuesto. [120] A tal punto llegaron los escándalos al poco tiempo de muerta la Madre, que se suscitó una animosa y prolongada rivalidad entre los Padres provinciales Gracian y Doria, y entre María de San José y Ana de San Bartolomé, entrambas prioras de la recien reformada Órden, y muy protegidas y confidentas de Teresa, sobre si habia ó no de restringirse la libertad de que disfrutaban las monjas carmelitas descalzas para escoger sus confesores; con la harto notable particularidad de que los defensores acérrimos de que siguiesen las cosas como se hallaban, eran el Padre Gerónimo Gracian de la Madre de Dios y María de San José, el uno, confesor que habia sido de *Santa* Teresa y provincial de la Órden reformada, y la otra, priora de los conventos de Sevilla y Lisboa, personas entre quienes mediaron, segun con insistencia se dijo entónces, relaciones ilícitas por espacio de muchos años con gran escándalo y con daño irreparable, de lo que la misma *Santa* Teresa se quejó amargamente pocos dias ántes de morir. [121] Y tan obstinada estaba María de San José en salir adelante

con su intento, que no descansó hasta obtener un breve del papa Sixto V, en el cual se confirmaba lo dispuesto por *Santa* Teresa en sus primitivas constituciones; breve que dió motivo á nuevos disturbios y conflictos, pues hubo encarcelamientos, y castigos graves, y al Padre Gracian se le quitó el hábito, y se le expulsó ignominiosamente de la Órden. [122] Opúsose tenazmente el Padre Doria á que el breve se cumpliera, y esto hubiera sido, sin duda, lo mejor para la causa de las buenas costumbres, pues cuando por condescendencias ó miramientos se transigió luego en cierto modo con las descalzas que, para guardar las constituciones de su *Santa* Madre, pedian, ante todo y sobre todo, libertad para elegir sus confesores, dentro ó fuera de la Órden, vióse hasta qué punto era dañosísima tal tolerancia, y cuánto se prestaba á favorecer y encubrir las cosas más ofensivas á la moral: púsose en práctica entónces con toda perfeccion el sistema de la más rastrera hipocresía; llegóse á un grado de refinamiento en el fingir, que causa sorpresa á la vez que inspira aversion; estudióse con todo esmero el arte de aparecer santo, y ser en realidad el peor de los demonios; aparentar virtudes, y practicar actos que escandalizan por lo lascivo y repugnante.

Poco más de un siglo habia pasado desde aquellas grandísimas disensiones entre las prioras Ana de San Bartolomé y María de San José, y los Padres provinciales Gracian y Doria; poco más de un siglo, durante el cual se dieron espectáculos bien tristes en los conventos de la Órden reformada del Carmelo, cuando la desmoralizacion y la impudencia se presentaron de un modo que asombra y horroriza. Varios conventos de carmelitas descalzas convertidos en asquerosos burdeles; [123] priores y prioras, encenagados en los vicios más abominables, dando ejemplos manifiestos de su lubricidad y de sus vilezas; [124] hijos habidos de aquellas relaciones criminales, sacrificados bárbaramente al nacer, para ocultar los frutos sacrílegos de la monacal lascivia; [125] jóvenes sencillas y pudorosas desfloradas violentamente por Padres provinciales de la misma Órden, sirviendo, como medianeras y cómplices, abadesas y tias carnales de las doncellas violadas; [126] confesores malvados sembrando las doctrinas más obscenas en los ánimos de sus hijas en Cristo, y adiestrándolas en las

prácticas de toda depravacion é inmoralidad; [127] monjas pervertidas y monjes corrompidos asistiendo en su alumbramiento á las esposas del Señor que daban muestras de su complexion fecunda; [128] frailes de la Órden, de todas las clases y gerarquías, contendiendo en licencia y perversion, y sin embargo aparentando las más sanas costumbres con una falsedad refinada; traficantes miserables de la Moral y de la Religion, embaucando á los pueblos con exterioridades de virtud, y siendo realmente monstruos aborrecibles de lujuria y de ruindades; [129] fundadoras y preladas, circuidas con la aureola de la santidad áun en vida, y no obstante dadas á los más execrables vicios, cortejadas por religiosos, entregando sus gracias y voluntad á varios amantes, y teniendo uno predilecto de quien concebian varios hijos, brutalmente aniquilados por horrorosos infanticidios; [130] Padres provinciales, en fin, que tenian por comblezas á las más calificadas monjas de la Órden, con quienes permanecian, durante más de treinta años, en los más libidinosos desenfrenos y relaciones, reputados y vociferados por sus cómplices como modelos de perfeccion, á nadie inferiores en la contemplacion extática y en la penitencia sino al mismo Juan de la Cruz, fomentando, á pesar de esto, la más escandalosa inmoralidad con sus vicios y descaro, y hasta escribiendo libros para llamar dechado de virtudes y ejemplo de preladas á sus mancebas: [131] he aquí el fatídico cuadro que varios conventos de la Órden reformada por *Santa* Teresa ofrecian en el primer tercio del siglo XVIII; consecuencia imprescindible de la soltura de costumbres iniciada desde los tratos tan reprendidos entre la amiga íntima de Teresa, María de San José, y el Padre Gracian, en los últimos años del siglo XVI, y tan frecuentemente seguida y aumentada, por sus descendientes en Cristo, en todo el XVII.

Y esto era lo que se veia, lo que se tocaba, lo que no podia ocultarse, lo que llegaba ya á tal colmo de atrevimiento, que era preciso que tomasen disposiciones severas los tribunales eclesiásticos para reprimir el escándalo: era lo que, por imprudencias ó descuidos, exhibia algunas veces las miserias claustrales en toda su repugnante sordidez: que por regla general, las acciones más feas y los tratos más reprensibles quedarian impunes, y áun sin algun correctivo, pues, dependiendo

todo de la mayor ó menor hipocresía que cada monje y cada monja supieran mostrar, no es imposible que muchos, teniendo más primor y maña que los carmelitas descalzos de Lerma y de Corella, podrian morir como *santos*, y hasta ser colocados despues en los altares, por más que hubiesen corrido, como la Madre doña Agueda de Luna y el Provincial Fray Juan de la Vega, directores principales de los crímenes y orgías ántes citados, por el campo de sus sensuales apetitos. Todo el toque consistia entónces en ser muy hipócrita, para parecer muy santo.

No diremos por esto que no habria en todas las Órdenes monásticas excepciones muy honrosas: existian indudablemente personas de verdadera virtud y de verdadera piedad, amorosas almas, rectos corazones, que alejados de toda farsa, con la mira puesta en la reforma social, procuraban corresponder, del modo que juzgaban más oportuno, á la realizacion de nobles pensamientos y al mejoramiento de las colectividades y de los individuos; pero haremos constar que tales séres, excepcionalmente bondadosos é inofensivos, adoptaban un camino distinto que el emprendido por *Santa* Teresa y sus admiradores, se contenian en los límites de su modestia para producir el bien ó dar ejemplos de sanas costumbres, y no llegaban á ser venerados en los altares, porque no sabian inventar incesantemente apariciones divinas y diabólicas; cortejo obligado de todas las complexiones predestinadas á la santidad. Aquellas almas puras y rectas, que hacian el bien por hacerlo, no por fausto, no por interés particular, no por cálculo, no por vanidosas apariencias de virtud, veianse muchas veces supeditadas por personas que no fiaban su renombre de perfeccion sino á la continua práctica de ridículas visiones é hipócritas exterioridades; y áun generalmente se atribuian sus ideas, queriendo pasar por originales, quienes no habian hecho otra cosa que seguir sus inspiraciones, ó tomar por modelo sus acciones y sus propósitos.

Esto pasó precisamente con Teresa de Ahumada á la virtuosa, á la humilde, á la venerable María de Jesús, verdadera reformadora en España de la Órden del beato Alberto; gloria que, con mañosas protestas de menosprecio de sí misma, quiso arrogarse despues Teresa de Jesús; gloria que engrandecieron con sus ampu-

losos elogios los preconizadores de la monja de Avila, y sublimaron los Pontífices beatificándola y colocándola en el catálogo de los santos; gloria en que se ha hecho estribar luego su más calificado renombre; pero gloria usurpada, gloria que no le pertenece, gloria que debe dejársela ya de conceder para devolverla y tributársela á quien legítimamente corresponde, á la modesta autora del pensamiento, á la que supo realizarlo de la manera más aceptable y defendible, á la beata María de Jesús

Muchos años ántes que á *Santa* Teresa se la ocurriera salir del convento de la Encarnacion de Avila para retirarse á un género más apartado de vida, como á modo de las descalzas de San Francisco, habia emprendido la tarea de reformar la Órden del Cármen la mujer humildísima de quien dejamos hecha referencia. La existencia de María de Jesús correspondió á la nobleza de sus propósitos. Hija de virtuosos padres, nació en Granada en 1522, dando desde su niñez claras muestras de su perfeccion y recogimiento. Casada en los albores de su juventud, vivió poco tiempo la vida matrimonial. Viuda, retraida de todo trato mundano, tomó el hábito de beata de Nuestra Señora del Cármen, concibiendo, en vista de la escandalosa relajacion que en dicha Órden se notaba, la idea de la reforma, y proponiéndose conseguirla, á pesar de los mayores obstáculos y trabajos. Sufriólos con efecto la noble señora, pues para conseguir autorizacion del Papa, marchó á Roma, á pié y descalza, con mil privaciones, sin reparar en lo largo del camino, ni pararse ante las penalidades que hubieron de conturbarla. Con ánimo entero, con resuelto corazon, con la misma poderosa fe que le habia hecho emprender viaje tan prolongado, llegó á Roma, aunque heridos y ensangrentados los piés, y el cuerpo desfalleciente y en estado lastimoso. Admiró tanto al Papa la varonil entereza de María de Jesús que, al impetrar ésta de su Santidad el permiso para fundar un monasterio de mujeres segun la primitiva regla del Carmelo, sin mitigacion, viéndola Pio IV con los piés ensangrentados, y llorosa, y suplicante, no pudo por ménos de exclamar: «¡Varonil mujer, hágase lo que pides!» ¡Premio debido á tan grande humildad y constancia! [192]

De vuelta en España, quiso María de Jesús fundar

el monasterio en su país natal, Granada; pero hubo allí tantas contrariedades, llegándose al extremo de tenerla por ilusa, y hasta amenazándola con azotarla públicamente, que se vió precisada á huir de aquella ciudad. Favorecióla entónces Doña Leonor Mascareñas, ama de Felipe II, cediéndola una casa con oratorio que tenia en Alcalá de Henares, donde se estableció por fin el monasterio el dia 11 de Setiembre de 1562. [133]

Pocos meses ántes de la fundacion estuvo María de Jesús en Toledo para visitar á la futura *Santa* Teresa, la cual hallábase desde la última semana del año de 1561 en aquella ciudad, en el palacio de la hermana del duque de Medinaceli, á peticion y súplica de la referida dama. [134] Explícase el viaje de la beata de la Órden carmelita por un motivo muy natural. Conseguido ya el breve para la fundacion del monasterio que anhelaba, y disponiéndose á llevar á cabo su pensamiento, hubo de tener noticia que cierta monja de su misma Órden intentaba tambien introducir reformas; y deseosa indudablemente de saber el intento que la religiosa calzada de la Encarnacion se proponia, y teniendo conocimiento de que se encontraba en Toledo entónces, dirigióse allá para hablarla y satisfacer sus deseos. Comunicáronse sus pensamientos; diéronse cuenta de sus aspiraciones; hablaron de sus proyectos; mostró María de Jesús á Teresa los despachos que tenia de Roma para llevar á efecto su designio; enseñóle varias cosas que ignoraba sobre la primitiva regla del monte Carmelo; [135] y en fin, en aquella entrevista pudo quedar convencida Teresa (si su afan de singularizarse no lo hubiese impedido) de que ni ella era la verdadera reformadora de la Órden carmelitana, ni habia comprendido siquiera el espíritu de aquello mismo que trataba de reformar, segun se supone. La verdad es que María de Jesús llevó á cabo su pensamiento tal como se propuso, sin cambiar ni añadir nada, ni buscar circunstancias llamativas para hacer más simpática su idea; y si bien luego, en 1567, aceptó las constituciones trabajadas por *Santa* Teresa con autorizacion de la Santa Sede (constituciones confirmadas años adelante en el Capítulo general de los Padres descalzos carmelitas, verificado en Alcalá de Henares), las modificó, sin embargo, como consta de las que corren impresas, no admitiendo las disposiciones que manifiestamente se

oponian á sus intentos reformadores; por ejemplo, aquella en que se dejaba á las monjas en libertad para elegir sus confesores, lo cual tanta desmoralizacion introdujo en la Órden del Cármelo, convirtiéndose á veces, por tales indisculpables tolerancias, «los palomarcitos de la Vírgen», en palomarcitos de Vénus. [136] Y asimismo, jamás accedió María de Jesús á los deseos de Teresa porque se agregara á la Órden del Cármen descalzo el convento de Alcalá de Henares, prestando obediencia á los Provinciales: sin duda comprendió aquella virtuosa señora los fatales resultados que habia de reportar en lo sucesivo á la Órden tal independencia, y quiso siempre que estuviese su monasterio bajo la inmediata direccion del diocesano, para evitar todo procedimiento vicioso, y toda corruptela.

Claro está que al encomiar como se merecen las virtudes y humildad de María de Jesús, no tratamos de elogiar, ni mucho ménos, sus proyectos reformadores, puesto que, áun buenos como eran, tenian defectos gravísimos que originarian multitud de males á la sociedad: aquel aislamiento, aquel absoluto desprecio del mundo, aquellas solitarias contemplaciones, aquella reconcentracion en sí mismos para no ver, ni oir, ni hablar, ni pensar nada que no se relacionara con Dios, haciendo abstraccion de todo lo terreno, viviendo eternamente en el reino de la oracion y de la penitencia, ¿cómo no habian de oponerse al desarrollo material de los pueblos é introducir una fatal paralizacion en todas las esferas de la vida?... Pero en medio de esto, la crítica imparcial debe respetar las intenciones, y tener una palabra benévola para los nobles pensamientos, cuando abrigan esas intenciones y esos pensamientos personas de tanta virtud y modestia como la beata María de Jesús, quien, aunque preocupada, aunque equivocada, aunque adoptando ineficaces medios para la consecucion de sus propósitos, inspirábase en ideales de perfeccion con verdadero espíritu de mansedumbre y humildad.

No podia ocultarse á *Santa* Teresa el descrédito que habia de seguírsela, si desde luego no se recurria á explicaciones capciosas, que hicieran creer en su supuesta mision sobrehumana. Propagó entónces (y repitieron despues cándidamente varios de sus biógrafos) que el Señor y la Vírgen habian movido á María de Jesús, pa-

ra emprender la obra de la reforma carmelitana, el mismo año y mes que movieron, para objeto y empresa iguales, á la inspirada monja avilesa. Pero ¿quién dará hoy crédito á semejante aseveracion? Aparte de la ridiculez que entraña esa mocion divina hecha simultáneamente en dos religiosas de la misma Órden, como si el Hacedor Supremo necesitara recurrir, por partida doble, á medios tan materiales para realizacion de un fin conveniente y salvador (aunque ni de lo uno ni de lo otro tuvo la reformacion del Cármelo); aparte de esto, repetimos, hay pruebas claras y terminantísimas para demostrar que ni hubo simultaneidad en el pensamiento de entrambas, ni conformidad en sus propósitos; ni prioridad en la obtencion del breve, ni anterioridad en la fundacion por parte de Teresa de Ahumada.

Que no hubo simultaneidad, ni áun casual (que de la inspiracion divina y de las hablas de la Vírgen no debe hablarse en una crítica seria), patentízalo un dato irrecusable: el que, desde que quedó viuda María de Jesús y se hizo beata de la Órden del Cármen, se propuso efectuar la reforma, luchando con las mayores contrariedades; y cuando se proponia esto la humilde María, hallábase engolfada Teresa en sus pasatiempos semiprofanos, no habiendo ideado entónces todavía retirarse del convento de la Encarnacion para vivir á modo de las descalzas de San Francisco, y mucho ménos propuéstose reformar la Órden del beato Alberto.

Que no hubo tampoco conformidad en los propósitos, hémoslo ya indicado; pero confírmase, sin género alguno sin duda, con el mismo testimonio de Teresa, quien se ve obligada á confesar, en medio de sus vaguedades, que hasta que no habló con María de Jesús no habia llegado á su noticia que la regla del Cármelo, ántes que se relajase, mandaba no se tuviese propio, ni estaba ella en fundar el monasterio sin renta.[37]

Que no hubo prioridad en la obtencion del breve por parte de Teresa, vése terminantemente no bien se fija la atencion en los datos históricos que sobre esto nos ofrecen la *Santa* y algunos de sus biógrafos. Por sus propias palabras sabemos que Teresa, por consejo nada ménos que del Supremo Hacedor, fué á pasar una temporada, al finalizar de 1561, en casa de Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, por hallarse

aquella señora agobiada por cruel tristeza á consecuencia de la muerte de su marido, y haber solicitado del Provincial de la Órden del Cármen Calzado que fuese á acompañarla, y servirle de lenitivo en sus cuitas, la hija de Doña Beatriz de Ahumada, quien ya empezaba á llamar la atencion por sus visiones y otros delirios santos. En Mayo de 1562 visitó á Teresa, María de Jesús, y mostróle los despachos que traia de Roma para fundar un monasterio de la Órden del Cármen reformado. De modo que María de Jesús poseia un breve obtenido, por lo ménos, desde 1560, cuando habló con la monja de Avila, en tanto que ésta no tenia conocimiento entónces de ningun despacho que la autorizara para lo mismo, ni llegó á sus manos uno, imperfecto y corto, y por mediacion y á nombre de segundas personas, [138] sino algunos meses despues de su entrevista con María; esto es, á mediados de Julio ó principios de Agosto de 1562. [139]

Y finalmente, que no hubo anterioridad por parte de Teresa en la fundacion de sus monasterios, compruébanlo muchos datos fidedignos. Se querrá decir que Teresa se adelantó á María de Jesús en estatuir su primer convento de descalzas, fijándose en que aquella entró con sus monjas en el monasterio de San José el dia 24 de Agosto de 1562, en tanto que ésta lo efectuó en el suyo de Alcalá de Henares el dia 11 de Setiembre del mismo año. [140] Pero tal argumentacion es más especiosa que concluyente. El acto de encerrarse Teresa con cuatro novicias en un monasterio, no constituye propiamente tal fundacion, si no se verificó esto con arreglo á las leyes civiles y eclesiásticas juntamente, y sí de manera subrepticia. Y precisamente pasó esto último. Es de creer que el deseo de adelantarse á María de Jesús, incitase á Teresa para llevar á cabo resolucion tan poco meditada. Y con efecto, habiendo llegado á Avila en los últimos dias de Julio, ó primeros de Agosto, se encontró con el breve que para la fundacion habia solicitado su íntima amiga Doña Guiomar de Ulloa, y tanta prisa tuvo entónces por estatuir su monasterio, que se concluyó la obra que se estaba haciendo en la casa que iba á servir para él, de cualquier modo, con objeto de que pudieran ingresar el dia de San Bartolomé (24 de Agosto), las cuatro novicias buscadas bajo la direccion de la monja de la Encarnacion, quien no habia dado la menor noticia de lo que pro-

yectaba y hacia al Padre provincial de su Órden, ni obtenido el correspondiente permiso de las autoridades locales, si el cual, no bastaban, para establecer un nuevo convento, ni el breve del Papa, ni la benevolencia del obispo de Avila, ni la solicitud del Padre Gaspar Daza, que fué quien más se interesó porque se verificara todo sin reflexion y atropelladamente. [141] Vióse ser así con toda claridad no bien quedó hecho, al parecer, el monasterio, pues luego un clamor general levantóse contra Teresa, tanto por lo descabellado del intento, como por el sigilo que habia guardado: sus compañeras de la Encarnacion censuraron su proceder; el Padre provincial hízola volver á su antiguo convento, dejando abandonadas á sus novicias; y el corregidor y casi todos los representantes de la ciudad, sorprendidos de la osadía, procuraron hacer salir á las religiosas de aquel asilo, sin autorizacion legítima levantado, y entablaron pleito despues contra los que sostenian la causa de aquellas pobres y mal aconsejadas mujeres. [142] El resultado de todo esto fué, que las cuatro novicias permanecieron en el recien construido monasterio; pero sin priora ni direccion legítima alguna, [143] y tan sin saber ninguna de ellas lo que hacia que ni el rezado propio de la Órden del Cármen practicaban, y sí sólo el oficio menor de Nuestra Señora: [144] de modo que mal podia llamarse convento del Carmelo reformado aquel cuyas religiosas no sabian cumplir ni áun con la más inocente, aunque más entretenida, de todas las exterioridades del culto: el rezo.

En tan anómala situacion continuaron hasta Abril de 1563, en cuya fecha, por permiso del Padre provincial de la Órden del Cármen, pudo volver Teresa á reunirse con sus novicias descalzas, si bien no se ha de decir por esto que la fundacion quedaba entónces tampoco legalmente hecha, pues el pleito de los representantes de la ciudad siguió por espacio de más de dos años, y hubo necesidad de obtener, á fuerza de súplicas y dineros, [145] una bula, dirigida á Doña Guiomar de Ulloa y á su madre Doña Aldonza de Guzman, del mismo Pio IV, en 1565, en que este Papa confirmaba el permiso concedido para la ereccion del monasterio de San José, dando facultades para hacer constituciones, y en la que llamaba *moderna abbatisa* á la antigua monja de la Encarnacion. [146] Hasta esta fecha, por consiguiente, no

tuvo alguna validez la fundacion, y no precisamente por haber llegado esa bula confirmando lo concedido en 1562, pues ni el pasado breve ni la presente bula, tenian vigor ni fuerza algunos miéntras las monjas no solicitaran y obtuviesen licencia de las autoridades civiles: de modo que, debido al desistimiento del pleito por parte de los representantes de la ciudad, no porque viesen cuán grandes bienes reportaba el *santo* asilo de descalzas á la poblacion, como cándidamente pretenden algunos escritores (que ántes era un nuevo gravámen para todas las clases sociales), sino porque juzgaron prudente abandonar una querella que sólo habria en último resultado de producirles sinsabores, pues entónces, por males de nuestros pecados, prevalecian el fanatismo, la arbitrariedad y las hipócritas apariencias sobre la sinceridad, la justicia, el derecho y la razon: debido al desistimiento del pleito, repetimos, es por lo que el monasterio de San José llegó á adquirir ciertos títulos de validez, que legalizaron en cierto modo la fundacion intentada tan irreflexivamente hacia tres años.

¿Pasaba lo mismo con el convento de descalzas carmelitas, estatuido en Alcalá de Henares por la beata María de Jesús? No por cierto. Aquí todo se habia hecho con reflexion y con legalidad. Conseguido el breve para la fundacion desde 1560, aceptada la obediencia por parte del diocesano, sin oposicion de las autoridades locales, aquella virtuosísima mujer ingresó en su monasterio el dia 11 de Setiembre de 1562, [147] practicando desde los primeros momentos con tal fervor la primitiva regla del Carmelo, que ella y sus novicias no usaban ni alpargatas, dormian en el suelo sin jergon, y hacian otras riguridades parecidas; lo cual, si no puede ser elogiado por las personas prudentes, al ménos es digno de respeto por el sincero espíritu de humildad y fe que revela. Y el dia 23 de Julio de 1563 quedó definitivamente fundado el monasterio, con aprobacion del diocesano, y con beneplácito de la ciudad, sin pleitos, sin dilaciones y sin necesidad de nuevos despachos de Roma para confirmar los anteriormente dados á María de Jesús.

Débese encomiar asimismo en ésta la constancia y abnegacion con que llevó á cabo su pensamiento con sus propios y solos recursos, vendiendo cuanto poseia,

yendo á Roma á pié y descalza, siendo admiracion de Pio IV, volviendo á España con autorizacion para su empresa, venciendo los obstáculos que se le presentaron, y cumpliendo al fin con tanta modestia como perfeccion lo que se propuso; [148] y débese notar al mismo tiempo que Teresa de Jesús ni tuvo la idea originaria de la reforma, que se la sugirió su sobrina, y quiso que se efectuara su grande amiga Doña Guiomar de Ulloa, ni hallóse siempre animada con fortaleza para proseguir en la comenzada obra; que ántes bien, el desfallecimiento apoderábase de ella con bastante frecuencia, y abandonaba sus proyectos, y pesábale de retirarse de su convento antiguo, donde de tantas comodidades gozaba, y, desalentada, en fin, desistia de todo, á pesar de que siempre segundas personas procuraban cuanto le era necesario, y hacian traer breves y bulas de Roma, interponiendo influencias y aprontando el dinero indispensable. [149]

Ya sabemos que los admiradores de *Santa* Teresa habrán de hacer objeciones: ya sabemos que habrán de decirnos que Teresa supo dar á la idea concebida por María de Jesús un desarrollo que ésta jamás pudo darle, y que acertó á perfeccionar lo que la beata granadina sólo dejó planteado. Pero tales objeciones no serán nunca verdaderos argumentos: serán, en todo caso, especiosos y débiles sofismas.

María de Jesús, ya lo hemos visto ántes, era una mujer por extremo humilde; alucinada, sí, porque todos los monjes y monjas fundadores por regla general lo han sido; pero exacta, áun dentro de su alucinacion misma, con lo que su creencia le prescribia. Ni el amor propio la avasallaba ni la vanagloria la seducia; retirábase á la soledad; no visitaba; no andaba en coche; no se hallaba frecuentemente en palacios, casas de duquesas ó moradas de potentados; no era favorecida por multitud de personas, que se desvelaran por satisfacer sus menores deseos; no tenia esas maneras insinuantes que tanto sirven para llegar adonde se proponen la ambicion y el anhelo de un gran renombre; no se creia regalada de continuo por Jesucristo ni por la Vírgen; no era aficionada, en fin, á andar siempre vagando por las ciudades, por las aldeas y por los campos. Vida contemplativa, abstraida y mística queria vivir: disgustábale la vida andariega.

Teresa de Ahumada era el reverso, la antítesis personificada de la monja de Alcalá. ¿Qué mucho, pues, que la sobraran protectores? ¿Qué mucho que lograra que la diesen dinero para fundar diez y siete palomarcitos de la Vírgen? ¿No entraba y salia en las casas principales? ¿No gozaba de la amistad y del apoyo de personas acaudaladas ó de señaladísima influencia? ¿Pues cómo no habia de ser más afortunada que la pobre María de Jesús, que fundaba su convento, y no volvia á salir de él en toda su vida?..

No sabemos (ni hemos tenido nunca la curiosidad de investigarlo) si la verdadera reformadora de la Órden carmelita en España, María de Jesús, está canonizada, ó beatificada siquiera; pero lo que sí podemos decir, es que, si se pudiera dar alguna importancia á esas leyendas piadosas que forman la trama de los *Martirologios* y *Años Cristianos,* cuyos dislates y supercherías pondremos extensamente de manifiesto en otra obra,[150] con más derecho y mayor justicia debiera constar en ellas el nombre de la retraida monja de Alcalá que el de la bullidora religiosa de Avila. Y sin embargo, todos, ántes y despues, se han acordado de Teresa de Ahumada: pocos, muy pocos, y esos no para restablecer lo cierto, sino para transigir con la inexactitud, se han ocupado de María de Jesús. Somos, por consiguiente, los primeros que hemos vuelto por los fueros de la verdad en este asunto; los primeros que hemos expuesto los orígenes de la reforma carmelitana en España como realmente fueron; los primeros en demostrar el *piadoso* plagio de *Santa* Teresa.

Veamos ahora qué trabajos fueron esos que pasó la monja de Avila en la fundacion de sus monasterios, ya que tanto los ponderan algunos escritores. Vamos á referirnos solamente á los diez y siete conventos de religiosas, por ser las fundaciones que más directamente la atañen. El mérito de las de los descalzos corresponde, de hecho y de derecho, al insigne poeta y gran visionario *San* Juan de la Cruz. [151]

Para la fundacion del primer monasterio, tropezó Teresa con algunas dificultades; pero no tales que excedieran las humanas fuerzas. Ya sabemos que su sobrina Doña María de Ocampo prometió ocurrir con mil ducados de su legítima, cuando la célebre y nunca bien ponderada reunion en el convento carmelita cal-

zado de Avila. Más tarde, Doña Guiomar de Ulloa dió su palabra de gastar cuanto estuviese en su mano porque el proyecto se efectuara, añadiendo que ella procuraria que tuviese aquel asilo de Dios renta. El mismo Hacedor de todas las cosas, si hemos de creer á Teresa, se le aparece, y anímala para que no desista de la empresa, que él protegeria. El Padre Pedro de Alcántara escribiala, excitándola á proseguir, y tambien enviaba una carta al obispo de Avila, diciéndole que en Teresa moraba el espíritu de Dios, y que no se opusiera á aquella fundacion tan saludable para la Iglesia de Jesucristo. La misma Teresa allega algunos dineros, y compra una pequeña casa para el monasterio. Es preciso que vayan personas á encargarse de las obras de reparacion, y llegan á Avila, desde Alba de Liste, donde se encontraban, su hermana Doña Juana de Ahumada y el esposo de ésta Don Juan Ovalle, para que no se sospechara ni trasluciera que el trabajo se hacia por cuenta de la monja de la Encarnacion. Concluyese la obra, y llega el breve, en lo cual habia trabajado todo lo posible Doña Guiomar. [152]

El Señor se le muestra á cada momento, y la dice que en manera alguna admita renta para sus monasterios; aunque más tarde aconsejó lo contrario en vista de las observaciones hechas por algunos teólogos á la Madre, especialmente el Maestro Bañes, sobre que los conventos que fundaba debian tener renta, pues así lo prescribia el Concilio Tridentino, y que tal Concilio, como inspirado por el Espíritu Santo, sabia mejor lo que convenia hacer en estos casos que la monja ó cualquier determinado individuo, por más que fuesen sus virtudes y ciencia. [153] ¡Qué ridículo es este Dios de los fanáticos y los visionarios! ¡La primera persona de la beatísima Trinidad prohibiendo absolutamente una cosa que la tercera persona habia de permitir y aconsejar! ¡El Padre Eterno disponiendo despues lo contrario en vista de las inspiraciones del Espíritu Santo! ¡Qué piadosas impertinencias!

Un santo varon (así le llama *Santa* Teresa), de nombre Francisco de Salcedo, gozoso de que al fin los conventos carmelitanos se fundasen con renta, dejó á la hora de su muerte para el monasterio de San José de Avila doscientas fanegas de pan, doce mil maravedís de yerba y un buen pedazo de monte. En los seis años

primeros del monasterio, se gastó una cantidad crecidísima de ducados. Doña María de Ocampo se hizo al fin monja, y con el dinero que aportó á aquella santa casa, se redimió un censo que gravitaba sobre la finca, y se construyeron algunas ermitas para que las religiosas pudiesen rezar con mayor soledad y recogimiento. [154] Para que todo se concluyera de arreglar bien, se metió monja Doña María de Ávila, parienta lo mismo que la anterior, de *Santa* Teresa, y con sus cuantiosas rentas mandó edificar una iglesia y dotó una capellanía. Hasta las cuatro novicias, que primeramente ingresaron, estaban ya buscadas, con una sola excepcion, por personas ajenas: una por el Maestro Daza; otra por la célebre Doña Guiomar; y otra por el no ménos célebre Padre Fray Pedro de Alcántara. [155]

Y ¿para el segundo monasterio, fundado en Medina del Campo, fué menester muchos desvelos, despues de obtenido el beneplácito del general de los Carmelitas [156] y el consentimiento de los piadosos confesores? Ciertamente que nó. Un Padre, capellan de las monjas teresianas, llamado Julian de Ávila, alquiló una casa de las mejores de la poblacion. Al mismo tiempo se andaba en negociaciones para comprar otra. Medio arreglado esto, parte la supuesta reformadora para Medina del Campo en compañía de algunas monjas. Disgustada Teresa de la morada donde se estableció al principio, un rico mercader ofreció las habitaciones suficientes de la suya, en tanto se verificaban las obras de reparacion, para que estuviesen con toda comodidad. [157] Luego, Doña Elena de Quiroga prometió hacer una capilla para que el Santísimo Sacramento se encontrara con el debido decoro, y entre dicha señora y otras personas dieron bastantes donativos, no sólo para el sustento de las esposas de Cristo, sino para que satisficiesen por completo el precio de la finca donde se hallaban. «Algunos millares de ducados se gastaron en ella», segun un cronista de la *Santa*. [158] ¡Y solia decir Teresa que la fundacion de Medina del Campo habia sido milagrosa! ¡Y aseguraba que así se lo habia dicho Jesucristo! [159] ¡Qué apariciones y qué milagros!

Un tercer monasterio se fundó en Malagon. Veamos cuántos trabajos costó á la Madre. «Poco hacia (dice el Padre Rivera) que la habian ofrecido la fundacion de Valladolid, cuando la vinieron á rogar que fuese á

la villa de Malagon á fundar otro monasterio, ofreciendola lo que para ello fuese necesario.» [160] Esto lo suplicaba nada ménos que Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli. Esta señora tenia gran cariño á Teresa, y la respetaba tanto, que bastaba que significase el menor deseo para que luego estuviese realizado. Además de haberla favorecido con dineros y con una buena casa para el monasterio, para el que dió bastante renta, mandó hacer, á instancias de la Madre, una espaciosa huerta, y construir una iglesia. [161]

Tambien rogaron á la Madre que fuese á fundar un monasterio, que en el órden numérico fué el cuarto, á Valladolid. Hacia la peticion Don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Rivadavia. No vió aquel caballero realizado su deseo, pues al poco tiempo de hecha la donacion de una casa que tenia en la capital de Castilla «con una huerta muy buena y grande, y dentro una gran viña,» falleció casi de repente. [162] No se mostraba propicia la Madre á la fundacion de este monasterio, por estar la finca casi un cuarto de legua de la poblacion; pero obligóla á llevarla á efecto nada ménos que una órden expresa del Hacedor Supremo, quien la dijo que *se diese prisa,* porque hasta que no se dijera la primera misa en aquel monasterio, no saldria el alma del piadoso donante del purgatorio, donde, por males de sus pecados, se encontraba. Asaz chistoso es que el Creador de todas las cosas, como los fanáticos lo conciben y se lo representan, tenga necesidad de que se construya con precipitacion un convento para que el alma de un pecador pueda salir del purgatorio y subir á la Gloria; pero frisa ya en lo extremadamente cándido el asegurar, como lo hace *Santa* Teresa, que, llegándose á comulgar en aquella casa «se le representó el caballero con rostro resplandeciente y alegre, y le agradeció lo que habia puesto por él para que saliese del purgatorio, y fuese aquel alma al Cielo.» [163]

Y lo más gracioso del caso es, que al poco tiempo de haber salido el caballero Mendoza del purgatorio (como si se pudiera salir de á donde jamás se ha podido entrar, ó como si hubiese de darse crédito á lo que el tráfico religioso y el fanatismo y la ignorancia han dado vida), la Madre se descontentó de tal manera de aquel sitio y de aquel convento, que tuvo deseos de

abandonarlo, especialmente cuando cayeron enfermas casi todas sus amadas hijas, aunque en otros tiempos habia sido la dicha posesion casa de recreo de un personaje importante. [164]

Presto salió todo á medida de los deseos de la Madre. La señora Doña María de Mendoza, madre del marqués de Camarasa, sabedora del disgusto de Teresa, le dijo que la dejase aquella casa, y que compraria otra para el monasterio. Aceptóse el ofrecimiento; y pronto se trasladaron las monjas á la nueva finca, de la que asegura la misma *Santa* que «valia mucho más» que la otra. [165] Contruyóse tambien á expensas de Doña María una iglesia.

En Toledo, donde se fundó el quinto convento, hubo algunas contrariedades; [166] pero presto las allanó el fanatismo de la época. Un Don Alonso Alvarez compró la finca, que costó doce mil ducados: ántes, habian estado las monjas en casa alquilada. [167] Al poco tiempo de la traslacion, profesó una señora, llevando al sagrado asilo muchos miles de reales, porque era rica; y Doña Luisa de la Cerda, residente entónces en la capital visigoda, bastante favoreció y regaló á Teresa de Ahumada y á sus religiosas descalzas.

Nada ménos que la misma princesa de Éboli, aquella célebre combleza de Felipe II, y su esposo, el pacientísimo príncipe Ruigomez de Silva, suplicaron por entónces á la Madre que fuese á fundar el sexto monasterio en la villa de Pastrana. Así se hizo. [168] Los referidos personajes dieron suficiente renta al monasterio, y todo quedó arreglado á gusto de Teresa, aunque luego, muerto Ruigomez, y hecha monja la princesa por uno de esos caprichos tan frecuentes en dicha señora, hubo grandes disensiones entre ella y Teresa de Jesús, habiendo terminado mal aquella *santa* casa, á pesar de que habia sido fundada por consejo del mismo Hacedor Supremo, ó, mejor dicho, por motivos egoistas de intereses humanos. [169]

Fundóse el sétimo convento en Salamanca. La Madre compró para ello una finca á Don Pedro de la Vanda, y un pedazo de otra colindante para labrar la iglesia. «En esto se gastó mucho dinero,» dice textualmente un historiador de la *Santa*. La condesa de Monterey la favoreció y la dió muchas limosnas. Luego entró en el monasterio Doña Leonor de Ledesma, hija de un caballe-

ro principal, llevando mucha hacienda. [170]

Tambien á ruegos de personas pudientes y ricas, se llevó á cabo la fundacion del octavo en Alba de Tórmes. Los verdaderos fundadores de este asceterio fueron Doña Teresa Laiz y Don Francisco Velazquez, contador éste del duque de Alba. [171] Ellos dieron una excelente casa, pagaron la obra, sufragaron los gastos de instalacion, dispusieron la edificacion de una iglesia contigua al santo asilo de las descalzas, y le dejaron, en fin, rentas cuantiosas para su sostenimiento. [172]

Doña Ana de Gimena dió el dinero suficiente para una iglesia y su correspondiente monasterio en Segovia. [173] Doña Catalina Godinez suplicó á la *Santa* que fuese á Veas, donde ya tenia comprada la casa. Esta misma señora dejó en renta á aquel asilo toda su hacienda y la de su hermana, que no era poca. [174] Así quedaron fundados los monasterios noveno y décimo.

El undécimo monasterio de descalzas lo fundó Teresa en Sevilla. Aunque hubo allí al principio algunas dificultades, nacidas de la misma esquiva condicion de la Madre, más tarde, el proyecto se llevó á cabo, y hubo para todo caudales en abundancia, y áun no faltaron «cohetes y tiros de artillería,» la noche en que se instalaron las monjas en el santo asilo. [175] Poco despues entró en el convento una señora viuda, y entregó dos mil y setecientos ducados. Luego, un hermano de *Santa* Teresa, de nombre Lorenzo de Cepeda, llegó á Sevilla, desde las Indias, y compró una casa, para que las monjas estuviesen con toda comodidad, que costó seis mil ducados. [176]

En Caravaca se levantó el duodécimo monasterio. Doña Catalina de Otalora, mujer que habia sido del licenciado Muñoz, oidor del consejo de Indias, ocurrió á todos los gastos. Esta buena señora, llevada de su gran cariño hácia Teresa, no descansó hasta no dejar á todas las monjas bien provistas de dinero y comodidades. [177]

En Villanueva de la Xara se estableció la décima tercera casa de descalzas. Allí se llevó á efecto la fundacion entre vítores y aclamaciones. «Buen rato ántes que llegase Teresa (dice el Padre Rivera), repicaron las campanas y salieron muchos niños con gran devocion á recibirla; y en llegando el carro donde ella iba, se arrodillaron, y quitadas sus caperuzas, iban delante, hasta

que llegaron á la iglesia. Salió tambien todo el Ayuntamiento, y el cura y otras personas honradas á recibirla.» [178]

Poco ménos sucedió en Palencia. Don Alvaro de Mendoza le instó vivamente para que fuese á fundar en dicha poblacion. Cuando llegó allí la Madre con sus hijas en Cristo, ya tenian alquilada la casa. El obispo las visitó, y las dió cuanto las hizo falta. Despues se compraron las casas que estaban junto á una ermita llamada de Nuestra Señora de la Calle, que cedió el cabildo catedral á excitacion del mismo señor obispo. Pagaron estas casas los canónigos Salinas y Reinoso. [179] Así quedó fundado el monasterio décimo cuarto.

Veamos qué trabajos costó á la *Santa* la fundacion del décimo quinto. El doctor Velazquez, obispo de Osma, la SUPLICÓ que fuese á fundar en Soria, pues así lo deseaban algunos corazones piadosos. La fundadora verdadera fué Doña Beatriz de Viamonte, la cual era sumamente rica. Dió una buena casa, y en buen sitio, con quinientos ducados de renta. El obispo les donó una excelente iglesia que estaba contigua á la casa. [180]

El décimo sexto monasterio se levantó en Granada, á instancias de Doña Ana de Peñalosa, persona acaudalada. Dicha señora dió cuanto fué necesario, y luego entraron en el convento varias monjas que llevaron dineros, y pudieron muy bien pasar. [181]

El postrer asilo de religiosas descalzas se fundó en Búrgos, donde el arzobispo se negó con gran prudencia á dar licencia hasta que las monjas tuviesen casa y renta. Una Doña Catalina de Tolosa pagó todo lo necesario, y quedó fundado el asceterio. [182]

Vemos, pues, que la Iglesia dice una inexactitud notoria cuando asegura que Teresa estuvo desprovista de todo socorro humano, teniendo en contra suya á los príncipes y potestades del siglo: [183] vemos asimismo que el Padre Elyseo, y todos los que le han seguido en sus ampulosas exageraciones, han sentado una falsedad aún más notoria al sostener que la monja de Avila fundó todos sus conventos sin que la favorecieran grandes ni pequeños, ricos ni pobres, eclesiásticos ni seglares, nacionales ni extranjeros. Teresa de Jesús, por imprescindible necesidad de las ideas exageradas en religion en aquella época, encontró en abundancia, de sobra, quien la socorriera, la protegiese, la diese dineros,

ó la recomendara, para efectuar sus fundaciones. ¿Cómo podrá negarse esto despues de los datos ofrecidos? ¿No se recuerda que en el convento de San José de Avila ya protegieron á Teresa personas ilustres; que en el asceterio de Medina del Campo la dieron cuanto fué preciso; que en la fundacion del tercer monasterio intervino la hermana de un duque; que la cuarta casa se fundó por las dádivas de un hijo de cierto rico conde y por las amigables condescendencias de una señora principalísima; que el quinto asilo se hizo á costa de personas pudientes; que el sexto fué la misma princesa de Éboli quien lo pagó y construyó á su entera satisfaccion, y que en todas las demás fundaciones pasó, poco más ó poco ménos, lo mismo?...

Lo cierto es que en todas ocasiones suplicaron, rogaron, instaron, favorecieron y regalaron á Teresa. ¿Dónde están, pues, los trabajos? ¿Dónde las escaseces y las faltas de ayudas de costo? ¿Dónde las privaciones, los infortunios, las contrariedades, el desamparo general, las maquinaciones incesantes del demonio (!) por impedir la *gran* reforma carmelitana?

Mucho insisten los enaltecedores de Teresa de Jesús en las contrariedades que sufrió la monja en Avila, en Toledo, en Sevilla y en Búrgos. Pero, si bien se considera, tales contrariedades, siempre de escaso interés, fueron por otra parte muy lógicas y muy naturales. [191]

No todos los habitantes de España eran fanáticos; ni todos los sacerdotes, alucinados; ni todos los prelados, cuyas diócesis recorrió Teresa, cándidos en demasía; ni todas las ciudades ó pueblos adonde llevaba sus monjas, adolecian del mal de la credulidad exagerada. [194] Así se explica perfectamente que á la Madre se le presentase mejor ó peor suerte, ya llegara á una capital culta, ya á una aldea ignorante. Cuando se encontraba Teresa con un Francisco de Borja ó con un Pedro de Alcántara, ¿cómo no habian de aprobarle sus ilusiones, elogiar sus empresas, tener por divinos éxtasis sus arrebatos imaginativos, y sublimar sus más insignificantes actos? Pero cuando hablaba con un prelado contrario al fanatismo; cuando importunaba con sus ensueños á alguna persona ilustrada; cuando desobedecia á las autoridades civiles, y queria siempre hacer su gusto con el vano pretexto de su celestial inspiracion, ¿cómo no se queria que la compadeciesen, y la contraria-

ran en sus propósitos desacertados? Lo ilógico hubiera sido el proceder de otro modo.

Es más: cuando llega la Madre á una capital como Sevilla, el público la acoge con la sonrisa del desden en los labios; los fanáticos son ménos en número que en otras poblaciones; el arzobispo no quiere que se funde el convento sin que haya renta, para que las monjas no tengan que salir y entrar, á pedir limosnas; una religiosa que sale del recien fundado monasterio, delata el procedimiento semi-inquisitorial que la Madre empleaba con algunas de sus monjas; [185] nótase, en fin, cierta desconfianza, cierto despego, cierta indiferencia por parte de las personas ilustradas y discretas hácia aquellas empresas innecesarias que se llamaban fundaciones. Pero salgamos de Sevilla; transportémonos con la imaginacion á un pobre pueblo como Villanueva de la Xara, y allí veremos cómo salen á recibir á la visionaria carmelita niños y ancianos, jóvenes y hombres de edad madura, entre palmas y cánticos de gozo, como en la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalen, con gran complacencia de la *Santa* favorecida y regalada.

Luchaban aquí dos principios antagónicos: el de la ilustracion, doctrinada por la prudencia; el del fanatismo, aconsejado por la intransigencia, movido por el absurdo: fecundo en bienes el primero; pródigo en males el segundo: salvador el uno; destructor y perjudicialísimo el otro. En esta lucha de dos ideas, la una que empezaba á nacer, la otra que habia vigorizado, crecido, fortalecídose al calor de las preocupaciones generales, el triunfo de la última no era por entónces dudoso. Por eso, y por más que algunos hombres prudentes, ó colectividades sensatas, [186] se oponian al triunfo de la obra de la alucinada de Avila, sus principios prevalecieron, y sus monasterios se fundaron, y los desarreglos físicos, producidos por sus enfermedades, se achacaron á favores divinos, y sus ilusiones se vieron coronadas con el más próspero suceso, y su anhelo de imitadora de Santa Clara quedó satisfecho de un modo completo, perfecto, envidiable.

Hoy, que la civilizacion y los fecundos adelantos materiales han hecho olvidar justísimamente los delirios del ascetismo y los absurdos fanáticos; hoy, decimos, no hay persona sensata que no repruebe el proceder de

aquellos monjes y monjas, de aquella muchedumbre de séres, crédulos en demasía los unos, soñadores con exceso los otros, agiotistas de la Religion muchos, que sostuvieron, con aquellas inconveniencias, tres siglos de obcecacion civil y religiosa en nuestra patria.

Nuestro siglo, oponiéndose á que tal procedimiento antisocial siguiera arruinando á la nacion, y rebajándonos intelectualmente ante los pueblos ilustrados, ha procedido con gran justicia, y su oposicion es digna de toda alabanza. Inútiles, y hasta risibles, serán ya cuantos esfuerzos se quieran poner en práctica para volver á lo antiguo. No es la marcha de las sociedades una marcha negativa: es la actividad, es la perfeccion, es el progreso, es la vida, es la luz. La sociedad española comprenderá cada vez más, porque cada vez más se irá separando de toda preocupacion y de todo fanatismo, el daño que la reportó el sistema monacal de los siglos XV, XVI y XVII, y bendecirá como al destructor de tamaños males, como al reparador de grandes desaciertos, como al castigador de enormes injusticias sociales, al siglo de la civilizacion; al siglo en que se han descubierto y aplicado los más prodigiosos inventos de la ciencia, sin apariciones empíreas ni ridiculeces; al siglo en que vivimos.

Demostrado queda, pues, concluyentísimamente con los precedentes datos históricos y con razonamientos irrefutables, que las fundaciones de *Santa* Teresa no fueron inspiracion de Dios, ni empresa maravillosamente realizada, sino obra puramente humana, comenzada bajo los más favorables auspicios, proseguida con acogimiento venturoso, y terminada entre el beneplácito y la proteccion de personas importantes y acaudaladas.

Querer negar esto, seria una indiscrecion manifiesta, una obcecacion censurable.

Para que las fundaciones de Teresa de Jesús fueran dignas de mancionarse, no ya en el número de los hechos sobrenaturales y que llevan marcados en su majestuosidad misma una como señal divina, sino hasta en el número de las acciones meramente terrenas, de alguna transitoria influencia ó importancia social, era preciso que de la monja de Avila hubiese partido la originaria idea de la reforma carmelita; que se hubiera propuesto un grandioso fin, de utilísimos resultados, al

hacerla; y que, por último, hubiese sabido llevar á cabo su empresa sin fausto, sin auxilios humanos, sin tener ayudas de costo, como diria el Padre Elyseo, de modo pobre y humilde, sin que la suplicaran, rogaran, ó presentasen ya hechas las fundaciones los príncipes, los duques, los condes, los marqueses, los ricos mercaderes, las pudientes viudas y las desprendidas doncellas.

Examínese, pues, la cuestion bajo el aspecto que se quiera, nunca podrán justificarse las aseveraciones caprichosas del fanatismo. Si se sostiene que los monasterios de descalzas fueron fundados porque así lo quería la época, porque tal era el espíritu que animaba generalmente á aquel siglo, porque era una imprescindible exigencia de las ideas predominantes entónces en la mayoría de la nacion española, habrá que convenir con nosotros en que de aquellas fundaciones no pertenece á Teresa sino un mérito bien pobre y bien exiguo. Si, por el contrario, se insiste en que Teresa sufrió, padeció, y estuvo desprovista de todo socorro humano en la fundacion de sus casas, como pretende la Iglesia, sosteniendo imprudentemente falsedades, [87] hay que decir que quienes tal aseguran se ponen en contra de lo que atestiguan la historia y los hechos mismos, dejando vagar sus mentes por los espacios imaginarios.

Y no se insista en lo útil, al ménos, de aquellas fundaciones, en los muchos bienes que reportó á la sociedad la creacion de aquellos santos asilos de descalzas; porque tal insistencia sería demasiadamente absurda.

¿Qué necesidad tenia el mundo de que la Órden del beato Alberto se reformara, cuando voces autorizadas y sabias de la época, clamaban contra los encerramientos monásticos, hacian notar los perjuicios que causaban á la sociedad, y pedian las exclaustraciones? ¿Qué importancia podia dar á España, ante los ojos de la Europa culta, que algunas, ó muchas, monjas calzadas prometieran descalzarse, y vivir en perpétua reclusion, ayunando, haciendo penitencia, rezando, ó desgarrándose las delicadas carnes con pecadores vapulamientos? ¿Qué beneficio reportó la sociedad española de tanto rezo, tanto monje y monja, tantas visiones, tantos milagros y tanto convento y ermita?

Lo que ocasionó sistema tan obcecado fué grandísi-

mos perjuicios y terribles males. El fomentó la holganza; creó un género de vida improductivo é infecundo; mató toda útil aspiracion; se opuso al progreso científico; pervirtió nuestra hermosa literatura; quitó toda legítima emulacion social al individuo; le hizo un ser preocupado ó fanático; arruinó el comercio, la industria, la agricultura, cuanto era ó representaba movimiento material de los pueblos; y, en una palabra, redujo á España á la triste nulidad en que la dejó, al terminar el reinado de la fatal casa de Austria, un príncipe que se creia poseido del demonio, y á quien rodeaban personas graves que creian en duendes, en conjuros, en brujas, en diablos, en apariciones de Satanás, y en otra multitud de ridiculeces; gente que piadosamente quemaba á los herejes en medio de una plaza pública, y piadosamente rezaba; gente que se entretenia en discutir si habia ó no duendes, y de qué modo se lanzaba más presto el espíritu malo de los cuerpos en que se aposentaba, miéntras allá en naciones extrañas se miraba á nuestra patria como buena presa para sus ambiciones; miéntras la industria estaba muerta, el comercio empobrecido, la agricultura agonizante, las artes en decadencia, las clases jornaleras pereciendo, los holgazanes comiendo de las sobras de los asilos piadosos, la ciencia proscripta, la razon subyugada, el fanatismo imperando, y la miseria cundiendo espantosamente en todas las esferas sociales, excepcion hecha de los santos albergues monásticos; que en éstos todo era tranquilidad y bienandanza.[188]

Cuando gobernantes más expertos y no fanáticos dirigieron luego el país; cuando nuevas y benéficas ideas prevalecieron, la preocupacion fué languideciendo, la razon recobró su puesto en la sociedad, la luz se hizo; y el mal se descubrió en toda su intensidad temible. Con grandes obstáculos luchó la ilustracion; larga fué su contienda contra los absurdos monásticos y los delirios visionarios; pero al fin triunfó; al fin vió coronados sus esfuerzos con la exclaustracion y la descentralizacion religiosa; al fin consiguió que la nacion española entrase en las vías de la civilizacion moderna.

Entónces terminó, como terminaron todos los institutos monásticos, la obra de Teresa de Jesús. Sus fundaciones, su reforma carmelitana, que sólo se habian apoyado en el fanatismo de una época, cayeron por

tierra y concluyeron no bien les faltaron los que habian sido sus elementos constitutivos. [189] Con la terminacion del sistema monacal se ahuyentaron de nuestra patria los soñadores, los extáticos, los endemoniados, los que hacian á cada paso milagros, los Fuente Lapeñas y los Baron y Arin, [190] ó los autores de un mundo de duendes y de un reino de diablos alquitranados, los exorcistas, los crédulos en demasía, y toda aquella innumerabilidad de desventurados que tan triste papel nos hicieron representar á los españoles, durante tres siglos, ante la civilizacion europea.

La sociedad ha progresado luego más; el mundo ha marchado y marcha, segun la frase de un eminente autor contemporáneo; el poder civil, como es justo, se ha sobrepuesto al estacionario poder clerical; los conventos, en su inmensísima mayoría, han desaparecido; [191] la Inquisicion no existe; la plaga monacal feneció en el mar de sus egoismos; la verdad puede ya propagarse sin temor de ser torturado ó quemado el propagandista en una plaza pública; la física ha demostrado la falsedad de muchos milagros; la medicina ha patentizado lo que significan la mayor parte de los portentos, apariciones y revelaciones que de monjes y monjas se nos cuentan; la lógica ha venido en apoyo de las dos anteriores ciencias, y ha restablecido el imperio de la razon sobre las bases de la discrecion y de la sensatez; y la crítica, en fin, analizando, comparando, discutiendo, concluirá con las preocupaciones y fanatismo que todavía conservan algunos adoradores de lo pasado.

Sea remate de este capítulo una observacion asaz curiosa.

La obra que dicen llevó á cabo Teresa de Ahumada, era inspiracion de Dios, mandato del Altísimo, empresa que atravesaria inalterable el transcurso de los siglos.

La obra que llevó á efecto Lutero era, segun los teólogos y canonistas, inspiracion del demonio, producto de la soberbia, empresa que se veria destruida no bien pasasen algunos años.

Si se aceptara, pues, como verdadera tal argumentacion del fanatismo, habria que admitir el absurdo de que la obra de Satan habia prevalecido sobre la obra de Dios. Pero no es así. Eso seria una verdad harto desconsoladora para las almas sensibles. Creemos que tanto Lutero como Teresa no tuvieron relaciones de

ninguna especie con el infierno ni con el Empíreo, ni con los ángeles ni con los demonios en general, ni con Luzbel ni con Jesús en particular. Ni el demonio aconsejó á Lutero la reforma de la Religion católica, ni Dios aconsejó tampoco la reforma de los carmelitas á *Santa* Teresa. Uno y otra obedecieron en sus proyectos y tendencias á sus preocupaciones, á su talento, á sus creencias, ó á las ideas predominantes en sus respectivos paises.

La obra de Lutero ha prevalecido y prevalecerá, porque, á pesar de sus imperfecciones, como todo lo humano, entraña una tendencia innegable de progreso: la obra de Teresa ha fenecido, y no podrá dársele de nuevo vida ni vigor, á despecho de todos los esfuerzos de los fanáticos, porque entrañaba un principio letal: el absurdo. [192]

Y las sociedades no viven de absurdos: viven de adelantos, de mejoras, de perfectibilidad.

CAPÍTULO IV.

VISIONES CELESTIALES.

> Por ventura soñó lo que se le antojó y pensó ver lo que imaginaba; engaño que suele suceder muy de ordinario.
>
> Muchos historiadores tienen el afecto é inclinacion vulgar de hermosear su narracion con monstruosas mentiras de cosas increibles y con patrañas.
>
> (MARIANA).

Los autores religiosos que hablan, ya por extenso, ya en compendio, de la validez ó nulidad de las revelaciones y visiones celestes, entre los que debe citarse en primer término al famoso cancelario de París Juan Gerson, exigen, entre otras, las siguientes condiciones, para que aquellas puedan ser contadas en el número de las verdaderas y admisibles: que las visiones, raptos, apariciones y otros favores divinos sean conformes á lo que dice la *Santa* Escritura; que no versen sobre cosas curiosas y vanas; que dejen en el ánimo enseña saludable; que la persona que tenga las revelaciones goce de salud perfecta, y no padezca por tanto de enfermedades que perturben la razon; que no sea afecta á su inclinacion propia; que no sea melancólica; que no se vanagloríe de tales preferencias célicas, y que sus visiones hayan sido aprobadas por personas doctas y competentes.

Nos ha parecido oportuno mencionar este catálogo de requisitos comprobatorios que piden los autores re-

ligiosos para apreciar en la piedra de toque de la discrecion el valor verdadero de las revelaciones, por ser tarea tan delicada el tener que rebatir las vulgaridades, y hasta las sandeces, que áun hombres graves sustentan respecto de las que experimentó Teresa de Ahumada. [193]

Esta señora carecia de todas esas cualidades, era el reverso de todas esas condiciones [194] que se exigen para dar autoridad á un portento de aparicion. Teresa de Ahumada, ya hemos visto lo que estaba llamada á ser en el capítulo sobre las enfermedades. Aquella pobre religiosa ¿podia por ménos de tener alterada su razon, ó, al ménos fuertemente sobreexcitada, á consecuencia de sus melancolías, accesos histéricos, convulsiones, y otros padecimientos físicos ó morales?...

Los mismos autores religiosos vienen, pues, á apoyar, sin darse seguramente cuenta de ello, lo que piensa la crítica ilustrada moderna sobre las visiones de la *Santa:* y oportuno parece que dejemos reducidos ya todos esos portentos á sus naturales y verdaderos términos, examinándolos, fijándonos en los más importantes, notando aquí la pueril ficcion, allí el manifiesto desatino, acá la superchería detestable, acullá la visible perturbacion de la mente, para patentizar de modo acabado lo ridículamente absurdo de tales invenciones, y la obcecacion de las personas que insisten todavía en darlas entero crédito.

Y ante todo, debemos copiar algunos párrafos de los escritos de *Santa* Teresa sobre sus visiones: bueno es saber por su propio testimonio qué veia y cómo lo veia. Dirigiéndose al Padre jesuita Rodrigo Alvarez, [195] le dice: «La manera de vision que vuesa merced quiere saber *es, que no ve ninguna cosa, exterior ni interiormente,* porque no es imaginaria; *mas sin verse nada, entiende como lo que es, y hácia donde se representa, más claramente que si lo viese, salvo que no se le representa cosa particular;* sino (como si una persona pongamos) que sintiese que está otra persona cabe ella, y porque como está á oscuras no la ve, mas cierto entiende que está allí, salvo que no es esta bastante comparacion; porque el que está á oscuras, por alguna via, oyendo ruido, ó habiéndola visto ántes, entiende que está allí, ó la conoce de ántes; *pero acá no hay nada de eso, sino que, sin palabra exterior ni interior, entiende*

el alma clarísimamente quién es, hácia qué parte está, y á las veces lo que quiere significar. Por dónde, ó cómo lo entiende, ella no lo sabe; mas ello pasa así. Y lo que dura, no puede ignorarlo. Y cuando se quita, aunque más quiera imaginarlo como ántes, no aprovecha; porque se ve que es imaginacion y no representacion.» Y en la misma Relacion, hállanse estos renglones: «Cuando se comenzó á tratar del primer monasterio que fundó de descalzas, que fué en Ávila, tres años ó dos ántes (creo que son tres) *comenzó á parecerle que le hablaban interiormente algunas veces, y á ver algunas visiones y revelaciones interiormente, con los ojos del alma (que jamás vió cosa con los corporales, ni la oyó): dos veces le parece oyó hablar; mas no entendia ninguna cosa. Era una representacion, cuando estas cosas veia interiormente, que no duraban sino como un relámpago lo más ordinario; mas quedabásele tan impreso, y con tantos efectos, como si lo viera con los ojos corporales, y más.*»

En el libro de su *Vida*, ocupándose de este mismo asunto, escribe lo siguiente: «Estando un dia del glorioso San Pedro en oracion, *vi cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada; mas parecióme estaba cabe mí Cristo, y veia ser Él el que me hablaba, á mi parecer.* Yo, como estaba ignorantísima de que podia haber semejante vision, dióme gran temor al principio, y no hacia sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba, como solia, quieta y con regalo y sin ningun temor. *Pareciame andar siempre al lado de Jesucristo, y como no era vision imaginaria, no veia en qué forma; mas estar siempre á mi lado derecho, sentíalo muy claro; y que era testigo de todo lo que yo hacia, y que ninguna vez que me recogiese un poco ó no estuviese muy divertida, podia ignorar que estaba cabe mí.*» [196]

«Luego fuí á mi confesor harto fatigada á decírselo. Preguntóme, que *¿en qué forma le veia?* YO LE DIJE QUE NO LE VEIA. *Díjome que ¿cómo sabia yo que era Cristo?* YO LE DIJE QUE NO SABIA CÓMO; MAS QUE NO PODIA DEJAR DE ENTENDER QUE ESTABA CABE MÍ, Y LE VEIA CLARO, Y SENTIA, y el recogimiento del alma era muy mayor... No hacia sino poner comparaciones para darme á entender; y cierto que para esta manera de vision, á mi

parecer, no la hay que mucho cuadre... Porque si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria vision, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer, que es como una persona que está á oscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ó si es ciega, no va bien: alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, ó la oye hablar, ó menear, ó la toca. Aquí no hay nada de esto, ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz, alumbra el entendimiento.» [197]

Los anteriores párrafos, ú horrible jerigonza, que hemos tenido precision de copiar para hacer ver hasta qué punto propagaba cuentos y delirios la *Santa*, obligan á insistir en la duda que ya asaltaba á algunos contemporáneos de Teresa, de buen criterio, y áun á sostener que cuanto refiere ésta sobre sus comunicaciones con Jesucristo, eran meros antojos, meros sueños de su voluntad. Las visiones de que hablamos, (y fué grande el número de ellas que tuvo la *Santa*), pertenecen á las que suelen llamar los teólogos intelectuales; es decir, aquellas en que por operacion del espíritu, sin forma alguna material ó corpórea, represéntanse altas concepciones, por lo que queda el alma regalada y fortalecida, bañada en dulcísimo regocijo y con una inefable dulzura de prosperidad. Pero esta explicacion, que puede dar la piedad ó el fanatismo de las visiones intelectuales de *Santa* Teresa, no debe aceptarlas en manera alguna la crítica desapasionada y docta; y esto, no por ciego espíritu de oposicion, sino porque, de admitirlas, se tendria como ciertísimo lo que sólo hay que conceptuar como dislate ó delirio. Esas palabras: *visiones intelectuales*, que se quieren dar por tan expresivas y oportunas, no son más que vagas enunciaciones de una ficcion de la mente, de un desatino, de un capricho, de un vehemente deseo. Real y verdaderamente no son otra cosa sino ilusiones, quimeras que forma la perturbada imaginacion de los melancólicos maniáticos. Perteneciendo al número de éstos *Santa* Teresa, sus visiones intelectuales, esto es, sus más informes delirios, sus «gloriosos desatinos, sus celestiales locuras,» como ella decia, [198] relacionados

con sus preocupaciones continuas, sólo deben ser considerados de idéntica manera. Es un grande error, por lo demás, querer sostener [199] que las visiones intelectuales son más sublimes, y ménos ocasionadas á engaño, que las visiones imaginarias. Entrambas se forjan en los arsenales del ensueño: entrambas son creadas por ofuscaciones del entendimiento y de la imaginacion. La única diferencia que hay entre ellas, es, que en las primeras las facultades intelectuales y sensitivas no se armonizan para dar forma material á la idea, al sueño, á la alucinacion, al antojo, ofreciéndose todo de manera oscura y sin precision, confusa y enigmáticamente, por más que el melancólico visionario, á pesar de no ver, ni oir nada clara y distintamente, pretenda, como *Santa* Teresa, por terquedad, exaltacion, ó puerilidades del amor propio, que tiene mayor certeza de todo que si con los ojos espirituales ó corporales lo viese; en tanto que en las visiones imaginarias, lo subjetivo se trueca en objetivo, la idea se exterioriza, la ficcion cobra formas y se presenta, con auxilio de los sentidos, bajo el aspecto que más en consonancia está con la aspiracion, con las manías, con las preocupaciones del enagenado.

Una de las mayores y más graciosas que perturbaron constantemente la imaginacion de Teresa, era la de creerse preferentemente favorecida por la segunda persona de la Trinidad. Ya hemos visto con cuánta insistencia asegura que siempre la parecia andar al lado de Jesucristo, quien iba á la derecha mano de la *Santa*: ya hemos visto con cuánta insistencia afirma que, aunque no veia nada con los ojos corporales ni espirituales, que aunque no veia á Jesucristo, que aunque no sabia cómo era Cristo, sin embargo no podia dejar de entender que el hijo de Dios estaba al lado suyo, y veiale claro, y sentiale. Pero nos falta ver, y vamos á efectuarlo ahora mismo, hasta qué punto llegó á fortalecerse tal manía en aquella perturbada inteligencia, y cuántos piadosos desatinos dijo sobre esto.

«Estaba yo pensando (dice Teresa en el libro de su *Vida*) qué hacia el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras:—deshácese toda, hija, para ponerse más en mí: ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender *lo que entiende, es no entender entendiendo*.—Quien lo hubiere probado, *entenderá*

algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer... La voluntad debe estar bien ocupada en amar; mas *no entiende* cómo ama: *el entendimiento, si entiende,* no *se entiende cómo entiende;* al ménos, no puede comprender nada de lo que *entiende:* á mí no me parece que *entiende;* porque, como digo, *no se entiende*: yo no acabo de *entender* esto.» [200]

Ni nosotros tampoco, ni probablemente ninguna persona que con discrecion raciocine. No se puede entender lo que nada expresa ni nada dice, lo que sólo demuestra delirio ó presuncion, lo que únicamente se basa en los sueños de la fantasía, lo que está escrito, en fin, de modo estrambótico y antiliterario, en forma ridícula, con estilo tan laberíntico y endiablado como el que solia emplear en sus libros caballerescos aquel famoso Feliciano de Silva, aquel de *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace,* con los otros desatinos de que tan donosamente se burló Cervántes.

La mujer que, recordando aquellas palabras de San Pablo: *ya no soy yo quien vivo, sino Cristo vive en mí,* las parafraseaba aplicándolas á su entrevista con Jesucristo, creyendo oir de éste que su alma se deshacia en amor por él, estaba muy próxima á soñar nuevas y más sublimes preferencias. Era preciso que Teresa de Jesús fuese la espiritual predilecta esposa del amado de su alma: era preciso que aquella union mística se realizase. Y se efectuó. Veamos cómo: «Estando yo en la Encarnacion (dice la monja) el segundo año que tenia el priorato, octava de San Martin, estando comulgando, partió la forma el Padre Fray Juan de la Cruz para otra hermana; yo pensé que no era falta de forma, sino que me queria mortificar, porque yo le habia dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas; no porque no entendia no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad:—No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí.—Entónces representóseme por vision imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome:—Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habias merecido: de aquí adelante,

no sólo como de Criador y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia. Mi honra es ya tuya, y la tuya mia.»—[201]

Dejando aparte la falsedad del motivo que ocasionó el desposorio de Teresa con Jesús, pues ya hoy no puede creer ninguna persona verdaderamente sensata en las puerilidades que se sostienen sobre la *sagrada* Forma, y considerándolo todo como ficcion, debemos, sin embargo, decir que, segun la ilusa monja, el matrimonio fué del agrado de toda la celestial familia. Asegura ella que «estando un dia muy penada, la dijo el Señor: —*Haz lo que es en tí, y déjame tú á Mí, y no te inquietes por nada: goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande. Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama.*»—[202] En otro escrito suyo dice Teresa: «Tuve un gran arrobamiento, y pareciame que nuestro Señor me habia llevado en espíritu junto á su Padre, y díchole:—*Esta que me diste te doy,*—y pareciame que me llegaba á sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadez tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan: de hacerme merced eran algunas. Duró algun espacio tenerme cabe sí.» [203]

Vision es ésta á que no debe darse más crédito que á cuantas tuvo, soñó ó fingió tener, la visionaria de Avila. Nótase en primer lugar que Teresa, al hablar de esta, para ella, *verdadera vision*, usa del sibilino lenguaje que le era peculiar en tales ó parecidos casos. En segundo lugar, la monja de Avila no se atreve á decir más sino que el Verbo incarnado la presentó al Verbo incarnador, y que la tuvo cerca de sí algunos momentos. En tercero y último lugar, hay contradiccion en el mismo relato de la *Santa;* pues, si bien por una parte se asegura que la vision fué real, por otra se deja traslucir que no lo fué. Fíjese bien el lector en estas palabras de Teresa, que pueden arrojar algun rayo de luz sobre tal caos de ficciones: «pareciame que el Padre me llegaba á sí;» y á continuacion: «esto no es cosa imaginaria;» y á renglon seguido: «díjome algunas palabras que no se me acuerdan.»

Dícese, áun tratándose de un autor profano, que se conoce la validez de sus argumentos por la precision y uniformidad lógicas con que presente todas sus ideas y emita todas sus consideraciones. Y ¿con cuánta más

razon no se ha de exigir lo mismo en un autor religioso, máxime si se juzga inspirado por la Suprema Divinidad? Bajo este aspecto, pues, ¿qué crédito merece el relato de una monja alucinada, que primero dice que le *pareció ver* á Dios, que asegura luego que *lo vió*, y que concluye por confesar que *no* se acuerda de lo que la habló el divino Creador de todas las cosas?.. ¡Y habrá todavía quien llame á esta ridícula y mal fraguada patraña, verdadera vision célica!..

El desposorio de Jesús con Teresa no tiene, por lo demás, nada de nuevo en la historia de los visionarios. Tales matrimonios morganáticos entre el Rey de los Cielos y sus humildes vasallas han sido bastante frecuentes. Todas aquellas *Santas* que soñaron ó fingieron mucho, como las Catalinas de Sena, las Gertrudis, las Brígidas, las Claras, creyeron haber recibido del Hijo de Dios idénticos favores y tan soberana gracia; y hasta *Santas* de menor cuantía, como las Burgundófaras, las Erkantrudis, las Quilisindas, y otras muchas, de más ó ménos revesados nombres, creyeron tambien en preferencias tan especiales y tan fuera de los naturales términos. En esos supuestos y reiterados desposorios de Cristo con tanta predilecta hija suya, hubo de inspirarse Teresa para referir el suyo, si ya no pensamos que, obrando con entera sinceridad, juzgábase digna de tan sublime distincion, á consecuencia del mismo desarreglo sensorial que de continuo la perturbaba.

Mas sin recurrir á ejemplos de siglos anteriores al en que vivió Teresa de Ahumada, en él mismo hubo infinidad de religiosas en España que creyeron tener visiones idénticas á las suyas, y algunas de aquellas excitaron vivamente la curiosidad, siendo causa de que el tribunal de la Inquisicion interviniera en tales quimeras, para dejar proseguir en sus fingimientos á las que parecieran inspiradas por Dios, y condenar, más ó ménos rigurosamente, á las que eran favorecidas y regaladas por el demonio: [204] ¡como si hubiera más legitimidad y verdad en unas visiones que en otras, y como si el Dios y el demonio que motivaban aquellas aberraciones no fuesen un solo y exclusivo agente, puramente interesado, puramente terreno y material: la preocupacion ó la superchería religiosa! Pero entre tanta mujer como entónces se creia favorecida de mo-

do especial por el Hacedor Supremo, ninguna nos presenta el siglo XVI tan suavemente hipócrita, y que tenga tanta conexion con *Santa* Teresa, en lo relativo á sus soñados desposorios con Jesús, como una natural de Piedrahita, y por consiguiente del mismo obispado de Avila, hija de labradores, y á quien se conoció vulgarmente con el sobrenombre de la Beata de Piedrahita. El ilustrado Llorente, en su *Historia crítica de la Inquisicion*, habla de su proceso, y da curiosas noticias, que vamos á copiar, para que se vea hasta qué punto pudo influir lo fingido por aquella señora en el ánimo de la monja de la Encarnacion; máxime si se tiene en cuenta que la Beata de Piedrahita llamó extraordinariamente la atencion en los primeros años de la vida de Teresa, y cuatro ántes de que ésta naciera, se le habia formado proceso por la Inquisicion, del que salió bien por tener á favor suyo personajes de gran influencia.

«Educada la Beata de Piedrahita en Salamanca (dice Llorente) se dedicó tanto á la oracion y á las mortificaciones del ayuno y otras, que, exaltada su imaginacion por la debilidad, cayó en ilusion. *Decia ver á Jesús y María, y hablaba en presencia de las gentes como contestando á proposiciones que suponia escuchar. Vestia el hábito de beata ó religiosa de la Orden tercera de Santo Domingo; se titulaba* ESPOSA DE JESUCRISTO, *y, procediendo bajo el supuesto de que siempre la acompañaba María Santísima, se detenia en llegando á cualquiera puerta estrecha, como para dar lugar á que pasara otra persona, y se explicaba en términos de que Nuestra Señora le instaba á pasar adelante por privilegio de esposa de su hijo Dios; pero que ella lo resistia por humildad, diciendo en voz perceptible:* SI TÚ, OH VÍRGEN, NO HUBIESES PARIDO Á CRISTO, NO HUBIERA CONSEGUIDO YO SER SU ESPOSA: CORRESPONDE QUE PASE ÁNTES LA MADRE DE MI ESPOSO. *Tenia éxtasis continuos; y se le notaba tal rigidez de miembros y nervios, con privacion absoluta de calor en cara y manos, que parecia no tener articulaciones en sus dedos, ni movimientos en parte alguna de su cuerpo. Se dijo tambien que hacia milagros.*

«El rey Don Fernando el Católico, noticioso de todo, mandó, con acuerdo del cardenal Inquisidor general, que fuese llevada á la córte: ambos la vieron y trata-

ron: consultaron á varios teólogos, religiosos de diferentes institutos, y se dividieron las opiniones, diciendo los unos ser una santa llena de espíritu de amor de Dios, y otros que era una ilusa poseida de espíritu fanático: ninguno le imputaba ser hipócrita ni embustera. Se comunicó el suceso al Sumo Pontífice, quien comisionó á su nuncio y á los Prelados de Vique y de Búrgos para indagar la verdad, encargándoles cortar el escándalo en sus principios, caso de conocer que allí no intervenia el espíritu de Dios. El Rey y el Inquisidor general de Castilla estaban en favor de la beata, y la suponian asistida del espíritu divino: los comisionados del Papa no hallaron qué reprender en su conducta de palabras y obras, y dejaron á la disposicion de la Providencia divina el momento de manifestar si el espíritu que dominaba en la beata era de Dios ó del diablo.

«Los inquisidores le formaron proceso sobre si las apariciones que contaba la beata, y las palabras que bajo este supuesto pronunciaba, producian ó no sospecha de la herejía de los *iluminados;* pero como el Rey y el Inquisidor general estaban en favor suyo, salió bien. Su opinion quedó siempre problemática: los más creian que todo era debilidad de imaginacion femenina, y entre ellos el Consejero de Indias Pedro Mártir de Angleria.» [205]

Lástima y menosprecio causa ese afan de reyes, pontífices, cardenales, obispos, inquisidores y teólogos por esclarecer si era espíritu de Dios ó del demonio el que movia á aquella hipócrita, ó, por lo ménos, mujer alucinada é histérica, con presuncion de santa y esposa de Jesús, idénticamente como pasó despues á la hija de Doña Beatriz de Ahumada. De lamentar es que las personas llamadas por su elevada posicion á poner coto á semejantes delirios, fueran las que fomentasen la credulidad en tales casos, afirmando en los ánimos de las muchedumbres las fábulas más grotescas y repulsivas. Fernando el Católico, protegiendo á la beata de Piedrahita, y Felipe II á la monja de Avila, abrian el camino á otras alucinadas, á otras histéricas, á otras farsantes, para idear y propagar nuevos prodigiosos cuentos.

Y no siempre tuvieron las autoras de semejantes historietas el deseo inocente de aparecer santas, ó de que

las llamaran, los cándidos ó los fanáticos, esposas de Cristo; que varias veces encubrian con ellas lascivos intentos y acciones completamente inmorales, como pasó, algunos años ántes que *Santa* Teresa se hiciera reformadora, con la famosa y nunca bien ponderada Magdalena de la Cruz; aquella monja mimada por emperatrices, reyes, príncipes, prelados, papas y nuncios, que luego se descubrió ser viciosa, falsaria é hipócrita; [206] como acaeció, en el reinado de Felipe III, con la taimada embaucadora María de la Concepcion, que despues de engañar á muchos «con falsas revelaciones, santidad fingida y éxtasis frecuentes,» concluyó por declararse lujuriosa desenfrenada; [207] como sucedió, durante el reinado de Felipe IV, con la beata conocida por la hermana Lorenza, la cual, fingiendo apariciones de Jesús, de María y del demonio, se entregaba desapoderadamente á la lascivia; [208] como aconteció, en el reinado de Felipe V, con aquella célebre priora Doña Agueda de Luna, manceba del padre provincial Juan de la Vega, que pasaba por dechado de perfecciones y asilo de santidad, siendo realmente albergue de obscenidad y prototipo de imperfecciones; como se verificó, en fin, por no ser prolijos, en los comienzos de este mismo siglo, reinando Cárlos IV, cuando ya en otros pueblos las preocupaciones religiosas habian desaparecido y el progreso moral y social se fortalecia, con la miserable embustera María Herraiz, conocida con el sobrenombre de *la beata de Cuenca*, la cual sobrepujó á todas las visionarias y farsantes pasadas en esto de idear su union espiritual con Jesús, pues en tanto que las otras habian llegado á tan alta felicidad por desposorios de forma, ella consiguió el inefable privilegio de ver consagrada su carne en verdadero cuerpo y sangre del mismo Jesucristo, porque la segunda persona de la Trinidad queria estar íntimamente unida con ella para abismarse así amorosamente en su alma; siendo lo más extraño y escandaloso de toda esta piadosa comedia, que se discutió largamente por muchos teólogos, clérigos y frailes, si podria ser aquello del modo que la beata lo decia, llegando algunos á sostener formalmente que sí, y hasta á adorarla con culto de latría, «llevándola en procesion por las calles y el templo con cirios y candelas, incensándola como á la hostia eucarística, arrodillándose

delante de ella,» y haciendo otras cosas tan ridículas como tontas. [209]

No llegó, ciertamente, nunca á semejantes exageraciones Teresa; pero tuvo tanta ó mayor presuncion que todas las mujeres que han experimentado ó fingido ilusiones parecidas, en creerse la sola predilecta esposa de Jesús. Ya verificados los desposorios entre ella y su amado espiritual, fué muy regalada por éste con sabrosísimas visiones. Acabó la *Santa* de comulgar cierto dia, y parecióle clarísimamente que Cristo se sentó junto á ella, y consolóla con grandes ternezas, y díjola entre otras cosas:—*Vesme aquí, hija, que yo soy: muestra tus manos;*—y parecióle asimismo que se las tomaba y llegaba á su costado, diciéndola:—*Mira mis llagas: no estás sin Mí: pasa la brevedad de la vida.*—«En algunas cosas que me dijo (escribe) entendí que despues que subió á los Cielos, nunca bajó á la tierra, si no es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie.» [210] ¡Soberbia inaudita! ¡Creerse la única que habia merecido que el Hijo de Dios bajara á la tierra, fuera del Santísimo Sacramento, para comunicarse con ella, para desposarse con ella, para consolarla en sus cuitas, y hasta para partirle el pan que habia de comer, y ponérselo en la boca, como con los tiernos infantes se hace!

No es esto hipérbole, no: dícelo así la *Santa* en una de sus Relaciones, por estos términos: «Habia estado, creo yo, tres dias con aquella gran pena que traigo más unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos dias habia sido bien grande, que parecia no lo podia sufrir; y habiendo estado así harto fatigada, ví que era tarde para hacer colacion, y no podia; y á causa de los vómitos háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así, con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela para comerlo, *y luego se me representó allí Cristo, y parecíame que me partia del pan, y me lo iba á poner en la boca*, y díjome:—*Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces; mas esto te conviene ahora.*» [211]

Si por un momento siquiera pudiera tenerse por cierto el sueño ó la ficcion de que Jesús se desposó con Teresa espiritualmente, haciéndola templo escogido de sus celestiales ternezas, habria que decir que el amor de Cristo es un amor muy especial, pues en vez de re-

galarla con favores sobrehumanos, libertándola de la muchedumbre de padecimientos morales y físicos que la torturaban, dejábala entregada á su desdichada suerte, y cargaba sobre ella todos sus dolores y trabajos, porque así solamente creia Jesús—¡oh ridiculez del fanatismo!—que podria pedir Teresa al Padre Eterno como cosa propia; [212] y aunque le pesaba de lo que sufria la monja, con todo, no juzgaba conveniente el remediarlo, porque todo era para bien suyo.[213] Especie de cariño era éste tan particular y tan peregrino, que sólo tiene comparacion con aquel que manifestó Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar, de quien se habla en *El Quijote*, con su infeliz sirviente Andrés, al que vapuleó desapiadamente, porque le queria tanto, que queria acrecentar la deuda por acrecentar la paga; así como Jesús aumentaba los padecimientos terrenales de su cara esposa, porque la queria tanto, que queria aumentar así las ulteriores celestes recompensas que la reservaba.

Las visiones que tuvo, ó creyó tener la *Santa* sobre la *Santísima* Trinidad, no van en zaga á las anteriores: son más para celebrarlas con risa que para censurarlas con acritud: son desvarios de una imaginacion enferma. Pero veamos cómo nos aclara ese misterio la predilecta esposa de Cristo; veamos. La primera vez que fué regalada con vision tan soberana, fué despues de comulgar, [214] estando con pena y en oracion; es decir, con todos los requisitos indispensables para soñar despierta y para dar existencia real á los más inadmisibles delirios. Entónces dice Teresa que comenzó á inflamarse su alma, y parecióle «que claramente entendia tener presente á toda la Santísima Trinidad en vision intelectual, adonde entendió su alma, por cierta manera de representacion, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender su torpeza, cómo es Dios trino y uno; y así le parecia hablarle todas tres personas, y que se representaban dentro en su alma distintamente, diciéndole:—que desde aquel dia veria mejoría en ella en tres cosas, que cada una de estas personas le hacia merced: en la caridad, en padecer con contento, y en sentir esta caridad con encendimiento en el alma.»—

En la misma relacion donde tales desatinos se dicen, hay otro párrafo del tenor siguiente: «Esta presencia

de las tres personas he traido hasta hoy, dia de la conmemoracion de San Pablo, presente en mi alma muy ordinario; y como yo estaba mostrada á traer sólo á Jesucristo, siempre parece me hacia algun impedimento ver tres personas, aunque entiendo es un solo Dios, y díjome hoy el Señor pensando en esto:—Que erraba en imaginar las cosas del alma con la representacion de las del cuerpo; que entendiese que eran muy diferentes, y que era capaz el alma para gozar mucho. —Parecióme se me representa como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua: así me parecia mi alma que se hinchia de aquella divinidad, y por cierta manera gozaba en sí y tenia las tres personas.»

De dos visiones más dá cuenta Teresa en la relacion citada. Una la tuvo estando en oracion, por vision intelectual; otra, hallándose tambien en oracion, por una vision semi-intelectual, semi-imaginaria. Esta vez llegó la intimidad de las tres divinas personas con Teresa á un grado de sublimidad imponderable: «Parecia (asegura ella) que la persona del Padre me llegaba á Sí y me decia palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me queria:—Yo te dí á mi hijo y al Espíritu Santo y á esta Vírgen. ¿Qué me puedes tú dar á mí?»—

En otra relacion de la Madre se dice sobre el misterio de la Trinidad lo siguiente: «Un dia *despues* de San Mateo, estando como suelo, *despues* que *ví* la *vision* de la Santísima Trinidad, y como *está* con el alma que *está* en gracia, se me dió á entender muy claramente, de *manera* que por ciertas *maneras* y comparaciones por *vision* imaginaria lo *ví*. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por *vision* la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba *despues* de algunos dias la verdad, como ahora digo, para poderlo pensar. Y ahora veo que de la misma manera lo he oido á letrados, y no lo entendia como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creia, porque no he tenido tentaciones de la fe.

»Lo que á mí se me representó (añade) son tres personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y despues he pensado que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres es una

esencia, y lo creemos, y es muy grande verdad, y por ella moriria mil muertes? En todas tres personas no hay más que un querer y un poder y un señorío. De manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es sólo un Criador. ¿Podria el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo: así que es un solo Dios todo poderoso, y todas tres personas una Majestad. ¿Podria uno amar al Padre, sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare á la una de estas tres personas, contenta á todas tres; y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno, están todas tres, que no se pueden dividir. ¿Pues cómo vemos que están divisas tres personas, y cómo tomó carne humana el Hijo, y no el Padre, ni el Espíritu Santo? Eso no lo entendi yo: los teólogos lo saben.» [215]

De modo que, despues de tanto visionear y desbarrar, lo cierto es que la *Santa* quedó tan á oscuras como estaba respecto del misterio, enigma, ó como quiera llamársele, de la Trinidad beatífica: y, en último resultado, confiesa que no entiende lo que los teólogos saben. Pero no debe causarnos extrañeza, despues de todo, la nebulosidad con que habla Teresa de estas cosas: cuando de ilusiones se trata, y de sueños se hace referencia, no pueden expresarse con claridad las ideas, ni puede llevarse el convencimiento á los ánimos. Teresa habia leido muchas obras de devocion, y figurábase la Santísima Trinidad tal como ellas se la explicaban; pero, llevada de su afan de ser tenida por inspirada y esposa predilecta de Dios, aseveraba algunas cosas que no esclarecia, sino que presentaba con una vaguedad tan grande como su presuncion misma. Así es que, una vez entendió su alma cómo Dios es uno y trino, aunque no creyó conveniente explicar claramente de qué forma se verifica tal prodigio; y otra, imaginaba que su alma, cual una esponja, embebia en sí las tres personas de la Trinidad;—¡soberbia nunca vista!—y otra, llegaba ya la intimidad á tal punto, que el Padre Eterno se entretenia con la monja en sabrosos coloquios, y áun la manifestaba su gozo con festivas y familiares preguntas. Pero (¡cosa admirable y más incomprensible todavía que el mismo misterio de la

Trimurti cristiana!) aquella mujer tan favorecida, tan regalada, tan en íntima comunicacion con todas las célicas potestades, no pudo saber nunca ni entender cómo habiendo tomado carne humana el Hijo, no la tomaron el Padre ni el Espíritu Santo.

¿Ni cómo podria saberlo jamás? ¿Acaso los delirios de la mente podrán llegar nunca á realidades? ¿Quizá las ficciones se han de tomar por verdades comprobadas? ¿Por ventura han de ser los antojos visionarios mujeriles, los arrebatos santescos, basados en el error del dogma, razonamientos irrebatibles? Al pensar, al sentir, al creer *Santa* Teresa que se le representaban, en vision intelectual ó imaginaria, las personas de la Trinidad, ¿podria tener evidencia, certeza indiscutible de lo que creia, sentia y pensaba? No; ella juzgaria ser cierto lo dudoso, claro lo oscuro, sensato lo delirante; pero es porque su amor propio la engañaba, como creen los maniáticos y los alucinados todo aquello que les hacen concebir sus aspiraciones ó sus caprichos.

Desde el momento, pues, en que se consideran las visiones ó arrobamientos de Teresa sobre la Santísima Trinidad con un criterio elevado, ¿cómo no ha de disentirse de lo sostenido ó soñado por aquella monja? ¿En qué título de legitimidad se apoya la creencia en dicho misterio? ¿Por dónde consta que la Santísima Trinidad existe? ¿Por qué ha de darse crédito ciegamente á las inconveniencias propagadas por el fanatismo ó la superchería? El misterio de la Trinidad fué una verdadera confusion en los tres primeros siglos de la Iglesia, y á pesar de hablarse en el Nuevo Testamento de un Padre, de un Hijo, de un Espíritu Santo, y no obstante lo consignado en esa piadosa tradicion que luego fué llamada *Símbolo* de los Apóstoles, la verdad es que las opiniones que se sustentaron sobre las atribuciones y potestad de cada una de las personas divinas fueron numerosas, llegando á tal punto las divergencias al comenzar el siglo IV, especialmente con las doctrinas de Arrio, que se creyó oportuno sancionar las creencias de la piedad con la autoridad de un concilio, á fin de cerrar el camino á sucesivas interpretaciones.

Hízose así, en efecto, en el primer concilio general de Nicea; [216] pero, aunque en él se puso la base del

dogma de la Trinidad, fué preciso, á medida que nuevos heresiarcas surgieron, aclarar más cuestion tan grave en los posteriores, y dejar consignado, sin ambajes ni rodeos, lo que debia creerse en este punto. No á otro objeto obedecieron las explicaciones, cada vez más explícitas, de un solo Dios y tres personas distintas, hechas en los concilios de Constantinopla de 381, segundo de los generales, [217] y de Calcedonia y Constantinopla, [218] cuarto y quinto entre los Ecuménicos, celebrados respectivamente en los años de 451 y 553.

Pero al quedar confirmado y ratificado, por decirlo así, el dogma de la Trinidad á mediados del siglo VI, ¿quedó resuelta la cuestion? ¿Se podia afirmar que era incontrovertible ya tal misterio? ¿Se habia dicho quizá la última palabra? No: el misterio, el enigma, el dogma (ó como se le llame) de la Trinidad, podria ser asunto indiscutible de fe para los hombres que no pensaran, ó hicieran mal uso de su natural criterio; pero para los sensatamente pensadores no sería, ni es, ni será más que el delirio de muchos, la equivocacion de varios, la obcecacion de algunos, la terquedad religiosa de otros. Basado, pues, el dogma de la Trinidad sobre palabras equívocas de los Evangelios y sobre tradiciones piadosas, no tiene más autoridad que la que pudo otorgarle la fe de otros siglos; pero cuando esa fe ha desaparecido casi del todo, cuando ha sido sustituida en las conciencias por las manifestaciones de la razon y los adelantos científicos, la verdad debe restablecerse y el error desaparecer.

Y la verdad es (¿por qué no decirla, á pesar de los insultos soeces del fariseismo católico?) que el dogma de la Trinidad es pura composicion humana, sin mezcla alguna de sobrenatural ni divino: es la voluntad, el deseo, quizá el capricho de unos cientos de prelados, reunidos en varios concilios, y que tuvieron á bien, no por inspiracion de ningun Espíritu Santo, sino por exigencias de sus mismos desvaríos, sancionar las preocupaciones de ciertas clases. El misterio ó el dogma de la Trinidad cristiana adolece de los mismos defectos, sin el atractivo de la originalidad, que las Trinidades egipcias é índicas. Para la crítica verdaderamente ilustrada, el Padre Eterno, Jesús y el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, constitu-

yen una ficcion tan inadmisible como la de Knef, Fta y Fre, tres personas distintas y una sola esencia, de la antigua religion egipcia; ó como la de Brahma, Visnou y Siva, tres distintas personas y un solo y único poder eterno y supremo, de la Trimurti india.

Siendo, pues, la Trinidad cristiana un dogma inventado por los teólogos, con el que se rebaja y empequeñece el alto concepto que debemos formarnos de la Causa primera, ¿cómo podrá sostenerse que los arrobamientos de *Santa* Teresa se basaban sobre la verdad, y que realmente fué regalada por el Hacedor Supremo con las especiales visiones que relata? ¿Cómo habia de presentársela el Padre diciéndola puerilidades, ni el Hijo mostrándola ternezas, ni el Espíritu Santo ofreciéndola consolacion en sus cuitas?... O fingia ó soñaba Teresa, únicos modos de acertar á ver lo que jamás ha existido.

Que cuanto pasaba á Teresa en estas visiones era obligada consecuencia de su sobreexcitada imaginacion, producto indispensable de su fantasía, demuéstralo bien claramente lo que la sucedia cuando, en vez de visiones intelectuales, tenia visiones imaginarias. Representábasele entonces todo, con pequeñas diferencias, tal como lo veia de ordinario en los cuadros ó en las estampas. Jesús, ya con la cruz acuestas, ya llagado, ya en el huerto, ya con la corona de espinas, ya resucitado y glorioso; [219] el Espíritu Santo, en forma de paloma de caprichosos colores, cosa que tambien solia acontecer á la incomparable embaucadora, su contemporánea, Magdalena de la Cruz; [220] San José, con el venerable aspecto de anciano; la Vírgen, unas veces como priora de convento, en compañía de su esposo, vestida de blanco, con semblante muy de niña, bella y resplandeciente por extremo; [221] otras, «con grandísima gloria, con manto blanco,» amparando debajo de él á la monja y á sus espirituales hijas; alguna, «poniendo una capa muy blanca á un Presentado de la Orden de Santo Domingo» porque habia coadyuvado á la creacion de un convento de descalzas, ó, mejor dicho, de un palomarcito de la Vírgen; varias, en fin, bajando con multitud de ángeles, y teniendo notable parecido con la imágen que le habia regalado cierta condesa. [222]

Tan firmemente creia la buena monja que todo pa-

saba así, que despues de relatar la peregrina alucinacion, añadía: «*A mi parecer* no ví la imágen entónces (una imágen de la Vírgen que estaba colocada sobre la silla prioral), sino esta señora que digo. *Parecióme se parecia* algo á la imágen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar por suspenderme luego mucho. *Parecióme* encima de las sillas y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era vision intelectual. Es tuve así toda la Salve, y díjome: «Bien acertaste en ponerme aquí: yo estaré presente á lasalabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.» [223]

Pero no bastaba esto todavía para satisfacer las ilusiones de la monja: era preciso que la Vírgen la otorgara una dádiva especial, como á la muy dulce esposa de su Hijo. Y verificóse así una vez, apareciéndosela la Vírgen, animándola á proseguir en su obra reformadora, elogiándola, prometiéndola su proteccion y la de Jesús, y poniéndole al cuello, para señal de que todo saldria cierto, «un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor.» La joya, al fin como regalo del Cielo, era de un mérito y belleza imponderables. El oro y piedras de que se formaba, eran tan diferentes de lo de acá, segun ella misma dice, «que no tiene comparacion.» [224] Mas con esta joya pasaba una cosa muy especial: nadie la veia sino la *Santa*. ¿Y cómo habria de ser de otro modo? ¿Podia verse lo que sólo existia en su imaginacion ó era efecto de sus ficciones?

Con el collar de oro, regalo de la Vírgen, corre parejas la cruz de diamantes de que la hizo grata donacion su celestial esposo Jesucristo. Es curioso lo que escribe la *Santa* sobre el caso. «Una vez (dice), teniendo yo la cruz en la mano, que la traia en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó á dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparacion, porque no la hay casi á lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha é imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenian las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la veria de aquí adelante, y así me acaecia que no veia la madera de que era, sino estas piedras; MAS NO LO VEIA NADIE SINO YO.» [225]

¡Confesion preciosa! Nadie veia la cruz de diaman-

tes sino ella: todos la veian tal cual era: de madera pobre y tosca. ¿Se quiere mayor prueba que ésta para comprender hasta qué punto se dejaba guiar por los desvarios de su imaginacion aquella monja?...[226] Los sueños que relatan Teresa y sus cronistas, más que favores divinos, son resultado preciso de su melancolía: podian añadirse á los casos prácticos que de maniáticos, melancólicos, hipocondriacos y dementes refieren Pinel y otros autores especialistas.

Pero ninguna vision de las que tuvo la *Santa* es comparable á la del serafin ó querubin, que con entrambos nombres se le llama por ella y por sus biógrafos.[227] Oigamos á Teresa, como autoridad ménos recusable: «Quiso el Señor (dice) que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal: lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada, que dije primero. En esta vision quiso el Señor lo viese así; no era grande, sino pequeño; hermoso mucho; el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen: mas bien veo que en el Cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle, me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios.»[228]

Esta vision hay que considerarla bajo dos diversos aspectos. ¿Fue imaginaria? ¿Fue real? Los autores religiosos no están en ello contestes. Admitamos que fué imaginaria: ¿qué se deduce entonces? Que la vision fué falsa. ¿Y se puede admitir que fue real? No, seguramente.

O los ángeles y serafines son espíritus puros, ó no lo son. ¿Lo son? Pues entonces la vision de Teresa no puede ser verdadera. ¿No lo son? Pues entonces hay

que confesar que la Iglesia y los Santos Padres [229] han propagado algunas veces absurdos y contrasentidos. Aquí no hay término medio: el dilema es ineludible.

Admitamos por un momento que tal vision hubiese sido cierta: que el ángel, serafin, querubin, ó lo que fuese (tanto monta, siendo, como es, todo ilusorio) se presentara á la vírgen carmelita, y que lo de la introduccion de la celestial saeta hubiese realmente acaecido. Y bien, ¿quién curó entonces á la monja aquella mortal herida? ¿Cómo pudo despues vivir un momento siquiera? ¿Era visible la herida de la *Santa*?—No, ¡si no habia herida material!—se nos responderá por muchos fanáticos, por más que algunos opinen disparatadamente lo contrario. ¿No la habia? Pues entonces admítase con nosotros que todo no pasaba de una vision imaginaria, de una vision falsa, de una vision ridícula.

El serafin habia sido creado, producido, tomado forma en la calenturienta imaginacion de Teresa: la saeta solo habia sido fraguada en aquel arsenal de ensueños: la herida solo la habia recibido el sensible y delicado sistema nervioso de la *Santa*. Ni más ni ménos.

Sostenerse, como se hace todavía hoy, por varios escritores adocenados, llenos de preocupaciones, que el corazon de *Santa* Teresa recibió verdaderamente la herida del serafin, es tan ridículo que solo merece el desprecio de toda persona sensata. ¿En qué se apoya esa creencia absurda? En dos absurdos, en dos datos sospechosos, en dos ficciones, en dos inconveniencias: en la fiesta de la Trasverberacion del corazon de Teresa, y en el relicario que se conserva en la iglesia de las carmelitas descalzas en Alba de Tórmes, y que contiene el corazon traspasado de la *Santa*.

¿Pero verdaderamente lo contiene? Esta es la gran cuestion: esta es la gran dificultad: esto es lo que nunca podrán demostrar, con legítimas y verdaderas garantías comprobatorias, la cándida piedad ó la interesada superchería. ¿Ni cómo? ¿Por dónde consta que aquel corazon herido, embalsamado y amojamado que se enseña dentro del relicario, es el verdadero corazon de *Santa* Teresa? ¿Qué documento legal, fiel y auténtico lo persuade? ¿Qué dato indiscutible lo asevera? Luego si faltan todas aquellas demostraciones que pueden llevar al ánimo el convencimiento; si sólo una pia-

dosa tradicion, apoyada en escritos sospechosos, ha propagado el prodigio y sancionado absurdamente la creencia, ¿cómo ha de tener por cierto la verdadera crítica semejantes inexactitudes? Antes bien creerá, y creerá muy discretamente que, pues esas jerarquías empíreas de ángeles, arcángeles, serafines y querubines, son puras ficciones de los hombres, y por consiguiente, no pudo aparecerse serafin ni querubin alguno á *Santa* Teresa sino por obra y gracia de su imaginacion, siendo por lo mismo de todo punto imposible que recibiera la herida material que se pretende: ese corazon traspasado que se guarda en el relicario de Alba de Tórmes, ha sido dispuesto de tal modo para los fines que se comprende, queriéndose dar como milagro y prodigio lo que sólo es resultado del embeleco y de la preparacion. ¿Pero qué mucho que el interior del relicario encubra una ficcion ridícula, cuando pasa lo mismo en la parte exterior, donde hay unas palabras que dicen: *Jesús de Teresa y Teresa de Jesús*, aludiendiendo á una grotesca anécdota propagada en tiempo de la *Santa*, y en la cual se supone que cierta vez se habia presentado Jesús á Teresa en el convento de la Encarnacion bajo la apariencia de un niño muy lindo, y que interrogado por ella y respondido por él, mediaron entre ellos las palabras antes citadas?

¡Y que sobre tales detestables patrañas se haya fundado la Iglesia católica para instituir una fiesta! ¡Y que la Maestra infalible de la Verdad haya hecho de una ficcion una creencia sublime! ¡Y que Benedicto XIII, por mostrarse complaciente con los carmelitas descalzos, concediese á éstos en 1726, en los tiempos famosos de las prostituciones de Lerma y de Corella, la celebracion de la fiesta de la Trasverberacion! ¿No inspira lástima una religion que tales cosas autoriza, que semejantes sandeces propala?

Una mujer como Teresa, que tan regalada se creia con soberanas visiones de Dios, de su Hijo, del Espíritu Santo, de la Vírgen y de San José, no podia dejar de experimentarlas asimismo respecto de los santos de su particular devocion, y hasta de las personas y comunidades á quienes más cariño profesaba. Por eso veia á un Padre presentado de la Orden de Santo Domingo vestido por la misma Vírgen; [230] á Santa Clara, radiante de hermosura, ofreciéndola su proteccion; [231]

á Pedro de Alcántara, fortaleciéndola, áun despues de muerto, en sus trabajos y cuitas; [252] á los jesuítas, en el Cielo, llevando banderas blancas en las manos; [253] á un Padre provincial carmelita saliendo del Purgatorio; [254] á un Padre jesuita subiendo al Cielo acompañado nada ménos que del mismo Hacedor Supremo, [255] y á otros santos y santas, monjes, monjas y prelados en diferentes situaciones y maneras, segun se las hacian concebir sus preocupaciones ó sus desvarios.

Pero ninguna de estas visiones secundarias, por decirlo así, llega en exageracion y ridiculez á la que tuvo la *Santa* cuando se le apareció el *glorioso* Santo Domingo. Cuéntase sobre esto, que Teresa quiso visitar (y efectuólo) un convento donde aquel santo habia hecho penitencia, hasta el punto de derramar abundantísima sangre. Pero no bien quedó sola en la capilla, teatro de las inexorabilidades de aquel santo varon, cuando vióle puesto á su siniestra mano. Curiosa, áun en aquel supremo lance, la pretendida fundadora preguntóle que por qué se ponia al lado izquierdo. El contestó que porque Jesucristo ocupaba el lado derecho. *Santa* Teresa volvió el rostro, y vió entonces al Hijo de Dios. Despues apartóse éste, como si temiera impedir alguna escena sentimental, y dejó solos en la capilla á Santo Domingo y á Teresa.

Dos horas estuvieron allí, sin que nadie los interrumpiera, holgándose celestialmente, contándole ella sus trabajos, prometiéndola él su ayuda, hablando entrambos de las mercedes divinas y de los regalos especiales que Jesús hace á sus escogidos. Tan sabroso debió ser el tiempo que en aquella capilla pasó la *Santa*, que decia luego que no hubiera querido salir de allí nunca. [256]

Esta aventura santesca nos la explicamos nosotros de un modo muy sencillo, pero mucho más natural y admisible que como la refieren algunos cronistas de la *Santa*. Para nosotros no es improbable que quizá algun discreto religioso, amigo de holgarse con los alucinados y fanáticos, representaria á las mil maravillas aquella especie de entremés *sagrado*, sosteniendo fútiles conversaciones con Teresa por espacio de algunos cuartos de hora, y haciéndola creer que era nada ménos que el glorioso Santo Domingo.

Si la vision fué real, fuélo indudablemente del modo

que dejamos dicho; porque es imposible que pudiera acaecer de otra suerte. Y si se nos dice que la vision fué imaginaria, volveremos á las mismas consecuencias de la aventura del serafin. ¡Tan ridícula es la ficcion de una forma como de otra! Los interesados en sostener la patraña pueden escoger.

Muchos más ejemplos de este linaje de aberraciones pudiéramos mencionar; pero ¿á qué insistir sobre materia tan enojosa? ¿A qué seguir citando casos tan estupendos y estrambóticos? Siempre nos confirmaríamos en nuestra opinion de que tales dislates se fraguaban en la imaginacion de Teresa por natural exigencia de sus afecciones físicas y morales. No es extraño, despues de todo, que en los tiempos de la *Santa* se diese crédito á cuanto constituia la creencia en los éxtasis, arrobamientos, apariciones y otros actos sobrenaturales, cuando muchos años despues de muerta, en naciones que se juzgaban más cultas, en Francia, por ejemplo, bajo el gobierno de Richelieu, se procesaba y quemaba al desgraciado Urbano Grandier por el solo y único delito de haber introducido el espíritu malo en las religiosas de Loudun, segun decian aquellas extáticas endemoniadas con una candidez simplísima ó con una falsedad miserable, que dió por resultado horrible la muerte de un hombre. [257]

El crédito que se ha concedido á los éxtasis y apariciones desde el Cristianismo á la fecha, ha estado por lo demás en relacion directa con el mayor ó menor grado de credulidad en los ánimos. Así es que en los primeros siglos se propagaron leyendas que, áun en la misma Edad Media, parecieron inverosímiles; y en ésta se forjaron tales ficciones, que siempre las miró con desconfianza la Edad Moderna; y las que en ella se fraguaron hasta la gran revolucion del 93, fueron despues miradas como imitaciones grotescas de las antiguas, sin razon ya de ser, dispuestas por el mercantilismo clerical, y acreditadas por las benevolencias de unos, por las adhesiones de otros, por el fanatismo de muchos.

Y en el nuevo período de la Edad Moderna que atravesamos, en este grandioso período de transicion que ha de conducir á la humanidad á nuevos y mejores estados de adelantos materiales y morales, al perfeccionamiento de las sociedades y al mayor bienestar posi-

ble de las colectividades y de los individuos, ¿qué importan ya esos éxtasis y esas apariciones de los visionarios? ¿Qué significan las nuevas ficciones que se propagan con objeto de sostener una supersticion detestable? ¿Quién ha de dar crédito á los embelecos piadosos?

Una multitud de ignorantes que, como idiotas, se dejan llevar á donde se quiera, ó una turba de traficantes sagrados, que comprenden que en las exterioridades del culto está la salvacion de sus intereses pecuniarios, podrán inventar todavía milagros, éxtasis, arrobamientos y otros delirios; podrán propagarlos, producir ruido, hacer en peregrinacion viajes, verificar procesiones, escribir libros plagados de desatinos, y presentar como lo más sublime y maravilloso lo que sólo es muy vulgar y ridículo; pero la inmensa mayoría no creerá, como en otros tiempos; antes bien, se burlará de semejantes esfuerzos, demostrará la impotencia que entrañan, hará ver los egoismos sobre que se fundan, expondrá ante los ojos de todos la falsedad risible de los portentos y, tarde ó temprano, hará callar á la osada superchería y relegará al olvido el prodigio decantado, la curacion sobrenatural, el éxtasis célico, la aparicion maravillosa, y todo ese conjunto de apariencias con que el ultramontanismo utilitario trata aún de alucinar y atraerse á los pobres de inteligencia y de espíritu.

A la ciencia y á la crítica, á esas dos hermosas antorchas de los modernos progresos, débese ese bien incalculable de poder rechazar el error, perseguirlo, confundirlo, anonadarlo: á ellas se debe la explicacion de lo que antes parecia fenómeno incomprensible y sólo era resultado inevitable de predisposiciones morbosas, como las visiones, las profecías, las apariciones, las hablas divinas y los arrobamientos: por la vivísima luz que han difundido sobre el inmenso caos de las ficciones y sueños religiosos, la despreocupacion se generaliza y el Catolicismo se encuentra herido de muerte, de la que no podrán salvarle todos esos paliativos de peregrinacion á santuarios, templos y grutas, fastuosas procesiones, funciones espléndidas de iglesias, invenciones de milagros y apariciones de vírgenes [238] á que recurre, sin considerar que la marcha majestuosa de la civilizacion no puede retardarse con

tan pueriles obstáculos, y que todas esas exhibiciones obtendrán al cabo un resultado tan negativo como el conseguido por el Paganismo en época de descrédito y ruina, muy parecida á la que el Catolicismo atraviesa hoy, en la que no fueron parte para libertarlo de la total extincion ni la febril actividad con que se dió á vigorizar las antiguas ficciones con nuevos atractivos, ni las repetidas peregrinaciones votivas hechas á los templos de sus falsos dioses, ni las magnificencias del culto, ni aquellas solemnísimas y suntuosas procesiones, parecidas á las verificadas en honor de la diosa Isis, que tan extensamente describe Apuleyo, y que llevaban en pos de sí muchedumbres ébrias de gozo, de devocion y entusiasmo. [259]

¿Y habrán de eximirse de esa regla general con que hoy se examinan y desechan las preocupaciones de todos los siglos las visiones de *Santa* Teresa? No: no es posible, por más esfuerzos que ponga en práctica la credulidad exagerada y cándida de las almas piadosas. Las visiones de *Santa* Teresa, como las de las santas de todos los tiempos y países, no pueden ser aceptadas más que por la fe, y la fe es el error, es la oscuridad, es la obcecacion, es la falta de todo sano criterio, es la canonizacion del absurdo, la apoteósis de las ficciones. Pero la ciencia y la crítica no consideran esas visiones, éxtasis ó arrobamientos sino como producto natural y preciso de las enfermedades físicas ó las penalidades del ánimo; y tan cierto es esto, que la experiencia diaria lo atestigua con multitud de casos prácticos. Los éxtasis pudieron ser tenidos como favores célicos miéntras la ciencia no expresó claramente sus experimentos; miéntras se quiso asignar un puesto especial entre los fenómenos incomprensibles á lo que era solamente consecuencia ineludible de un padecimiento físico, al mismo tiempo que de una exaltacion moral. Pero desde que la ciencia es escuchada con profundo respeto por todas las personas verdaderamente ilustradas, los éxtasis de las monjas antiguas y modernas han quedado reducidos á sus naturales términos; lo que patentiza que la creencia en los éxtasis sobrenaturales, sólo ha sido sustentada por la ignorancia, en consorcio con el fanatismo, y que han desaparecido por completo, como otros muchos errores religiosos propalados en diversos tiempos, en cuanto la luz de la civilizacion se

ha difundido en las inteligencias, disipando las tinieblas de inveteradas preocupaciones.

Los éxtasis no han sido, pues, ni son, ni serán más que estados morbosos que necesitan los auxilios de la ciencia, no la veneracion de la piedad. El éxtasis, como se define exactamente en un tratado general de Patología, es un «estado anormal en el que la excitacion del cerebro llega á un alto grado, concentrada á veces en un solo objeto, y acompañada de la suspension ó abolicion temporal de las sensaciones y movimientos voluntarios: en el éxtasis hay muchas veces ejercicio de la voluntad, que atrae todas las facultades de la inteligencia hácia un objeto; miéntras que en otros estados extáticos hay perversion de la inteligencia, creacion de imágenes quiméricas, y, en una palabra, alucinaciones, y sólo de un modo consecutivo llega la inteligencia, excitada poderosamente por la vista de un objeto que se le presenta de continuo, á concentrar en él toda su actividad.» [240]

Dos clases de éxtasis distinguen algunos autores médicos: «una que existe sin que se halle patológicamente afectado el sistema nervioso, en la cual están exageradas las funciones cerebrales, y los sentidos se niegan á recibir las impresiones que proceden del exterior, encontrándose suspendidas las sensaciones instintivas; y otra, que podria llamarse sintomática, que es un signo de diversas afecciones del cerebro, especialmente de la melancolía, pudiendo sostenerse con muchos autores, que el éxtasis es siempre un estado morboso, puesto que hay lesion de un número considerable de funciones, estando unas suspendidas, y otras demasiado exaltadas.» [241]

El ilustre profesor Bertrand, uno de los autores médicos que más bellas páginas ha escrito sobre el éxtasis, dice que «siempre que una persona se halla expuesta á causas permanentes de exaltacion moral, llevadas á determinado grado, su organizacion se hace susceptible de experimentar una modificacion especial que produce fenómenos físicos ó intelectuales, cuyo conjunto caracteriza un estado particular, que se designa con el nombre de éxtasis; estado que ha influido considerablemente en el establecimiento de todas las religiones y todas las sectas.» [242] El mismo profesor añade que «hallándose el cerebro de todos los extáticos

bastante excitado, pueden ser afectados por los objetos que se forjan en su imaginacion con la misma vivacidad que por aquellos que verdaderamente tienen ante sus ojos; y que la casualidad ó el amor á lo maravilloso habrán debido influir frecuentemente para establecer entre sus ensueños y la realidad una semejanza capaz de asombrar y seducir á espíritus dispuestos á la ilusion.» [243]

¿Qué diferencia puede notar una desapasionada y recta crítica entre los éxtasis descritos por insignes médicos y los experimentados por *Santa* Teresa? Ciertamente ninguna; porque en éstos como en aquellos (y bien se comprende así, en fijándose en los ejemplos presentados ya) vense excitaciones cerebrales, lesiones de la imaginacion, perversion de la inteligencia, creacion de imágenes quiméricas, alucinaciones, fenómenos físicos ó intelectuales producidos por exaltacion moral, ilusiones convertidas en realidades por operacion exclusiva de la mente; todo, en fin, ménos lo sobrenatural ni divino.

¿Pero cómo no habia de pasar esto á *Santa* Teresa, siendo, como era, una desgraciada mujer histérica, y teniendo demostrado la ciencia médica que «las afecciones histéricas de las mujeres, por la singularidad y rareza de sus síntomas, son las que mejor se prestan á la suposicion de causas sobrenaturales, predisponiendo especialísimamente á la produccion del éxtasis?» [244]

A mayor abundamiento, «en la forma de locura llamada *melancolía*, se observa, como dice un autor, el conjunto de los síntomas que constituye el éxtasis;» y habiendo sido Teresa melancólica por extremo, segun hemos visto en el capítulo sobre las enfermedades, naturalmente estaba predispuesta para caer en esos arrobamientos que ella juzgaba regalos sabrosos del Cielo, cuando sólo eran resultado de sus afecciones nerviosas.

Y no se diga que los éxtasis de *Santa* Teresa, como los de todos los santos, están por encima de las indagaciones críticas y de los experimentos científicos; no se diga que tales arrobamientos, por lo mismo que envuelven una doctrina sublime, por lo mismo que dejan en el ánimo enseñanza saludable, y por lo mismo que han sido sancionados por la Iglesia, Maestra infalible de la verdad, deben ser considerados como maravillo-

sos y sobrenaturales. Semejantes sofismas, á que habrá de recurrir el fariseismo católico para censurarnos, sólo merecen la conmiseracion ó el olvido. ¿Cómo ni por qué habrán de distinguirse los éxtasis, ilusiones, alucinaciones y desvaríos de los santos de los de aquellas personas que, habiéndolos experimentado tambien, no han llegado á tan suprema categoría? Siendo pura ficcion de las religiones esa comunicacion íntima entre el Supremo Hacedor y determinadas individualidades, y siendo sumamente depresivo para la alteza de la Causa primera el suponerla animada de pasiones, de pequeñeces y obcecaciones como cualquier mortal, segun se muestra en las visiones de sus escogidos, hay que sostener, en bien de la sana razon y para el más elevado concepto de la Divinidad, que ésta jamás ha intervenido en tan pueriles y ridículas escenas, y que, tanto los que se juzgan éxtasis verdaderos como los falsos, se han inventado por la hipócrita granjería ó han sido producidos por fanatismos lamentables. Pero de buena fe ó con torcida intencion ideados, referidos y propagados, los unos y los otros merecen idéntico crédito ante la ciencia y la crítica: los llamados verdaderos y los falsos aparecen con las mismas incoherencias, ridiculeces, carencia de sano juicio, delirios é indiscreciones. [245] Ni debe insistirse por los adoradores de lo pasado en la aventurada afirmacion de que en los éxtasis de los santos se saborea siempre una doctrina sublime, quedando en los ánimos enseñanza saludable; que tal terquedad sería por extremo absurda. Los éxtasis de todos los santos, en vez de inspirarse en celestiales motivos, ni ofrecer saludables enseñanzas, se fundan casi siempre en terrenas aficiones ó egoistas miras, cuando no son manifestaciones delirantes de perturbadas inteligencias, que excitan á risa por lo estupendo del desvarío. Ejemplos de esto tenemos en abundancia en los *Martirologios y Años cristianos*, y desde luego citaríamos varios, y áun muchos en que no ya sólo los éxtasis no se inspiraron en buena doctrina, ni ofrecieron beneficiosa enseñanza, sino que tuvieron orígen en afan de predominio, en cálculos de intereses ó en perversidad de ánimo, y únicamente dejaron enseñanza de corrupcion y abominaciones, crueldades y astucias, como acaeció, por ejemplo, con las que propalaron haber experimentado Domingo de

Guzman é Ignacio de Loyola: desde luego, repetimos, citaríamos varios, y áun muchos ejemplos de esto, si los éxtasis de una *Santa* tan calificada como Teresa no bastaran y sobrasen para corroboracion de nuestros raciocinios.

Y, con efecto, en medio del cúmulo de visiones, raptos y favores celestes que tuvo y obtuvo Teresa, ¿hay uno siquiera que se remonte á la esfera de lo sublime, ni presente celestial doctrina, ni deje en el ánimo enseñanza saludable? No por cierto; que todos versan sobre asuntos bien insignificantes ó sobre desvaríos, y en vez de ofrecer sana doctrina ni enseñar nada bueno, lo único que producen es hastío en el ánimo, ofuscacion en la mente, desdeñosa sonrisa en los labios. ¿Qué verdad entrañan, por ejemplo, sus visiones de la Santísima Trinidad? ¿Qué enseñan? ¿Qué soberana doctrina propagan? ¿Qué importancia tienen sus visiones de la Vírgen, de San José, de Jesús, de santas y santos innumerables? ¿Qué provechosas advertencias envuelven? ¿Qué fin grandioso se vislumbra en ellas? ¿Qué consoladora impresion dejan en los ánimos? ¿Qué dicen? ¿Qué persuaden ni enseñan? ¿Y qué provechosa instruccion contienen tampoco sus visiones del purgatorio? ¿Qué hermosa doctrina esparcen? ¿Qué generosas máximas de compasion y caridad difunden? ¿Qué verdades sanas y útiles sustentan?

«Pero al ménos, la sancion de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana—exclamará furioso el ultramontanismo;—al ménos, la autoridad irrecusable de esa Maestra infalible de la verdad, que no puede engañarse ni engañarnos, ¿no pondrá fuera de duda la validez y legitimidad de las visiones de *Santa* Teresa, como las de todos los santos?» ¡Peregrinos subterfugios á los que tiene que recurrir el fanatismo para sustentar sus despropósitos! ¡Que la Iglesia es la Maestra infalible de la verdad y no puede engañarse ni engañarnos, y, por consiguiente, no ha podido ménos de sancionar como verdaderamente sobrenaturales, *porque realmente lo fueron*, las visiones de *Santa* Teresa! Esas son palabras vanas, afirmaciones destituidas de racional fundamento, sofismas indignos de ser tenidos en cuenta, y que sólo se atreverán á sostener hoy las clases obcecadas y que no piensan, ó los interesados explotadores del cul-

to. Las personas discretas, las que raciocinan, las que se inspiran en la ciencia, las que se guian por las luminosas enseñanzas de la crítica, no pueden ni deben reconocer, sin desdoro de su buen criterio y sin oponerse al testimonio sagrado de su conciencia, esa pretendida infalibilidad de la Iglesia Católica; máxime cuando multitud de documentos irrefragables persuaden que esa supuesta Maestra de la verdad no lo ha sido en manera alguna en ningun siglo, sino que ha sido siempre bien falible, y se ha equivocado como cada cual se equivoca, y ha sostenido absurdos, y se ha engañado, y ha engañado á la pobre humanidad, miéntras la Civilizacion no ha empezado á poner término á sus convencionales ficciones, á sus detestables y mal fraguados delirios. [246]. Y la Iglesia Católica, que se ha engañado y nos ha engañado sobre infinitas cuestiones de grandiosa importancia, ¿no habrá podido engañarse y engañarnos respecto de las célicas visiones de la monja abulense? ¿Ha podido equivocarse en lo más y no ha podido equivocarse en lo ménos?...

La Iglesia Católica parte, por lo demás, en la canonizacion de los santos, de erróneos principios ó injustificados asertos: muchas veces las súplicas de una Orden religiosa ó los ruegos de príncipes y reyes interesados en la canonizacion de determinados monjes ó monjas, influyen de manera que hacen difícil, cuando no completamente imposible, la negacion de la gracia solicitada. Y la bula de canonizacion se basa, por consiguiente, en datos equívocos, en apasionados elogios, en egoistas acrecentamientos de comunidad religiosa ó en vanidosas aspiraciones de magnates ó monarcas, que fué precisamente lo que acaeció, primero en la beatificacion de Teresa, despues en su canonizacion, y, por último, en su compatronazgo de las Españas. [247]

¡Y cuántas ocasiones tambien, los mayores hipócritas y las más taimadas visionarias habrán sido colocadas en el catálogo de los santos por el solo y único mérito de haber sabido guardar siempre con rigoroso esmero sus fingimientos, pasando por dechado de virtudes, cuando realmente fueron prototipo de debilidades y áun vicios!

Una religiosa vivió en los mismos tiempos de Teresa de Ahumada, que hubiera indudablemente sido beatificada ó canonizada si una casualidad, para ella de-

plorable, no hubiera patentizado que la monja á quien todos casi veneraban como *Santa*, áun en vida, era solamente una embaucadora tan lasciva como refinada. Nos referimos á Magdalena de la Cruz, aquel mónstruo de falsedad, aquella abadesa de Córdoba que tanto dió que hablar en toda España en la primera mitad del siglo XVI. «Su buena fama (dice uno de los testigos de su proceso, citado por Llorente), [248] por ser tan pública y de todos aprobada, por mucho tiempo me movió á desearla conocer, porque oia cosas que me causaban admiracion, y veia que todo el pueblo no trataba de otra cosa que de su santidad; y no sólo el pueblo, sino personas de calidad, así como cardenales, arzobispos, obispos, duques, condes y señores muy principales, letrados y religiosos de todas Ordenes; y en particular ví que el cardenal de Sevilla, D. Alfonso Manrique, la vino á visitar desde Sevilla, y en sus cartas la llamaba *muy preciada hija suya*, y se encomendaba á sus oraciones; y que los inquisidores de Córdoba siempre la llamaban *mi señora;* y ví que el general de los Padres de San Francisco, Fray Francisco de Quiñones, la visitaba, siendo fama constante que el principal motivo de venir de Roma era el de ver y tratar á Sor Magdalena de la Cruz; y despues ví á D. Juan Reggio, nuncio de Su Santidad, que vino á visitarla, y la Emperatriz nuestra señora la envió un retrato suyo, que está en el dicho convento, para que la tuviese presente en sus oraciones; y le envió la cobija y el tocado con que se bautizó el príncipe Felipe (despues Felipe II), para que los bendijese, y la llamaba en los sobrescritos: *su mucho estimada madre, y la más bienaventurada que habia en la tierra;* y en casi toda la cristiandad se tenia noticia de ella, sin que se pusiese duda en su espíritu y santidad; ántes, los predicadores en los púlpitos, y todos, en público y en secreto, la alababan; y todos los confesores del convento y los provinciales la acariciaban en extremo; y personas muy religiosas y habidas por de gran espíritu decian haber en Magdalena nueva manera de santidad... Y á la verdad, era en su conversacion afable con todos, humilde, caritativa, compasiva, y de tan buen ejemplo, que á todos convidaba á servir á Dios; y muchos se metian religiosos en gustando de su conversacion; y era tenida por tan avisada en todo género de nego-

cios, que tenia más audiencia que puede haber en chancillerías.»

Y, sin embargo, aquella mujer que habia sido objeto de las veneraciones de todos por sus virtudes, santidad, espíritu profético, visiones y regalos divinos; aquella monja, que desde sus más tiernos años dió claras señales de su recogimiento y penitencias; aquella religiosa tan consultada, visitada y enaltecida, presentada en los púlpitos como dechado de perfeccion, y considerada en los palacios como la más escogida de las esposas de Cristo, resultó ser una miserable farsante, una hipócrita taimada, que supo engañar sutilmente á todo el mundo por espacio nada ménos que de treinta y ocho años. Sus visiones, por confesion de ella misma, habian sido solamente supercherías; los éxtasis, los habia fingido, con tal pertinacia en sostener el engaño, que sufrió inmutable los dolores que la ocasionaron algunas personas, durante uno de sus arrobamientos, clavándola alfileres en los piés, por no descubrir la superchería con demostraciones de sensibilidad; las heridas en manos, piés y costado que mostraba en algunas festividades, como producidas por la contemplacion en la crucifixion de Cristo, confesó despues habérselas inferido ella misma con el propósito de acrecentar su fama de santa; sus profecías, que tanto habian llamado la atencion y sobrecogido los ánimos, descubrióse que se fraguaron sobre confidenciales noticias acerca de determinados sucesos, comunicadas por individuos que estaban en el secreto de sus resultados probables; las curas milagrosas obradas, segun se creia buenamente, por intervencion de aquella monja, se supo haber consistido en predispuestas artimañas de fingidos enfermos; en suma, todas sus apariciones y revelaciones resultaron ser ficciones y embelecos con que procuraba pasar plaza de santa.[249]

A tal punto llegó su osadía hipócrita, á tal grado su descaro, que «hizo creer á las monjas y á otras personas que en el dia de la anunciacion de Nuestra Señora habia concebido por obra y gracia del Espíritu Santo al Niño Jesús, y parídolo en el dia de su nacimiento,» habiendo despues desaparecido el angelito, con otras ridiculeces parecidas, con lo que trataba indudablemente de ocultar algun alumbramiento ocasionado por su complexion lasciva, pues ella misma confesó que

desde bien jóven hizo pacto expreso con un demonio llamado Balban para que yogase con ella á toda su voluntad y talante; lo cual no era más que querer encubrir con un cuento tan grotesco como inverosímil sus liviandades asquerosas. [250]

Pero donde llegó á su colmo la impudencia de Magdalena de la Cruz, fué en fingir que por espacio de once años no comia ni bebia, alimentándose solamente con el Pan eucarístico. Tal falsedad (que ántes y despues tuvo y ha tenido tantas imitaciones) fué propagada y creida con gran fe por infinitas personas de todas clases y categorías; mas al fin no pudo por ménos de descubrirse y saberse que, si pudo sostener el engaño durante tanto tiempo, fué á consecuencia de haber sido abadesa desde el año de 1533 al 41; pero, habiéndolo dejado de ser desde 1542, pronto se patentizó la impostura de todo; pronto se supo que, aparentando alimentarse únicamente con el Pan eucarístico, tenia á su disposicion algunas de sus más íntimas hijas en Cristo, quienes la proporcionaban secretamente cuanto le era indispensable para su regalo y sustento; pudiendo así pasar por mujer celestialmente sostenida, la que se burlaba de Dios, de la religion y del mundo con sus despreciables comedias. [251]

No trataremos de parangonar á Magdalena de la Cruz con Teresa de Ahumada, ni ha sido nuestro ánimo tampoco, al recordar el caso de la abadesa de franciscanas de Córdoba, ofrecer en ésta el tipo en que pudo inspirarse para muchas de sus apariciones la fundadora de los conventos de descalzas, por más que sea notorio cuánto influye en las imaginaciones enfermas el espíritu de imitacion por lo maravilloso. Hemos citado la historia de Magdalena de la Cruz para comprobar nuestros asertos sobre la imposibilidad de reconocer las visiones llamadas verdaderas de entre las falsas, y para ver de cuán poco pende que muchas veces se tenga por santas en vida, y se las canonice al poco tiempo de muertas, si algun accidente no descubre oportunamente sus supercherías, á mujeres embaucadoras. No diremos, por lo demás, que *Santa* Teresa perteneciera á este número, ni que su título de *Santa* lo debe á sus no interrumpidos cargos de priora ó directora principal de sus conventos: queremos creer, siempre inclinándonos á lo mejor, que influyeron más

en sus pretendidos actos é inspiraciones sobrenaturales sus desarreglos imaginativos que la interesada propaganda de absurdos (por más que ella misma nos asegure en sus escritos que su SAGACIDAD PARA CUALQUIER COSA MALA ERA MUCHA, así como se deduce por varios hechos de su vida que era sumamente experta en las artes del fingimiento); [252] pero, áun haciendo todas las salvedades posibles respecto de las piadosas intenciones que pudiera abrigar la monja de Avila, no será aventurado el pensar que, en varias ocasiones al ménos, influirian para la creacion de sus éxtasis y apariciones motivos puramente profanos, el deseo de que fuesen protegidas sus empresas, por ejemplo, más fácilmente propagando aquellos célicos imaginarios favores, que no haciendo intervenir consejeros sobrehumanos y dejándolo todo á la accion meramente terrena, al curso natural de los acontecimientos.

Si se quisiera, en fin, otra explicacion natural de los arrobamientos, apariciones y delirios de *Santa* Teresa, sin suponer en ella fingimiento de ninguna especie, tambien puede darse sin necesidad de recurrir para nada á lo sobrenatural: digamos, en tal caso, de *Santa* Teresa lo mismo que escribe el ilustre doctor Bertrand respecto de las extáticas de Loudun: que «se consideraron como sobrenaturales, fenómenos producidos por una afeccion histérica.» [253]

CAPÍTULO V.

VISIONES DIABÓLICAS

...Rêveries de couvens de femmes.

Aujourd'hui à quoi bon les carmelites?...

Aujourd'hui on ne croit plus à rien.

(JULES JANIN.)

Hemos visto en los anteriores capítulos á la desdichada Teresa de Ahumada aquejada incesantemente por enfermedades crueles, atormentada por extremecimientos morales de su organismo, y presa de las preocupaciones más absurdas, de los engaños más palpables ó de los delirios más repulsivos.

Expugnada de contínuo Teresa por los formidables arietes de sus padecimientos y alucinaciones, la fortaleza de su razon se derrumbaba, y sólo germinaban calenturientas imágenes en su fantasía. Por eso vémosla cometer tantas indiscreciones en sus intentos monásticos, donde todo se la presenta segun y á la traza de lo que su imaginacion suponia ó soñaba. Por eso se le figura ser verdad que Dios la habia mostrado, inflexible y justiciero, el lugar que tenia preparado en el averno cristiano, si no hubiese mudado de género de vida. Por eso tambien ve á Jesucristo intelectualmente ó en vision imaginaria; conversa con la Vírgen; habla con Dios Padre; se regala con Dios Espíritu Santo; se consuela con Santo Domingo; se entretiene con San Alberto; recibe iluminaciones de Santa Clara; se transporta en sabroso éxtasis con San Juan de la Cruz; se la aparece San Pedro de Alcántara; prometen acompañarla en la hora de su muerte los diez mil mártires; recibe seguridades celestiales de los santos Pedro y Pablo; ve las almas de los autores de sus dias en lugar

preferente del Cielo; concibe y entiende claramente toda la grandeza del enigmático misterio de la Trinidad; cree que se eleva en los aires durante el momento de la comunion; se forja la ilusion de que San José la protege; jura que se la ha aparecido el alma del caballero que dió el dinero y la casa para la fundacion del monasterio de Valladolid; y vive, en fin, sumergida en un mundo de prodigios, donde distingue á cada paso serafines, querubines, arcángeles, ángeles, santos, bienaventurados, justos; una ciudad nueva donde todo se ofrece con atractivos maravillosos; una celestial, mística, sacrosanta Jerusalen; una vision como la de que nos habla San Juan en su disparatado Apocalipsis, el modelo de todos los libros revelados y revelatorios del Cristianismo.

Pues bien: ahora la decoracion cambia; la escena es otra: el teatro y el actor son los mismos. El mundo fanático presencia: Teresa de Ahumada lo entretiene y regala. Antes, llevada de su exaltacion ascética, ha creido ver á Dios, á la Vírgen, á Jesús, á toda la celestial empírea corte: ahora va á persuadir á los pretendidos sabios y á los verdaderos necios, á sus confesores y á sus monjas, y á todos, que el demonio se le presenta, la tienta, la desasosiega, la persigue, la pega, la maltrata, y procura concluir con ella, y con su religion, y con todo lo que la rodea y es obra de su ascetismo ó de su celo.

El actor es el mismo, como decimos; pero va á presentarse al mundo de las ilusiones bajo otra forma, con diversas pasiones, en distinto ropaje y aspecto, llevada siempre por los aires del absurdo en el hipógrifo de sus preocupaciones y ensueños. Porque si la alucinacion degeneraba ántes en una teomanía persistente, ahora concluye en una demonomanía contínua. Antes veia el Cielo; ahora ve el infierno: ántes se deleitaba con el Creador de todas las cosas; ahora se espanta y sufre con el príncipe de los ángeles caidos. Esto tiene su precisa explicacion patológica. La alucinacion, como el Proteo de la fábula, se reviste de mil diferentes formas. Ora verá el alucinado ante su enferma vision espectros, almas y cuerpos de muertos, mónstruos alados; ora regocijará su mirada en flores, frutos, paisajes, pensiles; ya se le aparecerán todos los ángeles del Cielo; ya se encontrará en presencia de

diablos, poseidos, hechiceros, brujas, duendes, y de todas las formidables potestades del imaginario cóncavo infierno.

Esto, unido á la viveza de imaginacion de Teresa de Ahumada, el temor que tenia de las penas del averno, sus no interrumpidas lecturas de ascetismo, y aquellos frecuentes accesos convulsivos que, segun ella misma, le atacaban de vez en cuando dejándola debilitada en extremo, acreciendo sus dolores corporales, turbándole el entendimiento, y no pudiendo pensar en ninguna cosa de Dios, hasta el punto de no saber en qué ley vivia, es muy suficiente para explicar cómo pudo fraguarse en la oficina de su fértil fantasía la aparicion de Lucifer, en figura bien ridícula por cierto.

Las visiones celestiales, como hemos visto en el anterior capítulo, son todas absurdas: las visiones diabólicas, de las que vamos á hablar en el presente, son más que absurdas; son extremadamente grotescas, mueven á risa, hacen compadecer á quien las inventó, las creyó, las relató, las propagó ó las tuvo por verdaderas. Unas y otras visiones son ofensivas, no ya á la majestad de cualquier religion que en algo se estime, sino hasta al criterio y al buen juicio de cualquier persona vulgar.

Presupuesto, pues, lo anterior, vengamos á analizar hasta qué punto es risible la primera aparicion del genio del mal á la monja de Avila.

Seguiremos para esto el relato de uno de los biógrafos ménos cándidos que tuvo la Madre, el tantas veces citado Dr. D. Francisco de Rivera. Este escritor dice, hablando de tal aparicion, sobre la que ya hemos hecho algunas observaciones en el capítulo II, que «cinco horas la estuvo el demonio una vez apretando con tantos dolores y tanto desasosiego interior y exterior (porque estaba dando grandes golpes con el cuerpo y brazos y cabeza, sin poderse resistir) que le parecia no poder sufrir ya.» «Pero entretanto (sigue hablando el cronista) estaba pidiendo á Nuestro Señor paciencia, y ofreciéndole, como solia, que si él se servia de ello, le durase aquella fatiga hasta el dia del juicio. Al cabo de estas cinco horas (esto es lo más donoso del caso), entendió quién la hacia aquel daño, porque vió cerca de sí *un negrillo muy feo* regañando

porque adonde pretendia ganar, perdia, y con agua bendita, le echó de sí.» [254]

La candidez del doctor en esta ocasion sólo es comparable con el fanatismo de su época. No es explicable de otro modo que una persona de ilustracion, de buen criterio en muchos casos, que con tanta meticulosidad, por no decir con tan manifiesta repugnancia, hablaba siempre de las revelaciones y visiones de la *Santa*, y que, al ocuparse de las apariciones del demonio, sostenia con cierta desconfianza y como queriendo salir del lance: «muchas cosas de estas pasó; pero diré una sola *que se echó de ver más que otras*,» narrase con tanta puntualidad esa absurda y ridícula alucinacion de *Santa* Teresa.

En la aparicion del demonio á la fundadora no hay nada lógico, ni razonable, ni siquiera probable y admisible.

Y no hay nada razonable ni lógico, porque en la suposicion de que el Sér supremo interviniese en todos y en cada uno de los humanos sucesos, seria contrario á toda razon y á toda lógica el admitir que ese Sér omnisciente, omnipotente, justo, clementísimo, se entretenia en enviar al mundo á los ángeles caidos para que demostraran su travesura contra los pobres pecadores, ó mandase al más perverso de los demonios, al más procaz y soberbio, al más artero y vengativo, para combatir contra la humildad, contra la virtud, contra la nobleza de pensamientos, dejando á su astucia ó á su actividad en el mal el cuidado de triunfar, y de vencer, y áun anonadar á su desventurada víctima.

Y es tambien improbable, ¿pues en qué grados de certeza se apoya la aparicion susodicha sino en la enfermiza imaginacion y complexion no sana de *Santa* Teresa, en la credulidad exagerada de sus hijas en Cristo, en la falta de crítica ó contemporizacion de sus biógrafos, en el fanatismo del vulgo, y en el carácter predominante de la época?

Y es asimismo inadmisible, porque de admitir el absurdo á que nos referimos, seria indefectiblemente preciso aceptar que el Dios de los fanáticos no era un Dios justo, poderosísimo, clementísimo y bondadosísimo, como se supone, sino un Dios raquítico, risible, abominable, impotente para probar á sus elegidos sin

intervencion del espíritu malo, é injusto, puesto que hacia padecer cruelísimamente á quien sólo deseara servirle y ensalzar eternamente su nombre.

De una sola manera es explicable la alucinacion demonomaniaca de *Santa* Teresa: por resultado preciso de causas patológicas, pues, dadas sus enfermedades, era muy hacedero, muy posible y explicable que se la presentaran, no cada semana, sino cada dia, cada hora, cada minuto, una legion de demonios ó de ángeles (en vision imaginaria se entiende), sin necesidad de que hubiese que reputar por mediador ó instigador de tales horribles tentaciones á ninguna alta potestad del empíreo cristiano.

Que *Santa* Teresa pensaba afirmativamente sobre esto, formándose una idea raquítica de la Causa primera, vese claramente en leyendo algunas de sus consideraciones sobre las tentaciones diabólicas de que se creia objeto. Al mencionar, por ejemplo, la aparicion de Satanás, citada por el Padre Rivera, la Madre escribe cándidamente: «Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo: QUISO EL SEÑOR ENTENDIESE CÓMO ERA DEMONIO, porque ví cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado..... Yo como le ví, reime, y no hube miedo.» [255]

Hablando de otra vision diabólica, de la que pudo al fin librarse merced al maravilloso recurso del agua bendita, dice: «Hízome gran provecho ver que áun no siendo un alma y cuerpo suyo, CUANDO EL SEÑOR LE DA LICENCIA, hace el demonio tanto mal: ¡qué hará cuando él lo posea por suyo!» «Son tantas veces las que estos malditos (los diablos) me atormentan (añade en la misma obra) y tan poco el miedo que yo ya les hé, CON VER QUE NO SE PUEDEN MENEAR SI EL SEÑOR NO LES DA LICENCIA, que cansaria si las dijese.» [256]

Pero en otra obra, dirigiéndole la palabra el Señor, en un momento de decaimiento, le parece oir lo siguiente: «No hagas caso de esos frios, que yo soy la verdadera calor. El demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundacion: ponlas tú de mi parte, para que se haga, y no dejes de ir en persona.» De modo que Dios, sin cuya licencia el demonio *no se pue-*

de menear; Dios, que habia concedido, por tanto, permiso al príncipe de las tinieblas para que persiguiese á Teresa; Dios, es decir, el Dios omnipotente de los fanáticos, despues de haber permitido que el demonio se ensañase contra *Santa* Teresa, la persiguiera, se opusiese á sus fundaciones, y la hiciese cuanto mal quiso, no impide, por un acto de su soberano poderío, tanto ensañamiento y tan jamás vista crueldad; ántes bien, déjala entregada á sus propias fuerzas, á la pobreza de sus recursos, en la lucha contra Satan, á quien habia desencadenado y lanzado contra ella por el solo gusto de probarla y aquilatarla en el crisol de las amargas contradicciones. ¡Qué Dios más despiadado y repulsivo ese Dios de los visionarios!

¿Pero qué otra idea habia de formarse del Hacedor Supremo la pobre alucinada que refiere el siguiente caso en el *Libro de las fundaciones?*: «Acaeció que en este lugar de Valladolid llevaban á quemar á unos por grandes delitos: ella (una de sus monjas) debia de saber que no iban á la muerte con tan buen aparejo como convenia, y dióla tan grande afliccion, que con gran fatiga se fué á Nuestro Señor y le suplicó ahincadamente por la salvacion de aquellas almas, y que á trueco de lo que ellos merecian, ó porque ella mereciese alcanzar esto (que las palabras puntualmente no me acuerdo) le diese toda su vida todos los trabajos y penas que ella pudiese llevar. Aquella misma noche le dió la primera calentura, y hasta que murió siempre fue padeciendo. Ellos murieron bien, por donde parece oyó Dios su oracion. Dióle luego una postema dentro de las tripas, con tan gravísimos dolores, que era bien menester para sufrirlos con paciencia lo que el Señor habia puesto en su alma. Esta postema era por la parte de adentro, á donde cosa de las medicinas que la hacian no la aprovechaban, hasta que el Señor quiso se le viniese á abrir y echar la materia, y así mejoró algo de este mal.»

¿Qué tal? ¡Qué teorías y qué doctrinas! El Dios de *Santa* Teresa perdonaba á unos pobres herejes que llevaban al quemadero, aunque iban en pecado mortal, porque una monja rogaba al Señor que los perdonase; pero no cesaba por esto su justicia: su brazo inexorable no se intimidaba por ello; la blandura y la compasion no entraban para nada en aquel corazon divino:

aquellos desventurados podrian morir en opinion de buenos y arrepentidos; podrian ir á gozar en el momento de todas las felicidades prometidas á los justos en la mansion empírea; pero la monja intercesora de aquel favor, ¿habia de quedar sana y salva? En modo alguno. Enfermedades horribles habian de agobiarla, hacerla pasar una vida de tristezas, producirla, en fin, la muerte. El Dios de los católicos es el Dios de las compensaciones, el Dios de las piadosas equivalencias. [257]

Este Dios raquítico y despreciable, instrumento de ira, manifestacion de venganzas, centro de toda pasion; este Dios, tan desemejante de aquel que concibe la inteligencia bien doctrinada por la sana filosofía, ¿cómo no habia de juzgar Teresa que se entretenia en enviar contra ella al demonio para que, molestándola, tentándola, persiguiéndola, acrecentase sus merecimientos ante su celestial esposo? Admitiendo y propagando Teresa esa absurda doctrina (copia insulsa de desprestigiadas ficciones) de la lucha incesante entre el Supremo Hacedor y el príncipe de las tinieblas, empequeñecia el alto concepto que de la Divinidad debe formarse toda persona que sensatamente piense, rebajábala al nivel de las humanas flaquezas, y en vez de representarse la idea de un Sér superior, conservador y regenerador de todo, formábasela de un Sér pequeño, imperfectísimo, expuesto al furor, á la ira, al ódio, á los arrebatos más detestables. Ese Dios ¿cómo no habia de enviar al demonio para que desasosegase y áun maltratara á la pobre Teresa? Creacion ese Sér supremo de los desvarios humanos y del positivismo religioso, adolecia y adolece de las mismas imperfecciones terrenas. Así, pues, Teresa, por errores de educacion primero, por consecuencia de sus preocupaciones más tarde, y por resultado inevitable de sus enfermedades siempre, hacia de Dios un tirano ó un verdugo, en vez de un salvador magnánimo y sublime.

Pruebas terminantes de que las visiones diabólicas de *Santa* Teresa eran sólo producto de su enfermiza imaginacion, herida por sus temores del infierno, las hallamos en abundancia en los relatos de la monja de la Encarnacion: representábansele los demonios con las mismas extrañas y horripilantes formas con que los pintores á lo Orbaneja suelen pintarlos. Por eso unas

veces se la ofrecen en figura de negrillos muy abominables; [258] otras, como espantables mónstruos, «saliéndoles una gran llama del cuerpo,» con una boca que causaba miedo; [259] otras, como invisibles fantasmas que por do quier la perseguian, dejando, al desaparecer, impregnado el aire de insoportables azufrosos olores; [260] otras, sin forma precisa, muchos en número, trataban de estrangular á la visionaria; [261] otras, como traviesos pequeñuelos, se ponian encima del libro en que rezaba para impedir tan inocente tarea; [262] otras, los veia con cuernos tan largos y retorcidos que rodeaban con ellos la garganta de un sacerdote que la comulgaba; [263] muchas, en fin, en apariencias no ménos grotestas é inverosímiles.

Pues ¿y el infierno? Este lugar, ideado por la crueldad de los hombres, quienes han creido que la Causa primera debe ser vengativa é inexorable como el más perverso de los mortales, lo veia Teresa de tal modo, que no puede resistirse á un sentimiento de repulsion y de sonrisa menospreciadora. «Parecíame la entrada (dice) á *manera* de un callejon muy largo y estrecho, á *manera* de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecia de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, á *manera* de una alacena, adonde me ví meter en mucho estrecho.....» [264] «Yo no sé cómo encarezca (añade) aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veia yo quién me los daba; mas sentíame quemar y desmenuzar, á lo que me parece, y digo, que aquel fuego y desesperacion interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga.» [265]

Pero era preciso ver á los demonios funcionando sobre el cuerpo de un pobre pecador, y consiguiólo Teresa con motivo de haber fallecido una persona, su conocida, que habia vivido harto mal durante muchos años. «Estando amortajando el cuerpo (dice), ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecia que *jugaban* con él, y hacian tambien justicias en él, que á

mí me puso gran pavor, que con grandes garfios le traian de uno en otro: como le ví llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, cómo no queria fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que habia visto: en todo el oficio no ví más demonio: despues, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaba dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harian de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo.» [266]

Esto nos demuestra hasta qué punto deliraba la monja abulense. Escenas horripilantes, ideadas por mentes extraviadas; relatos ridículos, propagados en libros de devocion para amedrentar á los cándidos; cuentos de octogenarias, referidos al amor de la lumbre para asustar á los pequeñuelos, servian de norma á la pobre alucinada de Avila para que su desarreglada fantasía viese y creara otros tan absurdos y detestables, y los presentara como sublimes visiones para enseñanza de la descarriada humanidad, para aviso saludable de las almas pecadoras.

Ya sabemos que los fanáticos adoradores de lo pasado, para confundir nuestra justa incredulidad respecto de las visiones diabólicas de *Santa* Teresa, aducirán ejemplos parecidos á los por ella relatados de otras religiones antiguas ó modernas. Pero semejantes subterfugios, ¿podrán convencer á ninguna inteligencia sana y bien dirigida?...

Que otros tiempos y otros pueblos hayan creido en apariciones demonomaniacas, fundándose en errores fraguados por el tráfico religioso y sancionados por la ignorancia de algunas clases y por la interesada condescendencia de otras, ¿cómo ha de ser razon séria, ni áun atendible, para que hayamos nosotros de creer en los mismos delirios que hayan soñado, ó creido buenamente experimentar, otras santas, otras épocas, otras naciones más ó ménos fanatizadas?

Puede ser muy bien (y es lo que realmente ha sucedido) que la lectura de aquellas ridiculeces haya producido las de los monjes, cenobitas, santos y santas de posteriores tiempos; y no debemos, por consiguiente, seguir dando crédito ni fomento, por transigir con la

ficcion, á semejantes perjudiciales patrañas. Las complacencias, siempre censurables, que se han guardado durante muchos siglos con fábulas repulsivas y desvaríos dignos de desprecio, sólo han servido para eternizar las preocupaciones y acrecentar la ignorancia. Es preciso abandonar, pues, procedimiento tan reprensible, que tanto ha coadyuvado al triunfo de los errores y al descrédito de la verdad y de la razon. Los publicistas que, con criterio propiamente filosófico, quieran ocuparse en el exámen de lo sobrenatural pasado para establecer reglas de discrecion por las que los hechos aparezcan tales cuales fueron, deben abandonar resueltamente el tortuoso camino de las vaguedades y de los términos medios; deben decir claramente la verdad; deben sentar las conclusiones indispensables: que si todavía el celo exagerado de la piedad por una parte, y el hipócrita infecundo eclecticismo por otra, truenan, en diversos conceptos y de distinta manera, contra resolucion tan franca, al fin y al cabo habrá de reconocerse la bondad de tal sistema, y lo que hoy será considerado por los espíritus meticulosos como aseveracion aventurada y negacion irreverente, se convertirá entónces en afirmacion decisiva y en concluyente razonamiento.

No se insista, pues, en que las apariciones diabólicas de Teresa de Jesús son explicables, teniendo en cuenta las de otros tiempos y otras personas. Los absurdos siempre son absurdos, y tanto crédito deben merecer ante la sensata crítica el demonio que ve Job, como el negrillo muy feo que se presenta ante Teresa algunos miles de años despues: en tanto debe tenerse la aparicion de Satanás á Jesús en el desierto, como la ridícula tropa de genios malos, desnudos y lúbricos que se ofrecia á la casta presencia de Catalina de Sena durante se encontraba extática en oracion.

Verdad es (y en prueba de imparcialidad lo decimos) que, si bien en algunas naciones europeas se habia sacudido en los tiempos de Teresa de Ahumada el yugo del ridículo escolasticismo y del repulsivo lucro religioso, subsistió, empero, como genio maléfico, que se cernia sobre las reformas introducidas, el espíritu diabólico.

Munzer, el fogoso caudillo de los campesinos de Alemania contra los príncipes y los nobles; Lutero, el in-

mortal enemigo del agiotaje romano, el heraldo más ilustre de las ideas modernas; Zwinglio, el que audazmente sostenia que Jesucristo no se hallaba realmente en el sacramento eucarístico, entablando sobre esto empeñadísima polémica con el iniciador de la obra protestante; Carlostadio, el antiguo maestro de Lutero, el que hablaba con insistencia de la necesidad de educar al pueblo en las santas escrituras en lengua vulgar, y sustentaba tambien ideas originales, á la vez que atrevidas, sobre el pasaje de la cena; Ecolampadio, el defensor acérrimo de su maestro y apóstol Zwinglio, el que juzgaba que sólo en su doctrinas habia verdad, por más que en determinados momentos su fe vacilara y su espíritu propagandista decayera: todos, igualmente todos, al través de tantas alteraciones en el dogma, y de tan incesantes reformas é innovaciones, seguian creyendo fanáticamente en las visiones, tentaciones y travesuras del misérrimo de Lucifer.

Por eso los sacramentarios tenian por cierto que Lutero estaba poseido del espíritu malo: por eso Carlostadio murió ahogado por el demonio, segun opinion de sus contrarios: por eso á Zwinglio no es un ángel bueno el que se le aparece, sino un ángel caido para revelarle su incredulidad sobre la presencia real de Jesucristo en la hostia: por eso Melanchton y los demás discípulos del reformador sajon sostienen que el Papa era el anunciado Antecristo: por eso á Munzer, en sentir de los que adulaban á los príncipes protestantes germanos, no fué un ángel el que le movió á librar la batalla de los campesinos contra los magnates, sino un demonio que le indujo á derramar aquella sangre, á producir aquella catástrofe, fatal para él, para el proletariado y para la libertad civil de Alemania: por eso los anabaptistas y Leyden, su fanático defensor, eran odiados como alentados por Satan: por eso, en fin, Melanchton se quejaba á su maestro, en algunas de sus cartas, de que el diablo le tentara con tanta frecuencia é intensidad.

¿Qué más? ¿Hasta el mismo Lutero, predicando un dia en Erfut, habiéndose derrumbado casualmente parte de la fachada de la iglesia, como viese que huian los oyentes, no les dijo el Doctor con cierto espíritu profético: «no os movais: ¿no veis en esto el dedo del diablo que trata de ahuyentaros para que no escucheis mi palabra, que

es la palabra de Dios?»—¿No era el esposo de la monja Catalina Bohren el que pedia fuerzas al Supremo Hacedor en los últimos años de su vida para resistir las frecuentes tentaciones del demonio, su mortal implacable enemigo? ¿No era tambien el monje agustino el que, viéndose acometido cierta vez, miéntras escribia, por el espíritu del mal, le arrojó airadamente el tintero sobre la cabeza?...[267]

Esta última vision del reformador de la religion católica nos trae á la memoria aquella otra que de la monja reformadora de la Órden carmelita se refiere en su *Vida* por el jesuita Pedro de Rivadeneira. Dice este cronista, que una vez se apareció el demonio á Teresa, y encolerizado por ciertas obras que habia hecho en contra suya, tomó un cirio de la iglesia y maltrató á la *Santa*, dejándola impresas en el extático rostro las señales de su infernal cólera.[268]

Visiones diabólicas tenian, y fuertísimas como se ve, entrambos reformadores; pero visiones que concluian siempre de bien distinta manera; porque *Santa* Teresa jamás se atrevia á ahuyentar de sí al demonio sino por medio de meticulosas aspersiones de agua bendita, ó haciendo con toda compuncion la señal de la cruz; mas Lutero, se encolerizaba contra Lucifer, instábale para que se fuera, conjurábale para que no le siguiese tentando, y si no le obedecia pronto, ó permanecia algo rehacio, tirábale á su semi-angelical, semi-diabólica cabeza lo primero que á la mano se encontraba.

Notamos otra diferencia entre las apariciones demoniacas de Lutero y de Teresa, y es, que con *Santa* Teresa siempre salia ganando el demonio, y con Lutero siempre salia perdiendo. Cuando Lutero se hallaba bajo la maléfica influencia de Satanás, bien podia éste prometerse llevar, como premio de su atrevimiento inaudito, un descomunal tinterazo; pero cuando Teresa se encontraba bajo el dominio del ángel malo, bien sabia éste que podia pegar y ultrajar impunemente á la monja, aunque fuera dentro de una iglesia, y cogiendo un hacha de cera de las que alumbraban la Santísimo Sacramento. ¡Estupidez grosera de los inventores de tales absurdos, quienes ni áun tuvieron ingenio para fraguar esas apariciones y visiones en consonancia siquiera con las creencias religiosas que trataban de sostener y de sublimar!

Y ya que de visiones diabólicas nos ocupamos, y especialmente de las experimentadas por una *Santa* española, nos parece oportuno citar las que tuvo una famosa contemporánea suya, la franciscana Magdalena de la Cruz, de quien ya hemos hecho mencion en el pasado capítulo, para que se vea hasta qué punto llegaba el atrevimiento en algunas monjas, por dechados de santidad reputadas, en esparcir ficciones para encubrimiento de sus vicios ó vanas satisfacciones de su amor propio. Nada tan gráfico para dar á conocer las bellaquerías de aquella priora como el extracto que hace de su proceso, en la *Historia crítica de la Inquisicion*, D. Juan Antonio Llorente. «Resulta de su proceso (escribe) que la misma Magdalena dijo en su confesion que, teniendo ella la edad de cinco años, se le apareció el demonio como ángel bueno de luz, y la anunció que habia de ser una santa famosa; por lo que la exhortó á seguir desde entónces una vida devota; y frecuentando despues las apariciones, hizo una de ellas representando la persona y figura de Jesús crucificado, y la dijo que se crucificase tambien ella, como efectivamente se crucificó, poniendo en la pared unos clavos en lo alto; y diciéndole el ángel que la siguiese, lo intentó ella y cayó en el suelo: se le rompieron dos costillas, y se las curó el demonio, fingiendo siempre ser Jesucristo. Que teniendo ella siete años, y prosiguiendo el demonio su ficcion, la exhortó á la vida más austera; y ella, encendida en fervor, se salió de casa de sus padres una noche, y fué á cierta cueva del campo de la villa de Aguilar, con ánimo de hacer allí vida eremítica, y, sin saber cómo, amaneció en la casa de sus padres.

Que en otra ocasion, fingiendo el demonio ser Jesucristo, la recibió por esposa suya, en señal de lo cual le tomó dos dedos, diciendo que no le habian de crecer jamás; y con efecto, no le han crecido, por lo que ha dicho á las gentes que esto era milagro. Que cuando tenia doce años, era ya tenida por santa; y deseosa de conservar esta opinion, hacía muchas cosas buenas y fingia milagros. Que en aquella edad se le aparecieron demonios en figura de los santos á quienes ella profesaba devocion, particularmente San Gerónimo, Santo Domingo, San Francisco y San Antonio; y ella se arrodillaba en su presencia, creyendo ser ante los

santos: otras veces le parecia ver á la Santísima Trinidad y otras visiones grandes, con lo cual crecia su deseo de ser tenida por Santa. Que, cuando ella se habia dejado ya dominar de esta vanidad, se la apareció el demonio en figura de un hombre jóven muy hermoso, y le dijo ser uno de los serafines que habian caido del Cielo, que habia estado haciendo á Magdalena de la Cruz compañía desde que ésta tenia cinco años; que se llamaba *Balban* y tenia un compañero nombrado *Pitonio;* que si perseveraba en el propósito de seguir su vida como hasta entónces, podria gozar con él todos los placeres que apeteciese, tomando él á su cargo aumentar la fama de santidad; que ella respondió conformándose, con tal que no se condenase para siempre, y *Balban* la dijo que no se condenaria, en consecuencia de lo cual, ella hizo pacto expreso con el demonio de seguir sus consejos: comenzó á tenerlo por hombre incubo, y ha proseguido usándolo hasta el dia de su confesion extrajudicial, hecha en el convento el año de 1543. Que un dia se le presentó el demonio en figura de hombre negro y feo, y habiéndose espantado ella y exclamado de repente *¡Jesús!*, huyó el demonio; pero despues volvió, la reprendió mucho, y al fin hicieron paces, quedando en que no se asustaria Magdalena si él volvia en aquella figura: lo que así sucedió en varias ocasiones. Que, auxiliada de su demonio, salia de su convento muchas veces, iba al de los frailes franciscos y á otros, veia lo que hacian, y luego revelaba lo que consideraba oportuno para conseguir opinion de que sabia cosas ocultas. Que una vez fué á Roma con su demonio, oyó misa y comulgó de mano de un presbítero que estaba en pecado mortal, y todos estos viajes eran sin que la echaran de ménos en su convento, porque suplia su falta *Pitonio*, compañero de *Balban*, representando la figura de Magdalena. Que su demonio *Balban* la decia varias cosas futuras, como la prision del rey de Francia, su casamiento con Doña Leonor de España, y las guerras de comunidades; pero algunas veces no salia cierto lo anunciado. Que su demonio *Balban* quiso una vez cierta deshonestidad, la repugnó ella, y él, enojado, la levantó, la dejó caer, quedó maltratada, y enfermó.»

«En el año de 1543 le sobrevino cierta enfermedad gravísima, de cuya resulta confesó de palabra y por

escrito todas sus ficciones. La carta de una monja, escrita en 30 de Enero de 1544, refiere las circunstancias. Dice que, habiendo formado concepto el médico de que Magdalena moriria sin remedio, y manifestádolo así á ella para que se dispusiese á recibir los sacramentos de penitencia, viático y uncion, concurrió el confesor, y Magdalena sintió un temblor convulsivo muy terrible, por lo que dijo al confesor que volviese á la mañana inmediata. Verificado esto mismo segunda y tercera vez, creyó el confesor haber causa sobrenatural y exorcizó á la enferma. Que por la fuerza de los conjuros, el demonio habló con la lengua de Magdalena, diciendo que él era un serafin, con un compañero y muchas legiones sujetas á sus órdenes; que habitaba en la persona y la poseia casi desde el nacimiento de Magdalena, por lo que no la abandonaria hasta llevársela al infierno, porque era suya. Que el confesor convocó á todas las monjas, y en su presencia habló á la enferma, la cual declaró entónces que tenia los demonios desde niña y los conservaba desde edad de trece años voluntariamente, con pacto para pasar plaza de santa; expresando además muchísimas cosas particulares y extrañas. Que el confesor escribió todo en muchos pliegos de papel, comunicó el suceso al prelado provincial, quien concurrió con varios religiosos ántes de la Pascua de Natividad de dicho año de 1543. Los inquisidores de Córdoba, noticiosos del caso, dijeron ser asunto que les pertenecia exclusivamente; pero esto no obstante, tratando el Provincial de la administracion de sacramentos á la enferma, logró que Magdalena firmara en la cama cierta declaracion en que revelaba muchas ficciones: recibió Magdalena el viático, y dijo que daba gracias á Dios de haber comulgado sin acaecimientos exteriores singulares; bien que dudaba que Dios la perdonase. Que habiéndose retirado los religiosos, quedó Magdalena con la monja que escribió la carta, la cual perseveró allí para preparar lo necesario al sacramento de la Extremauncion; y dijo la enferma que se sentia muy mejorada y con apetito, por lo que estimaria mucho le llevase algo de comer, que llevó la monja: comió la enferma y manifestó deseos de vivir: concurrió el confesor y amplió Magdalena su confesion verbal: aquel fué á buscar papel para escribir estas ampliaciones, y lo llevó en compañía de Fray Pedro de

Vergara: negó entónces todo la enferma, y los religiosos se retiraron con enfado. Las monjas exhortaron á Magdalena que confesara de veras una vez para su tranquilidad propia: ella lo prometió: dispuso el confesor que las monjas se retirasen á sitio donde, sin ser vistas de la enferma, oyesen todo: Magdalena declaró muchas cosas: las escribió el confesor, y la hizo prometer que las firmaria en presencia de todas las monjas. Llegaron éstas, sintió Magdalena nuevos temblores y extremecimientos convulsivos: el confesor reiteró los conjuros, y en su virtud habló el demonio que aún ocupaba la persona. Finalmente, que el dia 24 de Diciembre concurrió el Provincial, Magdalena renovó y ratificó sus confesiones anteriores tranquilamente, y los alguaciles del Santo Oficio la llevaron á sus cárceles secretas en 1.° de Enero de 1544.» [269]

Hartamente depresivo para la dignidad humana y para la sana razon eran semejantes espectáculos, de los que España presentó numerosísimos ejemplos en todo el siglo XVI. La creencia en los demonios, su influencia directa en los sucesos de la vida, la posibilidad de pactos tácitos ó expresos con los diablos, las caprichosas maneras de manifestarse á sus adoradores, los prodigios que por su mediacion se obraban, y otros absurdos parecidos, pasaban entónces como verdades inconcusas, á las que prestaban ciego asentimiento, no sólo las mal doctrinadas muchedumbres, sino hasta las personas que blasonaban de su saber y talento. Cuantos delirios se propagaron entónces y despues en España sobre la intervencion de los espíritus malos en los humanos acaecimientos, tuvieron su orígen en la estúpida obcecacion con que esparcian relatos de tales dislates, y los sancionaban con sus condenaciones, y les daban especialísima importancia con sus bárbaros castigos, los hombres y los tribunales que más debieran haber contribuido á destruir los errores y á poner en evidencia los engaños. Los padres presentados, los predicadores, los autores de libros devotos, los doctores teólogos, los escritores de todas las Órdenes monásticas, y hasta los mismos calificadores del Santo Oficio, fomentaban con su palabra, sus obras ó aprobacion las generales preocupaciones. [270] Pero la Inquisicion, ese propugnáculo de todos los desvaríos del Catolicismo; ese baluarte de la crueldad y de

las ficciones; ese tribunal erigido y sostenido para derramar salvajemente sangre, torturar, quemar, arruinar, disfamar y prostituir individuos y familias en nombre de un Dios misericordioso y clementísimo; ese semillero de contrasentidos; esa institucion abominable, fué la que más poderosamente cooperó al acrecentamiento de los errores con la autoridad de su prestigio.

El tribunal que condenaba á la hoguera, despues de hacerlas sufrir atroces tormentos en Logroño, en los comienzos del siglo XVI, á más de cuarenta infelices mujeres porque confesaron ser brujas y hechiceras, y que adoraban al demonio como Señor de sus cuerpos y de sus almas; [271] el tribunal que tomaba en serio los disparates que contaban los brujos y las brujas de sus relaciones con Lucifer y sus subordinados, y de sus ungüentos, cuernos y sapos, y sus ceremonias grotescas y sus actos bestialmente lascivos; [272] el tribunal que aparatosamente celebraba, en medio de una plaza pública, auto de fe, no para desengañar á la muchedumbre que allí se apiñaba para asistir al repugnante espectáculo, sino para sancionar la creencia en los demonios, para referir los más inmorales casos, para sostener la posibilidad de los pactos diablescos, y para que se viese el ejemplar castigo que se aplicaba á las pobres personas acusadas de tan horrorosas comunicaciones; [273] el tribunal que procesaba al cura de Bargota, porque aquel famoso embustero se jactaba de decir que hizo larguísimos viajes en pocos minutos con ayuda de un espíritu familiar que le protegia, y sólo se encontró méritos para perdonarle porque supo engañar á su diablo, obligándole á que le llevase á Roma para avisar al Papa de un asesinato que tramaba contra él un marido celoso y ofendido por el Soberano Pontífice, libertándole así de una muerte tan segura como violenta; [274] el tribunal que daba crédito á las peregrinas falsedades que referia el despierto Torralba, aquel médico de Cuenca que viajaba por los aires, caballero en una caña, protegido por su diablo Zequiel, y al condenar al célebre mágico hacíalo benignamente, obligado por lo bueno que aquel angel malo parecia, pues hasta era enemigo de Lutero y de Erasmo, y acompañaba á misa á su amo, y movíale á obras buenas y caritativas; el tribunal que, al leer la sentencia de su condenacion á

Torralba, piadosamente le amonestaba para que, en lo sucesivo, no hablase ni se comunicara con el ángel Zequiel, ni diese oidos á lo que le dijese, «pues así convenia para el bien de su alma y seguridad de su conciencia;» [275] el tribunal, en fin, que hablaba de los demonios ante el público asistente á sus autos de fe con la misma candidez con que hablaban los condenados; esto es, representándolos, en sus exhibiciones terrenas, como hombres negros, con coronas de cuernos pequeños, y tres de ellos muy grandes, los dos en el colodrillo y el otro en la frente; [276] y que, como remate de su imprudencia, al castigar á D. Felipe de Aragon, hijo del emperador de Fez y Marruecos, porque habia hecho pacto con un diablo de nombre Xajuax, le sacaba en público con coroza «terminada en dos cuernos muy grandes con demonios pintados en ella, ¿cómo no habia de acrecentar las supersticiones y fomentar la credulidad más estúpida en todas las clases sociales? ¿Cómo no habia de motivar alucinaciones tan pobres como las de *Santa* Teresa y falsedades tan despreciables como las de Magdalena de la Cruz? ¿Cómo no habia de ocasionar multitud de casos, cada vez más grotescos, en lo sucesivo, de que son terminantes pruebas los aquelarres de Zugarramurdi, las visitas diablescas en el convento de San Plácido de Madrid, los hechizos de Carlos II, los exorcismos en Cangas de Tineo, [277] y otras farsas semejantes, de las que algunas terminaron trágicamente?

La gran responsabilidad moral, pues, de tanta aberracion, de tan grandes preocupaciones populares, de tantas apariciones diabólicas en los monasterios de monjas, de tanta energúmena y tanto exorcismo como se vieron en España en los siglos XVI y XVII; la gran responsabilidad moral de todo esto, repetimos, cae sobre aquel tribunal sanguinario y absurdo, que en vez de desilusionar, enseñar y propagar verdades, esparcia patrañas, inculcaba errores é idiotizaba las muchedumbres. Si aquel tribunal de exterminio, en vez de condenar con méritos á la embaucadora Magdalena de la Cruz, dando en cierto modo crédito á la posibilidad de su comunicacion con Lucifer, cuando sólo encubria aquella farsa una vida licenciosa; si en vez de admitir la existencia de los diablos *Balban* y *Pitonio* de la franciscana de Córdoba, el *Xajuax* de D. Felipe de

Aragon, el *Zequiel* del doctor Torralba, el espíritu familiar del cura de Bargota, el *Peregrino* de la abadesa de San Plácido, y tantos otros que sería prolijo citar; si en vez de condenar á perecer en las llamas á las pobres mujeres que, por ofuscacion ó por deseo de mentir, creian que eran brujas, y que tenian comercio carnal con el demonio, y que se convertian en liebres, como pasaba con una María Zozaya para burlarse de un clérigo, «fatigándole con largas carreras inútiles»; [278] si en vez de recurrir á procedimientos crueles para hacer confesar á algunos desventurados y á muchas infelices que tenian pacto con los diablos, entregando al brazo seglar, para que piadosamente los quemaran, á hombres y mujeres, como negativos contumaces, cuando quizá eran víctimas de delacion calumniosa y por eso no podian confesar los desdichados lo que ni habian hecho, ni creian en manera alguna; [279] si en vez de todo esto, la Inquisicion hubiera manifestado en actos públicos, que cuanto se creia y propagaba de los demonios y sus apariciones era producto de imaginaciones enfermas ó trama urdida por embaucadores y lunáticos, y hubiese entregado al ridículo á los que semejantes inconveniencias propalaban, seguramente que las supersticiones no se habrian arraigado y fortalecido del modo portentoso que se efectuó, ni el aspecto intelectual, moral y material de nuestra patria se habria presentado tan raquítico y miserable al finalizar el siglo XVII, tiempos en que llegaron á su colmo los delirios. Pero ¿qué otra cosa podia esperarse de un tribunal creado con el principal objeto de confiscar bienes, embrutecer á los pueblos y defender mezquinos intereses personales? ¿Qué otra cosa podia esperarse de un tribunal que ofreció, en varios casos, el triste espectáculo de sostener mentiras á sabiendas por fines hartamente egoistas, entre los que debe recordarse, por lo extremadamente perverso, el urdido sobre los supuestos hechizos de Carlos II por el cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti? [280]

Ciertamente que no era solamente en España donde las preocupaciones diabólicas germinaban, pues en los tiempos de *Santa* Teresa, y mucho despues, todos los pueblos europeos presentaban multitud de ejemplos parecidos: ciertamente que áun por los mismos años que en nuestra patria tenian efecto las escenas ridículas

de los demonios de San Plácido, sucedian cosas no ménos extrañas en Francia en el convento de las Ursulinas de Loudun, y que si en la corte de Felipe IV intervenia en las sandeces de las monjas madrileñas el conde-duque de Olivares, por favorecer á la abadesa Doña Teresa de Silva, en la corte de Luis XIII se mezclaba en las falsedades y extravagancias de las religiosas francesas nada ménos que el cardenal Richelieu, contribuyendo en cierto modo á que el desenlace de aquella comedia fuese tan trágica para el desventurado Grandier.

Pero en medio de esta analogía de insensateces demonomaniacas, nótase siempre una notable diferencia entre las que se verificaban en España y en otros países. En los dos casos anteriormente citados, por ejemplo, y que se efectuaron casi al mediar el siglo XVII, hallamos pruebas que confirman nuestras observaciones. En tanto que en España la credulidad sobre la posesion diabólica de las monjas de San Plácido era casi general entre pobres y ricos, ignorantes y sabios, en Francia las escenas de las poseidas de Loudun daban motivo á burlas merecidas, que ponian en ridículo la farsa.

Cuando la superiora de las Ursulinas daba vueltas en el aire, segun creian buenamente los cándidos, no faltaba un incrédulo que levantando el traje de la religiosa hiciese patente la causa de tal fenómeno, que no consistia en otra cosa sinó en apoyarse en el suelo sobre la punta de uno de sus piés, dando vueltas con rapidez asombrosa. Y cuando los exorcistas de aquellas pobres mujeres aseguraban que ningun medio tan á propósito habia, para comprobar la autenticidad de las reliquias como aplicándolas á los cuerpos de las energúmenas, quiene experimentaban grandes convulsiones si eran verdaderas, y permanecian insensibles si falsas; cuando tales dislates propagaban los principales actores de aquella *piadosa* trama, no faltaba otro incrédulo que pusiese en evidencia el engaño. «El conde de Lude (dice Bertrand), habiendo ido á Loudun para examinar lo que allí pasaba, quiso hacer un experimento para saber á qué debia atenerse respecto de aquella pretendida posesion; y al efecto, fingió querer comprobar la autenticidad de las reliquias que le habian sido legadas por sus antepasados, y suplicó

se le permitiera asegurarse de si el diablo experimentaria la virtud de ellas. Dijéronle los exorcistas que no podia probar sus reliquias de mejor manera; y enseguida, tomándolas de manos del conde, aplicáronlas sobre la priora, quien al punto prorumpió en gritos horribles é hizo contorsiones espantosas, como si estuviese devorada por un fuego invisible: ¡tan extraordinarios eran sus tormentos y tan violentas sus agitaciones! En lo más fuerte de sus accesos se le quitó el relicario, y en el instante volvió la priora á quedar tan tranquila como ántes. El exorcista, volviéndose entónces hácia el conde, le dijo:—*Creo, señor, que no dudareis ahora de la virtud de vuestras reliquias.*—Pero el conde contestó:—*Sólo dudo ya de una cosa: de la verdad de la posesion;* y en el momento abre la cajita, en la cual, con gran confusion del exorcista, no se ven, en lugar de reliquias, más que plumas y pelos. *¡Ah, señor!* exclamó el sacerdote, *¿por qué os habeis burlado de nosotros?—¿Y por qué os burlais vos, padre mio,* replicó el conde, *de Dios y del mundo?»*—[281]

Si el procedimiento seguido por el conde de Lude con las Ursulinas de Loudun, que de un modo tan eficaz contribuyó al descrédito de aquellas farsantes y de sus cómplices, se hubiera adoptado en España siempre, con seguridad puede decirse que no se hubiesen propagado tantas apariciones de diablos, ni se hubiera creido en tan inmenso cúmulo de delirios, ni se habria dado motivo para que desde las más oscuras beatas hasta las prioras más famosas desbarrasen hasta lo sumo. Pero tal sinceridad, semejante franca mofa de las visiones diabólicas de monjes y monjas, eran imposibles de todo punto en España, preciso es confesarlo; porque si en otras naciones castigaban los tribunales civiles con pena de muerte á los hechiceros, brujos, encantadores y mágicos, reminiscencias odiosas de la Edad Media, y si perecian en la hoguera muchos infelices por sus pactos con Satanás, nunca fueron tan repetidos los casos como en España, puesto que aquí la Inquisicion, casi desde su establecimiento, juzgó conveniente que todas las causas que directa ó indirectamente se relacionaran con los diablos, debia resolverlas por sí misma, sin intervencion alguna de los tribunales civiles, ni de ningun otro.[282]

Resultó de esto que, en tanto que en otros países las

preocupaciones demoniacas disminuyeron á medida que los tiempos avanzaban, en España se acrecentaron más cada dia; y si en otras naciones las causas de energúmenos, hechiceros y nigrománticos encubrian, en muchas ocasiones, móviles de venganza y sed de dinero, y se castigaba con pena de muerte á tales infelices, más por los crímenes que de ellos se referian que por sus pactos tácitos ó expresos con los poderes infernales, en nuestra patria sucedia todo lo contrario: aquí se condenaba á la hoguera á muchedumbre de alucinados, no tanto por las infinitas perversidades y locuras que contaban ellos de sus aquelarres y correrías, cuanto por creer que realmente tenian pacto contraido con Satanás, reconociéndole como su Señor y Dios, y obligados á maldecir y profanar lo que la Religion católica, apostólica, romana, sostiene y enseña.

Explícase así cuán posible era la oposicion de las personas verdaderamente doctas en otras naciones, y cuán difícil en España. En aquellas se podia hablar en contra de tales desvaríos y entregarlos al ridículo, sin temor de ser quemado por incrédulo; se podia negar la existencia de los diablos, la ineficacia de los exorcismos, y hasta apostrofar enérgicamente á los traficantes piadosos diciéndoles, como el conde de Lude al exorcista de las Ursulinas francesas:—*Os burlais de Dios y del mundo.*—Pero ¿en España?... En nuestra nacion no faltaron ciertamente autores que aconsejasen la benignidad en las sentencias de los endemoniados, brujos y hechiceros, y que trataron de persuadir que tales personas mentian, por juzgar así que más fácilmente serian perdonadas, una vez delatadas y presas, ó por desarreglo de sus facultades mentales; pero nunca se sostuvo, contra la opinion de la Iglesia y del Santo Oficio, que era ilusoria completamente la existencia de los diablos; nunca se atacó la preocupacion de raíz; nunca se dijo con franqueza la verdad.

Es indudable que el temor de verse envueltos en un proceso por cuestiones de fe retraeria en varias ocasiones á algunos escritores, que, con más estudio del mundo y más sana filosofía que la de sus contemporáneos, tuvieran deseos de oponerse á la propagacion de tantas aberraciones; así como es muy seguro que si alguien en España, en los tiempos de *Santa* Terera, y despues en todo el siglo XVII, se hubiese atrevido á to-

mar por materia de burla los exorcismos, y se hubiera mofado de las energúmenas, y negado la existencia de los demonios, y dicho con sarcasmo merecido á frailes y monjas, brujos, hechiceros, inquisidores y teólogos: *sois unos pobres cándidos, ó unos farsantes miserables*, tal persona habria pagado su franqueza heróica con morir achicharrada en una hoguera. ¡Negar la existencia de Satanás y de sus infernales legiones! ¡Negar la posibilidad, la certeza de los pactos con Lucifer! ¡Decir que todo aquello era una despreciable ficcion! Esos atrevimientos se pagaban sólo con la muerte. Y si luego los progresos del tiempo dulcificaron los inexorables castigos antiguos, todavía se dió el caso en España, nada ménos que en el reinado de Cárlos IV, de ser castigado y perseguido por la Inquisicion un honrado trabajador que negaba resueltamente la existencia del demonio,[283] con tan buen sentido práctico y con tan loable franqueza, como endiablado criterio y erróneas ideas tenian ó habian tenido sobre tal asunto las muchedumbres, los doctores, los inquisidores, los príncipes, los magnates, y hasta los soberanos pontífices.

Porque, no hay que olvidarlo, estos últimos fueron los que más tenazmente sostuvieron las preocupaciones generales con sus indiscretos procedimientos. Si en vez de las bulas que sobre los pactos con los diablos publicaron Alejandro VI, Leon X, Adriano IV, Sixto V y otros, hablando con la mayor formalidad sobre cosas que sólo debian inspirar desden; si en vez de exigirse por los soberanos pontífices á los inquisidores el mayor desvelo y rigor en castigar á los pobres lunáticos ó despreciables embaucadores que propagaban sus pactos con Lucifer, se hubiera levantado la voz de la razon y de la prudencia desde la llamada cátedra de Pedro, que debiera ser propugnáculo de la verdad y no baluarte de la mentira, ni se habrian robustecido las populares preocupaciones, ni los celosos guardadores de la fe habrian torturado, perseguido y quemado á tanto infeliz como se torturó, persiguió y quemó por brujo, por hechicero, por poseído ó por nigromántico.[284]

La sana crítica, analizando los hechos pasados con el elevado propósito de indagar y demostrar lo cierto, rechazando lo que entraña ficcion ó lo que es producto de la exagerada credulidad de otros tiempos, y la cien-

cia, patentizando, sin género alguno de duda, que todo el sistema demonomaniaco se basaba en la ignorancia de unos, en las supersticiones de otros, y en la interesada obcecacion de varios; y que lo anteriormente tenido por sobrenatural, es consecuencia precisa de las preocupaciones religiosas ó de determinados estados morbosos, han reducido las divagaciones diabólicas á sus verdaderos y naturales términos, y concluirán por hacer triunfar sus dictámenes decisivos sobre las protestas inútiles de los eternos enemigos de todo progreso social.

Pero á fe que si la razon, la crítica y la ciencia rechazan los desvaríos antiguos sobre la existencia, travesuras, pactos, apariciones y propósitos de los demonios, puede quedar al fariseismo católico el consuelo de que los aceptan como probables y posibles los más inofensivos y cándidos de los visionarios modernos: los espiritistas. Estos especiales soñadores, que no creen en el infierno ni en los demonios, pero que tienen para su uso particular otro linaje de diablos, los espíritus burladores, los espíritus malos, los espíritus que no pueden gozar de luz, dicen por boca de su gran maestro y dogmatizante Allan Kardec, quien se refiere á palabras dictadas por un espíritu interrogado, que «el espíritu puede tomar, bajo su semi-material envoltura, toda especie de formas para manifestarse: de modo que, un espíritu burlador (como si dijéramos, un travieso diablillo) puede presentarse con cuernos y garras, si así le place, para burlarse de la credulidad; y un buen espíritu (como si dijéramos, un ángel de luz, un hermoso serafin) puede mostrarse con alas y con radiante figura.»[285]

De suerte que, para tener plena certeza de que envuelven indiscutible verdad los delirios propagados sobre los demonios por santos, brujos, inquisidores y papas, habria que dar crédito á dos supuestas ciencias que la verdadera ciencia ni reconoce, ni admite, ni acepta: la ciencia espiritista, que no es ciencia, sino conjunto de sueños; y la ciencia teológica, que tampoco es ciencia, sino monstruoso cúmulo de dislates.

CAPÍTULO VI

LOS MILAGROS

> Les miracles sont de ces choses qui n'arrivent jamais.
>
> (RENAN.)

> Ni en esta materia basta la deposicion de cualesquier testigos oculares: es menester que sean de mucha veracidad, juicio y reflexion. Faltando estas circunstancias en los más de los hombres, se divulgan á cada paso prodigios que *nunca existieron, ya por juzgarse prodigioso lo que es natural, ya por creerse erradamente que es asunto digno de la piedad cristiana publicar milagros, ó fingidos ó dudosos.*
>
> (FEIJÓO.)

Teresa de Ahumada, esa Amazona cristiana, como la llama en su hiperbólico estilo el Padre Bartolomé de Segura, [286] necesitaba seducir á sus contemporáneos con otros alicientes más que con las proezas y visiones de que hasta aquí nos hemos ocupado: érale preciso sostener, siquiera por un momento, que era tambien obradora de milagros, el órgano por medio del cual la voluntad divina iba á patentizar la omnipotencia de sus actos.

Nada nos ha parecido siempre tan irrisorio, tan improbable, tan insostenible como un milagro. Producto en los más de los casos, segun algunos, y en todas ocasiones, segun nosotros, de la más cándida credulidad ó de la ficcion más reprensible, nunca ha reportado beneficio alguno á la humanidad. Una de las razones más ineludibles de que los milagros estriban en la suposicion, es la de que éstos han terminado, ó por completo, ó en su mayor parte, cuando la verdad se ha abierto paso, cuando la ignorancia ha disminuido, cuando la sociedad, en fin, ha progresado.

Tres divisiones deben adoptarse al hablar del sistema milagrífero desde el Cristianismo hasta principios de esta centuria. Primera: desde la propagacion de la doctrina de Jesús hasta la caida del imperio romano. Segunda: desde aquella gran catástrofe social hasta el comienzo de la Edad Moderna. Tercera: desde aquel momento supremo hasta la revolucion transcendental de la Francia al concluir el siglo XVIII.

Llenan por completo aquel primer transcurso de tiempo los hechos más portentosos: repetidas curaciones milagrosas; expulsion de espíritus malos de cuerpos de energúmenos; suspensiones en el aire por medio de arrobamientos contra todas las leyes de la gravedad; lluvias de sangre; guerras y combates aéreos; penitencias inconcebibles; abnegaciones heróicas; desprecio indecible de la vida por ganar el Cielo; ángeles blandiendo en sus seráficas manos espadas de fuego; demonios excitando á los tiranos para exterminar á los adoradores de Cristo; templos destruidos á la voz de los santos mártires; conversiones maravillosas; triunfos admirables para la causa ántes perseguida; Jesús y Lucifer, con sus correspondientes legiones de ángeles y diablos, librando la decisiva batalla en este mundo para que la humanidad supiese en lo sucesivo (¡y aún no lo sabe!) á quién habia de reconocer por su Dios y Salvador, á quién por su perseguidor y tirano. Edad de fervorosas creencias, de transformaciones sociales gravísimas, en la que todavía entraba por muy poco el lucro religioso, la fe se entronizaba en las muchedumbres sencillas, preparándose así aquella interminable série de delirios que habria de sumergir á la humanidad en las tinieblas de la Edad Media.

Siglos fueron aquellos de los portentos por excelencia, de las santas por centenares, de las reyertas religiosas y civiles por instantes: las curaciones más notables hacíanse por intercesion de algun santo; recurríase al juicio de Dios para dirimir las cuestiones más envueltas; los demonios seguian siendo la pesadilla social; en toda obra que saliese de la esfera de lo vulgar, las potestades empíreas ó infernales habian de intervenir necesariamente; las imaginaciones preocupadas veian los fenómenos más estupendos: brujas en los aires, demonios en la tierra, mónstruos horribles en todas partes; creíase en magos, en hechiceros y en

energúmenos; los ángeles y los diablos continuaban, como en los primeros siglos del Cristianismo, dando descomunales batallas en los aires; la casa de la Vírgen de Nazareth era transportada por mensajeros divinos á lugar más conveniente;[287] las mujeres infecundas iban á los monasterios para buscar un remedio á su esterilidad; las visionarias hacian saber, para estupefaccion de las gentes, los infinitos favores con que Dios regalaba en aquellos crédulos tiempos á las almas contemplativas; papas simoniacos y clero corrompido fingian apariciones y portentos para robustecer su poderío; Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, la Vírgen, San Pedro y San Pablo, y hasta los santos más insignificantes, presentábanse á cada momento para aconsejar á este príncipe una guerra, á aquel ermitaño una cruzada, á tal pastor que se hiciese monje, á tal señora que se metiese monja, á esotro obispo que edificase una iglesia, á estotro papa que canonizase un santo; los terremotos se achacaban á la desesperacion de los condenados en las entrañas de la tierra; una casa que se derrumbaba, una mujer que malparia, un hombre que se volvia loco, una tormenta, una granizada, un rayo, todo era señal de la venganza divina, castigo de un delito ó expiacion de una falta; la aparicion de un eclipse presagiaba el fin del mundo; cualquier tormentosa catástrofe física parecia ser mensajera de aquella simbólica nube en que ha de venir Jesucristo, segun dicen, á juzgar á los mortales; las auroras boreales, esos bellos y encantadores fenómenos de la naturaleza, que con tanto deleite y suspension son admirados por los sabios de nuestra época, eran entónces reputados como terribles augurios de horrorosos sucesos y muertes, destrucciones, guerras y fieros asolamientos; las imaginaciones estaban exaltadas, los corazones conturbados, las almas sobrecogidas; no se raciocinaba, ni se discutia, ni se acertaba en nada ni con nada que no fuese el absurdo; amenazábase con Antecristos, con señales fatídicas en el Cielo y con el próximo fin del mundo; todo, en suma, era entónces sobrenatural: todo lo habia falseado, corrompido y exagerado la Religion.

Aquellas exageraciones interminables de la Edad Media no supieron evitarlas, en su generalidad, los pueblos al comenzar los tiempos modernos; y así fué

cómo la supersticion más repugnante siguió su triunfal marcha con actos bien repulsivos para la sensatez y para la crítica.

Queríase que entónces, como ántes, se verificaran milagros; que entónces, como ántes, se curase preternaturalmente á los paralíticos, á los epilépticos y á los ciegos; que entónces, como ántes, se resucitaran muertos. Y no se comprendia, ó no se queria comprender, que las ficciones milagreras pueden sostenerse por determinado espacio de tiempo, miéntras duran las preocupaciones que las produjeron, pero no para siempre. Así es que, á pesar de todos los errores que entónces ofuscaban los entendimientos, no obstante la casi general creencia en los hechos sobrenaturales, empezaron éstos á perder su importancia antigua, su interés y originaria sávia, merced al renacimiento de los estudios clásicos, los descubrimientos de la ciencia y la salvadora influencia del libre éxamen.

Fué entónces preciso al fanatismo religioso recurrir á los medios más detestables para sostener los engaños; era indispensable educar á los pueblos en los mismos delirios antiguos, estacionar las preocupaciones, mantenerlas á todo trance, sublimar las ridiculeces milagreras, oponerse al progreso social, dificultar la marcha santa de los adelantos, vivir en la sombra, en la obcecacion y en el absurdo.

Las monjas y los monjes se encargaron especialmente, los unos por egoismo, las otras por condescendencia ó por ignorancia, de tan poco honroso cometido; y desempeñáronlo bien ó mal, segun era estólido ó instruido el pueblo en que residian. Subsistieron así los milagros, aunque degeneraron por extremo: perdieron su primitivo esplendor, y quedaron reducidos á la pequeñez de su esencia.

No habia un nuevo Salvador que sanase á un paralítico; ni otros Pedros y Pablos que mandasen á los cojos arrojar léjos de sí las muletas, curándolos radicalmente; ni taumaturgos que renovasen las resurrecciones de Lázaro; ni áun aquellos santos inverosímiles de la Edad Media que se alimentaban del aire, ó vivian comiendo hierbas, ó disciplinándose cruelísimamente, ó buscando la muerte con exquisitas y jamás oidas penitencias; pero si nada de esto se veia, encontrábanse, especialmente en España, á cada paso, en cada esquina,

en cualquier calle, en todos los conventos, alguna cariñosa monja ó algun caritativo religioso que verificaban singulares portentos por horas, por minutos y áun por segundos.

Los confesores de esos monjes, los aprendices de santo, las viudas, las doncellas que aún llevaban á su lado dueñas, las ancianas cándidas, los hombres exageradamente bondadosos ó exageradamente ignorantes, se encargaban de sostener en general y en particular la teoría y la práctica de los milagros. El confesor decia que por intercesion de la Vírgen y oraciones á tal santa, habia recobrado la perdida salud. Algun Estanislao de Koska en embrion, ó cualquier Juan de la Cruz en miniatura, aseguraba que, merced á ciertas palabras de esta ó esotra religiosa, se habia abrasado en amor santo regaladísimo. Las viudas confiadas daban por cierto (todo bajo la honrada palabra de esta ó aquella respetable priora), que su esposo estaba gozando en el Cielo, ó rabiando en el infierno, ó expiando sus pecados en el purgatorio; que esta era cuestion que arreglaban allá á su capricho las Madres religiosas, segun sabian que el buen hombre habia sido en el mundo, ó bonachon, ó severo, ó por extremo justo. Las recatadas doncellas lloraban de gozo al saber que, segun las decian una ú otra inspirada monja, habian conseguido del Señor que ingresaran tambien en el convento. Las pobres ancianas, nacidas y educadas entre supersticiones, gustaban de aquellas insensateces, fomentábanlas con sus consejos, gozaban con aquellos delirios, y vivian y morian entre tan espesas tinieblas y en medio de aquellos mefíticos aires de obcecacion que les recordaban los tiempos de su inocente infancia. Y en fin, los hombres de bien, como los que aparentaban serlo, los explotadores como los explotados, los gobernantes como las muchedumbres, los tiranos como los tiranizados, los nobles como el vulgo, á consecuencia de los principios políticos y religiosos entónces imperantes, basados en la hipocresía, en la ignorancia de las clases pobres ó medianamente acomodadas, en los privilegios, en las venganzas inquisitoriales, en el invasor y cruel y abominable absolutismo de los monarcas, creian, ó aparentaban creer al ménos, en todas esas aberraciones y desatinos que hoy nos hacen sonreir ó lanzar sobre aquella generacion miradas compasivas

Solia suceder entónces frecuentemente (y los casos de Magdalena de la Cruz y de otras prioras parecidas lo comprueban) que ciertas personas se ponian de acuerdo, se coligaban, como si fueran á hacer una gran cosa, para esparcir un hecho sobrenatural que aseguraban haber visto, cuando realmente sólo era una farsa aborrecible, fraguada á capricho, combinada de antemano. Y era entónces de ver la febril agitacion que en los propagadores del portento se producia. Las beatas contaban el jamás presenciado suceso casa por casa; los oradores sagrados ocupábanse de él en la cátedra de la verdad con aquellas especiales ponderaciones que su piadoso celo les sugeria; las monjas relatábanlo con mil misterios, con muchos más de aquellos que en los tiempos antiguos hicieron tan famosas á las pitonisas griegas y á las sibilas romanas; los eclesiásticos escribian novenas y libritos para conmemorar el gran suceso; los historiadores de las Ordenes monásticas se sentaban gravemente á sus ámplias mesas para trasmitir, por medio de sus mal tajadas péñolas, á la posteridad una falsedad mejor ó peor preparada, con mayor ó menor insistencia referida; los hombres verdaderamente doctos sonreian, pero no hablaban; las personas ignorantes y los indiferentes, ó creian ó se encogian de hombros; los reyes se regocijaban de ver tan dados á sus vasallos á la práctica de lo maravilloso, y no tenian reparo, determinadas veces, en fomentar directamente aficiones tan milagríferas, entablando relaciones epistolares con las más taimadas embaucadoras ó con las prioras mas cándidas;[288] los gobernantes callaban, oian y veian, cuando no intervenian eficazmente en la propaganda de los desvaríos;[289] la Inquisicion, que castigaba con las penas mas horrorosas á los infelices herejes, mostrábase siempre ó indiferente ó demasiado benigna cuando de forjadores de milagros se trataba.[290] ¿Qué habia de resultar de todo esto?... Que los milagros más disparatados se contaban, y á los prodigios más inadmisibles se daba crédito, sin que los aprobaran ni sancionasen más que la exageracion, el fanatismo, la necia credulidad y el falseamiento religioso de aquella época.

Y si el conjunto de ficciones ó delirios de insensatos que constituia el milagrismo, permítasenos la palabra, de los monjes y monjas de la Edad Moderna merece

tan severas censuras, muchas mayores deben lanzarse contra las religiosas que pasaron por obradoras de milagros por haberse dedicado á la curacion de enfermedades. No habia mujer sensible entónces que no creyese curar radicalmente su sensibilidad yendo á visitar á alguna sierva de Dios; ni hombre que no pensara que sus hijas serian santas, ó mujeres magníficamente casadas al ménos, si las ponia bajo la proteccion y oraciones de alguna bendita priora; ni persona, en fin, de escasa penetracion que no viera en las monjas el remedio supremo de todos los padecimientos, desde las graves afecciones al corazon hasta los más insignificantes dolores de muelas. Teniendo esto presente, se llega á comprender la multitud de enfermedades que se curaban entónces milagrosamente, al decir de la piadosa credulidad. En un estado de retraso deplorable la Medicina, fanáticos los facultativos como sus clientes, la ciencia de curar estaba desprestigiada, y la generalidad recurria, más fácilmente que á los médicos, á las mujeres curanderas, á las zahoríes, á las abadesas, á las aspirantes á santas y á las milagreras famosas.

Así es como llegó á adquirir renombre Teresa de Ahumada de célebre curandera, despues de haberse elevado ante la consideracion pública por sus extravagancias extáticas y sus locuras místicas.

Los portentos no curativos que de la *Santa* se nos refieren son todos tan inadmisibles, y á la vez tan mal fraguados, que los más de los cronistas de su vida han adoptado prudentemente la precaucion de no mencionarlos; aunque el Padre Rivadeneira, que es el historiógrafo más crédulo y bonachon, despues del bendito Padre Yepes, cuenta una porcion de ellos que causan repugnancia, pues entre los más notables se citan los de que una monja pudo hacer cierto dia la comida en una olla que estaba rota; que las amorosas hijas en Cristo de la Madre se vieron libres de una plaga de molestos y asquerosos insectos por virtud de los ruegos y oraciones de la *Santa*;[291] que una priora de sus conventos acertó á encontrar enterrados en un corral sesenta reales; que cierto dia, deseando Teresa comer un pedazo de melon, llamaron al torno, y dejaron allí la mitad de uno; que un peral daba más peras de las que solia, con motivo de gran escasez de trigo, y otras co-

sas de este jaez, que bien á las claras lo inconveniente de su invencion y lo grosero de su urdimbre manifiestan.

El Padre Rivera, que por más que muchas veces se dejara llevar del espíritu de la época, se ocupaba siempre con indiferencia de estos prodigios, no mienta para nada tales pequeñeces en su obra; pero en cambio, dedica un capítulo entero al relato de los milagros curanderos de la *Santa*; y de esto vamos á ocuparnos ahora, tomando por guía la sana crítica, por luz la razon y por censor la prudencia. Para nosotros es incuestionable que si los milagros por el Padre Rivadeneira referidos sólo merecen desprecio, los que menciona el doctor Rivera sólo son dignos de la compasion y el olvido. Unos y otros se idearon sobre falsedades y preocupaciones. Sucedió entónces lo que ha pasado siempre cuando la mal entendida piedad ha inventado maravillas, que han sido creidas luego por miles de personas sumergidas en la más crasa ignorancia: sucedió, como hace notar el sabio Feijóo, que se juzgó prodigioso lo que sólo fué natural, y se creyó erróneamente por algunas personas que es asunto digno de la piedad cristiana publicar milagros, ó fingidos ó dudosos.

¿Pero fueron verdaderamente milagrosas las curaciones que se atribuyen á *Santa* Teresa? Eso es lo que vamos á examinar, tomando por base de nuestro exámen las condiciones que exigen muchos autores religiosos, entre ellos el Papa Benedicto XIV, para que los milagros curativos puedan ser reputados como verdaderos. Las principales de esas condiciones son las siguientes: que la enfermedad curada sea grave y naturalmente incurable; que no vaya en disminucion, sino en aumento; que los remedios aplicados no hayan surtido efecto alguno; que la curacion sea radical é instantánea; que no haya habido crísis natural en la enfermedad; que una vez sano el doliente no vuelva á recaer nunca.

Sentado esto, analicemos los portentos verificados, segun se supone, por la Madre Teresa.

El primer milagro curativo es el más grave, y por lo mismo el más imposible. ¡Ahí es nada la cosa! ¡La resurreccion de un muerto![292] Cuéntase que cierto dia, hallándose la *Santa* en la fundacion del monasterio de San José, de Avila, devolvió la vida á un sobrinito

suyo. D. Juan de Ovalle, esposo de una hermana de Teresa, tenia un niño de pocos años, de nombre Gonzalito. Pues bien, fué el caso que, llegando un dia el padre á su casa, halló «atravesado en el umbral de la puerta, sin sentido y yerto,» á su hijo. Llamólo, cogiólo, besólo, tomólo en brazos, y concluyó por creer que su hijo estaba muerto, ó parecia estarlo. ¿Qué remedio para hacer volver en sí á Gonzalito, si era un parasismo lo que le habia acometido, ó resucitarlo, si realmente estaba gozando ya de Dios? Llevarlo á su cuñada, á la *Santa* Madre Teresa, que ella sabria lo que era conveniente hacer. ¡Y como si lo supo! En seguida tomó la religiosa al niño, colocólo sobre sus rodillas, mandó guardar el más profundo silencio al desolado padre y á los atónitos circunstantes, y bajando el velo y juntamente la cabeza, acercóla al rostro de su sobrinito, y callando exteriormente, pero dando voces en su interior para que Dios obrase un prodigio, consiguió que volviera en sí, ó que reviviese, segun pretende el Padre Rivera; y tan alborozado quedó el delicado infante despues [293] de la resurreccion, que comenzó á acariciar—¡angelito!—con sus regaladas manecillas aquella extática cara.

Como puede comprender toda persona sensata, ni aquello fué tal milagro, ni cosa parecida. Hechos completamente explicables para la ciencia y la crítica, se reputaron como sucesos fuera de los naturales términos, por ignorancia ó por malicia. Acometido Gonzalito de un síncope, quedó privado de sensibilidad y conocimiento: su complexion enfermiza, sus padecimientos contínuos, hicieron creer al padre que su hijo estaba muerto, cuando sólo se hallaba bajo la influencia de un ataque peligroso. Al recobrar los sentidos en brazos de Teresa, como los hubiera recobrado en brazos de otra cualquier persona, creyóse que se habia efectuado un milagro, cuando lo que pasaba no era sino la natural conclusion del ataque; y con seguridad se habria conseguido esto más pronto, si en vez de recurrir á las oraciones de la *Santa*, se hubiesen aplicado remedios facultativos. [294]

La verdad es que Gonzalito, por la misma debilidad de su complexion, estaria expuesto á deliquios semejantes; la resurreccion no fué más que una suposicion ridícula: tan no hubo milagro, tan fué todo natural en

el asunto, que el niño no recobró luego completamente la salud, uno de los indispensables requisitos que deben exigirse, segun los mismos autores católicos, en los milagros curativos para comprobacion de su verdad. El pobre muchacho atravesó, en medio de enfermedades, su infancia y adolescencia, y cuando las juveniles ilusiones le sonreian, feneció agobiado por los padecimientos.[295]

Pero debemos hacer notar que los piadosos cronistas de la *Santa* y de sus proezas no están contestes en reseñar el pretendido milagro que nos ocupa. Ya hemos visto, por ejemplo, que el Padre Rivera asegura que D. Juan fué quien halló á su niño yerto y sin conocimiento al ir á entrar cierta vez en su casa; y este mismo escritor, que confiesa haber conocido y tratado al muchacho vuelto á la vida por las oraciones de *Santa* Teresa, dice terminantemente[296] que «nunca se pudo saber de dónde vino esto ó qué fuese» (el síncope de Gonzalito). Mas el Padre Rivadeneira cuenta el caso de diverso modo, y nos parece oportuno transcribir sus textuales palabras para que se note cómo este jesuita *pudo saber* lo que el otro habia ignorado siempre. Oigámosle: «Estándose edificando el convento de San José, en Avila, cayó un pedazo de pared sobre un sobrino de la *Santa*, hijo único de sus padres: tomándole una devota señora en los brazos, que tenia bien conocida la gran santidad de *Santa* Teresa, no dudó de verle resucitado por medio de sus oraciones, y así le dijo:—«Este muchacho está muerto; pero el poder de Dios no es limitado, que si quiere, darle vida puede: mire lo que han sacado su hermana y su cuñado de su casa, y cuán lastimados quedarán: alcance de Dios, hermana, que le vuelva la vida.»

Dejando al cuidado de los ergotistas ultramontanos el concordar esas divergencias de relatos, por las que un autor asegura lo que otro niega, y no fijando la atencion en si una señora beata, ó el mismo D. Juan Ovalle fué quien llevó el niño á la *Santa* para que le devolviese la vida, debemos, sin embargo, hacer constar que en la narracion del Padre Rivadeneira se encuentra un dato que aclara el suceso de manera natural y sencillísima. La pérdida del conocimiento, durante más ó ménos tiempo, á consecuencia de una gran contusion, es cosa muy explicable: el recobrar los sen-

tidos, aplicando oportunos remedios, ó por el natural progresivo aminoramiento de la perturbacion ocasionada en el organismo por la violencia del golpe, se comprende tambien con facilidad: casos repetidísimos de esto se han visto y se ven todos los dias. ¿Luego qué hay de portentoso en el caso de Gonzalito, cuando por el mismo Rivadeneira sabemos que la pérdida del conocimiento provino del desprendimiento de una poca de argamasa ó tierra,[297] que produjo al muchacho contusiones, privándole, durante algunos instantes, de sentido?

¡Y á esto llama el Padre Rivera «grande, manifiesto é ilustre milagro!»[298] ¿No pudiera llamarle con mayor razon desatino grande, manifiesta superchería, ó candidez insigne?...

¿Pues qué diremos del segundo milagro? Supera al primero en ridiculez. Hallándose la *Santa* en casa de Doña Luisa de la Cerda, en Toledo, una dueña se lamentó de lo mucho que la martirizaban los dolores de muelas. Como quiera que no hubiese obtenido alivio con los menjurjes que hasta entónces habia tomado, ó con los emplastos que se habia puesto sobre el dolorido sitio, rogó á Teresa le hiciese la señal de la cruz sobre la parte mala.

La *Santa* lo efectuó así, entre séria y risueña, y al momento la pobre señora quedó del todo sana.

¡Milagro! ¡Milagro! exclamaria la muchedumbre fanática de beatos, como cuando el lance de Quiteria la bella y de Basilio el pobre en *El Quijote*; pero entónces, como ántes y como ahora, se podria añadir: no ¡milagro! ¡milagro! sino: ¡astucia! ¡astucia!

¿A quién habia de ocurrírsele, por lo demás, sino á un doctor jesuita que las curaciones de dolores de muelas constituyen milagros?[299]

Pero no fué sola la cura ya citada la que efectuó Teresa. Dios le habia dado una gracia tan especial como á la misma *Santa* Polonia para calmar ó extirpar dolores de muelas. Así es que el prodigio obrado por su intervencion con la dueña toledana, se repitió más tarde en una su hija en Cristo, en Ana de San Bartolomé. A esta señora le quitó el molesto dolor por dos ó tres veces,[300] lo que comprueba que no hubo milagro, áun segun la doctrina sustentada por los autores piadosos. Para que lo hubiese habido era preciso que

desde el primer momento de aplicar su virtual eficacia curativa la *Santa*, el dolor de muelas hubiera desaparecido, sin reproducirse luego nunca. No sucedió esto: ¿dónde está, pues, el milagro? [301]

Cuéntase tambien que á la priora del monasterio de Medina curóla de una gran calentura y dolor que tenia, con mucho peligro de su vida. Pero aquí hay más de exageracion que de verdad. Primeramente, una calentura ó un dolor cualquiera pueden bastante fácilmente ser curados sin necesidad de milagro alguno. Notemos además que, segun el mismo Padre Rivera, cuando la *Santa* llegó á ver á la enferma, abrazóla, y en el acto se sintió sin dolor; pero buena del todo no se encontró hasta el dia siguiente. De suerte que la curacion no fué instantánea: fué debida á una crísis natural en la enfermedad. La religiosa siguió en su estado febril durante algunas horas de la noche, hasta que la malignidad de la calentura fué decreciendo y la fiebre desapareció. ¿Dónde está aquí el milagro?

Refiérese asimismo que una su hija en Cristo estaba mala del pecho, con recia tos. Recurrió á la Madre, y ésta la encomendó al Señor. ¡Santa cosa! A los pocos dias, cuando la peticion surtió buen efecto sin duda, la monja se halló sin tos y sin dolor alguno. ¿No pasa lo mismo con gran frecuencia en las personas propensas á enfermedades catarrales? ¿No se ven casos prácticos de esto todos los dias, sin necesidad de poner por medianeros á santos ni santas para recobrar la salud? ¿Donde está, pues, el milagro? [302]

Un portento más. En el monasterio de Medina habia una religiosa que tenia calentura y erisipela. Pasóla la Madre su bendita mano por el rostro, y á los pocos dias se halló buena. ¿Dónde está aquí el milagro? En ninguna parte. Lo que hubo de resultar fué, que la erisipela y la calentura desaparecieron, ya por aplicacion de remedios eficaces, ya por influencia benéfica de circunstancias físicas favorables para la terminacion del mal. Sucedió por entónces (el dia precisamente en que estaba peor la enferma) que Teresa le acarició con su mano la cara, y como una semana despues recobró la salud, achacóse á habilidad de la *Santa* fundadora lo que era resultado natural del tratamiento empleado ó consecuencia indispensable de salvadoras causas orgánicas. Hagamos constar, finalmente, que la cura

no tuvo nada de milagrosa, puesto que no fué instantánea. El último portento curandero que hizo la *Santa* en vida se efectuó en Palencia. Allí habia un clérigo, siervo de Dios, que padecia fuertes dolores de muelas. Arrodillóse ante Teresa para que le bendijese, y—¡oh prodigio nunca visto ni pensado!—en aquel mismo instante se encontró libre de uno que le atormentaba. Ahora como ántes concluimos preguntando: ¿dónde está el milagro?

Tal es la flor y nata de los prodigios curanderos de Teresa de Ahumada. Como hemos visto, en ninguno de ellos se traslucen siquiera esas condiciones comprobatorias que los autores piadosos exigen como garantía de autenticidad. Inventados á capricho por tal escritor, por tal fanático, por tal doncella, por tal persona interesada en ello; reputados como milagros, no sólo por las mal doctrinadas muchedumbres, sino por los más renombrados doctores teólogos, oponiéndose así no ya á la sana razon y á la verdadera crítica, mas tambien á las terminantes disposiciones del Concilio de Trento,[303] semejantes ridiculeces cobraban vida y crédito indecibles, y fomentaban la indiscreta exageracion religiosa, la falsa piedad y el fanatismo.

Esa tendencia de la gente del claustro á sostener por medio de falsos procedimientos milagroso-curativos un espíritu de somnolencia religiosa en la sociedad, motivó las justas censuras de las personas verdaderamente ilustradas, siendo el sabio Feijóo quien más eficazmente empezó á destruir aquellas innumerables preocupaciones sobre curaciones maravillosas que, desde los tiempos de *Santa* Teresa hasta sus dias, habian ido acrecentándose de manera desmesurada con el auxilio de las populares ignorancias.[304]

«Pensar (dice el ilustre benedictino) que todos los que convalecen de sus dolencias, despues de implorar á su favor la intercesion de Nuestra Señora ó de cualquier otro Santo, sanan milagrosamente, es discurrir la omnipotencia muy pródiga y la naturaleza muy inepta. La baja opinion que el vulgo tiene formada de ésta es muy útil á los médicos, porque, como si nada pudiese el vigor nativo del cuerpo, donde el médico es llamado, siempre que el enfermo sana, se atribuye á la Medicina. A la naturaleza se debe las más veces la victoria.»

Perfectísimamente se expresa tambien en las siguientes líneas: «Pensar que siempre que se logra la salud del cuerpo es por la intercesion de algun santo, es un exceso de piedad que pica en supersticion. Lo mismo puede decirse de la multitud de milagros que el indiscreto vulgo sueña sobre otros asuntos. *¿Pero quién es culpado en este error? ¿El vulgo mismo? No por cierto, sino los que, teniendo obligacion de desengañar al vulgo, no sólo le dejan en su vana aprension, mas tal vez son autores del engaño.*» [305]

Palabras son las anteriores que cuadran admirablemente á todos los inventores de milagros que se han educado en la escuela de Teresa de Ahumada.

No es improbable, por lo demás, que en todos, ó al ménos en muchos de los milagros que de la *Santa* se refieren, mediaran é influyesen convencionales motivos de ficcion. En la resurreccion del hijo de D. Juan Ovalle, particularmente, ¿no se trasluce un plan preparado y preconcebido con un fin especial, el de hacer ver que Teresa merecia ser fundadora y *Santa*, puesto que hacia prodigios? ¿No parece como que la misma Madre indujo á su hermana y al esposo de ésta para que dijeran y propagaran que, habiendo encontrado muerto á su hijo, lo llevaron á la *Santa*, la cual consiguió volverlo á la vida? Echemos una mirada retrospectiva, y tendremos por evidentemente admisible lo que pensamos.

En los tiempos en que empezó á milagrear Teresa levantábanse contra ella incesantes protestas por parte de las religiosas calzadas de Avila; algunos confesores sonreian, compadeciéndola juntamente, al oirla hablar de apariciones y raptos; calificaban de disparates, las personas más caritativas, las empresas reformadoras de Teresa; de burla y menosprecio servian á algunos sus hablas con Dios y los Santos; los vecinos más discretos de Avila procuraban desbaratar los intentos descabellados de aquella alucinada: su desprestigio era inevitable. ¿Qué hacer entónces? Recurrir á lo maravilloso; idear un milagro; propagarlo; esparcir por doquiera lo inusitado del prodigio para admiracion de las gentes. ¿Y quiénes más á propósito para la propagacion del portento que sus adictos cuñado y hermana?.. ¿Y quiénes más á propósito para los que despues se verificaron que sus sencillas, amorosas y sumi-

sas hijas en Cristo?... ¡Se cometieron entónces tantas supercherías en esto de los milagros curativos! ¡Hay que desconfiar tanto de la eficacia sobrenatural de las monjas para la curacion de enfermedades, despues de los innumerables engaños que se han difundido sobre el particular! ¡Tenia tantas imitadoras de sus embelecos, en los tiempos de *Santa* Teresa, Magdalena de la Cruz!...

La intransigencia ultramontana, de acuerdo con la candidez de la ignorancia, podrá seguir llamando milagros á las curaciones ridículas de *Santa* Teresa; pero la crítica, ofreciéndolas en toda la deformidad de sus falsedades, las relegará para siempre al desprecio y al olvido.

Para llegar á tener, no el convencimiento, sino la casi probabilidad, de que tales actos fueron sobrenaturales, era preciso que las partes agente y paciente, esto es, la monja y sus religiosas y deudos, hubieran sido personas de *mucha veracidad, juicio y reflexion*; cualidades indispensables que pide Feijóo para justificar un milagro.

¿Y las poseia, por ventura, alguno siquiera de los individuos sobre quienes ejerció la Madre su seráfica y salutífera gracia?...

Y no hablemos de los milagros que despues de muerta la *Santa*, y por su intercesion, se verificaron, que esto seria demasiado prolijo y enojoso. Baste decir que uno de los cronistas teresianos dedica cuatro mortales capítulos de su libro para relatar unos cien ó ciento cincuenta milagros, obrados con los pañitos de sangre, con la mano cortada, con el contacto del venerable cuerpo, ó con oraciones rezadas devotamente. Ninguno de los milagros, no obstante (pues que así los llaman autores eclesiásticos con ofensa de la sana razon), merece nombre de tales. Versan todos ellos sobre curaciones de escasa monta áun para un médico de aquí abajo, cuanto más para un médico celestial como el de allá arriba.

Dolores de cabeza, jaquecas, catarros, leves afecciones oftálmicas, calenturas y otros semejantes males, fueron todos los que pudieron ser curados por la intercesion de la *Santa* ó con la aplicacion de pañitos mojados en su aromática sangre. ¡Oh piedad cándida! ¡Oh piedad estulta! ¡Oh piedad inconsiderada! ¡En cuántas

sandeces has creido! ¡Cuántas puerilidades y mentiras has propagado! ¡Y á cuántos visionarios de los pasados tiempos, que en el nuestro sólo desden de toda persona discreta merecerian, has elevado á la categoría de Santos!! [506]

CAPÍTULO VII

COMPARACIONES

> La época de las abstracciones ha pasado, y estamos ya de pleno en la época del positivismo.
>
> (SUÑER Y CAPDEVILA.)

Oportuno nos parece dedicar algunas páginas de nuestro libro á la comparacion de afinidades que ofrecen la vida, los delirios, las visiones y los caprichos religiosos de *Santa* Teresa con los de otros santos y santas. Es indudable que muchos de esos actos de exageracion ascética que hemos notado en la historia de la monja abulense, se engendraron y produjeron en su fantasía, tanto por sus desarreglos físicos, como por el prurito de imitar, y áun exceder, á heroinas religiosas cuyas ilusiones habia leido, y cuyo universal renombre tan señalada seduccion la producian. Aquella imaginacion de fuego queria vigorizar las antiguas preocupaciones, fomentar otras nuevas, dar vida á las ideas más absurdas, propagar las creencias ménos aceptables, ya por ofuscacion de su inteligencia, ya tambien por obcecado espíritu de imitacion, sin considerar la diversidad de los tiempos y las tendencias progresivas de la humanidad. [307]

Bien ha podido observarse en el primer capítulo de esta obra cuánto dominaban á Teresa de Jesús las facultades imaginativas. Los antojos de su mente desarreglada se adaptan, se subordinan, obedecen imperiosamente, por decirlo así, á la clase de lecturas en que se emplée. Cuando la aficion á los libros de caballerías la subyuga, entónces, en escribir é imitar otros tales como los que habian producido en su ánimo horas de deleitable recreo pasará gustosamente los dias. Cuando á consecuencia de la educacion primera y de las ideas exageradas que sus padres inculcaron en su

corazon infantil se enfervoriza con la lectura de vidas de mártires, tambien desea ser martirizada en tierra de moros. Cuando despues, las conversaciones de algunos parientes y conocidos hácenla abandonar las sagradas lecturas, su imaginacion se engolfa entónces en lo que más halagaba sus deseos: en pasatiempos profanos. Cuando más tarde, castas amorosas relaciones interrumpidas, ó esperanzas tristemente frustradas matan en flor sus más risueñas juveniles ilusiones, de nuevo torna su vista y reconcentra toda su atencion en la lectura de vidas de santos. Y cuando, por fin, alejada de su familia, demacrada por contínuas enfermedades, alterada su inteligencia por los padecimientos antiguos, se apodera de ella la melancolía, concluye por querer superar en *locuras santas* á algunas mujeres que, como ella, fueron primero monjas, luego fundadoras, más tarde obtuvieron de un Pontífice complaciente la beatificacion, terminando por ser colocadas en el ya demasiado prolijo catálogo de los santos.

Las lecturas eran, pues, la brújula de aquella pobre navecilla maltratada por crueles agitaciones en el proceloso Océano del mundo. Por eso se perdia tan frecuentemente, ó desviaba de direccion, segun eran profanos ó sagrados los derroteros.

Esa predileccion especial que tenía Teresa por leer las revelaciones, milagros y ensueños de los más famosos visionarios y visionarias del Cristianismo, explica la semejanza que se nota en muchos de sus actos, visiones, propósitos, empresas y hasta pueriles antojos con los de aquellos santos, y especialmente santas, á quienes parece que tomó por dechado en sus procederes; semejanza que, unas veces, resulta de la imitacion directa y propia de la Madre, y otras, de lo que fingieron y propalaron sus hijas en Cristo ó sus entusiastas cronistas. Tendremos en cuenta ambas cosas para fundamentar nuestras comparaciones.

Y la primera que se nos ocurre es la de Santa Gertrudis y *Santa* Teresa.

Gertrudis fué abadesa del monasterio de religiosas benedictinas de Rodersdorf: Teresa de Jesús, priora del convento de monjas descalzas de Avila.

De Gertrudis cuentan que era un serafin de amor y de santidad: eso mismo cuentan de Teresa sus preconizadores.

Milagros hizo Gertrudis ántes y despues de morir: milagros ha hecho tambien Teresa despues de muerta, y áun viva.

Las visiones, ora celestiales, ora diabólicas de Gertrudis, fueron tantas y tales, que sobrepujan á toda humana ponderacion: las visiones de nuestra Teresa fueron tambien innumerables, como hemos visto ántes, y se inspiraron en idénticos ridículos artificios.

Por mandato de sus superiores y confesores escribió Gertrudis el libro de sus regaladas revelaciones: de órden de sus confesores y superiores trabajó Teresa tambien la narracion de sus fundaciones y vida.

Gertrudis se inspiró indudablemente en las fabulosas actas de los mártires y santas antiguos: Teresa tenía una especial complacencia en leer semejantes desvaríos.

Angeles y serafines acompañaron en su hora postrera á la religiosa sajona: serafines y ángeles acompañaron hasta el Cielo en el momento de su muerte á la religiosa castellana.

El Padre Rivadeneira, á quien respetamos tanto como castizo hablista, y á quien tanto compadecemos como historiador de vidas de santos, hubo de comprender la afinidad que habia entre las revelaciones de Gertrudis y Teresa cuando dice, al hablar de aquella religiosa, lo siguiente: «Despues de Santa Teresa, fué Santa Gertrudis la vírgen más favorecida del divino esposo Jesucristo.» Debiera haberse hecho notar, en vez de esto, cuán imprudente empeño era el de Teresa en querer resucitar, dos siglos despues de Santa Gertrudis, sus mismos ó parecidos delirios.

Gran parecido se nota tambien entre Santa Clara y *Santa* Teresa.

Desde sus más tiernos años ya se desvelaba Clara por rezar el santo rosario: á los cinco años ya se entretenia Teresa en hacer ermitas.

Santa Teresa salió de su casa para el convento calzado de la Encarnacion, sin consentimiento ni autorizacion de su padre, hermanos y parientes: Santa Clara habia hecho lo mismo siglos ántes, yéndose á la iglesia de Santa María de Porciúncula, á una milla de Asís.

Santa Clara hacia gala de pobreza: lo mismo, idénticamente lo mismo que *Santa* Teresa despues, aunque

bien regaladas fueron entrambas, terrenal y espiritualmente, por los fervorosos admiradores de sus virtudes.

Santa Clara lavaba los piés á sus monjas: *Santa* Teresa hacia más; *Santa* Teresa sentábase en el suelo miéntras comia; decia en público sus faltas, poniase á cuatro piés, y echaba á andar con unas aguaderas encima á guisa de bestia, ó tonta, dejándose conducir del diestro por una religiosa: que á tal punto llegaba la humildad especial de la *Santa*.

Hábitos remendados usaba Santa Clara: hábitos remendados usaba tambien *Santa* Teresa.

A Santa Clara siempre se le antojaba que tenía delante de sí á Jesucristo crucificado: otro tanto pasaba á la visionaria por excelencia Teresa de Ahumada.

El ictérico color de la monja de Avila se tornaba en encendido color de rosa, no bien se acercaba á la mesa eucarística: de Santa Clara se cuenta que, despedia su extático rostro, miéntras comulgaba, rayos de luz y fuego divino.

Un cronista sagrado asegura que cierta vez estuvo Santa Clara trece dias sin comer: á Teresa de Jesús tambien le daba algunas semanas la manía de no yantar. Aunque mayores y más milagrosas abstinencias han practicado otras mujeres, luego condenadas por hipócritas embusteras, entre lasque han sido famosas en nuestra patria la franciscana Magdalena de la Cruz y la beata Clara, monja capuchina.[308]

En fin, para que en todo fueran semejables las vidas de Clara y Teresa, tambien se le apareció á aquella, en el momento de espirar, su dulce espiritual Esposo, la Vírgen María y un coro de ángeles vestidos completamente de blanco, símbolo de la candidez personificada.

Catalina de Sena es otra de las santas á quienes Teresa tenía especial devocion. El mismo Padre Rivera hace notar que á Santa Clara y á Santa Catalina profesaba Teresa una predileccion singularísima.

La vida de Catalina ofrece el mismo contexto de fábulas, delirios y prodigios increibles que las de otras religiosas de que hemos hablado.

Empezó á ver visiones celestiales desde la tierna edad de seis años. Tambien se salió la Santa de casa de sus padres para poner en práctica sus puerilidades; pero el divino espíritu la persuadió que se fuese otra vez á ella,

que ya llegaria el dia en que convendria manifestase sus altas divinas gracias, sus soberanas aptitudes para lo maravilloso. A los siete años hizo voto de virginidad. Profetizó desde los ocho. Se la apareció desde los nueve Jesús, y la escogió por predilecta espiritual esposa suya.

Desde entónces se encendió en amor inextinguible hácia el adorado de su alma, y para agradarle más cada vez, se dió la cuitada á penitencias inexorables: ayunaba, no dormia, disciplinábase con cadenas de hierro, exponiase á las inclemencias del tiempo y á los castigos más estúpidos: *Santa* Teresa procuró imitar en tales piadosas crueldades á la vírgen Catalina; tambien, como ella, fué escogida por el Salvador para regalada espiritual esposa suya; tambien, como ella, apeló á los procedimientos más bárbaros para mejor complacer á su buen Jesús: destrozábase la pobre las delicadas carnes con cilicios de hoja de lata, con abrojos, con disciplinas. ¡Desdichadas mujeres, iguales en fanatismo y crueldad á los mismos yoguis de la India!

Santa Catalina, como más tarde su imitadora *Santa* Teresa, tuvo infinitas tentaciones de demonios, y fué visitada, como compensacion adecuada, por muchos bienaventurados, que le consolaron de las travesuras diabólicas; y áun se asegura que cierta vez se le apareció la Vírgen, prometiéndola su más decidida proteccion en todos los trabajos de su penitente vida.

Lo mismo que *Santa* Teresa, era muy aficionada Catalina á comulgar frecuentemente.

Un dia aparecióse el Señor á Catalina de Sena, con motivo de haber ésta donado á un pobre cierta crucecita de plata que poseia, y la devolvió aquella misma cruz engastada en piedras preciosas: *Santa* Teresa tambien quiso copiar en estas niñadas á Catalina; por eso la monja avilesa recibia la visita de la Vírgen, quien la regalaba «un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor,» y Jesucristo la devolvia una crucecita de madera que la habia tomado, engastada en piedras preciosas, «muy más preciosas que diamantes,» al decir suyo.

Lo más inadmisible de la vida de Santa Catalina (y esto nos recuerda lo del serafin de *Santa* Teresa, de que ya hablamos en el capítulo IV) es aquello que se menciona de que, suplicando una vez al Señor le quitase

el corazon y la voluntad, se le apareció Jesucristo, le abrió el lado izquierdo de su casto y blanquísimo seno, la sacó el corazon y se fué con él. El caso pareció algo, y áun algos, sospechoso á su confesor; pero al fin hubo de tenerlo por verdadero, pues la inspirada religiosa le aseguró que, al salir de una capilla de la iglesia de Santo Domingo, se le mostró otra vez el mismo glorioso Señor crucificado, en todo extremo resplandeciente, y con la mayor compostura y sutileza se habia llegado á ella y colocádole, despues de abrir su alabastrino seno, un corazon «muy colorado y hermoso,» segun frases textuales de los que semejante patraña relatan.[309]

Santa Catalina tuvo tambien el don de profecía y se deleitó con frecuentes éxtasis: lo mismo, idénticamente lo mismo que *Santa* Teresa.[310]

Si no temiéramos ser prolijos, nos detendriamos en hacer notar la paridad que asimismo existe entre Santa Brígida y Teresa. Baste decir, sin embargo, que su *Vida*, como la de la monja de Avila, refiere hechos inverosímiles, milagros, apariciones, delirios y cosas jamás oidas ni vistas; porque, no hay que olvidarlo, el sentido comun y los autores de historias de santos, se repelen, se rechazan encarnizadamente; son dos principios por completo diversos y antagónicos.

Pero ántes de poner término á este capítulo vamos á escribir algunos párrafos acerca de Pedro de Alcántara, por tener más de una semejanza con la pretendida fundadora avilesa, y por haber sido contemporáneo suyo, y el principal y más decidido de sus protectores.

Se maravillarán algunos cándidos creyentes, y se enfurecerán como energúmenos otros, porque hemos puesto en duda (y nos corroboramos en nuestro juicio) la divina inspiracion que se supone tuvo Teresa para adoptar la vida monástica y dedicarse á sus empresas reformadoras; y habrán de maravillarse los unos, y montar en rabia los otros, porque nos atrevemos á pensar de modo contrario que como pensaban sobre tales asuntos Pedro de Alcántara y otros santos varones, encendidos en aspiraciones célicas. Pero, si bien se considera, no hay motivo para maravillarse ni enfurecerse. Si los fanáticos ó los hipócritas razonasen alguna vez, y esa vez fuera al juzgar nuestras observaciones, seguramente comprenderian que lo excesivo de su celo les

hace en muchos casos incurrir en inconcebible parcialidad é injusticia. ¿Nuestra duda, acaso no es lógica? ¿Su credulidad no es absurda?...

¿Quién ha de dar crédito á la inspiracion divina de Teresa porque Pedro de Alcántara lo creyó así buenamente? Ciego que guiaba á otro ciego, ambos rodaron por el despeñadero de los desvaríos: maestro y discípula no parece sino que contendieron por sobrepujarse en la propagacion de dislates. ¿Cómo no habia de esforzar Pedro de Alcántara á Teresa de Jesús en el camino de los delirios, si él gozaba en seguir por tan tortuosas vías? ¿No era Pedro de Alcántara, como Teresa, un visionario, lleno de alucinaciones, imbuido en creencias absurdas, y aquejado tambien de la manía de reformar las Ordenes religiosas antiguas?

Gran sorpresa causaria, por consiguiente, dadas tales afinidades de creencia y preocupacion, si Pedro de Alcántara hubiera respondido á Teresa de otro modo que como lo hizo, cuando le interrogaba ésta sobre la utilidad de sus fundaciones, eficacia de su oracion, espíritu de sus revelaciones, importancia de sus intentos y manera de comprobar si sus arrobos provenian de Dios ó del diablo...

Aunque era Dios, el Dios de los visionarios y de los fanáticos, el inspirador de todas aquellas cosas, segun opinaba el Padre Pedro; y para comprobacion de que la mano del Altísimo intervenia en las acciones y vida de aquellos santos, citan los *Años cristianos* un suceso que, si bien para la crítica séria sólo la sonrisa del menosprecio merece, para los cándidos y estultos, cuyo número es infinito, puede ser incontrovertible certeza de célicos favores é intimidades divinas.

Cuentan, pues, los cronistas de Fr. Pedro que, hallándose un dia comiendo con la Madre Teresa en el convento de la Encarnacion de Avila, como hablasen de materias religiosas, acertó á quedarse casi arrobado el santo varon; añadiendo los que tal hecho relatan, que el Señor se apareció entónces á los dos reformadores, estando con ellos tan complaciente, obsequioso y por extremo amable, que se sentó entre los dos, hizo el plato á San Pedro, echó una mirada de dulzura á la Madre Teresa, dió de beber al Santo un vaso de agua fresca, limpióle la bendita boca con una preciosa toalla, y luego de haber estado solazándose con entram-

bos algunos momentos, alejóse de ellos, dejándolos sumergidos en un piélago de inefable gozo.[311]

Aquel monasterio de la Encarnacion no tenía precio para escenas tan sobrenaturales. No fué sola la de Fr. Pedro la que en él se presenció. Parece que Dios habia escogido aquel santo albergue para que en él se verificaran los hechos más extraordinarios é increibles. Allí fué tambien donde hablando la Madre un dia del misterio de la Trinidad con el Padre Juan de la Cruz, notó aquella que éste, á la vez que se explicaba sobre tan inadmisible dogma, se iba elevando gradualmente en la silla que estaba sentado, hasta tropezar en el techo de la vivienda; que si éste no se lo hubiese impedido, muy posible fuera, segun lo intenso de su admiracion, que se hubiese traspuesto el Padre Juan allá hasta el Cielo, con las alas de aquella seráfica contemplacion que le enfervorizaba y movia.

Y lo más donoso del caso es que aquellos santos, con tan gran humildad como aparentaban, tenian especial cuidado en propagar tan ilusorios ó fingidos divinos favores, con el exclusivo objeto de sostener la credulidad más estupenda en los ánimos de las muchedumbres sencillas.

Por eso Pedro de Alcántara aseguraba que en Teresa moraba el espíritu de Dios, y contribuia especialmente á su renombre y al buen resultado de sus aspiraciones reformadoras. Por eso Teresa ponderaba á cada paso las abstinencias inhumanas de Fr. Pedro, y le veia, despues de muerto, aconsejándola y fortaleciéndola, y le dedicaba en uno de sus libros encomios infinitos.[312] ¿Y se pretenderá todavía que eran precisas inspiraciones celestiales para que aquellos dos fundadores se comprendieran, cuando todo se explica de manera sencillísima, teniendo en cuenta sus idénticas aptitudes milagreras y visionarias?...

Es inútil, pues, negarlo: toda la vida, actos, milagros, delirios y profecías de *Santa* Teresa, están vaciados en el molde de una servil imitacion, acompañada de un gran desarreglo en las facultades sensitivas. Cuantos sofismas trate de presentar el fariseismo católico para probar lo contrario, serán no sólo ineficaces, mas contraproducentes.

CAPÍTULO VIII

MUERTE DE TERESA

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

(SANTA TERESA).

Cuentan los historiadores que, despues de la fundacion del monasterio de Búrgos, la última que llevó á cabo Teresa de Jesús, achacosa ya en extremo y de edad bastante avanzada, acometiéronla desmayos y calenturas que hicieron temer por su vida.[313] Tenía Teresa entónces sesenta y siete años. Habia nacido en 1515, y la fundacion en Búrgos se habia efectuado en los primeros meses de 1582. Acabada que fué ésta, la Madre quiso marchar á Avila, donde era priora, con el deseo indudablemente de buscar sosiego para su conturbado espíritu y mejoría para su quebrantada salud.

Pero el hado maligno dispuso las cosas de otro modo. Sucedió, pues, que la señora duquesa de Alba, doña María Enriquez, envió á la Madre nada ménos que al vicario provincial de su Órden, el Padre Fr. Antonio de Jesús,[314] para persuadir á la *Santa* que fuera por algunos dias á Alba de Tórmes. Aunque contrariada en su voluntad, por consideraciones á aquella señora y por respeto á Fr. Antonio, marchó la religiosa á dicha poblacion, yendo en una carroza con hartos trabajos, flaqueza y dolores.

«Muy cansada y acongojada» llegó á Alba, segun palabras textuales del Padre Rivera,[315] y desde entónces hasta su muerte estuvo cayendo y levantando. Atacóle últimamente un fuerte flujo de sangre; y esto, unido á su avanzada edad, á sus convulsiones frecuentes y á sus desmayos y desarreglos en todo el organismo, precipitó fatalmente el momento supremo.

Nosotros, que desde la cuna hasta el lecho de agonía,

hemos seguido paso á paso á esa mujer á quien el mundo piadoso venera llamándola *Santa* Teresa de Jesús; nosotros, que la hemos visto representar todos los papeles, áun los más grotescos, en el teatro del fanatismo católico; nosotros, que la hemos conocido adolescente enamorada, jóven contrariada en sus deseos, monja visionaria, fundadora milagrera, con presuncion de espíritu profético, sujeta á enfermedades terribles, torturada por su imaginacion volcánica; nosotros, en fin, que hemos juzgado sus actos con severa, pero imparcial justicia, sin otro impulso ni objeto que el esclarecimiento de la verdad y la refutacion de manifiestos errores, no podemos por ménos de compadecer á esa mujer que muere: asilo de supersticion que se destruye; templo de delirios que se sepulta.

Teresa de Ahumada habia sido el rigor de las desdichas. Todas las ilusiones de su juventud se vierón desvanecidas por la inexorabilidad de su padre, y desde entónces la vida de Teresa fué un completo infierno. Su entrada en el cláustro, primero forzada, resignada despues, pudo mitigar algo sus desventuras; pero ¿era posible que aquel encerramiento no voluntario, por lo ménos hasta el último momento de su juventud, la hiciese olvidar por muchos años sus ensueños juveniles, sus castas amorosas relaciones, sus aspiraciones profanas? Seguramente no; y hé aquí por qué aquella imaginacion, aquel alma, aquel corazon sensible por extremo, sobrenadaban siempre en un piélago de borrascas, rodeados por los escollos de las tentaciones, si bien vislumbrando en lontananza el puerto de la salvacion y de la misericordia divina.

Creyó hallar la tranquilidad en el cláustro, ya que forzosamente se le habia hecho entrar en él, y sólo hizo descender de uno á otro torbellino. Creyó entrar en el cielo del reposo, y sólo penetró en el averno de las imaginaciones atormentadoras. De aquí aquel infierno y aquella gloria, aquella felicidad y aquella tortura, aquella sed de padecer y morir, aquel aletargamiento de las pasiones y aquel desvariar de la fantasía, aquella mezcla de meticulosidades y fortalezas tan decantadas en Teresa.

Y no se diga que la perseguia incesantemente el demonio, porque estaba en una lucha permanente de pruebas, que Dios sapientísimamente permitia para

premiar luego más regaladamente á su esclava; y así no es de extrañar que en su peregrinacion terrena no tuviese momento alguno de reposo: que semejante modo de discurrir del fanatismo, no sólo sería disparatado, sino demasiadamente ridículo. El único demonio que atormentaba á la monja de Avila era su imaginacion: el único ángel que la custodiaba, sus ensueños: el único Dios que la favorecia, su creciente supersticion: la única causa eficiente de sus desarreglos sensoriales, sus enfermedades.

En su juventud y parte de su edad madura sus alucinaciones religiosas ó sus proyectos reformadores, sus trabajos intelectuales ó sus viajes frecuentes, pudieron servir de momentáneos lenitivos á sus padecimientos físicos: sus locuras sagradas pudieron hacerla olvidar las desventuras y los desengaños terrenos. Pero cuando la vejez llegó con su cortejo de penalidades horribles; cuando manca, tullida, sin aliento para nada que no fuese el rezo y la contemplacion, los sufrimientos de Teresa se acrecentaron, las disensiones entre calzados y descalzos originaron graves cuestiones, y las mismas costumbres de éstos dejaron mucho que desear,[516] aquella existencia hallábase próxima á sucumbir, tanto bajo el peso de los padecimientos morales como el de los físicos.

Un fuerte flujo de sangre precipitó, como hemos dicho ántes, el momento supremo. Tal suele ser en algunas ocasiones el fatal desenlace de la enfermedad que habia agobiado á Teresa. Como dijimos en el capítulo sobre las enfermedades, refiriéndonos á datos suministrados por la ciencia médica, los desarreglos menstruales en las histéricas pueden degenerar en hemorragias y en hematémesis repetidas é incurables que ocasionan la muerte; persistiendo tales desórdenes varios meses ó varios años, y áun despues de la menopausia, como sucedió á *Santa* Teresa.

Aunque todo es natural y explicable en la muerte de la fundadora; aunque el mismo Padre Rivera confiesa que «la dió un flujo de sangre, *de que se entiende que murió*,»[517] los admiradores de la *Santa* y sus cronistas, haciendo abstraccion del sentido comun y de los hechos mismos, recurrieron á lo sobrenatural para explicar el suceso; y áun el mismo Padre Rivera da asenso á las patrañas que sobre esto se contaron.

«Fué tan grande el ímpetu de su espíritu en aquel último arrobamiento (escribe cándidamente el Padre Rivadeneira), que no pudo sufrir el cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba para su Criador; de suerte que más murió de amor de Dios que de la enfermedad; y así lo reveló despues de muerta Teresa á algunas personas, que en su muerte habia tenido un grande ímpetu de amor de nuestro Señor, con que se salió su alma.»[518] Y por si no bastaban tantos desatinos, todavía ofrece otros pocos el buen jesuita en estas palabras: «Estuvo todo un dia y una noche embebida y toda transportada Teresa en oracion, donde entendió de nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso; que aunque más *habia* de ocho años la *habia* revelado el Señor el año en que *habia* de morir, y lo traia escrito en cifra en su breviario, y se lo *habia* dicho así al Padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Sevilla se *habia* despedido diciendo no las veria más en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenian muy entendido casi todas las monjas de la misma casa; pero el dia puntual, en esta ocasion se lo reveló nuestro Señor.»[519]

Dejando á un lado semejante cúmulo de dislates, y especialmente aquel en que se relata que se tuvo conocimiento exacto de que Teresa murió de un gran ímpetu divino, y no de sus enfermedades y del flujo de sangre, porque así lo manifestó la misma *Santa*, despues de muerta, á varias personas, cosa en que sólo podrán creer los espiritistas ó los fanáticos; y demostrado que en el fallecimiento de la monja no hubo nada de portentoso, sino mucho de natural, vamos á ocuparnos siquiera sea brevemente, de las grotescas escenas, confeccion de prodigios y anuncios proféticos á que dió lugar la muerte de Teresa; y no precisamente porque tales pequeñeces merezcan los honores de la crítica, sino para patentizar á qué colmo de exageracion se llegaba entónces en esto de decantar y acoger desvaríos.

Sucedia en aquellos tiempos que, al morir algun religioso en olor de santidad, las personas crédulas, que por do quier abundaban, dábanse á referir ó á inventar sobre él los portentos más inverosímiles, atribuyéndole apariciones, milagros, virtudes y penitencias inconcebibles. Uníase la preocupacion popular á aquellas pia-

dosas exageraciones de los beatos, ó á las ficciones esparcidas por los explotadores del culto para acrecentamiento de su importancia, y así cobraban crédito en los ánimos sencillos las falsedades más inadmisibles ó las sandeces más despreciables.

Y lo peor del caso era que los doctores, los padres presentados, los monjes de todas las Órdenes monásticas, en vez de poner correctivo á semejantes cosas, no sólo las juzgaban lícitas y buenas, sino que se encargaban de autorizarlas y propagarlas con todo empeño, como si hiciesen en ello una obra caritativa, salvadora para la sociedad. Por eso notamos que un doctor jesuita, que escribió notables obras teológicas para su siglo, y que daba indicios de no ser del todo fanático, es quizá quien se presenta más digno de reprension cuando habla de los portentos acaecidos al morir Teresa. Nos referimos al Padre Rivera. Este jesuita da asentimiento, con la mayor gravedad del mundo, al sin número de ridiculeces que se propagaron entónces. Aunque despues de todo, y si bien se reflexiona, no eran estas complacencias ó excesos de buena fe impropios de aquel escritor. El Padre Rivera, que en un lugar de su obra asegura con seriedad candorosa, siguiendo un relato simplísimo de *Santa* Teresa, que cierto religioso estaba enhechizado, porque una mujer con quien tenía relaciones ilícitas le habia colgado al cuello *un idolillo de bronce;* el Padre Rivera que, por transigir quizás con las preocupaciones de la época, aseguraba que en una casa de Búrgos habia brujas, y que así pareció ser sin duda por cosas que en ella acontecieron; el Padre Rivera que dedica muchas páginas de su obra para referir los milagros obrados en personas enfermas con los pañitos de sangre; ese Padre Rivera, decimos, no podia por ménos de ser el minucioso cronista de los despropósitos soñados al espirar la pretendida fundadora.

Uno de los más ridículos es aquel en que se cuenta que una religiosa, cuando estaba en el artículo de la muerte Teresa, mirábala con atencion grande, y «parecíala que veia en ella señales» de que el Señor la hablaba. Pero ¿qué señales eran esas?... ¡Ah! ¡Eran que la Madre «hacia meneos, como quien se maravillaba de lo mucho que veia!...»[320] ¿Es esto serio? ¡Que Dios estaba hablando á la Madre, porque ésta se movia ó

hacía visajes en los momentos de espirar! ¡Oh ridiculez! ¡Oh grosero fanatismo! Se conoce que la hija en Cristo de la fundadora no habia visto morir á ningun mortal, cuando tanto se admiraba de lo más natural del mundo.

Quien quiera que haya presenciado los últimos momentos de cualquier persona, ora simple mortal, ora presunta santa, habrá notado generalmente lo mismo que tanto llamó la atencion á la religiosa descalza, sin que se le ocurra que tales movimientos y visajes son regalos con que el Señor le favorece y señala. Pues qué, ¿solamente los santos «hacen meneos» *cuando van á gozar de Dios?...* Todos los mortales, pecadores ó santos, los hacemos. Cuando los postreros instantes llegan, la inteligencia se anubla; la vista se pierde; la palidez letal cubre el rostro; los brazos y las manos desfallecientes dan indicios de la próxima inmovilidad; la fisonomía aparece completamente demudada; el estertor de la agonía desgarra bruscamente el pecho del enfermo; un frio glacial se apodera de todos los miembros; sacudidas y movimientos espasmódicos recorren todo el cuerpo con la velocidad del fluido eléctrico; contracciones y visajes contínuos dan á las facciones una perspectiva extraña; la lengua está muda, los ojos hundidos; la naturaleza y la muerte, la vida y la destruccion han terminado su titánica lucha: todo ha concluido: el doliente muere.

¿Hay aquí algo de sobrenatural? ¿Se comprende ahora perfectamente toda la ridiculez que entrañan las palabras y sueños de aquella pobre religiosa que juzgaba que Dios estaba hablando á Teresa, y mostrándola grandes cosas, porque «hacia meneos» al morir?...

Pues no van en zaga al pasado otros prodigios que se cuentan. Especialmente dos que cita con mucho fervor el Padre Rivadeneira, son de los más peregrinos que en libros de santos pueden leerse, con ser tantos y tales los que en millares de obras andan esparcidos y tienen crédito entre la gente beata. Pero oigamos al Padre jesuita, «que es un contento y un regalo oirle ó leerle:» «La venerable Ana de San Bartolomé, perpétua compañera de la Santa, y muy parecida en su espíritu, vió á los piés de la cama á Cristo, nuestro Redentor, con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles, que aguardaba el alma de la Santa Madre para llevarla

á la gloria. Tambien asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habian ofrecido muchos años habia en un arrobamiento que tuvo despues de haberles celebrado su fiesta; y volviendo de él, como le preguntase la condesa de Osorno (que era una señora muy devota y grande amiga suya) qué habia sentido, le dijo que le habian aparecido los diez mil mártires, y le habian prometido de acompañarla á la hora de su muerte y llevarla á gozar de Dios. Y así, la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepcion, estando sentada en una ventana baja que salia al cláustro, en la misma celda de la Santa, aquella noche que espiró, oyó un gran ruido como de gente que venia muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por el cláustro muchas personas resplandecientes, vestidas de blanco, y entraron todas en la misma celda donde estaba la Santa Madre enferma con grandes demostraciones de contento; y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda, no se parecia ninguna.»[521]

¿Quiérese ahora la defensa del prodigio? Pues oigamos al Padre Rivera, que no deja nada que desear en el asunto: llega el buen jesuita al colmo de la candidez. Despues de referir lo mismo que el Padre Rivadeneira copió, ampliándolo, de su *Vida* de la Madre Teresa, y de asegurar que aquellas personas vestidas de blanco, á quienes vió entrar la enfermera y llegarse á la cama donde estaba la Santa, «venian por el alma de Teresa para acompañarla,» añade los siguientes desvarios y el comentario que vamos á transcribir para solaz de nuestros lectores: «Y al tiempo que espiraba, vió una hermana una como palomita blanca que salia de la boca, que parece debia de estar el esposo diciendo: levántate; date prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven. Y en espirando vió otra hermana una gran luz cristalina junto á la ventana de la misma celda. Así se cuenta que á la muerte de Santa Gertrudis vino Jesucristo Nuestro Señor con su Santísima Madre á la mano derecha, y San Juan Apóstol y Evangelista á la izquierda, y despues de ellos gran número de santos y santas, y particularmente un ejército de vírgenes vestidas de blanco, que se vieron todo aquel dia (el dia que murió Santa Gertrudis) en el monasterio entre las mon-

jas. Y así pensara yo (aquí empieza el *gran* comento) que esta gente que venia vestida de blanco, era una gran muchedumbre de vírgenes que venian por esta vírgen tan pura y madre de tantas vírgenes, si no supiera otra cosa que es muy cierta. Es que un dia de los santos diez mil mártires, haciendo la Madre la fiesta con mucha devocion que les tenía, *se le aparecieron estos santos*, y la dijeron que la vendrian á acompañar á la hora de su muerte, y que la llevarian á gozar el mismo grado de gloria que ellos tenian. Y parece debieron ser ellos, porque es cosa ciertísima haber tenido la Madre esta vision.»[322]

Tenemos, pues, en todo esto la confeccion de dos visiones sobre otras dos visiones, falsas aquellas y estas, sueños de sueños, delirios sobre delirios. ¿Habia dicho Teresa en vida que se la habian aparecido los diez mil mártires, y prometido acompañarla en la hora postrera, y conducirla al Cielo para gozar eternamente de Dios? Pues no habia que dudar entónces: la vision de *Santa* Teresa no podia ser imaginaria, sino ciertísima, indiscutible: los diez mil mártires se presentaron á la monja en cuerpo y alma, y en cuerpo y alma debian bajar por ella en el acto de morir para conducirla á las moradas sempiternas. Lo que faltaba para que el suceso correspondiese á lo profetizado, era que una religiosa siquiera viese á los diez mil mártires en la misma hora de espirar Teresa. Y eso no faltó: sea por arte de la imaginacion, sea por deficiencias de la decrepitud, una anciana vió el portento, aunque no le vieron las demás religiosas, ménos interesadas, al parecer, que la enfermera en que el prodigio de la aparicion se efectuara.

Pero lo más donoso del caso es, que áun admitiendo (que es mucho admitir) la posibilidad de esas comunicaciones, hablas y convenios entre mártires antiguos y santos modernos; y áun suponiendo (que es mucho suponer) que no sean meros sueños esos acompañamientos especiales angélicos que solian ántes llevar por los aires las almas de los bienaventurados, todavía hay una dificultad gravísima para que podamos dar crédito á la vision de los diez mil mártires tenida por *Santa* Teresa, vista prácticamente por Catalina de la Concepcion, y explicada con toda seriedad por el doctor D. Francisco de Rivera. Y la dificultad es, que

como no hay efecto sin causa, siendo una ficcion ridícula lo del martirio de esas diez mil personas innominadas que los *Martirologios* y *Años cristianos* recuerdan en 18 de Marzo,[523] y no habiendo, por consiguiente, existido sino en la imaginacion de los inventores de la patraña, no se acierta á comprender cómo séres que jamás fueron, pudieron luego manifestarse á Teresa y Catalina, no sólo en cuerpo y alma, sino vestidos de blanco, y muy alegres y cumplidos por añadidura. Que viera Teresa á su padre despues de muerto, y á Fray Pedro de Alcántara, y al caballero que dió el dinero y la casa para el monasterio de Valladolid, se comprende, hasta cierto punto, en creyendo lo mismo que cree el Catolicismo sobre estas visiones y apariciones de ultratumba, ó en dando crédito á los espiritistas que, aunque de distinto modo, tambien tienen por posibles y muy eficaces y buenas esas comunicaciones fluídicas. Pero que se aparezcan, nada ménos que en número de diez mil, personas que jamás han existido, y vistan, y hablen, y prometan, y se regocijen y todo.... ¡ah! esos problemas sólo tienen solucion en las salas de los manicomios, sólo se explican en las tertulias de los Manolito Gazquez; porque ni áun los prestidigitadores, ni los magnetizados y sonámbulos modernos,[524] que en eso de profetizar, curar preternaturalmente y hacer toda suerte de prodigios, han procurado exceder á los visionarios y profetas antiguos,[525] han logrado producir, al ménos todavía, maravillas tan inconmensurables.

Sorprendente fué, además, la que notó Ana de San Bartolomé; pero ¿cómo dejar de observarla, si habia oido hablar á la Madre Teresa de que su divino esposo Jesús la acompañaria en el postrimero trance? Si así lo soñó la *Santa*, ¿por qué no habia de ser llevado á la práctica el sueño? ¿No era obligacion[526] ineludible de la piedad carmelitana autorizar con el cumplimiento exacto de sus profecías la importancia sobrenatural de la reformadora?

Porque en eso consistia todo el toque de estos prodigios: era preciso demostrar que cuanto habia predicho la Madre, sucedia irremisiblemente: así se propagó lo de los diez mil mártires; así lo de la aparicion de Jesús; así lo del paño de brocado; así infinidad de desatinos semejantes. Pero digamos algo sobre el famoso paño,

que es cosa de reir. Sucedió, pues, que muerta Teresa fué puesta sobre unas andas que estaban cubiertas con un paño de brocado; y esto se verificó, segun la piadosa credulidad de las monjas, porque así habia dicho Teresa que acaeceria, desde que volvió de aquel síncope que la tuvo privada de conocimiento y sensibilidad durante cuatro dias. Pero pensando sensatamente sobre este portento, se llega á la conviccion de que está fuera de todo lo sobrenatural; se explica el suceso de manera sencillísima. Porque, no hay que olvidarlo, Teresa habia sido llamada á Alba por la duquesa Doña María Enriquez, y ya se ve que no tiene nada de sorprendente que aquella señora, tan devota como acaudalada, poseyera un paño de brocado que sirviera entónces para colocarlo sobre las andas en que pusieron á la difunta. Ferviente admiradora de Teresa la duquesa de Alba, enterada del parasismo profético de la monja de la Encarnacion, deseosa de que las más insignificantes palabras de la *Santa* tuviesen exacto cumplimiento, ¿qué cosa más natural que coadyuvar eficazmente al buen resultado de todo? ¿No servirian aquellos desvelos, aquella tierna solicitud, aquel paño de brocado para acrecentar más y más la fama profética de la fundadora? Pues ¿por qué no hacer lo que juzgaba oportuno, amando tan entrañablemente á la Madre, siéndola tan dulcemente querida su memoria? ¡A qué pobres proporciones queda reducido el prodigio del paño de brocado, cuando con un criterio ilustrado se le examina!

Pues aún hay otra maravilla, de la que hacen muy particular mencion algunos cronistas; y es que, no bien murió la *Santa*, percibióse un olor aromático en la habitacion donde se encontraba, y hasta dicen que aquel olor era algunas veces tan intenso que desvanecia los sentidos. Pero ¿habia milagro, ni cosa que lo pareciera, en esto? ¿No sería todo efecto de la especial solicitud de sus admiradores, y particularmente de la duquesa de Alba y de Teresa Laiz, fundadora del monasterio donde murió la *Santa*? ¿No es muy posible que aquel olor, por tan sobrenatural considerado, procediera de los pomos de esencias y olorosos bálsamos que sobre el cadáver de Teresa se esparcirian? ¿No pareceria conveniente hacer esto, si se tiene en cuenta la sangre que brotaba del venerable cuerpo en la hora de

la muerte, á causa del tremendo flujo y de otros desarreglos orgánicos?.. ¿A qué reputar, por consiguiente, tal olor como prodigio obrado por Dios en su sierva, cuando se explica de manera tan natural y tan clara?

Corre parejas con lo anterior aquello de que se aspiraba diariamente en torno del sepulcro de Teresa cierta particular fragancia, llegándose á afirmar que ésta era diversa de tiempo en tiempo. Pero es muy explicable que así sucediese. El olor se diferenciaria, sería más ó ménos grato ó penetrante, segun fueran más ó ménos aromáticas las flores que alguna caritativa, benéfica mano esparciera cuotidianamente sobre la tumba de la heroina. Hé aquí todo el portento.

Verdad es que tales maravillas son el obligado contingente, los indispensables aditamentos de todas las fábulas religiosas, de todas las crónicas de conventos y de todas las historietas de santos; pero no porque así sea debe transigirse con lo absurdo ni lo ridículo; al contrario, debemos execrar los móviles que impulsaron á los traficantes del culto para propagacion de semejantes impertinencias, y procurar que terminen por completo esas nocivas preocupaciones que todavía subsisten en multitud de personas cándidas, dirigidas por hipócritas[527] explotadores.

No habia en tiempos de Teresa santa ó santo que no hiciera milagros, profetizase, quedase suspenso en los aires, se arrobara, muriese haciendo extraños visajes, y fuera acompañado al Cielo entre coros de risueños ángeles y á los sones de melodiosas, celestiales músicas. Y esto sucedia por fatalidad, por precision, por obligado espíritu imitativo. Lo que habia pasado, ó decian haber pasado, á las Gertrudis, Catalinas, Brígidas y otras tales predilectas del Altísimo, ¿por qué no habia de pasar á las Teresas? Lo que habian visto, ó creido ver, las religiosas de aquellas bienaventuradas, ¿por qué no habian de verlo tambien las teresas descalzas?

Bien es verdad que cosas como éstas se relatan no sólo en historias de santos principales, sino áun en las de aquellos que no llegaron jamás á conseguir muy notable celebridad. ¿San Cuthberto no sanó de un gravísimo padecimiento porque fué su enfermero un ángel, y más tarde no vió subir al Cielo al obispo Ardano, acompañado de mensajeros divinos?

¿No aseguran piadosos cronistas que cuando murió el mártir Hermenegildo se oyó música en los aires, y áun algunas personas creyeron ver en derredor del santo cuerpo hachas innumerables encendidas? ¿A Santa Batilde no dan por cierto que bajó á acompañarla, para conducirla á la morada Suprema, San Genisio obispo, con otros bienaventurados, sus acompañantes? Santa Salaberga, curada de la ceguera por un milagro, casada dos veces, aunque contra su voluntad, segun los *Años cristianos* dicen, de cuyas castas relaciones tuvo, aunque contra su voluntad, segun es de suponer, cinco hijos, trocada despues la vida matrimonial por la monástica, ¿no consiguió el dichoso privilegio de ser frecuentemente visitada por serafines? Santa Serapia ¿no fué librada de los lascivos intentos de dos mancebos por la mediacion de su celestial esposo Jesucristo, aunque luego consintió éste en la muerte de su sierva para acrecentamiento de su gloria? Al espirar Santa Isabel ¿no se vieron en el tejado de la iglesia unas aves que herian los aires con dulces, sabrosísimos lamentos? A la abadesa Mildreda ¿no la llevaron dos ángeles á la presencia de su divino Creador? La bienaventurada Burgundófora ¿cómo fué conducida al Cielo sino en alas de serafines? ¿Y cuántos no regalaron, y cuántos no acompañaron, por do quiera y en todos sus menesteres, á las Metrodoras, las Serotinas, las Sinforosas, las Tigridias, las Trifosas, las Vautrudis y otras muchas de nombres tan especiales y revesados?...[328]

Vése, pues, que como ficcion, lo de los ángeles ó mártires que acompañaron al Cielo á *Santa* Teresa es demasiado pobre y trivial; y como imitacion, es demasiado prosáico y mísero.

Y nada decimos de lo de la paloma que vió cierta hermana salir de la bendita boca de Teresa, porque hay cosas que, en refutándolas, ó ridiculizándolas siquiera, se les da una importancia que en manera alguna tienen; y además, porque eso de las palomitas y abejicas ha sido siempre la muletilla de todos los portentos que en libros de santos se relatan, y es impostura harto ruin para que de ella nos ocupemos. El caso, por añadidura, es idénticamente parecido á lo que nos cuentan muy cándidos cronistas respecto de la muerte de Santa Escolástica y Santa Eulalia.

Ni queremos ni debemos tampoco hacer mencion de otros muchos dislates que para solaz de los beatos se propagaron entónces, y lograron fácil asenso en los ánimos sencillos de las muchedumbres, entre cuyos dislates, por lo extraordinarios, pueden citarse aquellos de que varias hermanas vieron, en determinadas ocasiones, una estrella muy grande y resplandeciente sobre la iglesia: que cierta mañana percibieron junto á la ventana de la celda donde estaba la *Santa* un rayo de color de cristal muy hermoso: que se distinguieron dos luces resplandecientes en la misma direccion y sitio: que, muchas veces, hallándose las religiosas en maitines, percibian resplandores en el coro: que escuchaban en algunos momentos tiernos lamentos cerca de ellas, y otros prodigios, nunca vistos ni pensados, dispuestos á la misma traza, y que, por consiguiente, sólo podian tener asiento en las enfermizas imaginaciones de aquellas pobres monjas.

Pero no es esto lo mejor: mayores despropósitos todavía refieren algunos cronistas como verificados despues de estar gozando de Dios *Santa* Teresa. En esto nadie excede al Padre Rivadeneira, quien relata lo siguiente: «Despues que Santa Teresa partió de este mundo, ha aparecido á algunos religiosos y á muchas religiosas de monasterios y otras personas seglares, con gran resplandor y hermosura, en demostracion de la mucha gloria que goza. Una religiosa, que entónces era prelada, vió á la santa Madre con gran gloria y que le salian de la boca, corazon y ojos, unos rayos de luz muy grandes, que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que la ceñia y la trababa con Dios; y parecióle que dijo la santa Madre que aquella cinta significaba el premio que el Señor le habia dado por la pureza y deseo del aprovechamiento de las almas. Otra religiosa la vió con grandísima gloria, muy adornada de piedras y perlas muy ricas, y le fué diciendo lo que significaba cada ornato de aquellos de que venia vestida. Ha mostrado bien la santa Madre con las obras lo que en su vida prometió muchas veces: que, despues de muerta, habia de ayudar mucho más á la religion, porque en vida solamente estaba en un monasterio; pero despues de muerta acudiria á las necesidades espirituales de muchos, ya aconsejando á las preladas, ya reprendiendo á sus súbditas, atajando

principios de relajacion, como se ha visto y ve cada dia en sus monasterios. Y así acaeció con el convento de Villanueva de la Jara á una religiosa que comia carne por ciertos achaques de una enfermedad que tenia, pero no suficientes para comerla, segun la regla de su Órden: estando cenando una noche de un ave, oyó una voz que la llamó por su nombre, y le dijo: «¿Conócesme?»—Alzó ella entónces los ojos y vió á la santa Madre, la cual con severidad la reprendió, y le dijo: «¿Qué modo de relajacion es ésta, que lo que yo con tanto trabajo fundé lo relajes tú ahora?» Tanto es lo que sienten los santos cualquiera demasía ó relajacion en su Órden. Fué tanta la pena y el sentimiento que tuvo, que arrojó luego al suelo lo que tenia en el plato, y nunca más comió carne, si no fué en enfermedad grave, y entónces, constreñida por obediencia, y tuvo salud y mejoría de sus achaques. Otras veces ha aparecido apoyando la pobreza; otras, donde veia se resfriaba la caridad, persuadia la union de unas con otras; donde hallaba trabadas amistades particulares, las deshacia; y así, como verdadera madre, ha acudido siempre á las necesidades y aumento de sus monasterios.»[329]

Hemos transcrito lo anterior para que nuevamente se vea y note hasta qué punto llegaba la candidez del Padre Rivadeneira: increible parece que un hombre grave escribiera tales sandeces y propagara semejantes impertinencias.

Dejando á un lado, por demasiado grotesco, eso de las cintas, perlas y piedras con que algunas monjas vieron á *Santa* Teresa en las empíreas moradas, debemos observar que lo de las apariciones tiene tambien trazas de fabuloso, áun examinándolo con un criterio puramente ultramontano, ya que el fariseismo católico cree, ó aparenta creer buenamente, en parecidas comunicaciones. Y, en efecto, si *Santa* Teresa prometió que, despues de muerta, habia de favorecer mucho á su religion; si se admite, por un instante, que así lo hizo en los tiempos próximos á su tránsito glorioso, ora aconsejando á las preladas, ora reprendiendo á sus súbditas, ora atajando principios de relajacion, ora, en fin, mostrándose en todo tan severa, que ni áun comer carne consentia á una de sus hijas con estar la cuitadilla enferma y necesitada de hacerlo, hay que decir en tal

caso que los desvelos de la fundadora se fueron aminorando y áun extinguiendo á medida que los años transcurrian; porque aquella *Santa* que reprendia, á poco de fallecer, tan ásperamente á una monja porque comia carne, por estar delicada de salud, veia luego imposible que las religiosas descalzas de Lerma y de Corella convirtiesen sus monasterios en asquerosos burdeles. ¡Tan olvidada estaba Teresa (si se ha de dar crédito á las necedades sostenidas por el Padre Rivadeneira y creidas incondicionalmente por la cándida piedad), tan olvidada estaba, á los ciento cincuenta años de su fallecimiento, de las promesas postreras! ¡Cuánto descuido y cuán grande indiferencia de todo en aquella alma tan enamorada de Dios, tan amante de que la pureza más hermosa de costumbres se conservara en los palomarcitos de la Vírgen! ¡Qué pacientísimamente toleraba, sin hacer lo más mínimo por impedirlos, el lascivo amancebamiento de Doña Agueda de Luna con el Padre provincial Fray Juan de la Vega, y otros escándalos tan lúbricamente repugnantes!

Pero apresurémonos á disculpar á *Santa* Teresa. Ella no podia poner el menor obstáculo, cuanto más impedir aquellas licencias y prostituciones. Mujer desventurada desde los albores de su juventud, vivió constantemente en un infierno de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas, de deseos jamás cumplidos, de agitaciones morales cruelísimas. Convirtiendo sus pensamientos á Dios, despues de recibir contínuos desengaños en sus afectos profanos, practicó, segun ella, la virtud, exigió la obediencia, se impuso castigos, anonadó su voluntad, hízose, en fin, esclava de un Sér Supremo que la sana filosofía rechaza, que la ciencia no admite y la razon mira con prevencion justísima. Parecida en esto á los contemplativos más austeros de la India, quiso hacer siempre abstraccion de su ser viviente y pensante para abismarse en la contemplacion del gran Todo, y prepararse, por medio de una vida de terrenales sufrimientos, para que su caritativo Dios la absorbiera en sí, sin que pudiera temer en lo sucesivo ningun género de peligros ni asechanzas: doctrina estúpida, que rebaja á Dios al nivel del hombre más vengativo, y hace pasar como ejercicios santos los que las mismas sociedades humanas juzgarian expiaciones propias de pueblos bárbaros.

Corazon creyente, quiso Teresa conservar en sus monasterios las prácticas externas más rígidas, ya por amor á la penitencia, ya por venganza de sus pasados desvarios imaginativos. Cuando veia alterado su pensamiento y conculcadas sus disposiciones, especialmente en los últimos años de su vida, harto lo sentia, harto se quejaba de ello, harto anhelaba que toda irregularidad desapareciese. Palabras de honda pena tuvo al morir, al ver cómo el Padre Gracian y la priora María de San José no guardaban la circunspeccion que debiera esperarse de dos tan adictos partidarios suyos.[550] Pero muerta, ni su influencia, ni su palabra, ni su ejemplo, ni sus advertencias eran posibles. Al desaparecer del mundo, para abismarse eternamente en el seno de su Dios, segun ella pensaba, ó para quedar reducida á la nada, segun debe sensatamente creerse, todo habia concluido para aquella organizacion física, que á tan rudos embates estuvo expuesta en los torbellinos de la vida. Toda comunicacion directa de Teresa con sus monjas, despues de su muerte, era ilusion ó fingimiento. Ni pudo mostrarse ataviada con cintas, perlas y piedras, ni reprender á una religiosa porque cenaba aves, ni «acudir siempre, como supone Rivadeneira, á las necesidades y aumento de sus monasterios;» ni podia, por consiguiente, bajar del Cielo para arrancar á las monjas de Lerma y de Corella de las impurezas y obscenidades en que se encenagaban. El influjo indirecto que ejercian sus obras y el recuerdo de sus acciones sobre sus hijas en Cristo, no eran tampoco tales que dejasen siempre á salvo el perfeccionamiento de la virtud; porque basando la suprema felicidad del alma en las mortificaciones del cuerpo, se llegaba á la crueldad so pretexto de purísimo amor divino; y dejando libertad á las religiosas para elegir sus confesores, se podria llegar á la corrupcion, so pretexto de saludable independencia. De los errores, pues, en que se apoyaba el sistema religioso de *Santa* Teresa, se originaron vicios é imperfecciones completamente ajenos á su voluntad, pero fatalmente indispensables. Así que, cada cual interpretó la doctrina segun su ignorancia ó su malicia: el que tomó al pié de la letra las mortificaciones contínuas, creyendo que Dios es un verdugo inexorable que no se da por satisfecho como sus

adoradores no se vapuleen y áun destruyan por su excelso nombre, se suicidó á fuerza de brutales abstinencias y cilicios: el que juzgó que miéntras más visiones se tenian y más regalos de Jesús se experimentaban, mayor señal era de aptitudes santas, soñaba de contínuo cuanto procuraba su deseo: el que creyó más conveniente ser en apariencia impecable, y en realidad muy pecador, ó tuvo por más oportuno inventar mucho de lo maravilloso para poner en práctica lascivos intentos ó fomentar la credulidad acrecentando la respetabilidad de la Órden, ese tal hacia de los monasterios casas de mancebía, ó fraguaba historias tan oscuras como la de la incorruptibilidad del cuerpo de Teresa y cuentos tan ridículos como el de la transverberacion.

Hemos insinuado ántes, y justo es sostener ahora, que la monja de la Encarnacion está exenta de toda responsabilidad en tales depravaciones: son consecuencia de tergiversaciones caprichosas. Espíritu enfermo y melancólico, para el que los atractivos de la vida fueron conocidos apénas, se vió recluida Teresa forzosamente en los años más hermosos de su existencia, y aquel inesperado acaecimiento influyó de manera señaladísima en el modo de ser y pensar de la bienaventurada futura.

Necesitaba depositar en alguien aquel poderoso amor que la enardecia, y cerrado el camino de sus sanas aspiraciones terrenas tornó su vista hácia un Dios que ella juzgaba suma de todas las perfecciones, y en su seno descansó con el regalo de su mente, y á él ofreció toda su voluntad, todo su cariño, todas sus abnegaciones. Implacable, como el más fanático de los penitentes indios, quiso sacrificar su vida en aras de un *Sér* repulsivo á toda inteligencia recta. Aunque tenemos por cierto que en algunas ocasiones, móviles profanos, propósitos de terrenal emulacion ó desplacer de la vida intervendrian en sus actos, hay que confesar, sin embargo, que, por regla general, especialmente desde que todas sus ilusiones juveniles se desvanecieron, buscó con pureza de intencion y nobilísimo fin en el Dios-fantasma que ella creia los consuelos celestiales, tan apetecidos por las almas soñadoras.

Éralo por extremo Teresa, y hé aquí por qué enseñó doctrinas tan absurdas respecto de la vida social y de

los ulteriores destinos humanos. Partió, pues, la monja abulense de fatales equivocaciones, en que ciegamente creia, ó que por error de educacion juzgaba las más radiantes manifestaciones de la verdad; pero aquellas fatales equivocaciones en que basaba el edificio de su sistema misántropo, debian producir necesariamente, y produjeron multitud de equivocaciones nuevas, que trocando más y más cada dia el nombre de las cosas, hicieron llamar virtud á la hipocresía, verdad al engaño, generosa abnegacion á la estúpida penitencia, certeza divina al error más inadmisible, al fingimiento sinceridad, á las licencias monacales tentaciones diabólicas, y á las exterioridades más repulsivas, ceremonias santas ó prácticas fecundas de salvacion. Tiene, pues, Teresa ante la crítica sensata la responsabilidad de haber contribuido á la propagacion de principios y máximas que entrañaban defectos gravísimos, que habian de reportar inevitablemente males sin número y sin cuento. Las sociedades basadas en egoismos monacales, en contemplaciones célicas, en penitencias, renegando de todo lo terreno, teniendo por único deseo y por sola aspiracion el aniquilar el cuerpo para bienaventuranza eterna del alma, tienen que vivir por precision vida de contrasentido, de estacionamiento, oponiéndose á las leyes salvadoras de los pueblos y á su progresivo desarrollo y perfeccion.

Con el rezo, con las exterioridades del culto, con el sistema milagrífero, con las visiones celestiales y diabólicas, con todo ese cortejo de ceremonias pueriles en que queria hacer estribar *Santa* Teresa la felicidad de las colectividades y de los individuos y la esperanza más grata de salvacion para lo futuro, sólo se consigue crear hipócritas ó visionarios, refractarios á todo adelanto social, eternos é interesados preconizadores de las mayores insensateces.

Las sociedades necesitan para su engrandecimiento material, para sus perfeccionamientos morales é intelectuales, lo contrario de lo que *Santa* Teresa creia que les era más conveniente para su más acabada bienandanza: en vez de esa asídua contemplacion en un Dios vengativo y abominable, la constante labor de la inteligencia para producir el bien en todas las clases de la sociedad, en todos los pueblos de nuestro planeta: en vez de rezar á un Sér imaginario, convertir todos nuestros

desvelos hácia la difusion de principios fructuosos: en vez de pasar la vida haciendo penitencias inhumanas, trabajar incesantemente por extirpar todo sistema de crueldad, inculcando en los ánimos las máximas más consoladoras de tolerancia y amor: en vez del aislamiento estúpido de los monasterios, muerte de las familias y de la patria,[331] la vida activa y fecunda, gérmen de vigorosa existencia para todas las manifestaciones del trabajo y del talento, colmo de prosperidad para las naciones: en vez del anatema y de los castigos perdurables para los libres pensadores, leyes justas que garanticen el derecho de todo escritor ilustrado para difundir verdades, destruyendo preocupaciones: en vez de la defensa de dogmas absurdos y creencias ridículas, la propaganda no interrumpida, que demuestre la deformidad y ponga en evidencia los engaños: y en vez, finalmente, de ese anhelo perenne de morir por gozar para siempre de una felicidad divina ilusoria, y en vez de esa permanente abstraccion mística, de esa anulacion de todas las facultades intelectuales, de ese egoismo *santo* que sólo ve la salvacion de la colectividad y del individuo en el desprecio de cuanto se aparta de su extravagante idealismo, el deseo magnánimo de dedicar enteramente la vida á practicar la mayor suma posible de bien, dar ejemplos de abnegacion en favor de todos, tener por culto eterno de nuestras acciones la justicia y la compasion, educar á los pueblos con doctrinas de regeneracion social, aspirar á la felicidad comun por el creciente desenvolvimiento de todas las actividades, y, como séres pensantes y conscientes, cooperar todos y cada uno de por sí, en la esfera de su aptitud é inteligencia, sin alicientes de bienaventuranza futura ni temores de castigos infernales, á la cumplida dignificacion y al verdadero mejoramiento de la familia, de la patria y de la humanidad.

El *vivo sin vivir en mí* de *Santa* Teresa, renegando de todo lo terreno, suprimiendo toda voluntad, matando toda aspiracion humana, aniquilando la existencia por un sueño de la mente, pesimismo en todo lo del mundo y optimismo en todo lo del Cielo, es un sistema religioso que sólo ha producido, y habrá de producir, ignorancia, egoismos, hipocresía y tinieblas. El *vivo viviendo en mí* de las sociedades modernas, trabajando, reformando, transformando, mejorando todo

lo humano á la contínua para cumplir altos fines de general conveniencia, no sacrificando la vida por delirios que las religiones positivas han inventado, sino por nobilísimos ideales de perfeccion para los pueblos, es el verdadero sistema filosófico salvador, que tan incalculables ventajas está ya reportando á las naciones, y que reportará más pródigamente cada dia esos bienes supremos que se llaman tolerancia, adelantos, civilizacion, fraternidad universal; bienes infinitamente superiores á todos los dioses de las religiones y de los visionarios.

CAPÍTULO IX

TERESA DE JESUS COMO ESCRITORA

«Como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo (en el libro de su *Vida*) no son de mi cabeza, sino que me las decia este mi Maestro celestial, y porque las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, ó me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una silaba que sea.»

(SANTA *Teresa*).

Cuando inspirados por la verdad y obedeciendo á nobles impulsos de recta crítica, sin temor al ódio que pudiera atraernos nuestra franqueza, hemos analizado los hechos y procederes de Teresa de Jesús en órden á sus empresas religiosas y á sus desvaríos místicos con la explícita sinceridad que los tiempos actuales demandan, no debe esperarse de nosotros que adoptemos otro sistema de exámen al ocuparnos de Teresa como escritora. Si no hemos transigido en lo más mínimo con los errores de la piedad, mal podremos transigir con los errores de la literatura. Esta como aquella sostienen á las veces preocupaciones, que es preciso desarraigar, sin que nos detengan en nuestra tarea ni lo repetido de los elogios, ni la importancia que se quiera atribuir á algunos de los escritores que los tributaran.

Fué práctica usual en los tiempos de *Santa* Teresa encomiar sin tasa ni medida toda obra que tuviera por objeto describir éxtasis, visiones, favores del Cielo, fundaciones de monasterios, actos monacales; y cuando la obra procedia de persona á quien la fama y el benévolo consentimiento de sus admiradores atribuian virtudes eximias y esclarecida santidad, conseguia entónces un renombre tan portentoso, que los más hiper-

bólicos elogios parecian mezquinos é insuficientes para encarecerla. Compréndese desde luego que con un sistema laudatorio tan en boga para todo lo que fortalecia los absurdos de la fe y propagaba las ideas más repulsivas sobre Dios y los destinos de la humanidad, no se podia por ménos de juzgar arbitrariamente. Influia más la piedad que la crítica para emitir dictámenes literarios. No se discernia sobre el mérito de una produccion sino por erróneos preceptos. Muchos, innumerables eran los escritores que en los tiempos de *Santa* Teresa, y en todo el siglo de oro de nuestras letras, dieron muestras gallardas de su fecundidad é ingenio: pocos, sin embargo merecieron el dictado de críticos.[332] El mismo Cervántes, que debe ser considerado como el primero de aquellos tiempos, cuyo buen gusto y gran talento le colocaban en condiciones excepcionales para juzgar con acierto y resolver con discrecion, no se eximió del tributo que entónces pagaban todas las inteligencias á los erróneos juicios. El, que tan magistralmente ridiculizó defectos y dijo verdades entre las seducciones de lo festivo y burlesco, que tan donosamente satirizó á los eruditos presuntuosos, á los malos poetas y á los escritores adocenados, procedió demasiado benévolamente en los juicios que emitió en su *Canto de Caliope* y en su *Viaje del Parnaso* respecto de muchos autores, no ya dignos de loa, pero ni áun merecedores de ser nombrados en trabajos donde se ejercitaba la crítica.

No es extraño, por consiguiente, que cuando Cervántes mismo se equivocaba á las veces sobre la mision de un verdadero crítico literario, otros escritores, contemporáneos del incomparable autor de *El Quijote*, y especialmente el esclarecido poeta y castizo hablista Fray Luis de Leon, contribuyeran con sus encomios exagerados á dar una fama no merecida, como escritora eminente, á *Santa* Teresa. Lo extraño y lo anómalo es, que se haya sostenido por tanto tiempo un crédito literario creado por las benevolencias de un espíritu candoroso, y engrandecido con las absurdas admiraciones de la cándida credulidad no ménos que con las melosas alabanzas de ciertos críticos modernos. Ese sistema de exámen literario, que tal vez por complacencia mal entendida, que quizá por temor de chocar abiertamente con errores santificados, sacrifica

la verdad en aras de la preocupacion, debe ya desaparecer por completo. Los errores propagados en literatura es preciso que terminen, como es indispensable que concluyan para siempre los errores religiosos y sociales. El verdadero sentimiento estético debe sobreponerse á todo prejuicio en la cuestion literaria: hay que dejar á un lado los eclecticismos; hay que hablar con digna franqueza. El fanatismo ó la excesiva bondad en los juicios literarios han forjado reputaciones de inmortalidad, que es ya necesario reducir á sus términos propios.

Respecto de los escritores y escritoras que pasan por *santos*, no debe ni puede seguirse otro método que el empleado para formular nuestras opiniones sobre los trabajos de los literatos que no pretendieron, ni llegaron nunca á conseguir, la categoría de bienaventurados. Nos separamos, y con justísima razon, del sentir y el juzgar de Cervántes y de Lope de Vega sobre muchos autores sus coetáneos, porque comprendemos que evidentísimamente se equivocaron en las apreciaciones, ó hicieron cariñoso elogio en vez de recta crítica; ¿y no será permitido creer y demostrar que los elogios tributados á *Santa* Teresa por el Maestro Luis de Leon, elogios sobre los que se ha basado el edificio de su renombre, son tan ampulosos como no merecidos?...

Porque lo entendemos así, y porque juzgamos conveniente restablecer la verdad, tan desconocida ó desfigurada generalmente en este asunto, vamos á examinar todos y cada uno de los escritos de *Santa* Teresa, no guiándonos por las hipérboles de algunos encomiadores, ni por las repetidas impertinencias de otros que elogian y subliman, acaso sin leer, lo que literatos anteriores han encomiado y enaltecido; sino impulsados por nuestro amor á la sinceridad y á la rectitud, é inspirándonos en los más sanos principios de crítica y filosofía. Acertaremos así á formar el adecuado y exacto juicio de Teresa como escritora, como pensadora, como poetisa y como inspirada de Dios; y tal vez las opiniones que emitamos servirán de base para desvanecer las equivocaciones, hasta hoy sustentadas, sobre el mérito literario de sus escritos, cuando, en lo sucesivo, imperando la pura razon sobre todas las conveniencias de la piedad y sobre todas las hipócritas consideracio-

nes del eclecticismo, se hable el lenguaje de la verdad tanto en literatura como en religion, tanto en ciencia como en política.

Y la primera obra de *Santa* Teresa de que debemos ocuparnos, es de su *Vida*, escrita por ella misma á excitacion de sus confesores. Pasó este libro ántes de que se diera á la estampa por diversas vicisitudes, y áun fué juzgado de bien distintas maneras. Examinado en la Inquisicion, á cuyo tribunal fué llevado por uno de los confesores, y delatado otras como contrario á la fe, salió triunfante del exámen, y áun felicitó el cardenal Quiroga por ello á la misma Teresa. Esta obra que, segun opinion de algunos eruditos, la comenzó la monja en 1561 y la reformó y concluyó en 1565, despertó dudas áun entre sus más sumisos admiradores sobre la conveniencia ó inconveniencia de publicarla. Inédita estuvo hasta el año de 1587, en que la hizo imprimir el Maestro Luis de Leon, por encargo nada ménos que de la Emperatriz. Luis de Leon, obligado por las instancias de la augusta dama, no ménos que por el mandato del Consejo Real, escribió el informe ó dictámen crítico que se estampó como introduccion de la obra. La excesiva benevolencia con que habló de ella, se explica hasta cierto punto en teniendo en cuenta las circunstancias que concurrian en el asunto. Instado por la Emperatriz, obedeciendo á los señores consejeros, deseando guardar toda clase de miramientos á las más predilectas compañeras de Teresa, crédulo en demasía sobre los delirios que reseña la *Santa*, la doctrina por ésta esparcida, las visiones relatadas, los favores divinos referidos, las cosas más extraordinarias narradas por ella, parecian al docto agustino verdades llenas de celestial enseñanza, dechados de amor divino y de eximia contemplacion, y acabados ejemplos de oracion y virtud. Dadas, pues, sus ideas religiosas, no es extraño que, llevado de ferviente entusiasmo, viera en los libros de Teresa «la más alta y generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron» Cuando áun entre las personas más piadosas se habian formado tan diversos juicios respecto del libro de la *Vida*, escrita por Teresa; cuando servia de edificacion á la duquesa de Alba y á su servidumbre, y de risa y chacota á la princesa de Eboli y á sus pajes y dueñas, parecia conveniente que la autorizada pa-

labra de Luis de Leon pusiese término á aquellas diferencias de apreciacion, sosteniendo que todo llevaba en la obra de aquella inspirada de Dios el sello de lo sublime y de lo santo.

Pero si debemos disculpar al sabio catedrático de Salamanca por haber creido, rindiendo culto á preocupaciones religiosas, que se encerraba la más alta y más generosa filosofía en obra que está plagada de erróneas y repulsivas ideas; si debemos dispensarle sus gratuitas aseveraciones sobre la milagrosa reformacion de la Orden carmelitana, el favor divino para acometerla y llevarla á cabo, la alteza de los intentos, la pureza de las costumbres, la importancia de las abnegaciones más ásperas y la perfeccion de las prácticas más rigurosas de penitencia; si debemos dispensarle, repetimos, por haber juzgado equivocadamente, movido por la fe ó seducido por falsa doctrina, que la salvacion de las sociedades consistia en lo que por necesidad habia de llevarlas al estacionamiento y á la muerte, ni debemos ni podemos disculparle de haber contribuido con sus dictámenes á crear á *Santa* Teresa en literatura, una reputacion tan extraordinaria como ilegítima: que si creyó oportuno el sacrificio de su razon y de su claro talento en aras de las preocupaciones religiosas, jamás debió doblegarse su indisputable buen gusto ante las exigencias del fanatismo ni ante los miramientos mal entendidos de la piedad, en la cuestion puramente literaria. Porque desdicen de la suficiencia é ilustracion de Fray Luis modos de razonar y encarecer como los que á continuacion transcribimos: «En los cuales (los libros de Teresa) sin ninguna duda quiso el Espíritu-Santo que la Madre fuese un ejemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo: y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano; que así lo manifiesta

la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazon que las lee. Que, dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen: uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la vitud; y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del Cielo, que la abrasa y deshace: y, quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginacion le ofrecia, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y, si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan. De que vuestras reverencias (la priora Ana de Jesús y las religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid) entiendo yo, son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes. Porque ninguna vez me acuerdo leer en estos libros, que no me parezca oigo hablar á vuestras reverencias, ni, al revés, nunca las oí hablar que no se me figurase que leia en la Madre; y los que hicieren experiencia de ello, verán que es verdad. Porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu; la misma facilidad y dulzura en decirlas; la misma destreza, la misma discrecion; sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos; verán la misma manera de santidad, no placera ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato en sustancia, que, algunas veces, sin mentar á Dios, dejan enamoradas de él á las almas. Así que, si no la ví miéntras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros y hijas. O, por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas las veo ahora, que son sus hijas de las más parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros, que salen á luz, y el Consejo Real me los

cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos á ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino tambien en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos dias, y en reducirlos á su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Madre, sin mudarlos ni en palabras ni en cosas de que se habian apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes ó por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivia, y que se presume le movia á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; *porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre, es la misma elegancia.* Que aunque en algunas partes de lo que escribe, ántes que acabe la razon que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refran.»

Hemos dicho ántes que los elogios de Fray Luis de Leon son tan ampulosos como inmerecidos; y así es, en efecto, y por regla general puede sostenerse tal aseveracion respecto de las obras de *Santa* Teresa; pero especialísimamente es aplicable á la *Vida* de la monja, escrita por ella misma. Como su primera produccion literaria, pues sus ensayos sobre una obra de caballerías ni subsisten para someterlos á la crítica, ni serian tampoco cosa importante, dados la inexperiencia y pocos años de Teresa cuando los escribió, el libro donde relata los hechos de su vida adolece de multitud de defectos, de esos que afean y desfiguran horriblemente toda concepcion intelectual. Sin aquella veneracion que se guardaba entónces por los escritores más afamados á las obras de la antigüedad clásica, sin conocimiento del idioma latino, con superficial criterio sobre los sucesos históricos, versada sólo en la lectura de ficciones caballerescas y en tratados de devocion, Teresa carecia de todas las cualidades indispensables para escribir trabajos literarios que llevasen

el sello de la perfeccion y del buen gusto. Su imaginacion, que era poderosísima; su talento natural, que era grande; su fe en los sueños que la seducian, que era muy acendrada, todo era parte para avivar su ingenio, incitándola á escribir, y más cuando buenamente juzgaba que Dios mismo movia su pluma, y ponia alta inspiracion en sus palabras, y queria esparcir por su mediacion doctrinas consoladoras para la humanidad descarriada. Pero ni su entusiasmo, ni su fe, ni su natural despejo podian dar á Teresa aquellas cualidades y condiciones que forman á los escritores insignes, verdaderamente dignos de que su nombre se transmita á la posteridad: faltábale estudio, erudicion, sentimiento estético. Y no obsta que, algunas veces, su estilo de contínuo desmazalado é incorrectísimo, aparezca brillante y lleno de vida: bien pronto decae aquella fugaz animacion, y á aquellos desordenados arranques de la fantasía, nunca reglados por los preceptos del buen gusto, sucede la monótona aridez acostumbrada y la aspereza habitual.

No ignoramos que algunos escritores modernos, entre ellos el Sr. D. Vicente de La Fuente, ese buen señor que cree que el Espíritu Santo inspiró á la monja abulense, y que tiene por seguro que *Santa* Teresa fué curada de la parálisis por San José, tratan de disculpar lo imperfecto del estilo de sus obras, diciendo que cuando las trabajaba «aún no se habia perfeccionado completamente nuestro hermoso idioma.» Sofisma manifiesto, que debe ser rechazado como ofensivo á la verdad. Quien quiera que tenga profundo conocimiento de la historia literaria de España, comprenderá cuán gratuitas son las palabras del Sr. La Fuente. Cuando *Santa* Teresa escribia, el idioma español habia llegado á la cumbre de su perfeccion: verdad es que despues de muerta Teresa, adquirió la historia patria en la pluma de Mariana aquella gravedad majestuosa que no supieron comunicarla los cronistas anteriores; verdad es que despues de muerta Teresa, abrió nuevos rumbos al ingenio con sus incomparables escritos el portentoso talento de Cervántes; pero no ménos es cierto que esas bellezas de forma que supieron comunicar á nuestra rica habla aquellas dos prodigiosas inteligencias, que esas magnificencias de estilo con que la enaltecieron, de poco ó nada hubieran servido á

la religiosa descalza áun cuando en los mismos años en que escribia se hubiesen introducido, pues su aversion á todo lo puramente profano le habrian prohibido, así el saborear las bellezas de diccion del sabio jesuita, como el admirar aquella inimitable facilidad y aquella elegancia deleitosa que en todos los escritos del príncipe de nuestros ingenios campean.

Pero si el perfeccionamiento más completo de las majestuosas formas históricas y de la galanura de diccion en las obras amenas, aunque envolviendo en sus amenidades enseñanzas excelsas para la sociedad, se verificó despues de *Santa* Teresa, no pasaba lo mismo respecto del género de obras que ella cultivó con predileccion señaladísima. Los libros de devocion, los tratados ascéticos, los escritos místicos abundaban en demasía. En el reinado de los Reyes Católicos ya se publicaron obras ascéticas de bastante importancia en castellano, y muchas vieron la luz en tiempos de Cárlos V, de las que algunas cobraron gran popularidad entre todas las clases sociales, tan dadas entónces á los actos externos de la religion y á las prácticas devotas. Es innegable que casi todos estos trabajos eran pesados en el estilo, á fuerza de afectacion, por el pueril deseo de revestir los escritos castellanos con los aditamentos del hipérbaton latino, forzando la naturalidad del lenguaje con violentas transposiciones ó palabras innecesariamente españolizadas. El Maestro Juan de Avila, tan docto orador sagrado como buen hablista, fué el primero que se apartó de la marcha adoptada y seguida por los escritores ascéticos que le antecedieron, expresándose en sus trabajos, si no con elegancia digna de imitacion, con una soltura y sencillez muy merecedoras de loa. Pero el que verdaderamente llevó á su mayor grado de embellecimiento y perfeccion este linaje de producciones, fué el Padre Fray Luis de Granada, contemporáneo, como el Maestro Avila, de la monja de la Encarnacion. En sus obras, que profusamente circulaban cuando *Santa* Teresa escribia, y á las que era ella sumamente aficionada, se manifestaba ya el idioma castellano tan por extremo perfecto, que no se ha producido luego nada en nuestra lengua, en lo que se refiere á composiciones ascéticas y místicas, que con aquellas pueda ser ni áun lejanamente comparado. En riqueza de pala-

bras, en hermosura de frases, en elevacion y áun sublimidad de estilo, son las obras de Luis de Granada dechados magníficos de elocuencia y de buen gusto, imperecederos modelos de bien decir castellano. Trata todas las materias con una dulzura de diccion tan grande, con una facilidad tan encantadora, y seduce tanto aquella forma de contínuo tan natural y al mismo tiempo tan galana, que sus escritos habrán de ser conservados siempre como monumentos eternos del idioma patrio, cualesquiera que sean las opiniones y creencias que prevalezcan en lo futuro; porque, cuando los ideales por él defendidos, las ficciones religiosas por él decantadas, las doctrinas por él enaltecidas, caigan en el completo descrédito que hacen pronosticar el progreso de los tiempos y los nuevos ideales en que la sociedad ilustrada se inspira, áun entónces deleitarán al ánimo aquellas preciosidades de elocucion tan inimitables.

Es, por consiguiente, arbitrario el decir que «aún no se habia perfeccionado completamente nuestro idioma» cuando escribia *Santa* Teresa; y todavía más arbitrario el pretender disculpar su insuficiencia literaria con especiosos paralogismos. La verdad es que ha debido desagradar siempre á los fanáticos en religion y á los fanáticos en literatura no percibir en los escritos de Teresa, con ser inspirada de Dios, aquellas incomparables excelencias que perciben y notan en obras de otros autores ascéticos, en los que no se reconoce particular gracia del Cielo, ó en trabajos completamente profanos, revestidos, sin embargo, con majestuosas perfecciones; y de aquí ese persistente empeño de encubrir los defectos literarios de la Santa, y áun su ignorancia muchas veces, con vanas razones y fútiles pretextos, como si á la crítica verdadera y desapasionada se pudiera embaucar tan fácilmente como á la cándida piedad, ó se dejara engañar tan complacientemente como el hipócrita eclecticismo por no chocar de frente con errores que en su conciencia rechaza.

Porque no ya esa pretendida inspiracion divina, que tanto ha decantado el fariseismo católico en las obras de Teresa; pero ni áun ese método y proporcion de formas que adoptan en sus composiciones hasta los escritores más desprovistos de talento y erudicion, se encuentran en la mayor parte de sus libros. Sin que

sea disculpa de tales defectos lo que suele decirse de que *Santa* Teresa escribia sin preparacion y sin revisar lo escrito; pues eso seria querer razonar con inconveniencias, hacer un mérito de lo que precisamente constituye la falta. Porque si puede dispensarse en un trabajo literario, en gracia de su bondad intrínseca, la forma incorrecta con que se expresan los conceptos, no así la manifiesta transgresion de las leyes del buen gusto, de los preceptos estéticos.

Y esto se verificó precisamente por Teresa en la mayor parte de sus obras, y especialísimamente en el libro de su *Vida*, y debe censurársela por ello, por más que la hipocresía se apesadumbre y la piedad se enfurezca. La *Vida* de Teresa, escrita por ella misma, más bien que produccion literaria, parece informe conjunto de excentricidades, pésimamente dichas. El lenguaje es castizo, con bastantes palabras, empero, más del uso vulgar que de las personas ilustradas; pero el estilo es por extremo descuidado é incorrecto. Aquella rotundidad en los períodos, aquella hermosura en la expresion, aquellos hechizos de la frase, que tanto abundan en escritos de sus contemporáneos, no se encuentran en el libro que analizamos. Es mezcla de obra histórica y de obra doctrinal; pero está hecha la mezcla con tan poco ingenio, que al punto se conoce la falta de método y la carencia de condiciones literarias. Sabemos que se tratará de disculpar á *Santa* Teresa, diciendo que su intento al escribir su *Vida* no fué el componer una obra para que viese la luz pública, sino el referir ingénuamente los hechos de su existencia por obedecer el mandato de sus confesores; pero tales esfuerzos no podrán revestir nunca á tan mal confeccionada composicion con excelencias de que carece; al contrario, esas mismas excusas con que se quiera canonizar defectos imperdonables, servirán para mayor censura de quienes lo hayan hecho ó lo hicieren, pues se empeñan en presentar como modelo de profundo pensar y de buen decir una obra que, casi en su totalidad, revela manifiestamente lo contrario. La ligereza con que un autor escriba, los descuidos que cometa á causa de su impericia, las equivocaciones en que incurra á consecuencia de su impremeditacion, y los defectos que contengan sus trabajos, ¿cómo ni por qué han de dispensarse, y tal vez queriendo hacer de tales

fealdades primores de la naturalidad y gracias de la sencillez, so pretexto de que el autor componia sus libros con inusitada precipitacion, por el excesivo número de ocupaciones que le rodeaban? La crítica verdaderamente ilustrada no ha de tener en cuenta la mayor ó menor precipitacion con que el autor pudo ó quiso escribir, ni el cúmulo más ó ménos grande de quehaceres que le agobiaban: en lo que la crítica verdaderamente ilustrada ha de fijarse, es en si la obra publicada, y por sublime encarecida, responde á su nombradía, si se guardan en ella las reglas del buen gusto literario, si está embellecida con las galas de la perfeccion ó desfigurada con feas imperfecciones.

Y juzgada con este criterio, como debe hacerse, la obra á que nos referimos, seria desacertado no corroborarnos en las apreciaciones ántes emitidas. Ni áun el mérito tuvo Teresa de escribir uno de esos relatos seductores, aunque inconexos, que han dejado muchas personas ilustres, y que como memorias póstumas de gran valía se han publicado para curiosidad y enseñanza de los venideros. El descuido con que está hecha la narracion de los hechos de su vida, hace que la obra se lea con desagrado por parte de toda persona verdaderamente ilustrada. Lo que molesta más es aquella amalgama de ridiculeces y cosas sérias de que están impregnadas todas las páginas. Al lado de la más sencilla descripcion de propósitos infantiles, reflexiones detestables sobre un Dios que no sabe corregir á los pecadores sino con castigos bárbaros. despues de referir encantadoras faltas de la adolescencia, los rigores inacabables de un Sér Supremo, á quien la eternidad sin fines ni límites parece todavía poco para castigo del desventurado: al mismo tiempo que se refieren las cosas más triviales, querer elevar el alma á la contemplacion de las verdades más sublimes. Ese enlace de lo más prosáico de la vida terrena con lo más excelso de la vida de ultratumba, sólo pueden indicarlo ó describirlo las inteligencias superiores, porque éstas, con su prodigiosa intuicion, con sus penetrantes miradas, con su gran experiencia del mundo, con su talento jigante llegan á donde las medianías y las vulgaridades jamás alcanzan, y así pueden en vistosos cuadros ofrecernos la real amargura de la existencia y el grato, aunque problemático, consuelo de un estado

inefable de ventura despues del morir; pero sin las grotescas nimiedades de infiernos ni purgatorios ni expiaciones de ninguna clase, sino salvos y depurados todos los séres racionales, por medio de sus mismos terrenales sufrimientos, para conseguir mejores estados de bienestar y perfeccion en los inciertos dominios de lo futuro. Quizás estas consoladoras esperanzas de alguna escuela filosófica no sean al cabo más que nuevos antojos de la fantasía, concepciones engañosas de la mente; pero al ménos no puede negarse que se inspiran en ideas más elevadas de Dios y de los destinos de la humanidad que las que tenia la alucinada de Avila. Porque es indudable que las doctrinas sustentadas por muchos filósofos modernos respecto de la vida futura, entrañan una sublimidad y pureza incontrastables: si es el producto de una errónea apreciacion del juicio, al ménos hay que convenir en que es una equivocacion que no nos hace repulsiva la idea de la existencia advenidera; y al fin es la manifestacion de la ciencia que analiza y del talento que presagia, y basta esto para que el uno y la otra nos merezcan gran respeto, á pesar de los errores en que incurran, porque saben evitar, que es el todo, ridiculeces despreciables.

Sin ciencia ni talento doctrinado por el estudio, no podia *Santa* Teresa formarse del Sér Supremo una idea tan aceptable como la que sostienen muchos pensadores modernos: por eso no es extraño que desvariara tanto al hablar en su *Vida*, en párrafos descuidadísimamente escritos, de Dios, de Jesús, de la Vírgen, de San José, de ángeles y demonios; por eso no es extraño que en vez de emitir opiniones sensatas sobre los verdaderos fines del hombre en la sociedad, propagara las misantropías más repulsivas, hiciera eterna la lucha entre los poderes célicos é infernales, y se entretuviera en contar anécdotas ridículas de sacerdotes enhechizados, idolillos de bronce, apariciones de muertos, salida de almas en pena del purgatorio, tentaciones satanescas, y otras puerilidades semejantes.

Claro es que para la crédula piedad y para el fanatismo tales cosas han pasado por verdaderas maravillas; y áun el eclecticismo, con la hipocresía que le caracteriza, ántes achacará á candorosas persuasiones tales delirios de una imaginacion perturbada, que á interesados motivos de comunidad ó á impulsos de la

santa ambicion monástica; pero fanatismo y eclecticismo, dos deformidades sociales que deben desaparecer por completo, si los pueblos han de vivir la vida de la verdad y de la razon y del bien, contribuyen, por diversos rumbos y por distintos caminos, al estacionamiento del mal y al triunfo de los dislates; y nunca podrá estar con ellos de acuerdo la desapasionada crítica, la que investiga, la que analiza, la que rechaza sin miramientos los absurdos, la que proclama la verdad á través de todos los obstáculos. Y, segun ella, hay que confesar que Santa Teresa, más bien que inspirarse en la crítica, en la razon, en la ilustracion, en la filosofía, rindió culto á las preocupaciones reinantes en su época, de las que pudieron eximirse sólo algunos privilegiados genios, y se guió por los mismos desatinos propagados en otros libros de devocion ó de piedad para forjar los suyos, plagados de celestiales locuras.

Así, pues, cuando la irreflexion ó la benevolencia de los críticos piadosos quiera justificar los circunloquios empleados por *Santa* Teresa para expresar una idea, cuya enunciacion científica ignoraba, con el pretexto de que así queda más embellecida la frase con lo nuevo y peregrino del artificio, la crítica verdaderamente docta debe rechazar semejante sofisma, y llamar ineptitud é ignorancia y carencia de adecuados conocimientos á la expresion de conceptos por términos vagos é insuficientes; y cuando la piedad complaciente pretenda disculpar los disparates dichos por *Santa* Teresa en latin, por no darles otro nombre más duro, pero tambien más propio, la rectitud crítica está en el caso de sostener que se procura encubrir indisculpables faltas de ilustracion, y áun de instruccion, con paralogismos inadmisibles; y cuando se trate de embellecer todos sus defectos de educacion y de perspicacia y talento, hasta los solecismos que solia emplear en sus escritos, con la pueril razon de que en eso demostraba Teresa la sencillez de su natural candoroso, es preciso hacer constar que los solecismos, las citas mal hechas, las palabras de otro autor de irreflexiva manera transcritas, no deben perdonarse nunca en aquellos escritores á quienes se trata de hacer pasar como dechados preciadísimos de un idioma; y, en fin, cuando la pasion fanática llegue á tal punto que se atreva á decir, como se ha dicho por muchos graves doctores,

teólogos y catedráticos, que la descripcion hecha por *Santa* Teresa del Infierno, supera, áun literariamente considerada, á la que hizo Dante Alighieri en su *Divina Comedia*, hay que despreciar aseveracion tan ridícula y elogio tan desmedidamente ampuloso, y volver por los hollados fueros de la verdad, y sustentar, sin temor de ser desmentidos, que nunca podrán igualar, ni ménos exceder, á aquellas majestuosamente terribles descripciones y pinturas del gran poeta florentino, por tan peregrinos modos exhibidas, las mezquinas lucubraciones de la monja de Avila, quien sólo sabia expresar en estilo desmazalado y pobrísimo que la entrada del Infierno parecíale á manera de un callejon muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y oscuro y angosto; y que el suelo estaba lleno de agua como lodo muy súcio, con pestilencial olor y muchas sabandijas malas en él; y que donde pusieron á la *Santa* fué en una concavidad metida en una pared, á manera de una alacena!!!

Como nueva y terminante prueba de la inexperiencia literaria de *Santa* Teresa, debemos recordar la torpeza cometida por ella en el *Libro de su Vida*, desde los capítulos XI al XXIII, donde intercala un verdadero tratado de oracion, que más oportunamente estaria por separado. Es lo mejor de la obra á que nos referimos indudablemente; pero ingerir en un relato como el de los hechos prácticos de la existencia, áun en la vida monástica considerados, avisos y máximas y preceptos para saber orar con perfeccion y experimentar todos los goces espirituales con que regala el Supremo Hacedor á las almas recogidas y contemplativas, mezclados con cuentos pueriles, es un conjunto que no parece bien en trabajo literario, donde las digresiones inútiles ó pesadas deben suprimirse, y donde todo lo que no sea discreto enlace y coordinacion de ideas y de palabras disuena extraordinariamente. De modo que, un trabajo que separadamente considerado seria quizá de los más estimables de *Santa* Teresa, juzgado bajo el aspecto literario, resulta inconveniente y molesto por la misma defectuosa manera con que se presenta.

En resúmen, la *Vida* de Teresa, escrita por ella misma está plagada de fealdades é imperfecciones. No decimos por esto que sea una obra completamente

mala; pero sí puede afirmarse, sin temor de una refutacion séria y lógica, que son infinitamente más los defectos que las bellezas. Una de éstas, en las grandes producciones de los autores insignes de cualquier nacion, dícese que suele borrar miles de defectos; mas en la obra de *Santa* Teresa, que analizamos, quizá no se encontrarán tres enfermizas bellezas entre millares de monstruosidades. Es un trabajo detestable bajo todos conceptos.

Indudablemente que en medio de sus grandísimas imperfecciones, algun mérito tiene. Aunque no es estilo propiamente literario el que emplea *Santa* Teresa, aunque más bien puede considerarse como un modo de hablar familiar y llanísimo el suyo, no carece del atractivo de la naturalidad en muchas ocasiones, especialmente cuando relata con candorosa sencillez sus niñeces y crianza, sus juegos infantiles y sus amorosas inclinaciones en la adolescencia. Entónces, áun sus constantes asperezas de elocucion se olvidan, para fijarse solamente en la seductora preciosidad de sus narraciones, no teniendo en cuenta tampoco aquel incesante machacar de tanto *sea bendito por siempre, amen*, con que termina la *Santa* casi todos los capítulos de su obra, y áun no pocos de sus párrafos, dando á sus escritos un tono chocante de sermon ó plática lugaresca.

El mismo juicio crítico que hemos hecho de *El Libro de su Vida*, puede hacerse extensivo á otras dos obras de Teresa, que tienen con él grandísima afinidad: nos referimos á los libros de las *Relaciones* y de las *Fundaciones*. Tiene por objeto el primero referir varios favores divinos que en distintas ocasiones y lugares creyó experimentar Teresa como regalo dulcísimo de Dios; y el segundo la narracion de las empresas monásticas que llevó á cabo con el favor de los potentados de su época. Pero en aquel como en éste, aunque escritos en diversos tiempos, se nota la impericia literaria de la *Santa*, que ya hemos señalado ántes. Los relatos de sus visiones, favores célicos, advertencias divinas, luchas contra el Demonio, y otras puerilidades, están extendidos con un desaliño tal, que supera, en ocasiones, á las mismas incorrecciones de la *Vida*, con ser tantas.

El libro de las *Fundaciones*, aunque tiene mejor estilo que el de la *Vida* y el de las *Relaciones*, adolece,

sin embargo, de tan graves faltas, que nunca podrá colocarse en el número de las buenas obras literarias; cuanto más, entre las excelentes, ó como dechados de buen gusto. Al contrario, hay multitud de descuidos y solecismos é impertinencias y divagaciones que afean extraordinariamente la referida composicion. El género histórico se presta grandemente al uso de un estilo grave, y hasta magnífico, cuando el historiador es un autor eminente que sabe manejar el idioma con la maestría de un consumado hablista. Así lo efectuaron, entre otros muchos que pudiéramos citar, por referirnos sólo á los que han descrito con alteza de elocucion acciones y empresas monacales, los Padres Yepes y Sigüenza, quienes han dejado con tal motivo hermosos modelos de bien decir en la literatura castellana. Pero *Santa* Teresa no acertó á hacer, con estar inspirada de Dios, segun creia ella y han dicho cándidamente sus preconizadores, lo que otros escritores, sin especial gracia del Cielo, lograron llevar á cabo con perfeccion envidiable.

Falta, pues, á *Santa* Teresa en esta obra aquella idoneidad que necesita todo escritor para narrar hechos con enlace y discrecion literaria. Por eso su obra, que en manos de un Sigüenza ó de un Yepes, hubiese salido embellecida con las galas del estilo, realzada con preciosas narraciones, sin digresiones inútiles, sin mezcolanzas de sucesos inoportunos, con entera proporcion de partes, en que consiste la armonía estética del conjunto, resultó diametralmente lo contrario. Y áun aquellas mismas luchas y contrariedades con que Teresa juzgaba que la sociedad de su tiempo la perseguia, forjándose una nueva ilusion en su mente extraviada, ¡á cuántas descripciones majestuosas no hubieran dado motivo en la pluma de un escritor verdaderamente notable! ¡Qué originalidad no hubiesen comunicado á sus narraciones! ¡Qué encanto á su estilo! ¡Qué gran hermosura á la obra, en su conjunto y en sus pormenores!

El libro titulado *Camino de la Perfeccion*, aunque no mejor en el estilo que los examinados anteriormente, está trabajado con más unidad, y tiene más mérito en cuanto al método y á la exposicion de doctrina. Trozos hay en dicha obra que son recomendables, si bien siempre luchan las ideas con lo forzado

de la elocucion, demasiado altisonante cuando á la perfeccion se acerca, demasiadamente llano cuando el desmazalamiento influye en la visionaria literata y *Santa*.

Pero si tal juicio se forma desde el primer momento de haber leido la referida obra, en su mérito literario apreciada, es mucho más inferior el que resulta cuando ese trabajo religioso se compara con otras obras escritas sobre el mismo ó parecido tema por verdaderamente ilustres escritores patrios.

Es el *Camino de la Perfeccion* una série de máximas y advertencias con que Teresa trata de enseñar á sus monjas cuán grandes beneficios reciben las religiosas con la más asídua oracion, y á cuán alto grado de perfeccion puede llegarse de este modo: es, por decirlo así, un tratado de meditacion y de oracion y de ejercicios ascéticos que la Madre presenta á su modo y segun su deseo. El objeto no tenía, pues, nada de original. El plan, el desarrollo, el mérito del libro, no eran en modo alguno nuevos.

Luis de Granada, entre muchos autores notables que pudiéramos citar, habia escrito ántes que Teresa un tratado precioso por su estilo, por su altisonancia, por su fluidez, por sus amenas imágenes, delicadas metáforas y adecuada division, en el que daba todas las reglas que pueden desear desde las inteligencias más sencillas hasta las almas más perfectamente contemplativas, para que les sirvan de guia en su oracion y meditaciones. No se circunscribió como Teresa á formar un libro para pocos, sino que escribió para muchos. De modo que á Teresa de Jesús no quedó otro mérito que el de haber hecho de la obra del gran autor dominico una imitacion raquítica.

Cuando Luis de Granada describe con su magnífica pluma los peligros de las dobleces del mundo, lo débil de nuestra naturaleza, la fealdad del vicio, lo hermoso de las buenas acciones, la grandeza de Dios, la magnificencia de los Cielos, los copiosos frutos de la penitencia, la dulcedumbre de la oracion, y la conveniencia de las meditaciones religiosas, el fanático se extasía, el hombre crédulo siente algo que le reanima, el sencillamente religioso se adormece en el seno de una grata creencia, la mujer se deshace en lágrimas de compuncion, y hasta los que viven en un mundo, no de visiones, sino de realidades y de positivismo, si

bien desdeñan el fondo de aquella doctrina, elogian y les encantan aquella forma suave, aquellos giros grandilocuentes, aquellas dulces frases escritas en el idioma más hermoso entre todos los idiomas modernos.

¿Dónde, en qué página del *Camino de la perfeccion* de Teresa encontraremos esa elegancia, esa belleza de diccion, esa castiza frase sin afectacion alguna, ese encanto inapreciable, esa sublimidad expresiva, ese ornato de imágenes brillantes, ese sin número de perfecciones que realzan, esmaltan y engrandecen todas las páginas del *Tratado de oracion y meditacion* de Granada? Ciertamente en ninguna.

Teresa de Ahumada pudo tambien inspirarse para escribir su obra en el libro de Tomás de Kempis, intitulado *Contemptus Mundi*, y que es una especie de camino de perfeccion, donde se tratan las materias ó asuntos de que se ocupa la escritora con mucha más extension, método, claridad y generalidad que ella supo efectuarlo. Dicha obra estaba ya por entónces traducida al castellano en el romance claro y hermoso de Luis de Granada, y esta es una prueba de que la leeria con mucha frecuencia Teresa, y la asaltaria la tentacion de imitarla. Sabido es cuánto predominaban en ella las cualidades imitativas.

En suma, faltan al *Camino de la perfeccion* dos condiciones indispensables en todas las obras literarias, la originalidad y la espontaneidad de pensamiento. Esto, unido á sus defectos de estilo, hacen del trabajo de Santa Teresa una produccion bastante mediana, porque carece hasta de aquel atractivo que otros autores ascéticos, anteriores ó coetáneos á ella, supieron comunicar á tratados de oracion, magníficamente escritos.

Obra de más importancia que las citadas, é indudablemente la más bien trabajada de Teresa, es *Las Moradas*, elogiada, sin embargo, desmedidamente por diferentes escritores, segun las preocupaciones ó condescendencias. Quién sostiene que esta obra la escribió Teresa por inspiracion del Altísimo: quién asegura que muchas veces debió de estar favorecida por el Espíritu Santo: quién defiende que es perfecto dechado de dulzura contemplativa: quién, por último, la hace superior á todo lo que en el género místico se ha escrito. Pero hay mucha parte de exageracion en tales elogios. Seguramente que á ningun cronista de la *Santa* se le hu-

biera ocurrido rodear á Teresa con la aureola de la inspiracion celeste, si ella misma no lo hubiese propagado así por engañosa apariencia de su mente. Por eso se han leido, estudiado y analizado *Las Moradas* con prevencion manifiesta: por eso se ha visto en ellas lo que ciertamente no hay, y se la ha reputado como produccion de una inteligencia sublime, cuando sólo es fruto de una imaginacion perturbada por preocupaciones contínuas.

No lo negaremos: el estilo, el plan, el desarrollo, el conjunto y los pormenores de esta obra son superiores á todos sus demás libros. Las descripciones están hechas con gran naturalidad; hay oportuno enlace entre unas moradas y otras; desarróllase con bastante ingenio el pensamiento del libro en cuadros llenos de vida; hay trozos perfectísimamente escritos, y metáforas, y símiles, y galas de elocucion muy preciados. Es tan notable esta produccion, respecto de su mérito literario, que parece más bien, por las preciosidades que la avaloran, original de la pluma discreta y elegante de Juan de la Cruz que de la descuidada é incorrecta de Teresa de Jesús.

Pero porque haya todas estas bellezas de estilo y de proporcion en *Las Moradas*, que ingénuamente reconocemos, ¿por eso se ha de argüir que tal libro es inspiracion de Dios? ¿Que forma una excepcion en el género místico? ¿Que es concepcion por extremo sobrehumana? Nada sería tan aventurado como raciocinar de semejante manera. El literato se muestra más ó ménos sublime, más ó ménos inspirado, segun sea el asunto sobre que verse su composicion. ¿Era una excepcion de la regla general Teresa? No por cierto.

Luego lo que necesitaba la monja abulense para escribir un libro en que hablara de Dios, de la Vírgen, de los Santos, de la necesidad de subir por todas las escalas de la pobreza, de la castidad, de la penitencia, de la oracion, de la mortificacion, de la vida contemplativa, y de la obediencia y abnegacion más heróicas, al más acabado grado de excelencia religiosa y al trono del que domina sobre todo lo creado, no era ciertamente revelaciones celestes, sino instruccion profana ó sagrada, lectura de libros piadosos, deseos de imitar á los que pasaban por santos. Y eso lo habia en Teresa sin necesidad de inspiraciones empíreas.

Una obra hay en la literatura religiosa que parece haber sido el molde de las *Moradas* ó del *Castillo interior*, y esa obra es la *Scala Paradisi* de San Juan Clímaco. Léase una produccion y otra, y se notará cuán acertadas son nuestras conjeturas. El libro de San Juan Clímaco está subdividido en varios capítulos ó peldaños por los cuales conduce el autor al alma desde la perfeccion infantil hasta la perfeccion indefinible, desde el monasterio hasta el Cielo; que es exactamente lo mismo que se propuso Teresa: su obra es una escala de perfeccion monástica, más imperfecta y ménos bien trabajada, sin embargo, como toda imitacion.

Menosprecio del mundo, vencimiento de las pasiones, obediencia, penitencia, mortificacion incesante, oracion asídua, ventajas imponderables de la aspereza monacal, mansedumbre, abstinencia, pobreza, abnegacion, desprecio de sí mismo, pequeñez manifiesta de la vida, igualdad terrible de la muerte, caridad, fe, esperanza, bienaventuranza eterna... he aquí, entre otros muchos, los múltiples y variados temas de que se ocupa San Juan Clímaco en su obra. ¿Trata alguna materia nueva, verdaderamente original, en sus *Moradas* Teresa? No, seguramente.

Por el contrario, puede asegurarse que nunca llega *Santa* Teresa, no obstante la superioridad de esta obra entre todas las suyas, á comunicarla aquella sabiduría, elocuencia, encanto y hermosura que supo prodigar en su *Scala* el sabio monje á quien se propuso imitar, segun creemos, la monja abulense.

Algunos autores religiosos del siglo XVI, al traducir las obras de San Juan Clímaco y de otros santos, decian, como caritativa advertencia, que por ser los mejores dechados para la perfeccion monástica debian leerse de contínuo en los monasterios de monjes y monjas, no sólo en las horas de oracion y de ejercicios espirituales, sino áun en el refectorio, y durante se entregasen las monjas á sus labores, y en los momentos mismos en que estaban dedicadas á ocupaciones terrenas. Que tal procedimiento estaria adoptado en todos los conventos de monjas descalzas, es indudable; y en este concepto, ¿no es muy posible que al oir muchas veces Teresa la lectura de una *Escala espiritual* para monjes, quisiese formar otra para monjas con las variantes que su imaginacion le sugiriera?...

Santa Teresa mezcla, por lo demás, los hechos de su vida, en parte ó en mucho, con las advertencias y máximas que inculca, á imitacion tambien de lo que hizo el insigne autor de la *Scala Paradisi*.

Obra asimismo muy notable de *Santa* Teresa, y que puede competir con las *Moradas* en las bellezas del estilo y en la rotundidad de los períodos, es su breve comento sobre algunas palabras del *Cantar de los cantares* de Salomon. Titúlase dicho trabajo *Conceptos del amor de Dios*, y ántes de ver la luz pública pasó por diferentes vicisitudes, habiéndose sólo conservado gracias á algunas copias que habian sacado personas muy afectas á la Madre, pues el original lo quemó ella por expreso mandato de su confesor, el Padre Yanguas, quien procedió prudentemente, pues quiso evitar á Teresa las molestias que pudiera ocasionarla su trabajo en castellano sobre una obra cuya traduccion en lengua vulgar estaba terminantísimamente prohibida, sin duda con el objeto de que sólo la interpretaran los varones más sabios, y eso en el idioma del Lacio.

La verdad es que, al *Cantar de los cantares*, para presentarlo como libro de gran enseñanza espiritual, ha sido preciso torturarle el sentido y comentarle de un modo por extremo caprichoso. Porque siendo produccion que por doquier respira amor sensual, escenas bastante inconvenientes, ternezas demasiado libres y palabras muy poco mesuradas, tanto en boca del esposo como de la amada, al fin como escrito por quien estuvo hecho esclavo de pasiones violentas en determinado período de su vida, se trata de ofrecerla como simbolismo sublime del amor puro del alma hácia su Creador, como significacion maravillosa de esas dulcedumbres santas en que se embriagan los corazones rectos cuando á Dios, y sólo á Dios, se dirigen y en él depositan toda su voluntad y todo su cariño, y á él sacrifican gustosos todas sus aspiraciones terrenas, todos sus intentos y hasta su propia existencia. La ingeniosidad que han demostrado en el comento del *Cantar de los cantares*, desde los primeros siglos de la Iglesia, muchos Padres y doctores, será más ó ménos elogiable, segun la más feliz ó ménos afortunada interpretacion de un trabajo que, por forzar su verdadero y genuino sentido, se ha tratado de ofrecer con una significacion altamente espiritual y mística; pero ese mismo

esfuerzo de ingenio que ha sido indispensable á todos los interpretadores de la obra de Salomon, revela la dificultad de darla diverso significado del que realmente tiene: puede decirse que, á pesar de tantos discursos, libros, sermones y comentarios sobre el *Cantar de los cantares*, la obra permanece siempre incomprensible explicada de una manera simbólica y con intencion manifiestamente sobrehumana, y sólo es explicable y naturalísima tomada en el sentido verdadero con que fué escrita, con fines puramente humanos, con el aliciente de terrenales pasiones.

Con los mismos inconvenientes, y áun con más que los anteriores expositores de la doctrina de Salomon, luchó Teresa en su trabajo. Sobre carecer del conocimiento de los idiomas sabios, tan necesarios para comentar con suficiencia aquel libro, carecia de esa erudicion tan precisa para embellecer trabajos semejantes, en los que la abundancia de citas autoriza la propia presuncion y en que se basa la atrevida hipótesis en autoridades fastuosas. La misma *Santa* Teresa confiesa que grandes cosas debe haber, y misterios, en las palabras que se proponia interpretar, cuando ni los doctores que escribieron sobre ellas muchas exposiciones acabaron de darlas el sentido satisfactorio. Tampoco la inspirada de Avila acertó con él; tambien como los pasados intérpretes dijo lo que se la ocurrió, forjando su mente una exposicion no ménos aventurada que las anteriores.—«Béseme el Señor con el beso de su boca, porque más valen tus pechos que el vino; más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores; sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta; metióme el rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad; sostenedme con flores y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores:»—hé aquí las palabras cuya explicacion espiritual hace Teresa en sus *Conceptos del amor de Dios*. Sin embargo, por más esfuerzos que hace, su explicacion resulta tan caprichosa como todas. Tomar una palabra de un libro cualquiera de gran nombradía y emitir sobre ella consideraciones, discursos, ingeniosidades, sólo dará indicios de perspicacia ó imaginacion en quien escribe; pero nunca podrá justificar la relacion directa y adecuada entre la frase y la interpretacion, entre lo escri-

to y lo que se trata de hacerle significar, entre la letra y el espíritu de la obra. Pueden así componerse escritos muy llenos de preciosas divagaciones, pero sin reconocida importancia, sin condiciones verdaderas de trabajo crítico. Tal es, en resúmen, el juicio que debe formarse de los *Conceptos del amor de Dios*.

Para muestra del elegante estilo que emplea Teresa en esta obra, vamos á transcribir un párrafo de la interpretacion que hace de aquellas palabras de los *Cantares* que dicen: *Sostenedme con flores y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.* «¡Oh, qué lenguaje (exclama) tan divino este para mi propósito! ¿Cómo, esposa santa, mátaos la suavidad? Porque, segun he sabido, algunas veces es tan excesiva que deshace el alma de manera que no parece ya que la hay para vivir; ¿y pedís flores? ¿Qué flores son estas? Porque este no es el remedio, salvo si no lo pedís para acabar ya de morir; que á la verdad no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien, porque dice: *Sostenedme con flores*, y el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino querer con la vida servir en algo á quien tanto ve que le debe. No penseis, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que, como he dicho, pasa en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerza algunas veces, que se enseñorea de manera sobre todas las fuerzas del sujeto natural, que sé de una persona que estando en oracion semejante oyó cantar una buena voz, y certifica que, á su parecer, si el canto no cesara iba ya á salírsele el alma, del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba á gustar; y así proveyó Su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspension bien se podia morir, mas no decir que cesase; porque todo el movimiento exterior estaba sin poder hacer operacion ninguna, ni bullirse; y este peligro en que se veia, se entendia bien; mas de un arte como quien está en un sueño profundo de cosa que querria salir de ella, y no puede hablar, aunque quiera. Aquí el alma no querria salir de ella, ni le seria penoso, sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡Y cuán dichosa muerte seria á manos de este amor! Sino que algunas veces dale Su Majestad luz de que es bien que viva, y ella ve no lo podrá su natural flaco sufrir, si mucho dura aquel bien, y pídele

otro bien para salir de aquel tan grandísimo; y así dice: *Sostenedme con flores.* De otro olor son esas flores que las que acá olemos. Entiendo yo aquí, que pide hacer grandes obras en servicio de Nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más activa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta peticion, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo activo, y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosísimas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios, y por solo Él, sin ningun interés propio, y extiéndese el olor de estas flores, para aprovechar á muchos, y es olor que dura: no pasa presto, sino que hace gran operacion...»

«Acuérdome ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa samaritana, qué herida debia de estar de esta yerba, y cuán bien habia comprendido en su corazon las palabras del Señor, pues deja al mismo Señor, porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien á entender esto que voy diciendo; y en pago de esta tan gran caridad mereció ser creida, y ver el gran bien que hizo Nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe de ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entónces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. ¡Dichosos á los que el Señor hace estas mercedes! ¡Bien obligados están á servirle! Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta á mí es ver cómo la creyeron, una mujer, y no debia de ser de mucha suerte, pues iba por agua: de mucha humildad, sí, pues cuando el Señor la dijo sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades), sino díjole que debia ser profeta. En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad á ver al Señor. Así digo que aprovechan mucho los que despues de estar hablando con Su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos: digo que estas flores, y otras salidas y producidas del árbol de tan hirviente

amor, dura su olor mucho más, y aprovecha más un alma de estas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algun interés propio.»

Pero la obra mejor de *Santa* Teresa, la más espontánea, y la que revela verdadera originalidad, es su coleccion de cartas. Escritas en diversas épocas de su vida, dan todas indicios de indisputables disposiciones para este linaje de trabajos. Eran los que cuadraban más al carácter y al ingenio de *Santa* Teresa, porque mujer de talento natural y bastante despejada, pero sin ilustracion ni áun instruccion propiamente dicha, tanto como cansa cuando quiere convertirse en maestra de las colectividades y de los individuos, sin suficiencia ni autoridad para ello, otro tanto agrada en esas composiciones epistolares donde se deja casi siempre hablar al corazon con un lenguaje natural, desprovisto de ampulosidades, con franqueza encantadora, sin circunloquios y sin divagaciones inútiles. Aun en las obras más notables de *Santa* Teresa, como las *Moradas* y los *Conceptos del amor de Dios*, se ve á la mujer preocupada, que repite lo ya dicho, en términos mucho más claros, y con más gallardo estilo, y sin extrañas novedades, desde mucho ántes por varones muy insignes y virtuosos; pero en sus cartas vése á *Santa* Teresa escribiendo con la misma llaneza que era de esperar de sus aptitudes, sin pretendidas inspiraciones de Dios, con el estilo familiar, aunque incorrectísimo, que debia distinguir á quien no habia recibido educacion propiamente literaria.

Es prodigiosa la variedad que ofrece la coleccion de cartas de la monja abulense. Todos los sucesos de su vida, sus proyectos, sus deseos, sus esperanzas, sus desventuras, las contrariedades que experimentó, sus tristezas, sus melancólicos desalientos, las vicisitudes de sus empresas, sus enérgicas resoluciones, sus temores pueriles, recuerdos de familia, elogio de sus protectores, relato de hechos amargos de su existencia, todo se encuentra candorosa y bellamente expresado en esas páginas que respiran por doquiera inapreciable sencillez. Veces hay tambien que predomina en ellas el tono festivo, aunque siempre velado por lo melancólico de su natural, y entónces comunica Teresa á sus cartas una gracia encantadora. Las repeticiones

que en todas se notan, no hastian tanto como en los demás escritos suyos que se ha pretendido darlos como inspiraciones sobrenaturales, y hasta se olvidan fácilmente, en atencion á lo vivo de las descripciones, á lo feliz de la frase, á la oportunidad de la observacion ó al hechizo que difunde en todos sus conceptos. Son, en suma, verdaderos modelos del género epistolar casi todas las cartas de *Santa* Teresa, y pueden competir en naturalidad y atractivo con las mejores que se han publicado en castellano.

El trabajo breve en prosa, titulado *Exclamaciones*, merece tambien especial mencion. Componen este tratadito una série de meditaciones hechas por *Santa* Teresa en distintas ocasiones, despues de comulgar; y hay en este escrito tan amoroso fuego, que admira cómo se dejaba enfervorizar aquella alma por el acto de la comunion, y cómo tomaba motivo de una ilusion de su mente para abismarse en dulcísima contemplacion en el seno del Sér Supremo. El favor señaladísimo que Teresa creia haber recibido de Dios cada vez que se acercaba á la mesa eucarística, el dulce consuelo que la embriagaba todos sus sentidos y potencias, y aquella constante preocupacion suya de que terminara pronto la vida para eternamente gozar de las delicias de un paraiso ilusorio, la hacian prorumpir en ayes lastimeros, en amorosas quejas, en ternezas espirituales que la arrebataban en espíritu, obligándola á vivir en un mundo fantasmagórico.

Pero si no podemos elogiar el libro de las *Exclamaciones*, ni por su doctrina, ni por la tendencia en ellas predominante, debemos con gran justicia encomiarlo en cuanto á las dotes de su estilo; porque es indudablemente, bajo este concepto, el mejor de todos sus libros; porque hay allí arranques de sentimiento bellísimos, delicados conceptos, magnificencia de ideas, perfectamente expresadas, y esas frases llenas de hermosura y fervor que exteriorizan maravillosamente los transportes y dulcedumbres de las almas contemplativas. Como muestra del estilo, en que Teresa imita aquí mucho á Luis de Granada, aunque sin igualarle y ménos excederle, véase la exclamacion siguiente: «¡Oh, Dios de mi alma! ¡Qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento,

si es, el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? Cercáronme los dolores de la muerte: ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estais, mi Dios, de ellos! ¿A dónde podeis ir que no os atormenten? De todas partes os dan heridas mortales. ¡Oh, cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; casi no halla de quién se fiar. ¡Oh, amigo verdadero! ¡Qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh, cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por sólo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habian de querer resucitar, aunque Su Majestad les diese voces. ¡Oh, bien mio, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad á estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida, se la deis, para que despues, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitáredes. Por una mujer pecadora lo hicistes: véisla aquí, Dios mio, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido, por las que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vos. ¡Oh, los que estais mostrados á deleites y contentos y regalos y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habeis de estar sujetos siempre, siempre sin fin á las furias infernales: mirad, mirad que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no teneis un solo momento segura la vida; ¿por qué no quereis vivir para siempre? ¡Oh, dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.»

El *Libro de las constituciones*, los *Avisos de la Madre para sus monjas* y el *Modo de visitar los conventos de religiosas*, son tres opúsculos de *Santa* Teresa que carecen de condiciones propiamente literarias y no deben ser objeto de la crítica.

Tampoco merecen los honores de ésta sus poesías, pues si bien es bastante notable aquella tan conceptuosa y tan encomiada que empieza

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero, porque no muero,

la verdad es que las demás que se dan por suyas, ó caprichosamente se la atribuyen, carecen, con rarísima excepcion, hasta de los atractivos que saben comunicar á sus concepciones áun los vates más adocenados y de ménos estro.

Con el extenso juicio crítico que dejamos hecho de todas y de cada una de las obras literarias de *Santa* Teresa, queda terminantemente demostrado que si puede considerársela como escritora notable, especialmente por sus *Moradas*, los *Conceptos del amor de Dios*, *Las Exclamaciones* y su coleccion de cartas, no es digna de ese gran renombre de que ha gozado hasta ahora bajo la proteccion del fanatismo de unos y de la condescendencia de otros; y mucho ménos puede sostenerse, siguiendo su errónea afirmacion, que estuvo inspirada del Cielo miéntras escribia, ni que mano invisible trazaba los caractéres en el papel, ni que la dictaba sus palabras el mismo Hacedor Supremo. No rebajemos á la Divinidad con tan peregrinas puerilidades. Una inteligencia que estuviera directamente guiada ó inspirada por el Dios omnipotente, omnisciente y perfectísimo, no podia producir obras como las de *Santa* Teresa, que adolecen de muchedumbre de imperfecciones, que ni áun remotamente tienen atributos de omnisciencia, y que les falta mucho, no ya para exceder los trabajos de otros autores religiosos que no son reputados como santos, sino para igualar siquiera las composiciones de muchos escritores profanos, que sin inspiracion del Dios de los visionarios, pero con grandes dotes de talento y de inventiva, legaron á la patria literatura sus modelos más admirables y sublimes.

Teresa de Jesús, sí,—¿cómo negarlo?—era una mu-

jer de gran perspicacia, de brillante imaginacion y de iniciativa; pero de esto á literata eminente, á hablista clásica, á inspirada de Dios, como se pretende aún por muchos críticos indignos de tal nombre, media un abismo. Además de que, una mujer que desde su adolescencia habia sido muy aficionada á la lectura, como ella misma afirma, escribiera despues, mejor ó peor, algunos libros, no sólo no tiene nada de extraño ni de prodigioso, sino que tiene mucho de prosáico y de vulgar.

Y no se objete que Teresa escribia el castellano con pureza de diccion, y por tanto deben dispensársela todos sus defectos de estilo; que sería eso argumentar de manera bien pobre. En los escritos no sólo hay que buscar la pureza del lenguaje, sino tambien la hermosura de los períodos, los atractivos de una elocucion escogida, los encantos inapreciables de la elegancia. Venegas escribió con más pureza que la *Santa* de Avila, y nadie se acuerda por eso de leer su árido y escabroso estilo. Chateaubriand, que tan delicado gusto literario tenía, exige como principal condicion de un escrito el exorno de un estilo escogido y ameno. Las obras de Teresa, por regla general, carecen de esa perfeccion indispensable.

Verdad es que hoy ya sólo el fanatismo se atreve á sostener lo de la pretendida inspiracion sobrenatural en las obras de *Santa* Teresa; verdad es que hoy ya sólo los críticos ultramontanos, tan obcecados como arbitrarios en sus juicios, osan afirmar que «no hay libro ninguno español tan leido como los de las obras de *Santa* Teresa;» verdad es tambien que hoy ya sólo las personas que rinden culto á los absurdos del pasado podrán seguir percibiendo la *celestial doctrina*, de que habla la Iglesia, en los escritos de la monja abulense; verdad es, por último, que hoy ya sólo á los escritores de la escuela retrógrada puede ocurrírseles el aseverar que «ni Cervántes con su *Quijote*, ni Lope y Calderon con sus composiciones dramáticas, ni Leon y Granada, á pesar de la importancia de sus escritos ascéticos, son tan conocidos y nombrados como la célebre autora del *Camino de la perfeccion* y *Las Moradas*;» pero, en cambio, el eclecticismo, si bien no insiste en la supuesta inspiracion divina, ni reconoce superioridad literaria en *Santa* Teresa respecto de los

grandes clásicos de nuestra nacion, ni llega á suscribir los desvaríos propagados por sus preconizadores inconscientes, esparce nuevos delirios, y trata de dar á la monja de la Encarnacion, en otro concepto, mayor importancia ante la sociedad moderna; porque si sus antiguos admiradores hicieron de ella una santa, una escritora incomparable, una predilecta esposa de Dios, los modernos, sin su fe, pero con esa ridícula hipocresía que es la enseña de cuantos escritores se afanan por estar á bien con el pasado que les desagrada, y con el presente que les sustenta, y con el porvenir que les seduce, procuran presentarla, siguiendo y ampliando las benévolas frases de Luis de Leon, como la gran maestra de teología mística en nuestra patria, como la que derramó á raudales en sus libros «la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron.»

¡Y ese eclecticismo hipócrita lamenta que no se haya emprendido todavía una obra con el objeto de exponer la filosofía que se contiene en los escritos de Teresa!! Los mismos críticos que niegan que *El Quijote*, esa obra puramente humana, escrita con un fin superior á las trivialidades del momento, con un intento grandioso, original de un talento superior por extremo, aleccionado con valiosísimas experiencias, experto para poder ofrecer la más profunda enseñanza moral y filosófica en bellos é ingeniosísimos cuadros, rebosando amor, atractivo, dulzura y perfeccion; los mismos críticos, repetimos, que niegan que *El Quijote* entrañe una tendencia más elevada y sublime que la simple censura de los libros andantescos, esos son tambien los que quieren y desean que se publique una obra donde se manifieste la filosofía que atesoran los libros de *Santa* Teresa, libros inspirados en una preocupacion de determinadas épocas, libros que no responden más que á los errores difundidos por los egoismos religiosos, sin un objetivo verdaderamente grande, escritos sin plan, sin eximio gusto literario, desprovistos de esa importancia que tienen todas las obras de los autores eminentes, quienes saben inculcar en sus concepciones los más sanos y prácticos principios filosóficos.

No prevalecerán, no, seguramente, las nuevas sutilezas de los críticos á que nos referimos. No se podrá nunca formar un tratado de filosofía de obras que nin-

guna presentan ni contienen. Los místicos españoles, y especialísimamente *Santa* Teresa, más que los místicos de otros países, se prestan muy poco á la deduccion de semejante enseñanza. La doctrina en que se basan, los dogmas en que ciegamente creen, la fe con que dan crédito á las patrañas más detestables, la pobre idea que se forjan de la Causa primera, el afan con que predican las máximas más repulsivas, la persistencia con que hablan de castigos inexorables, haciendo de Dios un verdugo, un sér vengativo, un poder siempre en lucha con otro poder inferior, á quien, sin embargo, tolera la práctica de todas sus perversidades para condenacion del débil y salvacion gloriosa del fuerte; todo, en fin, se opone á que pueda sacarse de tales absurdos un sistema de verdadera filosofía, con fundamento lógico, con los genuinos caractéres que debe ostentar todo principio en tan altos conceptos inspirado; sistema de sincera abnegacion por todos, de entrañable caridad hácia todos, de justicia para todos, sin prevenciones, sin odiosidades, sin diferencias de sectas, creencia ni religion; sistema de grandiosa fraternidad universal, que no supo ni quiso comprender nunca la escuela misántropa y exclusivista de *Santa* Teresa y de los místicos españoles.

No hay, pues, filosofía, en el recto sentido de esta palabra, en las obras de *Santa* Teresa. Podrá haber doctrinas erróneas, afirmaciones opuestas á todo racional criterio, aberraciones de la inteligencia, delirios de la mente, manías, visiones, creencias repulsivas sobre cuestiones trascendentales, ideales contrarios á la elevada nocion de la justicia y del bien, aparato de exterioridades infructuosas; pero no verdadero amor á la sabiduría, no percepcion sublime de la Divinidad, no opiniones sensatas sobre los fines sociales, no idea clara y admisible de la verdadera mision de las colectividades y los individuos en la existencia terrena, no concepcion adecuada y grandiosa de la humanidad.

Solamente una filosofía puede sacarse de los escritos de *Santa* Teresa: la filosofía del contrasentido, de la negacion y del desvarío; la filosofía, en una palabra, del absurdo.

FIN.

NOTAS

NOTAS

1. Página 9.—«La Madre Teresa de Jesús fué llamada doña *Teresa de Ahumada*, hasta que fundó el primero de sus monasterios, que fué San José de Avila, y desde entónces se comenzó á llamar Teresa de Jesús.» *(Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, escrita por el P. Dr. Francisco de Rivera, capítulo III, libro 1.°: Salamanca, 1590.)

2. Pág. 12.—Rivera: *Vida*, cap. IV, libro 1.°

3. Pág. 12.
Regis superni nuntia,
Domum paternam deseris,
Terris Teresa barbaris
Christum datura, aut sanguinem.
(Horæ diurnæ breviarii romani.)

4. Pág. 13.—La misma Teresa confiesa en su *Vida*, capítulo VII, que con «su maña procuraba la tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, *fingiendo cristiandad.*» Y en el mismo *Libro de su Vida*, cap. VI, dice: «Para el mal y curiosidad y vanidad, tenía gran maña y diligencia: el Señor me perdone.» Dios la haya perdonado; que no se debe de exagerar tanto.

5. Pág. 14.—*Santa* Teresa: *Libro de su Vida*, cap. I.

6. Pág. 14.—Ibid., cap. II.—Rivera, *Vida*, cap. V, libro 1.°

7. Pág. 14.—Doce hijos, nueve varones y tres hembras tuvo el padre de Teresa en sus dos casamientos; el primero con Catalina del Peso, y el segundo con doña Beatriz de Ahumada.

8. Pág. 15.—«Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma.» (*Santa* Teresa: *Libro de su Vida*, cap. III.)

9. Pág. 15.—Ibid., cap. II.

10. Pág. 16.—Ibid.

11. Pág. 16.—«Tenia primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenian otros cabida para entrar, que era muy recatado; *y pluguiera á Dios que lo fuera y de éstos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han*

de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que ántes despiertan para meterse en él.» (*Santa* Teresa: *Libro de su vida*, cap. II.) «Y aunque ella (Teresa), como para todo tenia gran maña, *buscaba mil invenciones para que su padre no sintiese sus tratos*, ni su honra corriese riesgo, no pudo tanto que él no tuviese alguna sospecha y su buen nombre alguna nota.» (Rivera, *Vida*, cap. V, libro 1.°)

12. Pág. 17.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. II.
13. Pág. 17.—Ibid.
14. Pág. 18.—Ibid.
15. Pág. 18.—Rivera: *Vida*, cap. V, libro 1.°
16. Pág. 19.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. II.
17. Pág. 20.—Rivera: *Vida*, cap. VIII, libro 1.°
18. Pág. 21.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. II.
19. Pág. 22.—Ibid.
20. Pág. 22.—«Estuve año y medio en este monasterio: comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios; que me diere el estado en que le habia de servir; *mas todavía deseaba no fuese monja, que este no fuese Dios servido de dármele, aunque tambien temia el casarme...* Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces, y luego se quitaban, *y no podia persuádirme á serlo.*» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. III.)
21. Pág. 22.—Ibid.
22. Pág. 22.—Ibid. «Su ejercicio (dice Teresa) era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo: haciame los leyese, *y aunque no era amiga de ellos*, mostraba que sí.» Otra prueba de fingimiento.
23. Pág. 23.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. IV.
24. Pág. 31.—*La Leyenda de Oro*: 15 de Octubre: Santa Teresa de Jesús, vírgen y fundadora: tomo III de la edicion de Barcelona, año 1866, páginas 259 y 60.
25. Pág. 31.—Rivera: *Vida*, cap. II, libro 1.°
26. Pág. 31.—Ibid., cap. XVIII, libro 4.°
27. Pág. 31.—Consúltense sobre todo la *Patología interna*, por Niemeyer, edicion española, Madrid, 1870, tomo III, seccion 4.ª, cap. V; y la *Patología interna*, por Monneret, Madrid, 1868, tomo I, páginas 138 á 153.
28. Pág. 32.—*Libro de las Relaciones*: relacion 1.ª: edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, Madrid, 1861: páginas 146 y 147.
29. Pág. 32.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXV.
30. Pág. 33.—Ibid., cap. VII.
31. Pág. 33.—Teresa: *Libro de las Relaciones*: relacion 2.ª, pág. 149.
32. Pág. 33.—Rivera: *Vida*, cap. XVII, libro 4.°
33. Pág. 34.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. IV.

34. Pág. 34.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. IV.
35. Pág. 34.—Rivera: *Vida*, cap. VII, libro 1.°
36. Pág. 35.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. V.
37. Pág. 36.—Ibid.
38. Pág. 37.—Ibid.
39. Pág. 37.—Dícelo así el P. Rivera en el cap. VII, libro 1.°, de la *Vida* de la Madre Teresa.
40. Pág. 37.—Ibid.
41. Pág. 38.—Niemeyer, tomo III, pág. 625.
42. Pág. 39.—Ibid, id., pág. 618.
43. Pág. 40.—Monneret, tomo I, páginas 147 y 51.
44. Pág. 40.—Rivera: *Vida*, cap. VII, libro 1.°
45. Pág. 41.—Monneret, tomo I, pág. 145.
46. Pág. 41.—Ibid.
47. Pág. 41.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. VI.
48. Pág. 41.—*Escritos de Santa Teresa*, edicion de Rivadeneyra, Madrid, 1861: pág. 11.
49. Pág. 43.—*Las Moradas*: moradas sextas, cap. XI.
50. Pág. 43.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXIX.
51. Pág. 43.—Ibid., cap. XIX.
52. Pág. 43.—Ibid.
53. Pág. 44.—*Libro de las Relaciones*: relacion VIII: edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, Madrid, 1861: pág. 165.
54. Pág. 44.—Ibid.
55. Pág. 44.—Ibid.
56. Pág. 45.—Niemeyer, tomo III, pág. 619.
57. Pág. 45.—Monneret, tomo I, pág. 141.
58. Pág. 46.—Ibid., id., pág. 142.
59. Pág. 46.—Niemeyer, tomo III, pág. 620.
60. Pág. 47.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XX.
61. Pág. 47.—Monneret, tomo I, pág. 142.
62. Pág. 47.—Ibid., id., pág. 154.
63. Pág. 47.—Niemeyer, tomo III, pág. 630.
64. Pág. 48.—*Tratado completo de patología y terapéutica general y especial*, publicado por los redactores de la biblioteca escogida de Medicina y Cirujía: Madrid, 1846: tomo V, página 345.
65. Pág. 48.—Monneret, tomo I, pág. 151.
66. Pág. 48.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXIX.
67. Pág. 49.—Monneret, tomo I, pág. 144.
68. Pág. 49.—Rivera: *Vida*, cap. XV, libro 3.°
69. Pág. 49.—Monneret, tomo I, pág. 143.
70. Pág. 50.—Rivera: *Vida*, cap. XVI, libro 4.°
71. Pág. 51.—Niemeyer, tomo III, pág. 609.
72. Pág. 52.—Rivera: *Vida*, cap. XVII, libro 4.°
73. Pág. 53.—Para comprobacion de lo que decimos, debe recordarse que en las Córtes de 1571 presentaron los procuradores una peticion, en la que se decia que ningun médico

pudiera graduarse en medicina en las Universidades, sin que precediera el grado de bachiller en astrología, «pues por no entender (son las palabras textuales) los movimientos de los planetas y los dias críticos, yerran muchas curas.» (Lafuente: *H. G. de E.* Madrid, 1862: tomo VII, pág. 509.)

74. Pág. 53.—«El tratamiento, que tiene por objeto (dice Monneret, tomo I, pág. 152) prevenir la enfermedad, debe tomarse enteramente de la higiene, y no difiere del que sirve para curarla. No tenemos el propósito de trazar las reglas que conviene seguir para llegar á modificar el estado moral y físico de la mujer, pues esto equivaldria á exponer su higiene entera. Tan sólo recordaremos que en la histeria tiene el médico á su cargo la moral de la enferma, y que con sus drogas, aisladamente, nada conseguirá, como no tenga bastante poder para cambiar sus hábitos físicos y morales, conduciéndola á hacer ejercicios corporales, y á abandonar la vida contemplativa que lleva.»

75. Pág. 54.—«La ninfomanía constituye á veces el acto morboso predominante, no debiendo confundirla con la excitacion venérea que en la mujer histérica hacen nacer la mala direccion de espíritu y la depravacion de los sentidos.» (Monneret, tomo I, pág. 151.)

76. Pág. 55.—Monneret, tomo I, páginas 143, 44 y 49.

77. Pág. 56.—Ibid., id., pág. 105.

78. Pág. 56.—Ibid., id., páginas 106 y 107.

79. Pág. 57.—Rivera: *Vida*, cap. XXI, libro 4.°

80. Pág. 58.—Monneret entre ellos: véase su citada obra, tomo I, pág. 99.

81. Pág. 58.—Especialmente D. Vicente de La Fuente en sus *Preliminares* á los escritos de Santa Teresa: edicion de Rivadeneyra, pág. XIII, párrafo III.

82. Pág. 59.—«No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis vos. Querria ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja: ve que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de vos.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XVI.)

83. Pág. 59.—Teresa: *Libro de las Fundaciones*, cap. VII.

84. Pág. 60.—Ibid., id., cap. IV.

85. Pág. 60.—«Tomaba una cruz en la mano, y parecia verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me ví otra en breve tiempo, que no temeria tomarme con ellos (los demonios) á brazos; que me parecia fácilmente con aquella cruz los venciera á todos: y así dije: Ahora, ¡venid todos, que quiero ver qué me podeis hacer!» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXV.)

86. Pág. 60.—«Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos y gustos y pasatiempos sensuales...» «Aquí eran

mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentia, viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y deseos entónces, por aquel rato, digo, estaban firmes.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. VII.)

87. Pág. 60.—Rivera: *Vida*, cap. XVI, libro 2.°

88. Pág. 61.—«Algunas veces podia algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayan fuerte: quedaba despues cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y áun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo hasta levantarle. Esto ha sido pocas veces, porque como una vez fuese á donde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena, porque me parecia cosa muy extraordinaria, y que habia de haber luego mucha nota, y así mandé á las monjas no lo dijesen. Mas, otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una, estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocacion) en un sermon, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XX.)

89. Pág. 61.—Teresa: *Libro de las Relaciones:* relacion IV: edicion de los escritos de la *Santa*, por Rivadeneyra, páginas 154 y 155.

90. Pág. 61.—Rivera: *Vida*, cap. X, lib. 4.°—El Sr. Don Vicente La Fuente inserta en una nota de la edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, pág. 155, las coplitas que originaron el ataque. No carecen de gracia. Así dicen:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno:
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.

1.ª

Vea quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere
Veré mil jardines.
Flor de serafines,
Jesús Nazareno,
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.

2.ª

No quiero contento,
Mi Jesús ausente;
Que todo es tormento
A quien esto siente.
Sólo me sustente
Tu amor y deseo:
Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno.

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno:
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.

91. Pág. 61.—Teresa: la misma relacion ántes citada.

92. Pág. 62.—Es decir, todo lo diametralmente contrario á lo que preceptúan los tratados de Patología sobre el trata-

miento de la histeria. Véase Monneret, tomo I, páginas 152 y 153.

93. Pág. 62.—Precisamente lo opuesto á lo que prescribe la ciencia médica: ferruginosos, buena alimentacion, etc. Monneret, tomo I, pág. 153.

94. Pág. 62.—Son aplicables las mismas observaciones de la nota anterior.

95. Pág. 63.—El mal tratamiento de su cuerpo era el único remedio que se aplicaba la *Santa* para curar su histerismo, cuando la higiene moral y física aconseja como los más eficaces y apropiados el buen tratamiento del cuerpo y el completo abandono de la vida contemplativa.

El párrafo de Rivadeneyra, que copiamos en el texto, pertenece á su *Vida* de Santa Teresa, inserta en *La Leyenda de Oro*, edicion de Barcelona, año de 1866, tomo III, páginas 259 y 260.

96. Pág. 63.—Rivera: *Vida* cap. XVIII, lib. 4.°

97. Pág. 64.—Niemeyer, tomo III, pág. 621.

98. Pág. 64.—Sobre el espíritu de imitacion, antojos, excentricidades y procedimientos extraños de las histéricas, véanse las obras de Monneret y Niemeyer en los tomos citados, y cualquier tratado extenso de *Patología interna*.

99. Pág. 64.—Nos referimos á la célebre Sor Patrocinio.

100. Pág. 67.—Véase sobre esto lo que dice *Santa* Teresa en el *Libro de su Vida*, cap. VII.

101. Pág. 68.—Entre otras obras importantes, que así lo comprueban, merecen ser consultadas por la multitud de datos que ofrecen y discrecion de juicios, la *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente, y la *Historia crítica de la Inquisicion*, por D. Juan Antonio Llorente.

102. Pág. 69.—Especialmente Fr. Francisco de Osuna, en su *Abecedario Espiritual* (quinta parte), y Fr. Pablo de Leon, en su *Guía del Cielo:* la primera obra se publicó en Búrgos, año de 1542; la segunda en Alcalá de Henares, año de 1553.

103. Pág. 69.—Lafuente: *Historia general de España*, tomo VII, Madrid, 1862: parte 3.ª, libro II, cap. XXIV.

104. Pág. 70.—Ibid. En nota á la pág. 508, copia Lafuente una real cédula de Felipe II á su corregidor de Zamora para que fuesen castigados «la soltura y excesos de las monjas de tres monasterios de aquella ciudad de la tercera regla de San Francisco.»

105. Pág. 70.—Sessio XXV.

106. Pág. 70.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. VII.

107. Pág. 72.—Ibid., capítulos VII, VIII, IX, X, XIX, XXIII y otros.

108. Pág. 72.—«Tenia allí una monja, que era mi parienta antigua, y gran sierva de Dios, y de mucha religion: esta tambien me avisaba algunas veces, y no sólo no la creia, mas

disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. VII.)

109. Pág. 72.—Rivera: *Vida*, cap. VII, libro 1.° «Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeccion, que ningun caso hacia de pecados veniales, y los mortales, aunque los temia, no como habia de ser, pues no me apartaba de los peligros.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. VIII.)

110. Pág. 73.—Ibid., cap. XXIV.

111. Pág. 73.—Ibid., cap. XXXII, lo del infierno. Lo de los sapos lo refiere Teresa en el mismo libro, cap. VII, por estas palabras: «Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hácia nosotros (y otras personas que estaban allí tambien lo vieron), una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiera haber semejante sabandija en mitad del dia, ni nunca la ha habido, y la operacion que hizo en mí, me parece no era sin misterio. ¡Oh, grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!»

112. Pág. 73.—«Habiendo un dia comulgado, dice Teresa en el *Libro de su Vida*, cap. XXXII, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas (salirse del convento de la Encarnacion y hacer un nuevo monasterio), haciéndome grandes promesas de que no se dejaria de hacer el monasterio, y que se serviria mucho de él, y que se llamase San Josef, y que á la una puerta nos guardaria él, y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaria connosotras, y que seria una estrella que diese de sí gran resplandor; y que, aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servia poco en ellas; que ¿qué seria del mundo, si no fuese por los religiosos?» Las sociedades modernas opinan lo contrario que el Dios de *Santa* Teresa: sin religiones ni religiosos se puede muy bien pasar el mundo, y áun con hartas ventajas para el progreso de las sociedades y paz de los pueblos.

113. Pág. 74.—«Duo supra triginta Monasteria inops potuit ædificare, omnibus humanis destituta auxiliis, quinimo adversantibus plerunque sœculi príncipibus.»

114. Pag. 74.—*Sermoens do Reverendissimo Padre Mestre Fr. Antonio de Santo Elyseo:* Lisboa, 1736: páginas 304 y 308.

115. Pág. 75.—Rivera: *Vida*, cap. XIII, libro 1.°

116. Pág. 75.—«Y aunque en la casa donde estaba, habia muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, á causa de tener gran necesidad, salian las monjas muchas veces á partes, á donde con toda honestidad y religion podíamos estar; y tambien no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme á lo que en toda la Orden, que es con bula de relajacion, y tambien otros inconvenientes, que me parecia á mí tenia mucho regalo, por ser la casa grande y de-

leitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas, á quien los prelados no podian decir de no, gustaban estuviese yo en su compañía, importunados, mandábanmelo; y así, segun se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debia ayudar para que no estuviese en casa.» (Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXII.)

117. Pág. 76.—Rivera: *Vida*, cap. XIII, libro 1.°

118. Pág. 78.—En las notas sucesivas se hallarán pruebas terminantísimas de la verdad de nuestros asertos.

119. Pág. 78.—El párrafo V de las constituciones primitivas de Teresa, insertas por el P. Yepes en su *Vida* de la Santa, determina que, «no obstante el confesor ordinario, podrá la priora, no sólo las tres veces que el Concilio de Trento permite, pero tambien otras, admitir para confesar las tales religiosas, algunas personas religiosas de los tales descalzos y otros religiosos de cualquier Orden que sean, siendo personas de cuyas letras y virtud tenga la priora la satisfaccion que conviene; y que NI EL PROVINCIAL QUE AHORA ES Ó POR TIEMPO FUERE, NO LES PUEDA QUITAR ESTA LIBERTAD.»

120. Pág. 78.—«La libertad para confesiones (dice Yepes) deseó mucho la Santa Madre la tuviesen sus monjas... Pero como no hay cosa, por buena que sea, que no esté expuesta á muchos males, con el tiempo descubrió la Santa Madre, que lo que habia ordenado para medicina de sus monjas, se les podia convertir en ponzoña...; y así lo dijo ella á una priora que hoy vive, y de las más santas de sus monasterios, por estas palabras: «*Muy confusa estoy en este punto, que puse en las constituciones porque cuando se hizo esta constitucion, habia mucho espíritu y sinceridad; temo adelante no se aprovechen de ella para andar visitadas y tratar melancolías, que valdria más no las supiesen sino los de la Orden.*»

121 y 122. Páginas 78 y 79.—«N. P. Fr. Antonio de Jesús en el capítulo general de 1600, dijo: «la Madre Teresa de Jesús que está en el Cielo, sintió mucho este trato de este Padre (Gracian) y de esta religiosa (María de San José), y me dijo á mí pocos dias ántes que muriese que le habia pesado, por haberle hecho provincial, y que veia muy á la clara estar sus monjas desaprovechadas y poco medradas con sus tratos.» (*Memorias historiales*, tomo II: Biblioteca nacional: Q. A. misceláneas, núm. 54: citadas por D. Vicente de La Fuente, edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, página 263.) Las *Memorias historiales de Santa* Teresa están escritas por Fr. Andrés de la Encarnacion, quien toma muchos de sus relatos, al decir suyo, de un manuscrito de Fray José de Jesús María. De modo que, segun las textuales palabras de Fray Antonio de Jesús, que asistió en sus últimos momentos á *Santa* Teresa, y debia estar perfectamente enterado de todo, hubo tratos y relaciones muy reprensibles entre María de San

José y el Padre Gracian. Sin embargo, la referida monja y priora de los conventos de Sevilla y Lisboa, dice en un escrito suyo que todo era calumnia y vileza con que se trataba de desconceptuar á Gracian y dejar en mala reputacion á ella. «A los que sabian la verdad (habla María de San José), y me conocian, decian que un fraile habia levantado aquel escándalo, y publicádolo por la religion, y le habian castigado y quitado el hábito, porque sabian quién yo era, y por volver por mi honra; y nunca tal fué, ni ha sido, ni tal fraile ha habido. A los que no me conocian, decian que habia catorce años que no nos podian apartar de esta amistad, de que estaba toda la religion escandalizada. A los que estaban en Lisboa, y conocian y sabian nuestro trato, decian que estas maldades habiamos hecho en Sevilla. A los que allá sabian lo que habia pasado, decian que en Lisboa en la fundacion de este convento habia sido todo.» *(Historia de los descalzos y descalzas carmelitas,* manuscrito autógrafo, existente en la Biblioteca nacional, citado por D. V. La Fuente, edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, páginas 262 y 263.) En el mismo manuscrito se lee lo siguiente: «Estando no poco contentos (los frailes perseguidores) de haber salido con cuanto querian, que como buenos negociadores, astutos y con favor, habian quitado el hábito al buen P. Gracian, cosa que ellos habia mucho que deseaban y tramaban... Habian tambien salido con que no fuese admitido el Breve de Sixto V, que en favor nuestro dió; y lo que más nos ha maravillado y nos ha dado confianza que la Santa Madre, desde el Cielo, ha de volver por su causa, es, que á los ojos de todo el mundo que sabe esta verdad... decian que nunca tales constituciones habia dado la Madre Teresa de Jesús, y que habiamos mentido al Papa y engañado á los cardenales, haciéndoles entender que eran suyas, inventando nosotras otras por libertad, como relajadas.»

El Sr. D. Vicente de La Fuente, al copiar el manuscrito de María de San José, observa que «la venerable habla en estas cosas con demasiado calor y energía, y que, siendo ella parte interesada y agraviada, conviene oir sus aseveraciones con un poco de pulso y desconfianza.»

¿A quién habremos, pues, de dar crédito? ¿Al P. Fr. Antonio de Jesús, ó á María de San José? ¿Quién decia la verdad, los partidarios de Gracian, ó los partidarios de Doria? ¿Quién calumniaba á quién? Preguntas son estas que no pueden satisfactoriamente ser contestadas en vista de los documentos contradictorios que existen; pero una verdad indiscutible se deducede ellos, á saber: que las miserias claustrales eran grandísimas entre los carmelitas descalzos y no descalzos desde casi los comienzos de la reforma.

123. Pág. 79.—Especialmente los de Lerma y Corella. (Véase *Historia crítica de la Inquisicion de España,* por don

J. Antonio Llorente: Barcelona, 1836: tomo VII, cap. XL, artículo 2.º)

124. Pág. 79.—«Doña Agueda de Luna, natural de Corella, entró monja carmelita descalza en el convento de Lerma por los años de 1712, con fama de virtud extraordinaria y áun de santidad desde su primera juventud... Vivió allí más de veinte años, aumentando por dias su renombre de santa con éxtasis, y áun con el don de hacer milagros, segun publicaban el hermano Juan de Longas, el prior de Lerma, el provincial y otros frailes del primer rango; porque todos eran cómplices y tenian interés en publicar la santidad de la Madre Agueda. Se trató de fundar en su patria un convento, y los prelados consiguientes nombraron á la Madre Agueda para fundadora y prelada. Allí continuó su mala vida. (Llorente: *H. C. de la I.*, tomo cit., pág. 178.)

125. Pág. 79.—«No están sujetos á duda los partos, pues constando por declaracion de Vicenta de Loya el sitio en que se sepultaban los niños matados de intento, se cavó por órden del Santo Oficio, y se hallaron muchos huesos que confirmaban el suceso.» (La misma obra y tomo, pág. 183.)

126. Pág. 79.—«Doña Vicenta de Loya y Luna, sobrina carnal de la Madre Agueda, entró niña de nueve años en el convento de Corella, cuando su tia vino de Lerma por fundadora; la cual le enseñó su mala doctrina con el auxilio del provincial Fr. Juan de la Vega, con tanta eficacia, que, segun confesion suya, la tenia sujeta con sus propias manos cuando éste la desfloró violentamente, diciendo que así tendria ese mérito más ante Dios.» (La misma obra y tomo, pág. 182.)

127. Pág. 80.—Doña Vicenta de Loya y Luna confesó que «tenía por lícitas las cosas que practicaba, porque se lo enseñaban sus confesores y su tia, personas reputadas por virtuosas, y áun su tia por santa.» (Ibid.)

128. Pág. 80.—«Para cuyos sucesos (partos, abortos procurados con bebidas) auxiliaban á la Madre Agueda los frailes cómplices y las monjas pervertidas.» (Ibid., pág. 179.)

129. Pág. 80.—Confírmase así plenamente en todos los escándalos referidos por Llorente en el tomo ya citado de su obra.

130. Pág. 80.—«Por fin, despues de innumerables iniquidades, cubiertas con fingidos ayunos y otros signos exteriores de santidad, fué denunciada la Madre Agueda al Santo Oficio de Logroño, en cuyas cárceles secretas murió de resultas del tormento.» (Ibid., pág. 180.)

131. Pág. 80.—«Fr. Juan de la Vega, natural de Liérganes, en las montañas de Santander, provincial de los carmelitas descalzos, era director espiritual y cómplice de la Madre Agueda desde el año de 1715, cuando él tenia treinta y cinco de edad. Segun su proceso, fué padre de cinco criaturas, que parió la Madre Agueda; dogmatizante y corruptor de otras

monjas, enseñando ser esta la verdadera virtud, y escribiendo la vida de su principal discípula como modelo de santidad, en la cual contaba multitud de milagros y cuanto era consiguiente á su objeto. El consiguió tambien tan grande fama de santo, que le renombraban el extático, y solian los frailes cómplices propagar la voz de que, despues de San Juan de la Cruz, no habia habido religioso más penitente. Hizo retratar á la Madre Agueda, y colocar su cuadro en el coro, con una redondilla, cuyas palabras, de sentido equívoco, eran éstas:

Planta, Jesús, con tu mano
La flor en mi corazon,
Y dará fruto en sazon,
Pues está el campo lozano.

Segun las declaraciones de cómplices, de monjas inocentes y de otras personas, tuvo tambien pacto con el demonio; pero él estuvo negativo áun en el tormento, que venció, á pesar de su ancianidad, confesando solamente haber recibido limosna de once mil y ochocientas misas como provincial, y no estar celebradas... Tambien estuvieron negativos el provincial y secretario de aquella época, y dos que habian sido secretarios en trienios anteriores, de su Orden, que sufrieron prision, tormentos, iguales declaraciones y reclusion en los conventos desiertos de Mallorca, Bilbao, Valladolid y Osma; pero confesó el cronista, por lo que se le hizo gracia de salir al auto sin sambenito.» (Llorente: obra citada, páginas 180, 81 y 82.)

132. Pág. 82.—*Historia de Compluto,* por D. Miguel Portilla, parte tercera: año de 1728.

133. Pág. 83.—Ibid.

134. Pág. 83.—Teresa: *Libro de su Vida,* cap. XXXV.

135. Pág. 83.—Ibid. «Y hasta que yo la hablé, no habia venido á mi noticia, que nuestra regla, ántes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; *ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento á que no tuviésemos cuidado de lo que habiamos menester, y no miraba á los muchos cuidados que trae consigo tener propio.*»

136. Pág. 84.—Lo dejamos así demostrado en las notas anteriores, copiadas de la *Historia crítica de la Inquisicion,* por Llorente.

137. Pág. 85.—Recuérdense las palabras textuales de Teresa, trascritas en la nota 135.

138. Pág. 86.—«Un breve habia venido á Doña Guiomar para la fundacion del monasterio; pero vino éste corto, y tenía dificultades, y era menester otro.» (Rivera: *Vida,* cap. XVII, libro 1.º)

139. Pág. 86.—Ibid.

140. Pág. 86.—En una relacion antigua de aquel convento, citada por D. V. de La Fuente (edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, pág. 255) se dice: «venimos á

este monasterio María de Jesús y Polonia de San Antonio y Juana Bautista á once dias del mes de Setiembre de 1562, y venimos á servir á la gloriosísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Monte Carmelo.»

141. Pág. 87.—El Sr. D. Vicente de La Fuente, aunque confiesa que se faltó á las formalidades jurídicas en la fundacion de San José, añade este comentario tan peregrino ó tan cándido: «si bien lo habia mandado el mismo Dios, que como supremo legislador puede dispensar en todas las leyes, y mucho más en las meras formalidades de éstas, con todo, no quiso relevar á la fundadora de las consecuencias de aquel hecho, que, en lo humano, parecia una infraccion de las leyes civil y canónica. Dios, que lo habia mandado, podia mover los corazones de las autoridades civiles y de los prelados religiosos á favor del pobre convento naciente, en vez de contrariarle; pero no quiso hacerlo al pronto, á fin de probar la constancia de Santa Teresa, y enseñarle así á la fundadora de tantos conventos la necesidad de respetar las leyes temporales.» De modo que el Dios de Santa Teresa queria y no queria á la vez; ordenaba una cosa á la fundadora, y no allanaba, pudiendo y debiendo hacerlo, las contrariedades, para que aquellos disgustos la sirviesen de aviso despues para respetar las leyes temporales. ¡Qué de ridiculeces escriben los ultramontanos!

Las palabras citadas de La Fuente pueden leerse en la edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, página 111.

142. Pág. 87.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXVII.—Rivera: *Vida*, cap. IV, libro 2.°

143. Pág. 87.—Ibid.

144. Pág. 87.—Rivera: *Vida*, cap. V, libro 2.°

145. Pág. 87.—Esta bula fué dada en Roma apud Sanctum Marcum, anno Incarnationis Dominicæ MDLXV, XV. Kal. Augusti, año sexto del pontificado de Pio IV.

146. Pág. 87.—Se insertó íntegro el texto de la bula en la *Vida* de Santa Teresa, compilada por los padres bolandistas en el tomo VII de Octubre de su *Acta Sanctorum:* Bruxelis, MDCCCXLV.

147. Pág. 88.—Así queda probado en la nota 140.

148. Pág. 89.—El padre Rivera dice en su *Vida* de Santa Teresa, cap. XXVI, libro 1.°, que la sierva de Dios, María de Jesús, vivió algunos años en el monasterio que fundó en Alcalá de Henares, «con muy santo ejemplo y acabó con gran santidad.» «No fundó (añade) más monasterios de éste, el cual yo ví el año de 1585, y hablé á la priora, y me informé así de la Madre María de Jesús como de lo que en el monasterio habia. De la Madre me dijo mucho de su santidad.»

149. Pág. 89.—Especialmente Doña Aldonza de Guzman y Doña Guiomar de Ulloa, ya citadas.

150. Pág. 90.—Se titula nuestra obra, que está dispuesta

para la estampa, *El Año Cristiano ante la razon y ante el sentido comun.*

151. Pág. 90.—Así lo han creido, no sin razon, varios cronistas descalzos. Entre ellos merece especial mencion el Padre Fr. Gerónimo de San José, quien en su *Vida del beato Padre San Juan de la Cruz*, dice: «Nuestro beato y devotísimo Padre San Juan de la Cruz, fué lustre y primitivo honor de esta su reformada familia, maestro, guía y capitan de los religiosos descalzos carmelitas. Que, aunque no se puede negar sino que es hijo espiritual, y el primogénito de nuestra Madre Santa Teresa; pero es juntamente padre de los demás hermanos suyos, por medio del cuidado de criarlos ya nacidos y disponer su aprovechamiento en la vida espiritual.» *(Obras espirituales... por San Juan de la Cruz:* Pamplona, 1774: pág. 2.)

152. Pág. 91.—Rivera: *Vida*, cap. XVII, libro 1.°

153. Pág. 91.—«Mudó parecer Teresa, no por su voluntad, sino porque personas muy letradas y espirituales hicieron grande instancia en que le mudase, y particularmente el Padre Maestro Fr. Domingo Bañes, diciéndola que, pues al Santo Concilio tridentino habia parecido cosa conveniente tener renta los monasterios, y especialmente era más menester esto en monasterios de monjas, no quisiese ella saber más que el Concilio, á quien alumbraba el Espíritu-Santo. Tambien se entiende (aunque de esto no estoy del todo cierto) que la mandó Nuestro Señor se llegase al parecer de estos sus siervos, y ella lo hizo así, como quien en todo obedecia á Dios y á sus ministros, y no se casaba con su propio juicio. No hubo en esto contradiccion ninguna en las revelaciones que tuvo; ántes fué gran providencia de Dios mandar primero lo uno; y despues lo otro.» (Rivera: *Vida*, cap. III, libro 2.°) ¡Cuántas sandeces en tan pocas líneas!

154. Pág. 92.—Rivera: *Vida*, capítulos III y V, libro 2.°

155. Pág. 92.—Ibid., cap. XVII, libro 1.°

156. Pág. 92.—«Y con la voluntad que tenia (Fray Juan Bautista Rubeo de Rávena) de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para que se hiciesen más monasterios, con censuras para que ningun provincial me pudiese ir á la mano.» (Santa Teresa: *Libro de las Fundaciones*, cap. II.)

157. Pág. 92.—Rivera: *Vida*, cap. IX, libro 2.°

158. Pág. 92.—Ibid.

159. Pág. 92.—Teresa: *Libro de las Relaciones*· relacion III. (Edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, pág. 151).

160. Pág. 93.—Rivera: *Vida*, cap. XI, libro 2.°

161. Pág. 93.—Ibid.

162. Pág. 93.—Teresa: *Libro de las Fundaciones*, cap. X.

163. Pág. 93.—Ibid.

164. Pág. 94.—Ibid.

165. Pág. 94.—Teresa: *Libro de las Fundaciones*, cap. X.
166. Pág. 94.—Rivera: *Vida*, cap. XIV, libro 2.°
167. Pág. 94.—Ibid.
168. Pág. 94.—Teresa: *Libro de las Fundaciones*, capítulo XVII.
169. Pág. 94.—«Y para todo era bueno tener el favor de Ruy Gomez, que tanta cabida tenia con el rey y con todos, aunque esto no me acuerdo si se me acordaba; más bien sé que no la queria disgustar (á la princesa de Eboli). Estando en esto, fuéme dicho de parte de Nuestro Señor: *Que no dejase de ir, que á más iba que á aquella fundacion, y que llevase la regla y constituciones.*» *Libro de las Fundaciones*, cap. XVII.)
170. Pág. 95.—Rivera: *Vida*, cap. XVI, libro 2.°
171. Pág. 95.—Ibid., cap. XVII, libro 2.°
172. Pág. 95.—Ibid.
173. Pág. 95.—Ibid., cap. II, libro 3.°
174. Pág. 95.—Ibid., cap. III, libro 3.°
175. Pág. 95.—Ibid., cap. VI.
176. Pág. 95.—Ibid.
177. Pág. 95.—Ibid., cap. VII.
178. Pág. 96.—Ibid., cap. IX.
179. Pág. 96.—Ibid., cap. X.
180. Pág. 96.—Ibid., cap. XI.
181. Pág. 96.—Ibid., cap. XII.
182. Pág. 96.—Ibid., capítulos XIII y XIV.
183. Pág. 96.—Véase la nota 113.
184. Aunque la nacion española era sumamente devota, por lo mismo que era muy fanática en tiempos de Santa Teresa, no puede negarse que las personas verdaderamente ilustradas veian con grandísimo disgusto la creacion de tanto albergue de monjes y monjas; ruina ciertísima para la patria. Bien á las claras demuestran la verdad de nuestra afirmacion las contínuas quejas de los procuradores en Córtes, y los mismos obstáculos que prudentemente opusieron á las fundaciones de Santa Teresa algunas personas y corporaciones.
185. Pág. 98.—María de San José, en una relacion de la fundacion del convento carmelita descalzo en Sevilla, publicada por D. Vicente de La Fuente en la edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, páginas 555-61, dice respecto de esto lo siguiente: «En este tiempo habia entrado en nuestra casa una gran beata, tenida por muy santa, y no pudiendo sufrir nuestra vida acordó, sin saberlo nuestra madre ni ninguna de nosotras, de concertarse su ida por medio de unos clérigos... y salida la pobrecita, por excusar su defecto, acordó acusarnos á la Inquisicion, diciendo que teniamos cosas de alumbradas.» Pero el P. Rivera, en la *Vida* de la Santa, cap. VI, lib. 3.°, asegura que la referida monja ó beata «estuvo en la religion algunos meses, y porque ella estaba hecha á otra manera de vivir diferente, en fin, la dejó, y se volvió á

la que ántes tenia. Era muy conocida en Sevilla, y tenia gran opinion de virtud, y el estar fuera ella, fué ocasion de muchas cosas que dijeron de las monjas, y de muchos testimonios que las levantaron, y muy pesados...» Y despues cita párrafos de una carta de Santa Teresa, en la cual dice la fundadora: «Ahora se entenderá ser todos desatinos, y tales eran los que decian por ahí, *que atábamos las monjas de piés y manos y las azotábamos*, y pluguiera á Dios fuera todo como esto.»

No diremos que la beata que se salió del recien fundado monasterio de Sevilla procediese con verdad al sostener que allí se ataba á las monjas de piés y manos, se las azotaba, y se las imponian otros graves castigos, de los que ella procuró librarse: queremos creer que todo era trama urdida para desconceptuar á Teresa; pero debemos hacer constar que tales castigos y correcciones se aplicaban en los conventos de carmelitas descalzas por prescripcion de las constituciones no ménos que por disposicion terminante de la fundadora.

La opinion de ésta respecto de cómo debia tratarse á las monjas melancólicas, voluntariosas ó rebeldes, como parece haberlo sido la beata sevillana, segun se desprende de lo dicho por Santa Teresa, María de San José y el Padre Rivera, era esta: «No hay otro remedio sino es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren: si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro.» (*Libro de las Fundaciones*, cap. VII.) Y en las constituciones, terminantemente se dice: «Si las acusadas de semejantes culpas (una de ellas el ser desobediente á la priora) fueren convencidas, y luego se postraren demandando piadosamente perdon, y desnudas las espaldas, porque reciba sentencia digna de sus méritos, reciba una disciplina, cuanto á la madre priora le pareciese, y mandada levantar, vaya á la celda diputada por la Madre Priora, y ninguna sea osada ajuntarse á ella, ni hablar, ni enviarla alguna cosa, porque conozca que apartada ha sido del convento, y sea privada de la compañía de los ángeles, y en tanto que está en penitencia no comulgue, ni sea asignada para algun oficio, ni le sea cometida alguna obediencia, ni la manden cosa; ántes, del oficio que tenia sea privada, ni tenga voz y lugar en capítulo; sea la postrera de todos hasta la plenaria satisfaccion; en refectorio no se asiente con las otras, sino en medio del refectorio vestida con su manto, y coma pan y agua...»

Lamentándose *Santa* Teresa de lo que acaeció en Sevilla, escribe en el cap. XXV del *Libro de su Vida*, lo siguiente: «Nadie pudiera juzgar que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, habia de haber ménos aparejo de fundar que en todas las partes que habia estado: húbole tan ménos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si el mismo clima de la tierra, que

he oido siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar que se la debe dar Dios, y en esto me apretaron á mí, que nunca me ví más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé.» No habia nada de influencias de clima ni de demonios: sólo habia que los sevillanos, como buenos andaluces, más despiertos y despreocupados que los naturales de las otras comarcas donde fundó Teresa, respondian ménos de lo que ella esperaba á sus proyectos perjudiciales.

186. Pág. 98.—Que eran hombres prudentes y colectividades sensatas las que se oponian á las fundaciones de conventos de descalzas, se comprueba leyendo la historia patria y viendo á qué grado de miseria y ruina condujeron á España, al concluir la dinastía austriaca, tanta muchedumbre de monasterios como existian entonces. Merece ser consultada sobre esto la *Estadística de España,* por D. Pascual Madoz: Madrid, 1835.

187. Pág. 100.—Falta indudablemente á la verdad cuando dice: *omnibus humanis destituta auxiliis.*

188. Pág. 101.—Véase la *Estadística de España,* por Madoz, y la *Historia general de España,* por D. Modesto Lafuente: Madrid, 1862, tomo IX.

189. Pág. 102.—El fanatismo y la ignorancia fueron los pincipales; pero desde la gran resolucion tomada contra las órdenes religiosas el año de 1835; desde que la instruccion y y la propaganda liberal esparcen por todas partes su benéfica influencia, el monaquismo arrastra una existencia precaria, mejor dicho, un incesante agonizar, y cuantas veces se ha intentado rejuvenecerlo, ha sido del todo inútil. Merece ser consultada sobre esto la curiosa obra de D. Fernando Garrido titulada *La Restauracion teocrática*: Barcelona, 1879.

190. . El P. Fuente Lapeña fué uno de los escritores más disparatados del reinado de Cárlos II. Especialmente en su obra sobre los duendes, desbarró hasta lo sumo. El título de tal engendro es éste: «El ente dilucidado: discurso único novísimo, que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles, y cuales sean. Compuesto por el Reverendísimo Padre Fr. Antonio de Fuente Lapeña, provincial que ha sido de la sagrada religion de capuchinos, en su provincia de Castilla..... En Madrid: en la imprenta real, año de 1676.» Para que se vea qué modo de discurrir tenia el buen Padre capuchino, basta con lo que sigue: «Estos duendes ó fantasmas ordinariamente se sienten, y su primer ser, como la experiencia lo enseña, en casarones inhabitados y lóbregos, ó en desvanes ó sótanos que de ordinario no se continúan. Luego se conoce que son animales engendrados de la corrupcion de los vapores gruesos que en semejantes desvanes, sótanos y lobregueces hay, por falta de habitacion, lumbre y comercio que purifiquen el aire. Pruébase esta consecuencia: lo primero, porque así parece se infiere de los lugares en que nacen hú-

midos, inhabitados, y donde el aire no se rompe. Y lo segundo, porque estos duendes, por una parte no se producen por creacion ni por natural dimanacion, sino por educcion, y por otra, esta educcion no se hace por verdadera generacion de vivientes: luego de *primo ad ultimum* sólo resta que se produzcan por corrupcion ó putrefaccion: no hay otro mixto más á propósito en dichos lugares que pueda corromperse para que de ellos se engendren dichos animales, que los vapores gruesos, *ut ex se patet*, etc., etc.»

«Que la forma del duende se produzca por educcion, se prueba así: Lo primero, á paridad de todas las demás formas substanciales corpóreas y materiales, que todas se educen de la potencia de la materia. Lo segundo, *a priori*, porque la educcion consiste y es produccion de una cosa con dependencia de sujeto en el sér, hacerse y conservarse; *sed sic est* que la forma del duende pende de la materia en el sér, hacerse y conservarse como todas las demás formas materiales, substanciales: *ergo*, etc. Y lo tercero, porque todo cuanto existe *in rerum natura ó a parte rei*, es producido por creacion, ó por simple emanacion, ó por educcion. La forma del duende no es producida por creacion, pues depende de la materia; además, que sin milagro no se produce por creacion otra sustancia que los ángeles, ánima racional y la materia prima, de todo lo cual se distingue la forma del duende; ni tampoco es producida dicha forma duendina por dimanacion simple de la materia, pues lo que dimana de otro es propiedad suya, y ninguna forma substancial, cual lo es la del duende, es propiedad de la materia. Luego sólo resta que dicha forma se produzca por educcion: *ergo*, etc.

«Y que dicha forma duendina no se produzca por generacion de vivientes, se prueba así: sólo aquello se produce por dicha generacion que, siendo viviente, trae orígen de otro viviente, mediante semen, como consta de la definicion de dicha generacion. Los duendes no se producen así, pues no nacen de coito de macho y hembra; y si no, asigna cuáles sean sus generantes, y qué padres y madres tengan. Lo cual no harás fácilmente, ni parece hay fundamento para ello, ya porque no es fácil de averiguar si estos duendes tengan potencia generativa de otros, de lo cual moveremos duda en la seccion siguiente, y ya porque no se suponen otros de su naturaleza en los casarones en que se crian. Luego sólo resta el que se produzcan por corrupcion y putrefaccion de los yapores gruesos, que hay en dichos lugares húmidos é inhabitados, en que los dichos se producen y reciben su ser: ergo, etc.»

No va en zaga al Padre Fuente Lapeña el Padre Baron y Arin, escritor del reinado de Felipe V, quien en el primer tercio del siglo XVIII publicó un libro que alcanzó grande fama y fué reimpreso varias veces. Intitúlase «*Luz de la fe y de la ley, entretenimiento cristiano entre Desiderio y Electo*... Escrito por

el M. R. P. M. F. Jáime Baron y Arin, calificador del Santo Oficio, y regente de Estudios del convento de San Ildefonso de Zaragoza, de la Orden de Predicadores.» La edicion por nosotros repasada es la de Ibarra, Madrid, MDCCLXXVII. Allí, desde la página 307 á la 316 pueden leerse los disparates más estupendos sobre demonios, garfios, alquitran, tormentos infernales y otras sandeces con que el buen Padre Maestro trataba de enseñar, segun él mismo decia, á los ignorantes en la doctrina cristiana, aunque lo que consiguió de seguro fué fortalecer la ignorancia y robustecer las populares preocupaciones.

191. Pág. 102.—La solicitud con que algunas Ordenes fundan de nuevo conventos en España, al amparo de la proteccion de los gobiernos conservadores, no podrá conseguir nunca que volvamos á lo antiguo, sueño perenne de los adoradores de lo pasado. Los pueblos están ya muy aleccionados sobre lo que han sido los conventos, y sólo pueden mirar hoy con sonrisa desdeñosa esos desesperados esfuerzos para dar nueva pujante vida á lo que la sociedad moderna rechaza. Y téngase en cuenta, que el vigor aparente que ahora muestran esos nuevos fundadores de centros de holganza, semilleros de ruina para la patria, solamente lo tienen por el apoyo, ó al ménos tolerancia oficial de que disfrutan; que suprimida ésta, imperando gobiernos liberales, ya se veria á cuán grande impotencia quedaban reducidos tales intentos.

192. Pág. 103.—Absurdo es todo el sistema monacal: absurdo el renegar del mundo y vivir como misántropos: absurdo el pasar el tiempo rezando y en contemplacion: absurdo el sacrificio de la vida por un Dios repulsivo, como es el Dios de los visionarios y los fanáticos, tan desemejante de aquel Ser supremo que adoran los filósofos y las rectas inteligencias: absurdos las exterioridades del culto, las ceremonias pueriles, las penitencias, los arrobamientos, las comunicaciones divinas, las profecías y los milagros.

193. Pág. 105.—El P. Rivera, entre otros, en su *Vida* de Santa Teresa, cap. II, libro 1.°

194. Pág. 105.—Sus enfermedades, su melancolía, el versar muchas de sus visiones sobre cosas vanas y curiosas, el no ofrecer saludable enseñanza, todo se opone á que demos crédito á los éxtasis, revelaciones y raptos de *Santa* Teresa.

195. Pág. 105.— Teresa: *Libro de las Relaciones*: relacion VII. (Edicion de los escritos de S. T., por Rivadeneyra, páginas 161 y 162.)

196. Pág. 106.—Teresa: *Libro de su Vida*: cap. XXVII.

197. Pág. 107.—Ibid.

198. Pág. 107.—Ibid., cap. XVI.

199. Pág. 108.—Así procura demostrarlo *Santa* Teresa en los capítulos VIII y IX de las moradas sextas. (Véase la edi) cion de los escritos de S. T., por Rivadeneyra, págs. 474y 76.-

200. Pág. 109.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. X VIII.
201. Pág. 110.—*Libro de las Relaciones*: relacion III. (Edicion de los escritos de Santa Teresa, por Rivadeneyra, página 154.)
202. Pág. 110.—Ibid.
203. Pág. 110.—Ibid.: relacion IV: edicion cit., pág. 156.
204. Pág. 111.—Como sucedió, entre otras, con la célebre priora franciscana de Córdoba, contemporánea de Teresa, Magdalena de la Cruz. Hablamos extensamente de esta embaucadora en las páginas 134, 35, 36 y 37, y en las 151, 52, 53 y 54 de este libro.
205. Pág. 113.—Llorente: *Historia crítica de la Inquisicion de España*, tomo II, páginas 179 á 82.
206. Pág. 114.—Véase la nota 204.
207. Pág. 114.—Llorente: *Historia crítica de la Inquisicion de España*, tomo VII, pág. 101.
208. Pág. 114.—Ibid., pág. 105.
209. Pág. 115.—Ibid., páginas 276-79.
210. Pág. 115.—Teresa: *Libro de las Relaciones*: relacion IV, edicion de Rivadeneyra, pág. 156.
211. Pág. 115.—Ibid., pág. 157.
212. Pág. 116.—Ibid.: relacion IX, pág. 168.
213. Pág. 116.—Ibid.: relacion IV, pág. 157.
214. Pág. 116.—Ibid.: relacion III, pág. 152.
215. Pág. 118.—Ibid.: relacion V, páginas 158 y 59.
216. Pág. 119.—*Summa Conciliorum... ab Bartholomeo Carranza*: Matriti, 1766, pág. 56.
217. Pág. 120.—Ibid., páginas 112 y 13.
218. Pág. 120.—Ibid., páginas 200 y 238.
219. Pág. 121.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXIX.
220. Pág. 121.—Ibid., cap. XXXVIII. *Historia crítica de la Inquisicion*, por Llorente, tomo III, pág. 176.
221. Pág. 121.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXIII.
222. Pág. 121.—Ibid., capítulos XXXVI y XXXVIII. *Libro de las Relaciones*: relacion III, pág. 153.
223. Pág. 122.—Relacion citada.
224. Pág. 122.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXIII.
225. Pág. 122.—Ibid., cap. XXIX.
226. Pág. 123.—El Sr. D. Vicente de La Fuente, con la candidez que le caracteriza, dice con amargura que «no se sabe á punto fijo el paradero de esta cruz tan interesante.» Pero que exista en el convento de carmelitas de Valladolid, en el de Madrid, ó en cualquier otro, el resultado será siempre el mismo: que la cruz era de madera, por más que *Santa* Teresa en su ilusion la viera de grandes piedras, muy más hermosas que diamantes. Eso, en vez de sobrenatural, tiene mucho de natural y explicable, pues «entregados los melancólicos (dice Pinel) á una especie de ilusion, ven los objetos con las formas y colores que su imaginacion les presta.»

227. Pág. 123.—*Querubin*, dice Teresa en el *Libro de su Vida*, cap. XXIX: *Serafin*, Rivadeneyra y Rivera.

228. Pág. 123.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. cit.

229. Pág. 124.—Especialmente San Juan Crisóstomo y San Atanasio.

230. Pág. 125.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXVIII.

231. Pág. 125.—Ibid., cap. XXXIII.

232. Pág. 126.—Ibid., cap. XXXVI.

233. Pág. 126.—Ibid., cap. XXXVIII.

234. Pág. 126.—Ibid.

235. Pág. 126.—Ibid.

236. Pág. 126.—Rivera: Vida, cap. XIII, lib. IV.

237. Pág. 127.—*Du Magnétisme animal en France... suivi de considérations sur l'apparition de l'Extase, dans les traitements magnetiques.* Par Alexandre Bertrand: París, 1826, pág. 337.

238. Pág. 128.—Ningunas tan ridículas como las de la Saleta, Lourdes y Potmain.

239. Pág. 129.—*Asno de Oro*, lib. XI.

240. Pág. 130.—*Tratado completo de Patología interna*, publicado por los redactores de la Biblioteca escogida de medicina y cirujía: Madrid, 1846: tomo V, pág. 341.

241. Pág. 130.—Ibid.

242. Pág. 130.—*Du Magnétisme animal en France... suivi de considérations sur l'apparition de l'Extase*, par Alexandre Bertrand: París, 1826, pág. 309.

243. Pág. 131.—Ibid., pág. 328.

244. Pág. 131.—Ibid., pág. 335.

245. Pág. 132.—Compárense, si nó, los éxtasis de *Santa* Teresa con los de Magdalena de la Cruz, y quedará confirmado lo que decimos; porque, como observa oportunamente un escritor facultativo, «sería formar la historia de las aberraciones del espíritu humano el reunir en una sola descripcion con el título de éxtasis, las contemplaciones reales ó simuladas, interesadas ó desinteresadas, de las sectas religiosas y de las personas que han adquirido por este camino cierta celebridad.» (*Tratado completo de Patología interna:* Madrid, 1846: tomo V, página 342.)

246. Pág. 134.—La Iglesia católica se ha engañado y ha engañado á los pueblos sobre la inmovilidad de la tierra, el orígen del linaje humano, la bienaventuranza eterna, los castigos del infierno, las expiaciones del purgatorio, la presencia de Jesucristo en la hostia, la primacía del papado en Roma, la infalibilidad de los soberanos pontífices, la inspiracion sobrenatural de los libros llamados Santos, etc., etc., etc... ¡Y podrá seguirse llamando todavía Maestra infalible de la Verdad!!

247. Pág. 134.—Merece ser leido el *Memorial por el patronato de Santiago*, escrito por Quevedo con motivo del compatronato de Santa Teresa. Pero la verdad es que el patronato de Santiago es tan inaceptable como el de Santa Teresa, y áun

más, porque el patronato de Santiago se funda en falsedades que hoy no puede aceptar ninguna persona verdaderamente ilustrada. (El *Memorial* de Quevedo se inserta en la edicion de sus obras, hecha por Rivadeneyra. Madrid, 1852, páginas 221 y siguientes.)

248. Pág. 135.—Llorente: H. C. de la I., tomo III, páginas 169-71.

249. Pág. 136.—Ibid., páginas 172 y siguientes.

250. Pág. 137.—Ibid., pág. 176.

251. Pág. 137.—Ibid., páginas 177 y 78.

252. Pág. 138.—Compruébase esto, sobre todo, con lo que sucedió cuando se fundaba el convento de San José en Avila. Del fingimiento, disimulo y secreto con que procedió Teresa, habla ella misma en el *Libro de su Vida*, capítulo XXXVI.

253. Pág. 138.—*Du Magnétisme animal...* par Bertrand, página 347.

254. Pág. 142.—Rivera: *Vida*, cap. XVII, lib. IV.

255. Pág. 143.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXI.

256. Pág. 143.—Ibid.

257. Pág. 145.—¡Y qué compensaciones y qué equivalencias! ¡Cuidado con las que refiere la monja! ¡Una postema dentro de las tripas á trueco de la salvacion de unos pecadores! ¡Calenturas y dolores gravísimos en cambio de una complacencia del Supremo Hacedor! Cualquier hombre, por perverso que fuera, procederia más generosamente que el Dios de los fanáticos.

258. Pág. 146.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXI.

259. Pág. 146.—Ibid.

260. Pág. 146.—Ibid.

261. Pág. 146.—Ibid.

262. Pág. 146.—Ibid.

263. Pág. 146.—Ibid., cap. XXXVIII.

264. Pág. 146.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXXII.

265. Pág. 146.—Ibid.

266. Pág. 147.—Ibid., cap. XXXVIII.

267. Pág. 150.—No fué sola la aventura del tintero la que sostuvo Lutero contra el demonio. Las preocupaciones que tenía sobre las tentaciones diabólicas constituyen uno de los defectos de aquel pensador ilustre.

268. Pág. 150.—*Leyenda de Oro:* Barcelona, 1866: tomo III, pág. 263.

269. Pág. 154.—Llorente: *H. C. de la I.*, tomo III, páginas 172 y siguientes.

270. Pág. 154.—La obra del jesuita Martin del Rio titulada *Disquisitionum magicarum*, es uno de los más disparatados libros que se han escrito sobre demonios, brujos, hechiceros, y otras cosas parecidas. Es el trabajo de aquel santo varon el repertorio más completo de cuantas musicales tonterías han

publicado los frailes más graves que han escrito sobre estas pequeñeces.

271. Pág. 155.—Llorente: *H. C. de la I.*, tomo III, pág. 95.

272. Pág. 155.—Ibid., páginas 97 y 98.

273. Pág. 155.—Para formarse cabal idea de estos autos de fe, debe leerse la *Relacion* que del celebrado en Logroño el año de 1610 publicó en dicha ciudad en 1611 el impresor Juan de Mongaston; *Relacion* donosísimamente ridiculizada por don Leandro Fernandez de Moratin, y que se puede ver en la edicion de las obras de este insigne escritor hecha por Rivadeneyra: Madrid, 1846: páginas 617-31.

274. Pág. 155.—Llorente: *H. C. de la I.*, tomo III, pág. 100.

275. Pág. 156.—Ibid., páginas 115 y siguientes.

276. Pág. 156.—Léase la *Relacion* citada en la nota 273.

277. Pág. 156.—Sobre los aquelarres de Zugarramurdi, los hechizos de Cárlos II, y los exorcismos en Cangas de Tineo, léanse las burlescas notas puestas por Moratin á la *Relacion* mencionada. Sobre las visitas diablescas en el convento de San Plácido de Madrid, véase la *H. C. de la I.*, por Llorente, tomo VII, páginas 125-34.

278. Pág. 157.—Ibid., pág. 79.

279. Pág. 157.—Llorente habla sobre el modo vicioso de proceder que tenía la Inquisicion en el tomo I de su *H. C. de la I.*, páginas 195 y 196.

280. Pág. 157.—Ibid., tomo VII, páginas 144 y 115.

281. Pág. 159.—*Du Magnétisme animal... suivi de considérations sur l'apparition d l'Extase...* par Alexandre Bertrand, páginas 331 y 332.

282. Pág. 159.—Llorente: *H. C. de la I.*, tomo II, páginas 193 y siguientes.

283. Pág. 161.—Ibid., tomo III, páginas 104-6.

284. Pág. 161. — Muchos datos ofrece sobre esto César Cantú en su *Historia Universal*, libro XV, cap. XV.

285. Pág. 162.—*Le livre des Médiums...* par Allan Kardec: París, 1863, pág. 139.

286. Pág. 163.—Publicó Fr. Bartolomé su *Amazona cristiana, vida de la venerable madre Teresa de Jesús*, en Valladolid, año de 1619.

287. Pág. 165.—Esta grotesca mentira dió orígen al culto que se tributa en Italia á Nuestra Señora de Loreto.

288. Pág. 168.—Así sucedió, por ejemplo, con la madre de Felipe II, la cual tanto respetaba á Magdalena de la Cruz: así tambien con Felipe IV, el cual se encomendaba muy rendidamente á las oraciones de aquella bendita Madre Agueda, que creyó recibir directa inspiracion del Cielo para escribir su *Mística ciudad de Dios*.

289. Pág. 168.—Como hizo Fernando el Católico con la beata de Piedrahita, Felipe II con Santa Teresa, y el conde-duque de Olivares con las monjas de San Plácido.

290. Pág. 168.—Son muy sensatas las observaciones que hace sobre esto Llorente en la *H. C. de la I.*, tomo III, páginas 182 y 83.

291. Pág. 169.—¡Cuidado con hacer intervenir al Supremo Hacedor para la extincion de piojos! ¡Como si necesitara cada hijo de vecino más que cuidar de la limpieza de su cuerpo y vestidos para verse libre de semejantes insectos! Para que se vea toda la ridiculez que entraña el relato del P. Rivadeneyra, copiamos textualmente sus palabras: «A los principios de la fundacion de San José de Avila, estaban sus monjas muy afligidas, y acosadas de estos gusanillos que comunmente llaman piojos, por ser esto un género de inmundicia que se cria entre la estameña ó lana, de que son las túnicas de las religiosas que traen junto al cuerpo. Pidieron todas ellas á la Santa Madre, encarecidamente, pidiese á nuestro Señor Jesucristo las librase de aquel trabajo, por la inquietud que les causaba en la oracion: ella lo hizo, y pidió á nuestro Señor aquella merced con grande instancia, y habiéndosela el Señor concedido, aseguró á todas las monjas de aquel monasterio que vivirian libres de allí adelante de aquella penalidad.»

292. Pág. 170.—Rivera: *Vida*, cap. XV, lib. 1.°

293. Pág. 171.—Ibid.

294. Pág. 171.—Era práctica muy corriente entónces recurrir á las beatas, á las monjas, á las zahoríes y á las mellizas para la curacion de enfermedades. Recuérdese lo que sucedió cuando Santa Teresa se cayó por una escalera y se dislocó un brazo: no se llamó á un facultativo; se esperó á que llegase á Avila una curandera, que la dejó manca.

295. Pág. 172.—«Tenía Juan de Ovalle un niño que se llamaba D. Gonzalo, á quien yo conocí muy bien, y murió poco há (se escribia esto en 1590), y siendo mozo acabó tan santa y ejemplarmente, que se le echó bien de ver tener en el Cielo la parienta que tenía.» Rivera: *Vida*, cap. XV, lib. 1.°

296. Pág. 172.—Ibid.

297. Pág. 173.—Las paredes del convento de San José, como hechas á destajo, tendrian más argamasa y tierra que piedras y ladrillos: no sólo se cayó ese pedazo de que habla Rivadeneyra; el P. Rivera cuenta que una noche se cayó un trozo de pared, que se creia muy bien hecho, y que se enojó mucho del caso D. Juan Ovalle, y queria que los albañiles lo levantasen de nuevo á su costa, pues habian tomado la obra «á destajo.» La Santa dijo que aquello era todo trazas del demonio; pero el demonio verdadero fué el «destajo,» de que el P. Rivera nos habla. *Vida*, cap. XVI, lib. 1.°

298. Pág. 173.—Ibid, cap. XXII, lib., 4.°

299. Pág. 173.—Si el curar un dolor de muelas fuese milagro, mayores que Teresa los hizo entónces el marqués de Puysegur en su hacienda de Busancy, allá por los años de 1750, pues los extirpaba completamente y para siempre

magnetizando á las enfermas. Y sin recurrir á ejemplos antiguos, ni salir fuera de casa, por ahí circulan profusamente frascos del licor del Polo de Orive, á 6 rs. uno, con lo cual, sin necesidad de santos ni de magnetizadores, puede cada hijo de vecino, no sólo curarse de los dolores de muelas, sino, lo que es más prodigioso, preservarse de ellos para siempre. Amén.

300. Pág. 173.—Rivera: *Vida* cap. XXII, lib. 4.º

301. Pág. 174.—Si esto de los dolores de muelas se pudiera tomar en sério, habria que decir que el marqués de Puysegur, con no ser santo, hacía milagros de esta clase con más perfeccion que la bienaventurada Teresa, pues no necesitaba más que magnetizar una vez á la paciente para conseguir una cura radicalísima. Los prodigios obrados por el marqués de Puysegur se consignan en la obra titulada *Manual práctico de magnetismo animal*: Barcelona, 1845, páginas 45 y 46.

302. Pág. 174.—Sólo á los cronistas de *Santa* Teresa podia ocurrírseles que la curacion de un resfriado era milagro.

303. Pág. 175.—Sessio XXV. «Nulla etiam admittenda esse nova miracula... nisi eodem recognoscente et approbante Episcopo.»

304. Pág. 175.—La guerra á muerte que declaró el fanatismo al sabio Feijóo, constituye el principal título de su gloria. Hablar con la energía que lo hizo contra toda suerte de preocupaciones, sostenidas por la ignorancia, la supersticion y el tráfico piadoso, era empresa arriesgada, pero nobilísima y digna de eterna loa.

305. Pág. 176.—Feijóo: *Cartas eruditas*... Tomo I, páginas 330 y 31. Madrid, M.DCC.LXXVII.

306. Pág. 178.—Basta leer la vida de cualquier Santo, especialmente de la Edad Media ó de comienzos de la moderna, para comprobacion terminante de lo que decimos.

307. Pág. 179.—El gran reformador aleman, condenado por la Iglesia, abria á la humanidad el camino progresivo y hermoso del porvenir: la reformadora castellana, canonizada por la Iglesia, queria que la sociedad retrocediese, para vivir eternamente en las lobregueces de la Edad Media.

308. Pág. 182.—Llorente: *H. C. de la I.*, tomo III, pág. 177. Ibid., tomo VII, pág. 279.

309. Pág. 184.—Rivadeneyra: *Leyenda de Oro*, tomo I, página 666.

310. Pág. 184.—En eso de profetizar han tenido en este siglo unas terribles competidoras las santas en las magnetizadas y sonámbulas. Pero ¡cómo! Hasta en las cosas más insignificantes han acertado, segun afirman los admiradores de tales portentos. El doctor Teste refiere en su *Manual de Magnetismo animal* dos casos prácticos asaz peregrinos sobre la prevision de dos señoras, una que pronosticó el dia de su muerte, y otra que vaticinó que habia de abortar en determinado dia, y abortó. Un raton tuvo la culpa. (Páginas 163 y 172.)

311. Pág. 186.—Refiere todas estas sandeces el P. Rivadeneyra: *Leyenda de Oro*, tomo III, pág. 283.

312. Pág. 186.—Teresa: *Libro de su Vida*, cap. XXX.

313. Pág. 187.—Rivera: *Vida*, cap. XV, libro III

314. Pág. 187.—Ibid.

315. Pág. 187.—Ibid.

316. Pág. 189.—Véase la nota 121.

317. Pág. 189.—Rivera: *Vida*, cap. XV, libro III.

318. Pág. 190.—*Leyenda de Oro*, tomo III, pág. 267.

319. Pág. 190.—Ibid., pág. 266.

320. Pág. 191.—Rivera: *Vida*, cap. XV, libro IV.

321. Pág. 193.—*Leyenda de Oro*, tomo III, pág. 266.

322. Pág. 194.—Rivera: *Vida*, cap. XVI, libro III.

323. Pág. 195.—Como son ridículos embustes casi todos los martirios que se cuentan por los autores sagrados como realmente sucedidos en tiempo de Diocleciano. Hace falta una obra que con extension y verdadera crítica ponga en evidencia tales falsedades, puesto que tanto crédito se las concede todavía áun por personas instruidas, especialmente en España. Y á ello contribuiremos eficazmente con la publicacion de nuestra obra, ya lista para la estampa, *El Año Cristiano ante la razon y ante el sentido comun*.

324. Pág. 195.—Quien desee pasar unos ratos agradables leyendo los portentos de estas gentes, puede hojear la obra publicada por D. Mariano Cubí y Soler (Barcelona, 1845), con el título de *Manual práctico de Magnetismo animal*. En dicha obra, su autor el doctor Teste, y su traductor y anotador el Sr. Cubí y Soler, parece que andan en competencia para referir absurdos y niñerías.

325. Pág. 195.—Quien desee comprobar lo que decimos, repase la obra ántes citada, especialmente desde la pág. 198 á la 214.

326. Pág. 195.—Al ménos lo parece, pues la insistencia de ver y hacer ver prodigios y cumplimiento exacto de profecías en todo, constituye uno de los mayores cuidados de las hijas en Cristo de Santa Teresa.

327. Pág. 197.—Hipócritas, sí, porque á no ser de pura ignorancia, no hay persona sensata en estos tiempos que pueda creer en semejantes groseras ficciones. Por eso no hay gente que más se enfurezca contra quien propaga la verdad, porque ésta les perjudica, porque descubre las ridiculeces con que fomentan la supersticion. Lo mismo se desesperaban los explotadores hipócritas del culto pagano cuando sus dioses se iban... Pero todo fué inútil: se fueron.

328. Pág. 198.—No hemos inventado tales nombres, como algun malicioso podrá creer: todos ellos constan en los *Martirologios* y *Años Cristianos*, y la vida y milagros de cada una de tales santas en las citadas obras se encuentran referidos, y allí remitimos á los curiosos.

329. Pág. 200.—*Leyenda de Oro*, tomo III, páginas 267 y 268.

330. Pág. 202.—Véanse las notas 121 y 122.

331. Pág. 205.—Merecen ser consultadas sobre esto las importantes obras de Madoz y Garrido, *Estadística de España* (Madrid, 1835), y *La Restauracion teocrática* (Barcelona, 1879).

332. Pág. 208.—Y áun los que lo merecieron no lo eran verdaderamente. Saavedra Fajardo, que para nada se ocupa de Cervántes en su República literaria, hastía y cansa, porque su crítica es indigesta, y en algunos lugares demasiadamente exagerada; Montalvan en todas sus composiciones de crítica divaga; á Lope de Vega da lástima de verle tan ampuloso y tan afectado; no está muy afortunado algunas veces Quevedo; Gonzalez de Salas mortifica al lector por el deseo de mostrarse erudito y perspicaz, y en fin, hasta el mismo Tamayo de Vargas, uno de los que en tiempo de Cervántes tuvo fama de muy ilustre é incomparable crítico, emplea un estilo tan árido y una erudicion tan exuberante, que pocas personas resisten hoy la lectura de sus concepciones.

FIN DE LAS NOTAS

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	5
Capítulo I.—De seis á veinte	9
Cap. II.—Las enfermedades	24
Cap. III.—Las fundaciones	65
Cap. IV.—Visiones celestiales	104
Cap. V.—Visiones diabólicas	139
Cap. VI.—Los milagros	163
Cap. VII.—Comparaciones	179
Cap. VIII.—Muerte de Teresa	187
Cap. IX.—Teresa de Jesús como escritora	207
Notas	241

ERRATAS

Página	Linea	Dice	Léase
18	21	Pedro de Rivera	Francisco de Rivera
58	39	afable	alegre
85	31	sin duda	de duda
150	39	alumbraban la	alumbraban el
158	34	quiene	quienes
248	29	constituccion	constitucion.

Esta obra se halla de venta al precio de 12 rs. en las principales librerías de Madrid, y á 14 en las de provincias: en el extranjero y Ultramar, los señores corresponsales fijarán el precio.

Los pedidos, á D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

OBRAS PUBLICADAS POR EL MISMO AUTOR

Cervántes y los críticos, 4 rs.

Refutacion de una defensa de D. Pedro el Cruel, 4 rs.

La Galatea de Cervántes y la novela pastoril, 10 rs.

Los continuadores de El Quijote, 4 rs.

Defensa de las opiniones cervánticas del Sr. Diaz de Benjumea, 4 rs.

Vida de Miguel de Cervántes Saavedra.—Esta obra, que forma un tomo de 400 páginas en 8.° francés, juntamente con los cuatro que contienen el texto genuino y puro de *El Quijote*, se vende á 40 rs. en las principales librerías de Madrid y provincias, ó en casa del editor, D. José Rodriguez y Rodriguez, Sacramento, 39, Cádiz. La *Vida* de Cervántes, escrita por el Sr. Mainez, ha sido favorabilísimamente juzgada por doctos críticos nacionales y extranjeros, y es la que más extenso juicio ofrece sobre las obras del Príncipe de nuestros ingenios, y con más minuciosidad analiza todos los hechos y vicisitudes de su azarosa existencia. El ilustre doctor aleman Gustav Diercks, de Dresde, tan profundo conocedor de nuestro idioma y literatura, ha dicho en la importante revista de Leipzig, *Unsere Zeit*, que la *Vida* de Cervántes, escrita por el Sr. Mainez, «es la mejor y más completa que se ha publicado.»

Crónica de los cervantistas.—Unica publicacion que existe dedicada exclusivamente al autor de *El Quijote*. Inserta solamente trabajos inéditos de los cervantistas más distinguidos de España y del extranjero. Hay ya publicados tres tomos, á 40 rs. uno.

OBRAS DISPUESTAS PARA LA ESTAMPA

Notas críticas y bibliográficas al Canto de Caliope y al Viaje del Parnaso.

El Año Cristiano ante la razon y ante el sentido comun.

Jesucristo nuevamente examinado ante la historia y la crítica.

El periodismo español en el siglo XIX.

OBRAS DE D. RAFAEL M. DE LABRA

Los diputados americanos en las Córtes españolas.—Esta obra se compone de cuatro tomos, independientes uno de otro. Precio de uno, en Madrid, 20 rs.; en provincias (certificado) 26; en Ultramar, 1¼ pesos oro.

El negro Santos de Santo Domingo (Toussaint L'Ouverture).—1 folleto 4 reales.

Los Códigos Negros (Estudio de legislacion comparada).—1 tomo 16 rs.

Las armas en Madrid.—1 vol. 8 rs.

Una villa del Cantábrico: Gijon.—1 vol. 6 rs.

La abolicion de la esclavitud en Inglaterra.—1 foll. 4 rs.

El Ateneo de Madrid. (Historia política y literaria desde 1820 á 1880). 1 tomo 12 rs.

Introduccion á un curso de Historia política contemporánea.—1 vol. 6 reales.

G 43766

TERESA DE JESUS

LEON MAINEZ